

CUENTOS PARALELOS

ISAAC ASIMOV

A Kate Medina y Jennifer Brehl, las últimas de la larga cadena de redactores que me han guiado solícitamente (e intimidado algunas veces) a través de las complejidades del oficio de escritor. Muy de vez en cuando escribo un libro que no es idea mía. Éste es uno de ellos. Tengo deseos especiales de hacer saber a todos los lectores que la idea de esta obra no es mía y, por tanto, permítanme explicarles cómo empezó todo.

En 1964 el doctor Howard Gottlieb de la Biblioteca de la Universidad de Boston tuvo la idea de recopilar mis escritos. Esta biblioteca estaba especializada en autores norteamericanos del siglo veinte, título con el que yo cuadraba. Y lo que es más, yo era (y sigo siendo) miembro de la facultad de la Universidad de Boston, por lo que parecía muy conveniente incluirme.

Esto lo juzgué por aquel entonces como una idea grotesca. Consideraba que mis “escritos” eran trastos inútiles (y lo sigo creyendo en la actualidad, en lo más recóndito de mi corazón). Cuando los papeles se acumulaban hasta el punto de ser molestos, yo los quemaba en el fogón para barbacoas de mi casa de Newton, Massachusetts. (No usaba ese fogón para otra cosa.)

Cuando le expliqué esto, el doctor Gottlieb se horrorizó. Me comentó la importancia que tienen los documentos contemporáneos de figuras literarias importantes (y al parecer él se refería a mí cuando utilizó esa frase). También me habló del enorme número de estudiantes de literatura que obtendrán su ansiado título gracias al estudio meticuloso de mis primeros manuscritos, y cuán útil sería ello para los escritores en ciernes de siglos y milenios venideros.

No creí ni una sola palabra, pero el doctor Gottlieb era (y es) uno de los hombres más atentos y agradables jamás creados por una deidad creativa (suponiendo que exista una), y no tuve valor para desilusionarle. Le entregué todo el material que logré encontrar, el que se había salvado de la quema, y posteriormente le envié más papeles conforme iban acumulándose. Gottlieb recibió ejemplares de todos los libros publicados por mí en todas las ediciones disponibles (club del libro, bolsillo, extranjero, etc.). Le envié manuscritos, tanto borradores como copias definitivas. Le envié toda mi correspondencia y cartas de admiradores. Le envié un ejemplar intacto de todas las revistas que contenían un ensayo o un relato firmado por mí, de tal forma que Gottlieb dispone actualmente, por ejemplo, de una colección de veinte años de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, otra de diez años de *American Way* y todos los números de *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*. Todo ello permanece guardado en una bóveda especial.

El material acumulado durante estos últimos veinte años y pico es gigantesco y crece sin cesar. Cada quince días cargo con un montón de papeles, revistas y libros hasta la editorial Doubleday, que muy amablemente lo envía por correo a la “bóveda de Isaac”.

Me esfuerzo en no pensar en ello. Algún pobre diablo del despacho del doctor Gotlieb debe verse obligado a revisar, ordenar y clasificar todo el material, y a archivarlo de modo racional para que sea posible encontrar con rapidez cualquier documento solicitado. (Lo sé. A veces he necesitado algo, y ellos lo han encontrado de inmediato.)

También temo las consecuencias finales. Esa bóveda tiene una capacidad limitada. Algún día explotará, y ya imagino los titulares de The Boston Globe: "Explota la Bóveda de Asimov. Los alrededores en ruinas. Veinte muertos y centenares de heridos".

Y la bóveda y la culpa serán mías.

Con lo dicho tienen ya el primer fragmento de la historia de este libro. Continúen leyendo.

En los últimos cinco años, más o menos, me he aficionado a publicar antologías de diversas clases, y en gran cantidad. Tengo en mi haber, en este momento, más de ochenta de tales antologías.

Como es lógico, esta actividad atroz supera con mucho mi capacidad. Por tanto, no les sorprenderá saber que en casi todos los casos he contado con la ayuda de otros conspiradores. Los dos más leales y serviciales son Martin Harry Greenberg y Charles G. Waugh. El primero vive en Wisconsin, el segundo en Maine y yo en Manhattan, de forma que estamos muy alejados. Nos mantenemos en contacto mediante cartas, llamadas teletónicas y visitas esporádicas. (Ellos hacen las visitas. Yo no viajo.)

Se trata de una conspiración antológica ideal. Charles posee una inmensa colección de publicaciones y una memoria infalible para todo lo que lee, y se halla profundamente enamorado de una fotocopidora. De ahí que pueda facilitarnos cualquier clase de relato que nos interesa. En cuanto a Martin, le apasiona irrefrenablemente solicitar autorizaciones, ocuparse de todo el papeleo y recibir y remitir cheques. Además, visita a los editores con el propósito de hipnotizarlos para que se avengan a publicar más y más antologías.

Con esto sólo me queda la tarea de leer el material que me envían tomar decisiones respecto a dónde va cada cosa, redactar introducciones y algunas notas y entregar los manuscritos a los diversos editores (ya que, si hace buen día, a casi todos puedo ir a verlos andando).

Naturalmente, Marty y Charles han acabado teniendo un interés posesivo por mí.

Y, por tanto, comprenderán ustedes que hace un par de años, cuando Charles visitó Boston, uno de los "monumentos" que él quiso ver fue la "bóveda del doctor Asimov". (Charles es la quintaesencia del anglosajón protestante y nunca me llama por mi nombre de pila, a pesar de que yo le insto a hacerlo en repetidas ocasiones. Marty, tan anglosajón y protestante como yo, es más liberal.)

No sé cuánto tiempo pasó Charles en el sótano, inhalando el fortaleciente olor a papel viejo y escrutando caducos fragmentos de escritos asimovianos, pero al parecer

topó con cierto material totalmente olvidado por mí. No estoy seguro de que el material merezca el apelativo de "curiosidad", pero era ciertamente curioso. Lo que interesó en especial a Charles fue que encontró versiones antiguas de algunas obras famosas mías que, por una u otra razón, son notablemente distintas de las publicadas con posterioridad. Charles consideró que algún lector podría estar interesado por estas versiones antiguas. Incluso preparó, a tal efecto, una lista de los relatos.

Mencionó el tema la siguiente vez que habló con Marty, y éste me lo mencionó la siguiente vez que habló conmigo. Marty incluso tenía un título para el libro: Cuentos paralelos.

Mi reacción fue inmediata y entusiástica.

—Marty—dije—, estás loco.

—¿Puedo mencionarlo a Doubleday?—preguntó él.

—Adelante—respondí, riendo de buena gana.

Estaba convencido de que lo echarían a patadas del despacho, acompañado por un torrente de lenguaje ignominioso. "Se lo tiene merecido", pensé.

Pero o subestimé la persuasión de Marty, o no tuve en cuenta el buen carácter de Kate Medina, por entonces responsable editorial de Doubleday, o ambas cosas a la vez, porque la siguiente vez que surgió el tema me encontré mirando un contrato.

Sin dejar de pronunciar maldiciones en voz baja, escribí al bueno de Howard de la Biblioteca de la Universidad de Boston, y lo siguiente que supe fue que tenía montones de papeles viejos en mi escritorio, una muestra de los escritos mencionados por Charles.

Comprenderán pues por qué reniego de este libro. Algunos de ustedes tal vez piensen: "Bueno, aquí está Asimov y su exagerada vanidad, pensando que alguien va a interesarse por estas tonterías antiguas". Pero no es así. La culpa corresponde por entero a Howard Gotlieb, Charles Waugh, Martin Greenberg y Kate Medina.

...De todas formas, ya que usted ha ojeado hasta aquí de pie en la librería, nada pierde pagando y llevándose el libro a casa. Howard, Charles, Martin y Kate piensan que el libro interesará, y no me gustaría desilusionarlos.

Envejece conmigo

Preámbulo

Ahora que ya tiene el libro en su casa, permítame presentarle el primer relato: mi novela corta "Envejece conmigo".

El 26 de mayo de 1947 el director de *Startling Stories* me pidió que escribiera una obra de 40.000 palabras para la revista. Por aquel entonces yo llevaba casi veinte años

vendiendo relatos a las revistas de ciencia ficción, y ya había escrito obras de esa longitud. Dos años antes había escrito "The Mule" para *Astounding Science Fiction*, un relato de 50.000 palabras.

Startling pedía en concreto un "relato tipo *Astounding*", por lo que la tarea me pareció sencillísima.

Sin embargo, tardé el verano entero en escribirlo, porque también tenía que preparar mi tesis doctoral. Acabé el 22 de septiembre de 1947. La obra terminó siendo notablemente más larga que lo solicitado (49.000 palabras), pero ese detalle no me preocupó; puesto que las revistas pagan por palabra, eso significaba más dinero.

El título de la novela lo copié del primer verso de la obra *Rabí Ben Ezra* de Robert Browning, que es un himno a la vejez. Eso confería al título un significado irónico, en vista del argumento de la novela. Yo sólo tenía entonces veintisiete años, y aún podía considerar con despreocupación el tema de la vejez.

Pero para mi sorpresa (y para mi cólera) Startling, tras retener la novela tres semanas, la rechazó. Me sentí humillado, ya que no había

Este relato y otro titulado "El general" constituyen la novela *Fundación e Imperio*, segunda parte de la llamada serie de la *Fundación*. (N. del T.) sufrido un rechazo en los últimos cinco años. Sufrir uno por parte de una revista de segunda categoría, después de pasar el verano entero escribiendo y tras haber recibido la aprobación de la revista cuando (a solicitud de la misma) me habían pedido ver fragmentos de la novela conforme iba escribiéndola, me pareció insoportable. Tengo la costumbre de sentirme desilusionado cuando sufro rechazos (y sufro algunos incluso en la actualidad), pero los soporto filosóficamente. Aquélla fue la primera y la única vez que me encolericé.

Hice el intento en *Astounding*, y la novela fue rechazada de nuevo. Alimenté la esperanza de que una editorial semiprofesional, en proceso de creación para publicar obras de ciencia ficción, quisiera quedarse con mi novela prácticamente sin pagar un centavo, pero incluso esa esperanza se desvaneció.

Era el peor fracaso literario de mi vida hasta entonces, y lo extraño es que yo no tirara a la basura el condenado manuscrito. Por fortuna, aún faltaba una década para que comprara la casa con el fogón para barbacoas en el patio, o de otro modo habría quemado la novela. Pero yo residía en un piso sin posibilidad de preparar barbacoas en el salón; de modo que metí el manuscrito en un cajón e intenté olvidar el asunto.

Sin embargo, en 1949 Doubleday estaba planeando iniciar una colección de ciencia ficción con encuadernación de lujo, que sería la primera de una editorial no especializada. Mi amigo Frederik Pohl, también escritor de ciencia ficción, se enteró de ello, vino a verme y me sugirió que ofreciera "Envejece conmigo" a Doubleday. Puse muchísimos reparos, ya que no tenía intención alguna de sufrir nuevas humillaciones por causa del fiasco que había escrito, pero Fred fue muy persuasivo y le respondí que lo pensaría.

El 11 de marzo de 1949 decidí que sería poco profesional por mi parte determinar en nombre de un editor que una novela era inservible. En consecuencia, fui al piso de Fred

Pohl. (En aquellos tiempos, yo era demasiado pobre para ir en taxi, y demasiado ingenuo para pensar en una llamada telefónica a fin de comprobar si mi amigo estaba en su casa.) Como era de esperar, Fred se había ausentado y fue su hijastra, una niña de ocho años que estaba sola en el piso, la que abrió la puerta. (En aquellos tiempos los niños de ocho años aún no estaban firmemente adoctrinados para que jamás abrieran la puerta a desconocidos).

Deben saber que, por lo general, trato mis manuscritos como si estuvieran tachonados de diamantes. Siempre que es posible los llevo personalmente a la editorial y los pongo directamente en manos responsables. Cuando la persona responsable ha salido de viaje, me veo obligado a mandar los manuscritos por correo, pero siempre telefono al cabo de un tiempo razonable para asegurarme de que han llegado. Aquella vez, no obstante, me importaba tan poco "Envejece conmigo" que di el manuscrito a la niña con aire indiferente, en la misma puerta y le ordené que se lo entregara a su padre.

Y más tarde, no sin cierto asombro por mi parte, Walter L. Bradbury, responsable editorial de Doubleday, dio su aprobación a la novela y me dijo que, si prolongaba el texto hasta 70.000 palabras aproximadamente, su editorial lo publicaría. Y lo que es más, me pagó 150 dólares sólo por hacer eso, prometiéndome otros 350 una vez estuviera completada la tarea. Posteriormente, como es lógico, el libro podría rendir derechos de autor. Quedé aturdido ante tanta esplendidez y la visión de un esplendor oriental en el futuro.

Tardé seis semanas y media en corregir y prolongar el texto, y terminé el 20 de mayo de 1949. Doubleday lo aceptó, aunque me rogó eligiera otro título Yo estaba ansioso por anular el título anterior, que sólo podía asociar con desgracia y turbación, y sugerí el de Un guijarro en el cielo.

Un guijarro en el cielo fue publicado el 19 de enero de 1950. Fue el primer libro de la serie que actualmente supera los 330, de ellos más de 100 editados por Doubleday.

Después de todo esto conservé una copia hecha con papel carbón del "Envejece conmigo" original el tiempo suficiente para poder entregarla, junto con otro material, a Howard Gottlieb de la Biblioteca de la Universidad de Boston. Como es lógico, yo tenía un montón de manuscritos antiguos en una caja que guardaba en el desván de mi casa de Newton y no inspeccioné con detalle los papeles, por lo que no supe que aquel manuscrito concreto iba incluido en el envío hasta que Charles Waugh me comunicó que lo había visto en el sótano de la biblioteca.

Aquí está ahora la novela, exactamente como fue concebida para *Startling* si se exceptúa la corrección ~ ores y ro,s~ desatinos secundarios.

Envejece conmigo

Prólogo

Como cualquier persona que lo haya intentado sabe, un relato puede narrarse de dos formas. Puedes empezar por el principio y avanzar hacia el final, o empezar por el final y avanzar hacia el

principio. En este caso concreto, el principio es Joseph Schwartz, sastre jubilado de Chicago, Estados Unidos, Anno Domini 1947, en tanto que el final es Bel Arvardan, arqueólogo no jubilado de Barron, sector de Sirio, año 827 de la Era Galáctica.

En realidad, existe una tercera forma de contar un cuento, y consiste en empezar por ambos extremos y avanzar hacia el centro. Y puesto que, ¡oh gentil lector! (a propósito, cuando se usaba hace siglos esta frase no había referencias a la amabilidad del lector sino a su supuesta calidad de "gentilhombre", vale decir noble, a fin de diferenciarlo del populacho que carecía, en opinión del autor, del ingenio y el gusto selectivo necesarios para leer sus obras. . .).

15

Pero como íbamos diciendo. . .

Y puesto que, ¡oh gentil lector!, el método de los dos extremos hacia el centro parece un poco confuso, vamos a ensayarlo y a demostrar que no es tal cosa.

El único problema es que tendremos que seguir los dos extremos por separado, ya que ni nuestro nombre de pila es Gertrude ni nuestro apellido Stein. Después de lanzar la moneda, nos decidimos por Joseph Schwartz...

I.a PARTE: JOSEPH SCHWARTZ

I Entre dos pasos consecutivos

Joseph Schwartz, sastre jubilado, etc., aunque falto de lo que los mundanos de hoy denominan "educación formal", había gastado buena parte de su naturaleza inquisitiva en leer a la ventura. Simplemente a fuerza de indiscriminada voracidad había obtenido nociones superficiales de prácticamente cualquier tema, y gracias a su mañosa memoria había logrado retenerlo todo con claridad.

Sirva esto para explicar por qué, en este día muy soleado y brillante de principios del estío de 1947, Schwartz podía pasearse por las placenteras calles de las afueras de Chicago y citar mentalmente a Browning. En concreto estaba recordando el poema "Rabí Ben Ezra", que conocía de memoria tras haberlo leído dos veces cuando era más joven y que no repetiremos por entero para no aburrir al lector. En realidad, eran los dos primeros versos los que le atraían (a él y a nosotros) y dichos versos eran éstos:

¡Envejece conmigo!

Lo mejor aún no ha venido. . .

Schwartz sentía eso intensamente. Tras las luchas de su juventud en Europa y las sostenidas como adulto en los Estados Unidos, el sosiego de una madurez próspera resultaba placentero. Con casa y

dinero propios, Schwartz podía retirarse, y así lo hizo. Con una esposa que gozaba de buena salud, una hija felizmente casada, un nieto para suavizar estos últimos años, los mejores..., ¿qué cosa podía preocuparle?

Estaba la bomba atómica, desde luego, y las habladurías en cierto modo lascivas sobre la tercera guerra mundial, pero Schwartz creía en la bondad de la naturaleza humana. No opinaba que pudiera llegar otra guerra, por lo que sonrió tolerantemente a los niños que pasaban a su lado y les deseó en silencio un recorrido rápido y no demasiado difícil de la juventud hasta la paz de lo mejor que iba a venir. . .

Y en otra parte de Chicago se erigía el Instituto de Estudios Nucleares, donde los hombres no tenían teorías sobre el valor esencial de la naturaleza humana, ya que aún no se había inventado un instrumento cuantitativo para medir dicho valor. Si pensaban en ello alguna vez, era simplemente para desear que alguna maniobra celeste impidiera al maldito ingenio de la raza humana convertir todos los descubrimientos inocentes e interesantes en armas mortíferas.

Sin embargo, en caso necesario, el mismo hombre mentalmente incapaz de contener su curiosidad por estudios nucleares que algún día podrían exterminar medio mundo, ese mismo hombre arriesgada su vida para salvar la de su camarada.

Fue el fulgor azul detrás del químico el primer detalle que atrajo la atención del doctor Smith.

Lo atisbó al pasar junto a la puerta entreabierta. El químico, un animado jovencito, estaba silbando mientras empalmaba dos cables. No hubo reacción durante unos instantes, y después un instinto extraño se despertó.

El doctor Smith entró rápidamente y, con frenéticos movimientos de una vara que había cogido, tiró al suelo todo lo que había en la mesa. Se produjo el mortífero silbido de metal que se funde, y el doctor Smith notó que una gota de sudor resbalaba hacia la punta de su nariz y quedaba suspendida allí.

El joven se tomó tiempo para recobrar el entendimiento, destrozado por la precipitación del otro hombre. Miró inexpresivamente el suelo de cemento, donde el metal plateado se había fundido ya dejando finas salpicaduras que todavía despedían intenso calor.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó casi sin aliento el doctor Smith.

—No ha pasado nada—gruñó el químico—. Era una muestra de uranio impuro. Estoy efectuando una determinación electrolítica de

cobre. .. ¿Qué podía haber pasado?

—No lo sé. Había ese halo azul... ¿Uranio, dice?

—Uranio impuro, y eso no es peligroso. La pureza es uno de los requisitos más importantes de la fisión. Además, no se trata de plutonio y no estaba siendo bombardeado.

ù —Y—dijo pensativamente el doctor Smith—se hallaba por debajo de la masa crítica.—Contempló la reblandecida mesa, la pintura quemada y llena de burbujas de los armarios—. Pero el uranio funde a mil ochocientos grados centígrados, y este lugar debe estar saturado de toda clase de radiaciones y emanaciones dispersas. En cuanto se enfne el metal, joven, lo mejor será arrancarlo y recogerlo, y analizarlo meticulosamente.

Se acercó a la pared opuesta y tocó pensativamente un punto situado a la altura de su hombro.

—¿Qué es eso?—preguntó al químico—. ¿Siempre ha estado aquí?

—¿El qué, señor?

El joven se acercó nerviosamente y contempló con los ojos muy

16

-

17

2. Cuento~ paralelo~

abiertos el punto indicado por el hombre de más edad. Era un agujero diminuto, como el hecho por un clavo fino arrancado de la pared después de clavado..., pero clavado en yeso y ladrillo, en todo el grosor del muro del edificio, ya que a través de él se veía la luz del sol. El químico meneó la cabeza.

—Nunca lo había visto, pero tampoco lo había buscado.

—Bien..., salgamos de aquí. Haremos venir a los de radiaciones para que inspeccionen la sala, y usted y yo pasaremos una temporada en la enfermería.

—¿Quemaduras por radiación, se refiere a eso?

El químico se puso pálido.

—Lo averiguaremos.

No hubo indicios de quemaduras por radiación. Los análisis de sangre fueron normales y el estudio de las raíces del cabello no reveló nada. Tampoco surgieron síntomas de ningún tipo. Y en todo el Instituto no se encontró a nadie, ni entonces ni en la época posterior

capaz de explicar por qué un crisol de uranio impuro, muy por debajo de la masa crítica y sin estar sometido a bombardeo neutrónico directo había podido ponerse al rojo vivo y fundirse repentinamente.

La única conclusión fue que la física nuclear tenía aún grietas extrañas y peligrosas.

Ninguna relación se estableció entre todo esto y el hecho de que durante los días siguientes, hubo artículos en los periódicos que informaban de desapariciones. No estaba implicada ninguna persona importante, ninguna de relativa importancia, ninguna de interés... para nadie excepto para nosotros.

Porque una de las desapariciones quedó registrada así:

“Joseph Schwartz. Estatura: uno sesenta y cinco. Peso: setenta y cuatro kilos. Parcialmente calvo y con canas. Desaparecido desde hace tres días. La última vez que se le vio vestía. . .”

No hubo más informaciones sobre el tema.

Para Joseph Schwartz el accidente ocurrió entre dos pasos consecutivos. Había levantado el pie derecho cuando sintió un mareo momentáneo, como si en la fracción de tiempo más minúscula posible un torbellino le hubiera alzado y vuelto del revés. Y cuando apoyó de nuevo el pie todo el aire salió de su cuerpo en un jadeo, y notó que se derrumbaba poco a poco y caía sobre la hierba.

Aguardó largo tiempo con los ojos cerrados... y finalmente los abrió.

¡Era cierto! Se hallaba sentado sobre hierba, cuando anteriormente había pisado cemento. ¡Las casas habían desaparecido! Las casas blancas, con sus céspedes, extendidas por los alrededores, hilera tras hilera... ¡Todas habían desaparecido!

Y él no estaba sentado en el césped de una casa, porque la hierba crecía espesa, desatendida, y había árboles alrededor, muchos árboles, y muchos más en el horizonte.

En ese momento se produjo la peor conmoción, ya que algunas de las hojas de aquellos árboles eran de color rojizo, y Schwartz notó en el hueco de su mano la reseca fragilidad de una hoja muerta. Él era un hombre de ciudad. . ., pero conocía el otoño cuando lo veía.

¡Otoño! Pero cuando él había levantado el pie derecho era un día de junio, con todo de un resplandeciente color verde.

Schwartz habló solo. . . puesto que hasta el sonido de su voz era un elemento tranquilizador en un mundo, por lo demás, totalmente

extraño. Y esa voz fue baja, tensa y jadeante.

—Para empezar—dijo—, no estoy loco. Me siento como siempre me he sentido. Debe de haber otra posibilidad.

“¿Un sueño? ¿Cómo puedo saber si es o no es un sueño?”

Se pellizcó y notó el dolor, pero sacudió la cabeza.

—Podría estar soñando que noto el pellizco. Eso no prueba nada.

Miró alrededor con aire confuso. ¿Podían los sueños ser tan nt'tidos, tan detallados, tan prolongados? En cierta ocasión había leído que casi todos los sueños duran menos de cinco segundos, que los provocan molestias insignificantes para el durmiente... y que la duración aparente de los sueños era una ilusión.

Desesperado, echó hacia arriba el puño de su camisa y miró el reloj de pulsera. La segundera giraba y giraba y giraba. Si se trataba de un sueño, los cinco segundos iban a prolongarse terriblemente. Apartó los ojos del reloj y se enjugó inútilmente la fn'a humedad de su frente.

—¿Y si fuera amnesia?

No se respondió, sino que poco a poco hundió la cabeza entre las manos. Si entre alzar un pie y volver a apoyarlo, la mente se desliza tres meses o un año y tres meses o diez años y tres meses... Si te pasa eso en junio de 1947 y acaba en septiembre u octubre de Dios sabe cuándo... ¿cómo saberlo?

Pero era imposible. Schwartz contempló su camisa. Era la que se había puesto esa misma mañana, o la que debería haber sido esa mañana, y se trataba de una camisa limpia. Reflexionó, hundió el puño en el bolsillo del pantalón y extrajo una manzana.

La mordisqueó alocadamente. Era fresca y todavía conservaba cierta frialdad de la nevera que la había contenido haáa dos horas... olo que deben'an haber sido dos horas.

Después de eso s610 le quedaba el sueño. . . tal vez. . .

Se le ocurrió que la hora había cambiado. Estaba atardeciendo, o como mínimo las sombras iban alargándose. La silenciosa desolación del lugar empezó a inquietarle repentinamente.

De un salto se puso en pie. Era obvio, tendría que buscar personas, cualquier persona. E igualmente obvio, tendría que encontrar una casa, y el mejor medio para hacerlo era buscar una carrete~a.

Instintivamente se volvió hacia el punto donde los árboles parecían menos abundantes y emprendió el camino.

El suave fn'o del atardecer atravesaba lentamente su camisa y las copas de los árboles iban volviéndose oscuras y amenazadoras, cuando Schwartz topó con aquella franja recta e indefinida de macadam. Se lanzó haaa ella y notó la dureza bajo sus pies.

En ambas direcciones había un vaáo total, y Schwartz volvió a percibir por un momento la misma frialdad. Había esperado ver coches. Habría sido faalisimo pararlos haciendo gestos y decir (lo dijo en voz alta, tal era su ansiedad):

—¿Es posible que vava a Chicago?

¿Y si no se encontraba cerca de Chicago? Bien, cualquier ciudad importante. Sólo tenía cuatro d61ares y setenta y cinco centavos en los bolsillos, pero siempre podía recurrir a la políaa. ..

Echó a andar por la carretera, por el centro de la misma, sin dejar de mirar en ambas direcciones. La puesta de sol no le causó impresión alguna, ni el hecho de que las primeras estrellas estuvieran saliendo.

Ningún automóvil. Nada. Y pronto estaría todo muy oscuro.

Creyó que la sensación inicial de mareo estaba presentándose de nuevo, ya que el horizonte de su izquierda centelleaba. A través de las brechas de los árboles se veía un débil brillo azulado. No era del rojo inquieto que él imaginaba que tendría un incendio forestal, sino un fulgor suave que pareáa deslizarse lentamente. Y el macadam que tenía bajo los pies aparentaba chispear con idéntica suavidad. Se agachó para tocar el firme y lo notó normal. Pero había aquel centelleo debilísimo que alcanzaba las comisuras de sus párpados.

Estaba hambriento y muy, muy asustado cuando vio aquella luz a la derecha.

Era una casa. Schwartz gritó alocadamente y nadie respondió, pero era una casa. El aguzado instinto del miedo, el hambre y la soledad así se lo aseguraban, por lo que salió de la carretera y fue campo a través dando tumbos, cruzó zanjas, esquivó árboles, atravesó matorrales y un riachuelo y, por fin, llegó allí..., con las manos extendidas para tocar la estructura dura y blanca.

No era ladrillo, ni piedra, ni madera, pero ni por un momento le prestó atención a ese detalle. Parecía porcelana, pero a él no le importó en absoluto. Schwartz se limitó a buscar la puerta, y al llegar a ella y no ver timbre alguno, la pateó y aulló como un loco.

Oyó movimiento en el interior, y el sonido de una voz humana.

Gritó otra vez.

—¡Eh, los de la casa!

Hubo un zumbido tenue y blando, y la puerta se abrió. Por ella salió una mujer, con una chispa de alma en la mirada. Era alta, fuerte y delgada, y tras ella se veía la enjuta silueta de un hombre de recias facciones vestido con ropa de trabajo.

Para Schwartz ambos eran tan bellos como bella puede ser para un hombre la visión de unos amigos.

La mujer habló, y su voz era, aunque líquida, autoritaria, y Schwartz extendió la mano hacia la puerta para sostenerse en pie. Sus labios se movieron, inútilmente, y de pronto los temores más sobrecogedores obstruyeron de nuevo su garganta y asfixiaron su corazón. pregunta.

Porque la mujer hablaba en un idioma que Schwartz jamás había oído.

2 La acomodación de un extranjero

Loa Maren y su impasible esposo estaban jugando a cartas ese fresco anochecer, mientras el arropado personaje del rincón que ocupaba la silla eléctrica de ruedas donitaba sobre su librofílm. Era una escena anormal, el breve intervalo entre el babajo y la hora de acostarse.

Arbin Maren pasó los dedos cuidadosamente por los rectángulos finos y lisos mientras meditaba la siguiente jugada. Y, lentamente, mientras se deadía, sonaron bruscos golpes y broncos gritos en la puerta, unos gritos que no acababan de convertirse en palabras.

Su mano se alzó de pronto y se detuvo justo encima de la carta que iba a extraer del grupo que sostenía. Los ojos de Loa reflejaban temor, y un instante después la mujer miró a su esposo sin poder contener los temblores de su labio inferior.

—Saca de aquí a Grew. Deprisa—dijo Arbin.

Loa no respondió. Estaba junto a la silla de ruedas, emitió sonidos tranquilizadores con su lengua.

El personaje dormido abrió la boca y despertó con gestos de aturdimiento. Irguió su reclinada cabeza y buscó a tientas el librofílm que había caído en la manta que cubría sus piernas.

—¿Qué pasa?—preguntó, irritado.

—¡Chis! No pasa nada—musitó vagamente Loa, y llevó la silla a la habitación contigua.

Después cerró la puerta y apoyó su espalda en ella. Su fino pecho subía y bajaba mientras sus ojos buscaban los de su marido. Los

golpes violentos seguían sonando.

Se mantuvieron muy juntos en el momento de abrir la puerta, casi a la defensiva y la hostilidad asomó en sus miradas al encararse con el hombre bajito y regordete que les sonreía.

—¿Podemos ayudarle en algo?—dijo Loa.

E inmediatamente se echó haaa atrás al ver que el desconoado abría la boca y extendía una mano para no caer al suelo.

—¿Estará enfermo?—preguntó tontamente Arbin—. Vamos, ayúdame a entrarlo.

Fueron pasando las horas después del incidente, y en el silenao de su dormitorio Loa y Arbin fueron preparándose lentamente para acostarse.

—Arbin—dijo la mujer.

—¿Qué quieres?

—¿Es seguro?

—¿Seguro?

Al DareCer. Arbin eludía deliberadamente el significado de la

21

—Ese hombre... El hombre que hemos entrado en la casa.
¿Quién es?

—¿Cómo voy a saberlo?—fue la irritada respuesta—. ¿Podemos negarle cobijo? Mañana, si él no puede identificarse, infonmaremos al Cuerpo Regional de Seguridad y ahí acabará todo—la tranquilizó.

Pero su esposa rompió el silencio posterior, con más urgencia en su fina voz.

—¿No crees que podría ser agente de la Sociedad de Antiguos? Está Grew, ya sabes.

—No es agente poliaal, Loa. Olvida eso. ¿Supones que recurrirían a una artimaña tan complicada por un pobre viejo confinado a la silla de ruedas? ¿No podn'an presentarse a la luz del día y con autorización legal de registro? Por favor, no fantasees. Además, ¿por qué iban a sospechar algo? Nuestra producción esta temporada será la cantidad exacta que nos exigen según el cupo fijado para nuestras tierras, suponiendo una fuerza laboral de tres personas. . .

—Sí, sí. Pero es que, Arbin, he estado pensando. Si él no es poliaá, no puede ser de la Tierra.

—¿Qué? ¿Pretendes decir que procede de los mundos exteriores? Eso es más ridículo todavía. ¿Por qué va a venir a este planeta muerto un habitante del Imperio?...

—Exacto. Porque nadie lo buscará aquí. No habla el idioma ¿verdad? Balbucea. ¿Eres capaz de comprenderle? ¿Una sola palabra? ¿No ves que puede sernos útil? Si es un extranjero en la Tierra no estará inscrito en la (-ficina del Censo, y le alegrará muchísimo no tener que presentarse ante ellos. Podemos emplearlo en la granja, en lugar de mi padre, y volverán a ser tres personas, no dos, las que deban satisfacer el cupo de tres la próxima temporada.

Loa miró ansiosamente el incierto semblante de su esposo, que meditó mucho antes de responder.

—Duerme, Loa. Seguiremos hablando con el sentido común que proporciona la luz del día.

Los cuchicheos acabaron, se apagó la luz y por fin el sueño se adueñó de la habitación y de la casa.

La mañana siguiente correspondió a Grew considerar el asunto. Era un hombre que había sido fuerte y activo. Su espalda era amplia, sus brazos muy musculosos. Ningún rasgo indicaba cincuenta y cinco años. No obstante, sus piernas, dos masas cilíndricas de materia enervada, iban marchitándose y consumiéndose poco a poco de tal forma que, según las costumbres de la Tierra, Grew debía ser presentado para ser eliminado sin dolor y su lugar ocupado por un hombre más joven y capacitado.

Cuando habló lo hizo mirando con pena aquellas piernas, muertas desde hacía dos años.

—Tus problemas, Arbin, provienen al parecer del hecho de que yo estoy inscrito como trabajador, por lo que el cupo de producción se fija para tres. Este es el segundo año que he sobrevivido a mi hora. Es suficiente.

—No vamos a discutir eso.—Arbin estaba preocupado—. Hemos producido suficiente.

—Dentro de dos años habrá el censo, y me iré de todos modos.

—Tendrás otros dos años de libros y descanso. ¿Por qué hablas de verte privado de eso?

—Porque otros se ven privados. ¿Y qué me dices de Loa? ¿Durará otra temporada? ¿Crees que no la he visto cuando está tan

cansada que no puede andar, cuando no tiene ni fuerzas para llorar?
¿De qué me sirve la vida si es a costa de la muerte de mi hija?

—Está ese hombre—sugirió ansiosamente Arbin—. ¿Qué te parece?

—Un desconocido—musitó Grew—. Se presenta dando golpes en la puerta, surgido de la nada, es imposible entender lo que dice... ¿Quién es?

El granjero se encogió de hombros.

—Es apacible, y está mortalmente asustado. Balbucea sin cesar y después se queda acurrucado, sin moverse, perdido en alguna parte de su mente.

—¿Y si está loco? . . . ¿Y si está esquivando a las autoridades como yo mismo?

—Eso no parece probable.

Pero Arbin se removió, muy nervioso.

—Lo dices porque quieres aprovecharte de él... Bien, así pues el problema es cómo disponer de este desconocido para obtener nosotros el máximo provecho. ¿Sabes qué hacer yo? Lo llevada a la autoridad.

—¿A Chica?—Arbin se sentía horrorizado—. Eso sería la ruina.

—Ni mucho menos—dijo tranquilamente Grew—. ¿Recuerdas el videonoticiario de la semana pasada? El Instituto de Investigaciones Nucleares posee un instrumento que al parecer consigue que la gente aprenda con mayor facilidad. Quieren voluntarios. Presenta a ese hombre.

Arbin sacudió la cabeza, desesperado.

—No sé nada de eso... Pero, Grew, pedirán el número de registro, y sabes que tener las cosas en desorden es una invitación a que investiguen. En ese caso averiguarán lo tuyo.

—No equivocas, Arbin. El Instituto quiere voluntarios porque la máquina está aún en fase experimental. Estoy seguro de que no harán preguntas. Si el desconocido muere, seguramente no estará peor que ahora... Venga, Arbin, pásame el proyector de libros y pon la señal en el rollo seis.

Cuando aquella mañana Schwartz abrió los ojos fue para sentir ese dolor apagado, ese dolor que asfiaba el corazón y se nutre de sí

mismo, el dolor de un mundo familiar perdido.

En otra ocasión lo había sentido, y se produjo un destello momentáneo que dio brillo muy vivo a una escena olvidada. Él, un mozalbete, en la nieve del pueblo invernizo, con el trineo esperán-

z

23

dole, y el tren al final de ese trayecto, y después de eso, el gran barco.

El temor en parte nostálgico, en parte frustrante al mundo de lo familiar, le unió momentáneamente con aquel joven de veinte años que había emigrado a los Estados Unidos. Sin saber cómo, había decidido que todo esto no podía ser un sueño. . .

Se incorporó bruscamente en el instante que la luz situada encima de la puerta se encendió y se apagó y sonó la incomprendible voz de badtono de su anfitrión. Después se abrió la puerta y llegó el desayuno: un puré harinoso que no reconoció, aunque tenía cierto sabor a gachas de maíz (con una sabrosa diferencia), y leche.

—Gracias—dijo, y asintió vigorosamente.

El granjero dijo algo como respuesta y cogió la camisa de Schwartz, colgada en el respaldo de la silla. La examinó atentamente por todas partes, prestando atención especial a los botones. Acto seguido, tras dejarla de nuevo en la silla, abrió la puerta corrediza de un armario y Schwartz, por primera vez, percibió visualmente el cálido aspecto lechoso de las paredes.

“Plástico”, pensó, empleando ese término general con la irrevocabilidad usual en los profanos. Observó además que no había rincones o ángulos en la habitación: todos los planos se enlazaban formando una suave curva.

Pero el otro hombre estaba mostrándole objetos y haciendo gestos inconfundibles. Era obvio que Schwartz debía lavarse y vestirse.

Con ayuda e instrucciones, obedeció... Pero no encontró nada para afeitarse, y sus gestos tocándose el mentón no provocaron más reacción que un sonido incomprensible acompañado por una mirada de clara repugnancia por parte del otro hombre. Schwartz se rascó su barba cerdosa y grisácea y suspiró de forma audible.

Y luego lo llevaron a un vehículo pequeño, alargado y provisto de dos ruedas, al que le ordenaron entrar mediante gestos. El suelo empezó a moverse bajo ellos y la desierta carretera retrocedió a ambos lados, hasta que se alzaron ante Schwartz edificios bajos de color blanco chispeante. Y más allá apareció el tono azul del agua.

Schwartz señaló ansiosamente.

—¿Chicago?

Era el último jadeo de esperanza que le quedaba, porque evidentemente nada de lo que había visto se parecía menos a esa ciudad.

El granjero no dio respuesta alguna...

3 El gobernante y el gobernado

Ennius cumplía su cuarto año como procurador de la minúscula provincia de Terra. En calidad de representante directo del emperador, su posición social estaba a la par, hasta cierto punto, con la de los virreyes de los inmensos sectores galácticos que extendían irregularmente sus relucientes moles ocupando cientos de parsecs cúbicos de espacio. Ese era, quizás, un consuelo académico para su esposa y su hija.

24

Pero en realidad el cargo de procurador de Terra era apenas mejor que el exilio. Ni riquezas ni esplendor, aquí. Ninguna solemnidad regia en la que brillar, y tampoco existía el bullicio del comercio y la vida. En lugar de eso había vastos desiertos en las laderas de las montañas continentales, únicos lugares donde la radioactividad atmosférica era lo bastante baja para permitir habitación continuada. Eso y una población pendenciosa que odiaba al procurador y al Imperio y cuya enemistad inveterada, eterna, maliciosa y mortífera había que juzgar y sopesar.

Las evasiones de Ennius eran raras y escasas. Debían de ser escasas, porque en Chicago, tranquila por el momento, era necesario vestir ropa impregnada de pbmo, siempre, incluso en la cama, y tomar metabolina de forma continua.

Se hallaba platicando sobre ese mismo hecho en el antiguo Instituto de Investigaciones Nucleares, en donde estaba visitando al único terrestre del planeta al que podía tratar como igual.

—La metabolina—dijo mientras levantaba la píldora de color bermellón para examinarla—es tal vez el símbolo auténtico de todo lo que su planeta significa para mí, amigo mío. Su función es reforzar todos los procesos metabólicos mientras yo permanezco inmerso en la nube radiactiva que me rodea y que ustedes ni siquiera perciben. —Tragó la píldora—. ¡Ya está! Ahora mi corazón latirá con más rapidez, mi respiración emprenderá una carrera por su cuenta, mi hígado hervirá y se deshará en esas síntesis químicas que, me informan los expertos médicos, constituyen la fábrica más importante del organismo... Y eso lo pago después con un cerco de dolores de cabeza y lasitud.

El doctor Shekt le escuchaba con cierto aire de diversión. Normalmente se refedan a él como "Shekt el que todo lo mira de cerca", no porque llevara gafas o fuera miope, sino tan sólo porque el hábito prolongado le había llevado a la práctica inconsciente de considerar atentamente todas las cosas, de sopesar ansiosamente todos los hechos antes de opinar. Era alto y entrado en años, y su marchita silueta se encorvaba formando un interrogante.

Pero estaba muy instruido en cultura galáctica y se hallaba relativamente a salvo del hábito de la hostilidad y la sospecha universales que haían tan repugnante al terrestre típico para aquel hombre del Imperio, Ennius.

—Estoy seguro de que no la necesita—dijo Shekt—. La metabolina es simplemente una de sus supersticiones, confíeselo. Si la cambiara por pastillas de azúcar sin que usted lo supiera, no se sentiría peor, ni mucho menos.

—Lo dice en la comodidad de su ambiente... ¿Va a negar que su metabolismo básico es superior al mío?

—Sé que es una superstición del Imperio, Ennius, que nosotros, los hombres de la Tierra, somos distintos del resto de seres humanos, pero la verdad no es ésa. ¿Ha venido aquí como misionero de los antiterrestres?
Ennius gruñó.

—Por la vida del emperador, sus camaradas de la Tierra son los mejores misioneros en ese sentido. Al vivir aquí, enjaulados en su mortífero planeta, emponzoñados por su propia rabia, son simplemente una úlcera crónica en la galaxia.

"Hablo en serio. ¿Qué habitantes de otro planeta tienen tanto ritual en sus vidas cotidianas como para adherirse a él con una furia tan masoquista? No pasa un día sin que yo no reciba delegaciones de una u otra de sus instituciones exigiéndome la pena de muerte para pobres diablos cuyo único delito ha sido entrar en una zona prohibida, eludir el Sesenta o simplemente comer más de lo que les corresponde.

—Ah, pero usted siempre concede la pena de muerte. Su aversión idealista parece reacia a oponerse.

—Las estrellas son testigos de que me esfuerzo para denegar la muerte. Pero ¿qué puede hacer uno? El emperador ordena que todas las subdivisiones del Imperio sigan sin intromisiones en sus costumbres locales... Y eso es correcto y sensato, ya que resta apoyo popular a los necios que de otro modo buscaban revueltas martes y jueves alternos. Además, si me mostrara terco cuando consejos, senados y

cámaras insisten en la muerte, se alzada tal grito y habda tantos chillidos y denuncias del Imperio y todas sus obras que yo preferina dormir entre una legión de diablos durante veinte años antes que enfrentarme diez minutos a una Tierra en esas condiaones

Shekt suspiró y se rascó el escaso cabello de su cabeza

~jalá pudiera negar sus afirmaaones, procurador, pero no puedo. Sin embargo, no somos distintos de ustedes, los de los mundos exteriores. Simplemente somos más desafortunados. Estamos apir-iados aquí, en un mundo prácticamente muerto, inmerso en un mar de radiación que nos encarcela, rodeados por una galaxia inmensa que nos rechaza. ¿Qué podemos hacer contra la sensación de frustración que nos corroe? ¿Deseada usted, procurador, que enviáramos al exterior nuestro exceso de población?

Ennius se alzó de hombros.

~¿Me preocupada eso a mí? Preocuparía a las poblaciones. A ellas no les interesada caer víctima de enfermedades terrestres.

~¡Enfermedades terrestres!~Shekt frunció el ceño~. Se trata de un absurdo que deberda erradicarse. No somos portadores de muerte. ¿Ha muerto usted por estar entre nosotros?

~A decir verdad~dijo Ennius, sonriente~, hago todo cuanto puedo para evitar contactos indebidos.

~Eso es porque también usted teme la propaganda creada, al fin y al cabo, por la estupidez de sus fanáticos.

~Vaya, Shekt, ¿no tiene base aenfffica alguna la teoda de que los terrestres son radiactivos por sí mismos?

~Sí, ciertamente lo son. ¿Cómo iban a evitarlo? Igual que usted. Igual que cualquier persona en cualquiera de los cien millones de planetas del Imperio. Nosotros somos más radiactivos, en eso estoy de acuerdo con usted~ pero apenas lo bastante para causar daño a alguien.

~Pero el hombre medio de la galaxia cree lo contrario, me temo, y no siente deseos de averiguarlo experimentalmente. Además...

~Además, va usted a decir, nosotros somos distintos. No somos seres humanos, ya que mutamos con más rapidez a causa de la radiación atómica y por lo tanto hemo carnbiado en muchos aspectos... Tampoco está demostrado.

~Pero la gente lo cree.

—Y en tanto lo crea, procurador, y en tanto los terrestres seamos tratados como parias, descubrirá en nosotros las características a las que usted objeta. Si nos presionan de modo intolerable, ¿hay que extrañarse de que nos defendamos? Odiándonos como nos odian, ¿tienen derecho a quejarse de que nosotros también odiemos?... No, no, nosotros tenemos mucho más de ofendidos que de ofensores.

Ennius se sentía mortificado por la ira que había suscitado. Hasta el mejor de aquellos terrestres tenía el mismo punto débil, la misma sensación de la Tierra contra el universo entero.

—Shekt perdone mi grosería, por favor—dijo con sumo tacto—. Acepte mi juventud y mi hastío como excusas. Tiene ante usted a un pobre hombre, un joven de cuarenta (y cuarenta años es la edad de un bebé en la administración civil profesional) que está afanándose en su aprendizaje en la Tierra. Podrían pasar años antes de que los necios del negociado de Provinaas Exteriores me recuerden lo bastante para promoverme a un cargo menos mortífero. De forma que ambos somos prisioneros de la Tierra y audaces del gran mundo de la mente en donde no existen distinciones ni de planeta ni de características físicas. Déme la mano, pues, y seamos amigos.

Las arrugas del rostro de Shekt se alisaron o, más exactamente, fueron sustituidas por otras más indicativas de buen humor. El doctor se echó a reír abiertamente.

—Esas palabras son las de un suplicante, pero el tono sigue siendo el del diplomático imperial de carrera. Es un mal actor, procurador.

—En ese caso desquítese conmigo siendo un buen profesor, y hábleme de ese sinapsificador suyo.

—Vaya, ¿ha oído hablar del instrumento? ¿Es la física otra de sus aficiones?

—Cualquier conocimiento es de mi incumbencia. En serio, Shekt, me gustana mucho conocer los detalles.

El físico examinó atentamente al otro y en su rostro se reflejó la duda. Se levantó, y su mano nudosa se alzó hasta su labio, que pellizcó mientras meditaba.

—Así no sé por dónde empezar.

—Bien, por las estrellas, si está considerando por qué punto de la teología matemática va a empezar, olvidelos todos. No sé nada de sus factores de probabilidad en neuroquímica electrónica.

Los ojos de Shekt chispearon.

—Sin embargo, sabe correctamente el nombre de esa rama de las matemáticas.

—Un error. Ha sido el primero que me ha venido a la mente, y si no me hubiera parecido un galimatías, no lo habda pronunciado. ¿Qué es su sinapsificador?

—Bien, en esencia se trata de un dispositivo para incrementar la capacidad de aprender de un ser humano.

—No me diga. ¿Y funaona?

—Ojalá lo supiéramos. Los detalles básicos son éstos: el sistema nervioso del hombre y de los animales está formado por neuroproteínas, que no son más que moléculas enormes en equilibrio eléctrico muy precario. El menor estímulo excita a una molécula, que a su vez excita a la siguiente, que a su vez repite el proceso hasta que se llega al cerebro. El mismo cerebro es un agrupamiento inmenso de moléculas similares conectadas entre sí en todas las formas posibles. Puesto que hay aproximadamente diez elevado a la vigésima potencia, es decir, un uno seguido de veinte ceros, de tales neuroproteínas en el cerebro, el número de posibles combinaciones es del orden de diez factorial elevado a la vigésima potencia, un número tan impresionante que si todos los electrones y protones del universo fueran universos ellos mismos, y todos los electrones y protones de esos universos volvieran a ser universos, en ese caso todos los electrones y protones de todos los universos así creados seguirían siendo nada comparados con el número del que le hablo. . . ¿Me comprende?

—Ni una palabra, graaas a las estrellas. Aunque intentara hacerlo, ladrada como un perro por puro dolor del intelecto.

—¡Hum! Bien, en cualquier caso, lo que denominamos impulsos nerviosos es simplemente el desequilibrio electrónico progresivo que se desplaza por los nervios hasta el cerebro y luego desde el cerebro hasta los nervios. ¿Entiende eso?

—Sí.

—Bien, le felicito a usted por ser una lumbrera. Mientras ese impulso recorre una célula nerviosa, lo hace a velocidad rápida, ya que las neuroproteínas están prácticamente en contacto. Sin embargo, las células nerviosas poseen una extensión limitada, y entre una y la siguiente existe una pequeña separación de tejido no nervioso. En otras palabras, dos células nerviosas contiguas no están realmente conectadas.

—Ah—dijo Ennius—, ¿y el impulso nervioso debe saltar la barrera?

—¡Exactamente! La separación disminuye la fuerza del impulso y aminora la velocidad de su transmisión en una cantidad igual al cuadrado de su anchura. Y esto es válido igualmente para su cerebro. Imagine ahora que pudiera descubrirse algún medio para reducir la constante dieléctrica de esta separación entre las células.

—¿La constante die-qué?

—La capaada de aislamiento de la separación. El impulso salta-

28

da la brecha con más faalidad. La persona pensada más rápidamente y aprendeda más rápidamente.

—Bien, ¿funaona?

—He ensayado el instrumento con animales.

—¿Y con qué resultado?

—Caramba, que casi todos mueren por desnaturalizaación de la proteína cerebral..., por coagulación, en otras palabras, como preparar un huevo duro.

Ennius se sobresaltó.

—Hay algo inefablemente cruel en la sangre fda de la aienaa. ¿Y qué me dice de los que no han muerto?

—Nada concluyente, puesto que no son seres humanos. El peso de la evidencia parece favorable... Pero necesito hombres. Mire, todo reside en las propiedades electrónicas naturales del cerebro de un individuo. Todos los cerebros producen microcorrientes de un tipo especial. Ninguna es exactamente igual... como las huellas dactilares, o la configuraaación de vasos sanguíneos de la retina. En todo caso, esas microcorrientes son más individualizadas. El tratamiento, creo, debe tomar en cuenta eso y, si no me equivoco, no se producirá más desnaturalización... Pero no tengo seres humanos con los que experimentar. He pedido voluntarios, pero...

Extendió las manos.

—No voy a culparlos, hombre.—Y Ennius sonrió—. Pero hablando en serio, si el instrumento estuviera perfeccionado, ¿qué haría usted con él?

El físico se encogió de hombros.

—No me corresponde a mí dearlo. Dependerá del Gran Consejo.

—¿No considerará la posibilidad de ponerlo a disposición del Imperio?

—El Gran Consejo. Vaya a visitarlos.

Ennius meneó la cabeza.

—Ellos no consentinan que saliera de la Tierra una sola cosa.

¿Querrá hablar usted con ellos?

—¿Yo? ¿Qué puedo decir yo?

—Hombre, que si la Tierra es capaz de idear un sinapsificador que haga lo que usted dice, y lo pone a disposición de la galaxia, tal vez se anulen algunas limitaciones en la emigración a otros planetas.

—¿Cómo?—repuso ironicamente Shekt—. ¿Y arriesgarse a epidemias, a nuestras rarezas y a nuestra antihumanidad?

—Incluso es posible que los trasladen en masa a otro planeta—dijo Ennius sin alterarse—. Medítelo.

La luz de aviso centelleó alocadamente, y Shekt accionó el conmutador.

—¿Qué pasa?

—Doctor Shekt, tenemos un voluntario.

—¿Un qué?

—Un voluntario, doctor. Aquí hay alguien deseoso de ofrecerse para el experimento.

29

El semblante del físico se tornó macilento.

—Iré ahora mismo.—Dio la vuelta en su silla—. Tendrá que excusarme, procurador.

—Por supuesto. ¿Cuánto dura la operación?

—Es cuestión de horas. ¿Desea verla?

—No puedo imaginar algo más horroroso, mi querido Shekt. Estaré en la mansión del Estado hasta mañana. ¿Me informará de! resultado?

Shekt pareció reflejar alivio.

—Sí, desde luego.

—Perfecto... Y pienss en lo que he dicho.

En cuanto se marchó Ennius, el doctor Shekt, tranquilo y cauteloso, tocó el comunicador y un joven técnico entró corriendo con su bata blanca resplandeantemente limpia y el pelo castaño y largo recogido en la nuca.

—¿Hay realmente un voluntario?—preguntó Shekt—. ¿Un voluntario, no otro hombre enviado como de costumbre?

—Sí—fue la enfática respuesta. Acto seguido asomó un tono de precaución—. ¿Cree que seda preferible desembarazarnos de él?

—No. Voy a verlo.

Pero la mente de Shekt era un fno torbellino. Hasta la fecha, el secreto había sido total. El simple hecho de que se presentara un voluntario era inquietante... E inmediatamente después de la visita de Ennius. El mismo Shekt poseía los conocimientos más vagos posibles sobre las fuerzas enormes y nebulosas que iban a desatarse a lo largo y a lo ancho de la ajada faz de la Tierra, pero sabía lo bastante para sentirse a merced de ellas.

4 El voluntario en contra de su voluntad

Arbin estaba nervioso en Chica. Se sentía rodeado. En alguna parte de Chica, una de las mayores ciudades de la Tierra (deán que albergaba a 50.000 seres humanos), en alguna parte de la ciudad había representantes del Imperio exterior. Él jamás había visto un hombre de la galaxia, pero en Chica su cuello se retorció continuamente por temor a verlo. Si le hubieran obligado a explicarse, no habría podido aclarar cómo iba a identificar a un no terrestre en caso de que lo viera, pero creer que eran distintos en algo era una sensación arraigada incluso en sus mismos tuétanos.

Al entrar en el Instituto, miró hacia atrás por encima del hombro. Su bicicleta se hallaba aparcado en una zona al aire libre, con un cupón de seis horas asegurándole un sitio libre para el vehículo (¿era sospechosa la misma extravaganaa?)... Todo le aterrorizaba. El ambiente estaba cargado de ojos y orejas.

Si por lo menos el hombre extranjero se acordaba de permanecer oculto en el suelo del compartimiento trasero... El desconocido había asentido enérgicamente, pero ¿lo había comprendido.~?

Y sin saber cómo, la puerta estaba abierta ante él, y una voz había interrumpido sus pensamientos.

—¿Qué desea?

El tono era de impaciencia. Quizás esa voz le había hecho la misma pregunta varias veces.

Arbin respondió con voz ronca, las palabras se atascaron en su garganta como si fueran polvo reseco.

—¿Es aquí donde puede apuntarse uno para el sinapsificador?

La recepcionista alzó la cabeza bruscamente.

—Firme aquí—dijo.

Arbin se llevó las manos a la espalda.

—¿Dónde pueden darme detalles del sinapsificador?—repitió roncamente.

Grew le había dicho el nombre del instrumento, pero el término brotó de sus labios de un modo extraño, como si fuera un galimatías.

Pero le entendieron, ya que la mujer joven que atendía el mostrador apretó los labios y de una patada movió violentamente la palanca de aviso situada junto a su silla.

Arbin estaba haciendo desesperados esfuerzos para no hacerse notar y obteniendo un fracaso miserable en su opinión. Aquella chica le miraba fijamente. Se acordaría de él mil años más tarde. Y dio media vuelta, con el alocado deseo de poner fin al maldito asunto y marcharse... Pero alguien había salido rápidamente de otra sala y la recepcionista estaba señalando a Arbin.

—Un voluntario para el sinapsificador—estaba diciendo—. No quiere dar su nombre.

Arbin se volvió para mirar al recién llegado.

—¿Es usted el encargado?

—Le llevaré a verlo.—Y en tono de ansiedad agregó—: ¿Desea ofrecerse como voluntario para el sinapsificador?

—Quiero ver a la persona que está a cargo del instrumento—repuso tercamente Arbin.

El otro hombre frunció el ceño y se fue. Hubo una espera. Y por fin. . ., un dedo se movió para indicarle que entrara.

El doctor Shekt escudrinó en vano al campesino de piel rugosa al otro lado de su escritorio. Su edad, pensó Shekt, debía de ser inferior a cuarenta años, pero aparentaba tener diez más. Sus mejillas tenían un tono rojizo bajo aquel color castaño correoso, y había claros vestigios de sudor en el perfil del cuero cabelludo y en las sienes, aunque haáa fn'o en la sala. Estaba restregándose las manos.

—Bien, mi querido señor—dijo Shekt, nervioso—, no comprendo por qué insiste en estas condiciones, pero que sea como usted quiere. Puede ocultar su nombre y su residencia, y todos los detalles personales. Explíqueme tantas cosas como considere preciso, y nada más. Adelante.

El campesino agachó la cabeza, como en un gesto rudimentario de respeto.

—Gracias. La cosa es así, señor. Tenemos un hombre en la granja, un... un pariente lejano... que nos ayuda, ¿sabe usted?...

Arbin hablaba con dificultad, y Shekt asintió gravemente.

—Es un trabajador muy dispuesto, y muy buen trabajador... Teníamos un hijo, ¿sabe?, pero murió... y la buena de mi mujer y yo, ¿sabe?, necesitábamos ayuda... Ella no está bien... Casi no habríamos podido continuar sin él.

Pensó que el relato debía de parecer una auténtica confusión. Pero el enjuto científico asintió.

—¿Es a ese pariente suyo al que desea poner en tratamiento?

—Oh, sí, creía haberlo dicho ya... Pero tendrá que perdonarme si esto me cuesta un poco. Mire, ese pobre hombre no..., no está precisamente... bien de la cabeza.—Prosiguió rabiosamente—. No está enfermo, compréndame. No está tan mal como para que tengan que llevárselo. Es muy lento, ése es el problema. No habla, ¿sabe?

—¿No sabe hablar?—Shekt se asombró.

—h, sabe hablar. Pero no le gusta hacerlo. No habla bien.

El físico pareáa dudar.

—Y usted quiere el sinapsificador para mejorar su mentalidad, ¿no es eso?

Arbin asintió muy despacio.

—Si él supiera un poco más, señor, bueno, podría hacer parte del trabajo que mi mujer no puede hacer, ¿comprende?

—El podría morir, ¿comprende usted eso?

Arbin, desesperado, miró al físico, y sus dedos se retorcieron furiosamente.

—Necesitaré el consentimiento de ese hombre—dijo Shekt.

El campesino meneó la cabeza lenta, tercamente.

—El no le entenderá, doctor.—Y acto seguido, casi en voz baja, añadió en tono de apremio—: Oh, mire, señor, estoy seguro de que usted lo entenderá. Usted no parece un hombre que sepa cómo es una vida dura. Este hombre está haciéndose viejo. No es problema del Sesenta, comprenda, pero, ¿y si en el siguiente censo alguien opina que él es tonto y... se lo llevan? No queremos perderle. Pero...

—Y los ojos de Arbin giraron de forma involuntaria hacia las paredes, como si quisieran atravesarlas por simple fuerza de voluntad para detectar cuántas personas podían estar escuchando al otro lado—. Pero, ¿y si a los Antiguos no les gusta eso? Intentar salvar a un hombre enfermo puede ir en contra de las costumbres..., pero la vida es dura, señor, y ustedes pueden beneficiarse. ¿Ustedes han solicitado voluntarios?

—Sí, sí..., no tiene motivo por el que preocuparse, nos ocuparemos de usted. Suponga que lleva su coche a la parte trasera... Yo le ayudaré a entrar a su pariente.

El brazo del doctor bajó en forma amistosa hasta el hombro de Arbin, que sonrió espasmódicamente. Arbin pensó que ese brazo era una cuerda que se aflojaba de su cuello.

Shekt bajó los ojos hacia la silueta regordeta y calva que ocupaba el sofá. El paciente dormía, respiraba profunda y regularmente. Había hablado de forma incomprensible, no había comprendido nada. Sin embargo, no mostraba ninguno de los estigmas físicos de la debilidad mental. Sus reflejos eran correctos, tratándose de un hombre entrado en años.

¡Entrado en años! ¡Hum!

Shekt miró a Arbin, que no perdía detalle.

—¿Le interesaría que hiciéramos un análisis óseo?

—¡No!—exclamó Arbin. Y en voz más calmada añadió—: No me interesa nada que pueda servir como identificación.

—Nos resultaría de gran ayuda conocer la edad del paciente—dijo Shekt.

—Tiene cincuenta años—repuso lacónicamente Arbin.

El físico se encogió de hombros. No tenía importancia. Volvió a mirar al durmiente. En el momento de entrar, el paciente había estado, o había parecido estar, abatido, sumido en sus pensamientos, como si no le importara nada. Al parecer, ni siquiera las pastillas hipnóticas habían despertado sospechas. Se las habían ofrecido, el desconocido había esbozado una breve y espasmódica sonrisa y había engullido las píldoras...

El técnico se hallaba ya montando las últimas unidades, de aspecto más bien tosco que componían el sinapsificador. Después de apretar un botón, el vidrio polarizado de las ventanas de la sala de operaciones sufrió un reordenamiento molecular y se hizo opaco. La única luz era la blanca que brillaba sobre el paciente suspendido en un campo diamagnético a cinco centímetros por encima de la mesa de operaciones a la que lo habían trasladado.

Arbin continuaba sentado en la penumbra, sin entender nada pero implacablemente resuelto a impedir como fuera, mediante su presencia, las nocivas artimañas que él mismo sabía no podía impedir por carecer de conocimientos.

Los físicos no le prestaban atención. Los electrodos fueron ajustados al cráneo del paciente. Fue una tarea larga. En primer lugar un estudio de la estructura craneal a cargo del experto irlandés que permitió localizar fisuras sinuosas y muy apretadas. Shekt sonrió sombríamente en su interior. Las fisuras craneales no eran una medida cuantitativa inalterable de la edad, pero sí bastante significativas. El paciente tenía más años que los supuestos cincuenta.

Y al cabo de unos instantes Shekt dejó de sonreír. Arrugó la frente. Había otro rasgo en las fisuras. Pareían raras..., no del todo... Estuvo a punto de jurar que la estructura craneal era primitiva, una reversión, pero claro... El paciente era subnormal mental. ¿Por qué no?...

—Ponga los contactos aquí, aquí y aquí—dijo en tono de hastío al ayudante. Pinchazos minúsculos e inserción de los capilares de platino—. Aquí..., aquí...
Una decena de conexiones, atravesando la piel hasta las fisuras, a

~. ~ U ~ pLlrdlC~lo~

través de cuyo espesor podían captarse los ecos debilísimos de las microcorrientes que aparecían célula tras célula en el cerebro.

Observaron atentamente los amperímetros de precisión, vieron cómo las agujas se agitaban y brincaban conforme se efectuaban e interrumpían las conexiones. Los diminutos registradores trazaron delicadamente telarañas en el papel milimetrado, formando picos y senos Irregulares.

A continuación sacaron los gráficos y los colocaron en el cristal opalino iluminado. Sin dejar de susurrar, los expertos se agacharon para contemplarlos.

Arbin oyó fragmentos inconexos:

—... notablemente regular..., fíjense en la altura de este pico quinternario..., creo que habría que analizarlo..., bastante claro a simple vista...

Y después, durante lo que parecieron largas horas, hubo el tedioso ajuste del sinapsificador. Los mandos fueron situados en posición de micrómetro de precisión, luego fijados y finalmente grabadas sus lecturas. Una y otra vez, los diversos electrómetros fueron comprobados y surgió la necesidad de efectuar nuevos ajustes.

—Todo acabará muy pronto—dijo Shekt dirigiéndose a Arbin, mientras le sonreía.

La enorme máquina fue acercada al durmiente como un monstruo hambriento de lentos movimientos. Los técnicos suspendieron cuatro cables alargados sobre las puntas de las extremidades del paciente y pusieron en su nuca una almohadilla negra de un material sin brillo parecido a caucho endurecido cuya inmovilidad aseguraron con grapas agarradas a los hombros. Por fin, igual que dos mandíbulas gigantes, separaron los dos electrodos y los bajaron hacia aquel rostro pálido y rechoncho, de tal modo que apuntaban a las sienas.

Shekt mantuvo los ojos fijos en el cronómetro; en su otra mano sostenía el interruptor. Su pulgar se movió. No ocurrió nada visible incluso para los agudizados sentidos por el miedo del atento Arbin. Después de lo que tal vez fueran horas pero que en realidad fueron menos de tres minutos el pulgar de Shekt actuó de nuevo.

Su ayudante se inclinó rápidamente sobre Schwartz, todavía dormido, y alzó la cabeza con aire de triunfo.

—Vive.

Quedaban todavía horas por delante, durante las cuales tomaron datos suficientes para llenar las estanterías de una biblioteca, en voz baja y casi con la excitación de unos locos. Ya era más de medianoche cuando la hipodénnica cumplió su misión y los ojos del durmien-

te se agitaron.

Shekt dio un paso atrás, pálido y fatigado. Se enjugó la frente con el dorso de la mano.

—Todo va bien.—Se volvió ansiosamente hacia Arbin—. ¿Querría dejarlo con nosotros algunos días para que hagamos más comprobaciones? No le causaremos ningún daño.

Pero la mirada de alarma del otro hombre, el instantáneo brote

34

de sospecha en las arrugas de su cara eran ya de por sí respuesta suficiente.

Shekt hizo un gesto de resignación y extendió la mano derecha. Arbin la estrechó muda pero fervientemente.

l

!

l

El doctor Shekt no durmió esa noche. El sol naciente le sorprendió (o le habría sorprendido si las ventanas hubieran estado ajustadas en transparencia) todavía sentado en la sala de operaciones, sumido en reflexiones lentas y angustiosas.

La excitación y la emoción de la operación había terminado, y de nuevo había lugar para los horrores y dudas del pensamiento.

¿Le interesaba disponer de voluntarios? Había recibido órdenes de abstenerse de disponer de ellos.

Sus pensamientos emprendieron una irónica carrera. A decir verdad, oficialmente él no sabía nada sobre los objetivos estratégicos de la Sociedad de Antiguos y del primer ministro de la Tierra. Pero podía deducir muchas cosas de su actitud hacia el sinapsificador.

El instrumento había estado sometido a prueba durante dos años, y habían entorpecido las pruebas con la brusquedad típica de las precauciones oficiales, sin ningún recato... Y el secreto iba en contra del Imperio Galáctico.

Shekt disponía de siete u ocho artículos que tal vez podían ser publicados en la Revisla de Neurofisiología de Sirio. Dichos documentos se enmohecían en su escritorio. Naturalmente, no existía el secreto absoluto. Esa clase de secreto se exponía a la investigación y podía

acabar siendo intolerablemente sospechoso, tanto como una actividad. En vez de eso, se divulgaba información en un ambiente de sencilla franqueza..., si bien una información sutilmente distorsionada. El sinapsificador se había convertido en un dispositivo científico vago y nada práctico, de enorme valor como sueño pero de escaso uso.

Sin embargo, Ennius estaba interesándose. ¿Sospechaba algo del instrumento..., o de algo más importante? ¿Estaba el Imperio sospechando lo que el mismo Shekt sospechaba y temía: que la Tierra planeaba otra de sus inútiles rebeliones?

La Tierra se había sublevado tres veces en dos siglos. Tres veces, bajo la bandera de una supuesta grandeza en el pasado (los hombros de Shekt se estremecieron en un gesto de diversión amarga y silenciosa al pensar en esto), la Tierra se había alzado contra las guarniciones imperiales. Tres veces habían fracasado, por supuesto, y la Tierra, de no haber sido por la clarividencia del Imperio y porque en k-s Consejos Galácticos imperaban los estadistas, habría sido eliminada sangrientamente de la lista de planetas habitados.

Pero. .., ¿una cuarta vez? Imposible.

En ese caso, ¿por qué esa actitud hacia el sinapsificador? ¿Y cuál era el motivo de otros hechos? La secta de los zelotes estaba actuando de nuevo, tocando una vez más los tambores del mítico pasado imperial de la Tierra, difundiendo otra vez su odio a los habitantes del espacio exterior. Y el Consejo de Antiguos lo toleraba.

35

¿Estaban locos? ¿O fantásticamente cuerdos? ¿Pensaban usar el sinapsificador para crear una raza de superintelectos? Era una idea grandiosa: un mundo de genios artificiales vengándose de los agravios de hacía mil siglos. --

Pero no, eso costaría tiempo. ¿Quién iba a saberlo mejor que él? Quizá someter a tratamiento a ciertos hombres clave..., los que iban a ser importantes...

Los pensamientos de Shekt descendieron a la Tierra. ¿Y aquel hombre al que acababa de operar? Ese voluntario que se había presentado pese a la débil campaña publicitaria ideada tanto para no despertar sospechas como para disuadir a posibles voluntarios, de modo que sólo pasaran la prueba los voluntarios "de confianza" enviados por el primer ministro. ..

Quizá..., quizá debía informar de ello al primer ministro. Tal vez debía haberle consultado antes de actuar. Un espasmo de miedo le sobrecogió. Tenía cincuenta y ocho años. El próximo censo sería su fin, a menos que el primer ministro ordenara lo contrario..., y Shekt deseaba vivir aunque fuera en aquella miserable y ardiente bola de

barro que era la Tierra. ..

Su mano se extendió hacia el comunicador y Shekt tecleó la combinación que le pondría en contacto directo con las habitaciones privadas del primer ministro.

De lava y roca

El primer ministro era un hombre de lava y su secretario era un hombre de roca. Dos hombres en una cáscara, aunque las nueces estuvieran formadas de metáfora. El contraste quizá no era demasiado anormal, como se verá...

El primer ministro era el terrestre más importante de la Tierra, gobernante reconocido del planeta mediante decreto directo y definido del emperador de toda la galaxia..., lógicamente sometido a las órdenes del procurador imperial. El secretario no era nadie, en realidad, tan sólo un miembro más de la Sociedad de Antiguos, designado por el primer ministro para encargarse de ciertos detalles y, en teoría, destituible a voluntad.

El primer ministro era reconocido en la Tierra entera y considerado como el árbitro supremo en cuestiones de hábitos. Él anunciaba quién quedaba libre del Sesenta y él juzgaba a los infractores del ritual, a quienes desafiaban los programas de racionamiento y producción, a los invasores de territorios prohibidos, etcétera, etcétera. El secretario no era conocido por nadie, ni siquiera de oídas, excepto por la Sociedad de Antiguos y, naturalmente, por el mismo primer ministro.

El primer ministro dominaba el lenguaje y pronunciaba discursos con frecuencia, discursos de contenido muy emotivo y con un copioso flujo de sentimientos. El secretario prefería las palabras cortas a las largas, un gruñido a una palabra y el silencio a un gruñido.

Por todo ello podría parecer raro que, en el caso del relato, es decir, cuando el doctor Shekt se enfrentó a los dos, fuera el secretario al que dirigiera su férrea mirada.

Aproximadamente había transcurrido un mes desde el experimento con el "voluntario" (en el pensamiento de Shekt el incidente era considerado así, sin excluir las comillas) y durante ese tiempo el físico había notado cómo iba aumentando la presión sobre su garganta.

Y el primer ministro estaba sentado en el rico tejido de su sillón y tocaba suavemente con su blanda mano uno de los brazos tapizados. El secretario se hallaba de pie detrás de él, con los ojos velados y totalmente inmóvil.

—Lamentamos más que nunca que ocurriera ese incidente, doctor Shekt—dijo el primer ministro.

El físico sintió que perdía la respiración. Fue incapaz de esbozar ni tan siquiera una forzada sonrisa o una mirada de inexpresiva ecuanimidad.

—¿Hay pruebas, pues, de las sospechas de vuestra sabiduría?
—preguntó débilmente.

—Caramba, pruebas que consideramos lo bastante importantes como para no poder conciliar el sueño. Hemos localizado a su hombre. . . Reside cerca de su ciudad. . . Un campesino. . . Él. . ., su esposa. . . ese familiar. Según los archivos, son tres. Un hijo muerto, tal como él mismo declaró. El tercer hombre tiene más de cincuenta años, como también declaró.—Alzó la mirada hacia el secretario—. ¿No es así?

Y el secretario bajó y subió la cabeza una sola vez.

Shekt alzó una mano antes de hablar.

—Pero en ese caso...

—Ah, sí. Pero sondee un poco más. ¿Es probable que el Imperio, en sus planes respecto a nosotros, utilice falsedades toscamente falsas? Más bien espera que esas falsedades sean lo más parecido a la verdad. Hemos investigado más atentamente los archivos..., y el campesino cuadra con la descripción y su esposa también. Pero el tercer hombre, el hombre, no. El individuo de nuestros archivos es el padre de la mujer. Es alto, moreno, no es calvo y disponemos de su fotografía tridimensional, la forma de su retina y la conformación de su sangre. El hombre de usted, como sabe, es bajito, grueso, calvo y su rostro y atributos personales no constan en nuestros archivos.
—Alzó los ojos otra vez—. ¿No es así?

El secretario asintió una sola vez.

—Pero. . ., ¿entonces quién es?—preguntó Shekt.

—También usted siente curiosidad, ¿eh? Caramba, es algo digno de despertar la curiosidad a cualquiera, ¿no? Tenga en cuenta que ese hombre no consta en ninguno de nuestros archivos sobre hombres vivos.

Shekt se removió en la silla incómodamente dura reservada para las personas que tenían el honor de una audiencia y aún tenían valía suficiente para recibir cierta consideración.

—Vaya, su sabiduría, deduzco una explicación que no implica nada demasiado anormal.

—Me gustaría escucharla.

—Podría ser que el padre político de este hombre, es decir, el campesino, muriera hace poco y que su muerte no fuera dada a conocer. El otro, el que pasó el experimento, un desconocido, un pariente lejano, un amigo o lo que sea, podía verse expuesto al Sesenta. Para eludir al menos el próximo censo estará ocupando el lugar del padre político.

El redondeado semblante del primer ministro esbozó la sonrisa suave y cínica típica del hombre que estudia la virtud humana y averigua que equivale a cero.

—Así pues, el campesino y su esposa arriesgaron sus vidas a quebrantar las costumbres.

—Ahí podría entrar en juego el sinapsificador. Presentando voluntario a ese hombre, esperaban librarlo del Sesenta y asegurarse inmunidad por su delito.

El secretario abrió la boca y emitió un sonido similar al de una rana croando. El primer ministro se apresuró a volver la cabeza.

—¿Qué ocurre?

El secretario habló, con voz fría y concisa.

—Pero hemos localizado al padre político, vivo, parálítico, también intentando eludir el Sesenta.

—En ese caso debían esperar también la exención de él—replicó prestamente Shekt.

—En el mes transcurrido desde el experimento—dijo el primer ministro en tono dulce mientras se inclinaba hacia delante—, nada se ha sabido de estas personas por lo que respecta a exenciones, inmunidades o cosas parecidas.

—En ese caso, lo único que deben querer es otro trabajador en la granja, y les falta valor para formular cualquier clase de solicitud.

—El doctor Shekt experimentó una repentina desesperación—. Su sabiduría, creo sinceramente que estas personas son terrestres honrados. Si intentan engañar, es por salvar la vida. Les di mi palabra de que estarían protegidos...

—La palabra de usted no me compromete a nada—espetó el primer ministro—. ¿Quién le ha concedido el derecho a ofrecer protección? ¿Está luchando por la vida de esas personas, o por la de usted?

Los ojos de Shekt descendieron involuntariamente hacia el suelo

ante la mirada de ira del otro hombre.

—Sin embargo—dijo—, el experimento reforzó mis conocimientos sobre el sinapsificador, y eso debería ser útil para la Tierra entera. Es digno de recompensa.

—También es digno de recompensa por parte del Imperio.

Shekt se soliviantó.

—¿Pretende decir que he tenido algún trato con el Imperio al respecto?

—Ennius fue a verle. Se trata de un hecho probado.

—Ya le hablé de eso ~ijo Shekt, paciente—. El invento debía interesar al Imperio. Ennius fue bastante franco. Me preguntó sin ambages si yo estaba dispuesto a poner el instrumento a disposición del gobierno central. Ya le comuniqué su oferta, libertad para la Tierra, trasladarnos a otro planeta.

Una vez más el secretario croó, y Shekt se sobresaltó. Pensó que aquel hombre, al croar, pretendía reírse. El primer ministro frunció un labio.

—Sí- el Imperio es generoso en sus promesas pero, ¿habla de libertad concedida libremente por el amo al esclavo? ¿Está soñando? Les entregamos el sinapsificador y ellos, qué cosa tan extraña, qué cosa tan misteriosa, olvidarán una vez más que existe una Tierra. ¿Qué me dice de las promesas de alimentos durante la época de hambre que sufrimos hace cinco años? Los embarques fueron rechazados porque no tenemos créditos imperiales, y nadie habría aceptado productos terrestres ya que están contaminados radiactivamente. ¿Y los créditos imperiales? Cien mil personas murieron de hambre.

Shekt respiraba con dificultad.

—Si nosotros no hubiéramos sido tan tercos y hubiéramos llegado a un acuerdo en la cuestión de. . .—dijo en tono sofocado.

El primer ministro dejó caer su puño sobre el escritorio que se interponía entre él y el físico y se levantó, reluciente con su capa roja.

—Silencio. ¿Pretende librar al Imperio Galáctico del sentimiento de culpabilidad por las vidas terrestres perdidas? Tenga cuidado, doctor Shekt. Ese sentimiento de culpabilidad tendrá pronta recompensa, y también recaerá la venganza sobre las cabezas de los terrestres renegados que...

Quizás el secretario tosió casi inaudiblemente, o tal vez dio un codazo a su superior. Fuera como fuera, se produjo una pausa y acto seguido un cambio de tono.

—Suponga—prosiguió fnamente el primer ministro—que ese Ennius va a verle y mete su nariz de patricio de los mundos exteriores en el sinapsificador. Y piense que mientras él hace tal cosa, un campesino se presenta con claras pruebas de agitación y presenta, como sujeto de una prueba, un hombre que no es de la Tierra... Sí, ¿por qué se finge boquiabierto? Un hombre que no consta en nuestros archivos no es de la Tierra. ¿No ve ninguna relación?

Shekt no contestó.

—Usted publicará un artículo—dijo el primer ministro con firme autoridad—. Hasta cierto punto, el sinapsificador constituye un éxito. Ha logrado resultados débilmente positivos con un solo hombre, resultados no decisivos con otros, ha causado la muerte a unos cuantos. Proporcione detalles poco importantes, tantos como quiera mientras transmitan convicción sin información. Recuerde, no hay que suscitar excesivo interés... Y si Ennius o cualquier habitante de la galaxia vuelve a visitarle..., no se vaya de la lengua. Recuerde que el Sesenta le afectará dentro de poco, y que no estamos satisfechos con usted.

39

Shekt, pálido y encogido, bajó la cabeza y no contestó. Era el final de la entrevista.

Y el primer ministro y el secretario quedaron a solas, y el segundo tomó asiento descuidadamente en la silla ocupada hasta entonces por el doctor Shekt. El brillo y el fuego se habían apagado de momento en el semblante del primer ministro. Su aspecto era simplemente el de una persona preocupada.

—¿Crees que ese hombre es de confianza, hermano? ¿Eh?

El secretario se alzó de hombros y gruñó sin el respeto y la admiración que por fuerza merecía un primer ministro. Ese tratamiento, "hermano", era prueba suficiente de pertenencia a la poderosa Sociedad de los Antiguos.

—Una palabra a Ermius, hermano, y podrían aniquilarnos—continuó el primer ministro—. Este Shekt es un integracionista. Ya has oído sus observaciones sobre el hambre. Los cobardes que creen en la conciliación son peligrosos.

La fn'a impasibilidad del semblante del secretario impidió la expresión de más dudas.

—Shekt no sabe nada de nuestros planes—dijo—. Shekt es, como tú dices, un cobarde y en consecuencia puede arder por dentro, pero guardará silencio..., y todavía nos hace falta.—El secretario prosiguió en tono decidido—: Además, no constituye ni la mitad de peligro que esos necios de los altos cargos, los que vierten torrentes de palabren'a que no contienen más que gotitas de sentido común.

Los pómulos del primer ministro se encendieron.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a tu discurso sobre sentimientos de culpabilidad y venganza. Nuestra arma principal es que nadie podría concebir una victoria de la Tierra sobre la galaxia. Nuestra debilidad, clara e inmensa, es nuestra fuerza, porque ellos no nos vigilan. Dejémoslo así, su supuesta sabiduría. No amenazas. Y no te preocupes por el sinap-sificador. Incluso ese tema es secundario.

El primer ministro tragó saliva, y el brillo de odio de sus ojos, si se hubiera transformado en actos, habn'a sido la ruina para el secretario. Pero eso era imposible y todas las personas implicadas lo sabían.

—Bien, ¿y ese espra?—preguntó el primer ministro—. Ese agente T, como tú lo denominas.

—Nada. Vigilaremos y aguardaremos. Fue demasiado fácil localizarlo. No hace esfuerzo alguno para ocultarse ni para ponerse en contacto con Ennius.

El primer ministro meditó unos instantes. Sus dedos, largos y muy cuidados, se alzaron hacia el labio inferior y lo pellizcaron.

—Pretendes decir que esperan que atrapemos al espía.

—¡Ah!—Y el secretario croó secamente—. Estás absorbiendo sabiduría. No hay duda. Y por tanto, no haremos eso. Vigilaremos... y aguardaremos.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que Ennius haga la siguiente jugada..., o hasta que estemos preparados, en cuyo caso nuestra jugada será la última.

Y esbozó una extraordinaria sonrisa, ya que tenía tanto humor como dulzura tiene un lirnón.

Y el secretario quedó a solas. Se dejó caer perezosamente en el sillón blando y magnífico ocupado anteriormente por el primer ministro. Su mirada distante se centró en el techo, sus manos quedaron cruzadas suavemente en su regazo y sus pensamientos erraron con

suma agudeza.

La naturaleza exacta de esos pensamientos no sería precisamente correcta en la narración ordenada de la historia, pero dichos pensamientos guardaban escasa relación con el doctor Shekt, el primer ministro e incluso Ennius.

En lugar de esos personajes, apareció la imagen de un planeta, Trantor, desde cuya metrópoli inmensa, tan grande como un planeta, se gobernaba la galaxia entera. Y también la imagen de un palacio cuyos chapiteles y extensos arcos el secretario jamás había visto, que ningún otro terrestre había visto. El secretario pensó en las líneas invisibles de poder y gloria que iban de sol en sol formando cordeles, cuerdas y cables hasta llegar al palacio central y aquella abstracción, el emperador, que al fin y al cabo era simplemente un hombre.

Su mente se concentró en esa idea, la idea de un poder que tan sólo podía conferir una divinidad en el transcurso de la vida, se concentró en un personaje que era simplemente humano.

¡Simplemente humano! ¡Como él mismo!

6 La mente que camb~o

El momento del cambio parecía difuso en los recuerdos de Joseph Schwartz. Primero aquel miedo aniquilador, tan extraño y raro en su mente como la imagen de la misma Chicago. El viaje a Chica y el final insólito y enmarañado. Schwartz pensaba en eso con frecuencia.

En primer lugar, aquel viaje había sido la única vez que había abandonado la granja durante el medio año transcurrido desde el incidente inicial. En segundo lugar, el recuerdo parecía detenerse bruscamente. . .

En muchas ocasiones había intentado rastrear aquel recuerdo, paso a paso, centímetro a centímetro, despacio, como para captar por mera insistencia la clave del cambio que se había producido a partir de entonces.

En muchas ocasiones, en su pensamiento, el hombre delgado a cargo de aquel local le había ofrecido la píldora blanca y elipsoidal. Él la había cogido y tragado con rapidez. Una droga, desde luego. Para curar, para matar, para nada. A él no le importaba entonces.

Y después...

Bien, y después...

Ahí concluía la claridad y empezaban a mofarse de él los recuerdos irregulares y fragmentados. A partir de ese instante no recordaba

nada aparte del campesino..., y los dolores de cabeza. No, en realidad no eran dolores de cabeza. Palpitaciones, más bien, como si una dinamo oculta en su cerebro se hubiera puesto en marcha y, con su funcionamiento desacostumbrado, provocara la vibración de todos los huesos de su cráneo.

Allí estaba Grew en su silla de ruedas, junto a la cama de Schwartz, repitiendo palabras y señalando o haciendo gestos. Y un día el desconocido dejó de decir tonterías y empezó a hablar inglés... O mejor dicho él, Joseph Schwartz, había dejado de hablar inglés para empezar a decir tonterías..., que con el tiempo dejaron de serh.

Posteriormente, cuando el otoño tinó todo de dorado, las cosas volvían a ser claras y Schwartz estaba en el campo, trabajando. Era sorprendente cómo había aprendido el oficio. Jamás cometía un error. Había máquinas complicadas que él logró manejar sin dificultad tras una simple explicación.

Schwartz esperó la llegada del tiempo frío, y el fno nunca se presentó. El invierno lo pasó desbrozando terrenos, fertilizando, preparando de muchas formas la siembra primaveral.

Preguntó a Grew, trató de explicarle qué era la nieve, pero el inválido se limitó a mirarle fijamente y le dijo: "Agua helada que cae como la lluvia, ¿eh? ¡Ah, nieve! En otros planetas, dicen... Aquí, no".

Schwartz vigiló la temperatura a partir de entonces y descubrió que apenas variaba de un día a otro y, sin embargo, los días se acortaban primero y se alargaban después como podía esperarse en un lugar septentrional, por ejemplo, tan septentrional como Chicago. Y Schwartz dudó que estuviera en la Tierra.

Intentó leer algunos de los fibrofilmes de Grew, pero desistió. Las personas seguían siéndolo a pesar de todo, mas las minucias de la vida cotidiana, cuyo conocimiento se daba por supuesto, las alusiones históricas y sociológicas que carecían de sentido para él..., todo esto le hizo desistir.

Los acertijos se sucedieron: las lluvias uniformemente cálidas, las bruscas órdenes que recibía para mantenerse apartado de ciertas zonas... Por ejemplo, una tarde acabó sintiéndose intrigadísimo por el brillo del horizonte, el fulgor azul que aparecía hacia el sur.. .

Se escabulló después de cenar y, cuando había recorrido menos de dos kilómetros, el zumbido casi inaudible de un vehículo de dos ruedas sonó tras él, junto con los furiosos gritos de Arbin. Se detuvo y éste lo llevó de nuevo a la casa.

Después, mientras medía la habitación con sus pasos, Arbin le

dijo que no se acercara a ningún brillo nocturno. Schwartz preguntó sin alterarse: “¿Por qué?”. Y obtuvo una respuesta vivamente mordaz: “Porque está prohibido”.

Pero esa noche fue muy importante para Schwartz, puesto que durante aquellos dos kilómetros escasos hacia el resplandor conoció el contacto mental. Jamás había sido capaz de describirlo a otra persona. No había visto a nadie, no había oído a nadie, no había sido precisamente un contacto.

No... Había sido algo parecido a un contacto, pero no en parte alguna de su organismo. En su cerebro... No exactamente un contacto, más bien una presencia, algo que había allí.

Y la rareza se repitió cada vez con más frecuencia.

Tan sólo desde hacía un mes se había dado cuenta de que siempre sabía cuándo Arbin o Loa estaban en la casa, incluso cuando no tenía motivos lógicos para saberlo. Era muy difícil considerar anormal el caso, ya que parecía tan natural...

Schwartz hizo pruebas y descubrió que él sabía con exactitud dónde estaban los miembros de la familia..., en cualquier momento. Podía distinguirlos, ya que el contacto mental difería según la persona.

No comentó nada al respecto.

Al empezar la primavera percibió el contacto durante la siembra: el contacto original, el que notó durante el breve paseo hacia el resplandor. Esa tarde fue a buscar a Arbin.

—¿Qué hacemos con esa zona de bosques, al otro lado de South Hills, Arbin?—preguntó.

—Nada—fue la áspera respuesta—. Es terreno minister--

—¿Qué es eso? f ~

Arbin se mostró irritado. / ~, ~ b

—Pertenece al primer ministro. ~

—Pero no está cultivado.

—No está previsto para cultivo.—Arbin hablaba en t~*Oescan- ~ .
dalizado—. Fue un gran centro... en otros tiempos. ~ ~ ~f

—¿Muy antiguo? ¿Cómo se llamaba? ___ i

Las preguntas brotaron con rapidez, como la respiración de Schwartz.

Pero Arbin, impaciente, restó importancia al tema.

—No sé de qué época. Y sólo los hombres instruidos, la Sociedad de Antiguos, conocen los nombres de los centros antiguos. De todas fornas, ¿a ti qué te importa? Mira, Joseph, si quieres seguir aquí sin

problemas, no seas tan curioso. Atiende tu faena.

—¿Vive alguien allí?

—¡No!

Arbin se fue.

Pero el contacto mental extraño procedía de allí, y poseía un rasgo amenazador que intranquilizó a Schwartz.

Por entonces, él se sentía más joven. No en sentido físico, a decir verdad. Tenía menos barriga y más hombros. Sus músculos eran más duros y elásticos y su digestión había mejorado. Todo ello como resultado del trabajo al aire libre; pero había algo más. Su forma de pensar.

Los hombres entrados en años tienden a olvidar cómo pensaban en su juventud, olvidan la rapidez del salto mental, la osadía de la intuición juvenil, la agilidad de su entendimiento. Se acostumbran a las variedades más laboriosas de la razón, pero puesto que este detalle está más que compensado por la acumulación de experiencia, los viejos se consideran más inteligentes que los jóvenes.

Mas Schwartz conservaba la experiencia y además descubrió con gran placer que podía entenderlo todo rápidamente. Poco a poco pasó de seguir las explicaciones de Arbin a preverlas, a dar un salto más allá. Y en consecuencia, se sentía joven de un modo mucho más sutil que el que podría haberle proporcionado cualquier medida de excelencia física.

Y con la siembra ya terminada, Schwartz pensó que necesitaba averiguar... ciertas cosas. Por fin, una noche de primavera mientras jugaba una partida de ajedrez con Grew en la glorieta, lo hizo.

El ajedrez, curiosamente, no había cambiado, aparte del nombre de las piezas. Grew le habló de variantes, tales como el ajedrez para cuatro jugadores en el que cada contendiente disponía de un tablero comunicado con los demás por las esquinas, con un quinto tablero para llenar el hueco central a modo de tierra común de nadie. Existía el ajedrez tridimensional: ocho tableros transparentes colocados uno encima de otro, las piezas se movían en tres dimensiones en lugar de las dos anteriores, su número era doble y la victoria ocurría al producirse un jaque simultáneo de ambos reyes enemigos. Incluso existían variantes populares en las que la posición original de los trebejos se decidía tirando los dados, con casillas especiales que conferían ventajas o desventajas a las piezas que las ocupaban, con nuevas piezas de extrañas particularidades, etcétera.

Pero el ajedrez en sí, el primitivo e inalterable, era el mismo..., y

el enfrentamiento entre Schwartz y Grew había completado las cuatro primeras partidas.

Cuando empezó a jugar, Schwartz tenía escasos conocimientos de las jugadas y perdió las primeras partidas. Pero la situación varió y las partidas fueron cada vez más distintas, en cuanto Schwartz empezó a ganar. De modo gradual, el juego de Grew se hizo lento y precavido, y el inválido se habituó a dejar el tabaco de su pipa reducido a relucientes ascuas en los intervalos entre jugadas..., hasta que la partida concluía en estruendosa y lamentable derrota.

Grew conducía las blancas y su peón estaba ya en 4R. Schwartz tomó asiento y suspiró mientras el crepúsculo progresaba. Conforme él iba entendiendo cada vez más la naturaleza de las jugadas del rival, incluso antes de que las ejecutara, las partidas habían ido perdiendo interés. Era como si Grew tuviera una ventana en el cráneo.

Utilizaban un "tablero nocturno" que en la oscuridad emitía un resplandor escaqueado de tonos azules y anaranjados. Los trebejos, figuras ordinarias y defonmes de barro rojizo a la luz del día, sufrían una metamorfosis por la noche. La mitad estaban sumidos en una blancura cremosa que les confería el aspecto de porcelana fina y reluciente, y el resto despedía minúsculos resplandores chispeantes de color rojo.

Las primeras jugadas fueron rápidas. El peón de rey de Schwartz se situó delante del peón enemigo. Grew sacó el caballo dc rey a 3A. Schwartz replicó llevando el CD a 3A. Después, el alfil blanco saltó a SCD y el PTD negro ocupó la tercera casilla para hacer retroceder a 4T a la pieza rival. Acto seguido avanzó el otro caballo a 3A.

Las brillantes piezas se deslizaban por el tablero con espectral voluntad propia ya que los dedos que las aferraban desaparecían en la noche.

En ese momento, Schwartz habló bruscamente con voz tensa.

—¿Dónde estoy?

Grew alzó la cabeza mientras situaba el caballo de dama en 3A.

—¿Cómo?

—¿Qué planeta es éste?—preguntó Schwartz jugando A2R.

—1.~ Tierra—fne l:~ hreve conectaci~Sn. v ~'lrew ce enrocó con gran ceremonia.

Primero se movió la alta figurilla que era el rey y luego la pesada torre pasó por encima de la antenor y se posó al otro lado.

Era una respuesta totalmente insatisfactoria. Schwartz tradujo mentalmente "Tierra", el término empleado por Grew. Pero ¿qué era "Tierra"? Cualquier planeta es "Tierra" para los que lo habitan. Avanzó dos pasos el peón de caballo de dama y de nuevo el alfil de Grew tuvo que retirarse, en esta ocasión a 3C. A continuación ambos jugadores, aprovechando su turno, avanzaron una fila el peón de dama, los dos dando libertad de acción a su otro alfil para la batalla que pronto se iniciaría en el centro.

—¿En qué año estamos?—preguntó Schwartz, con tanta calma y naturalidad como pudo.

Grew hizo una pausa. Tal vez estuviera sorprendido.

—¿Qué tienes en la cabeza hoy? ¿No quieres jugar? Estamos en el año 827 de la E. G. ¿Estás satisfecho con eso?

Contempló el tablero con aire ceñudo y desplazó bruscamente su caballo de dama a SD,* el primer ataque. Schwartz lo eludió con rapidez, llevando a 4T su caballo de dama a modo de contraataque. Y la refriega cobró importancia. El caballo de Grew capturó el alfil, que brincó hacia arriba en un baño de fuego rojo para caer emitiendo un brusco "clic" en la caja donde permanecería, cual guerrero enterrado, hasta la próxima partida. Y el caballo conquistador cayó al instante ante la dama negra. En un momento de extremadas precauciones, el ataque de Grew vaciló y las blancas movieron el otro caballo al abrigo de IR, donde era relativamente inútil. El caballo de dama de Schwartz repitió el primer cambio, capturando el alfil y cayendo presa a su vez del peón de torre.

—¿Qué es E . G. ?—inquirió tranquilamente Schwartz después de otra pausa.

—¿Cómo?—se extrañó el malhumorado Grew—. ¿Aún sigues

* Es obvio que Asimov olvida constatar una jugada, ya que correspondía jugar a Schwartz. Por el posterior desarrollo de la partida, no hay duda de que las negras se han enrocado. (N. del T.)

45

sin saber en qué año estamos? Bien, es el 827 de la Era Galáctica. 827 años desde la fundación del Imperio Galáctico, 827 años desde la coronación de Frankenn I... Te toca—concluyó estruendosamente.

Pero el caballo que Schwartz sostenía estaba engullido por la presa de su mano. Se sentía furiosamente frustrado.

—Por favor. . .—dijo, y dejó el caballo en 2D—. ¿Conoces alguno de estos nombres: Asia, América, los Estados Unidos, Rusia, Euro-

pa...?

Estaba buscando identificación a tientas.

De pronto, en la oscuridad, la pipa de Grew se transformó en un fulgor rojo y la difusa sombra del inválido se inclinó sobre el reluciente tablero como si fuera ella, de las dos, la que tuviera menos vida.

Schwartz lo intentó de nuevo.

—¿Sabes dónde podn'a encontrar un mapa?

—No hay mapas ~ruñó Grew~, a menos que desees arriesgar el cuello en Chica. No soy geógrafo. Jamás había oído los nombres que has mencionado.

Otra vez la vaga amenaza que parecía pender siempre sobre él: ". . . arriesgar el cuello. ..".

—El sol tiene nueve planetas, ¿no es cierto?—preguntó con aire de duda.

—Diez—fue la inflexible respuesta.

Schwartz vaciló... Bien, podían haber descubierto otro planeta. Contó con los dedos antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Qué me dices del sexto planeta? ¿Tiene anillos?

Grew estaba avanzando dos casillas el peón de alfil de rey y Schwartz hizo lo propio al instante.

—¿Te refieres a Saturno?—replicó Grew—. Naturalmente que tiene anillos.

Estaba calculando. Podía capturar el peón de alfil o el de rey y las consecuencias de ambas réplicas no eran demasiado claras.

Pero por lo que a Schwartz incumbía, seguro ya de la identidad de la Tierra, la partida de ajedrez ni siquiera era una menudencia. Las preguntas temblaban en la superficie interna de su cráneo y una de ellas se escapó.

—Y tus librofilmes ¿son reales? ¿Existen otros mundos? ¿Con gente?

Grew levantó la vista del tablero, y sus ojos escudriñaron en vano en la penumbra.

—¿Hablas en serio?

—¿Existen?

. ¡ Por la galaxia! Creo que no lo sabes realmente.

Schwartz se sintió humillado por su ignorancia.

—Por favor...

—Naturalmente que existen otros mundos. ¡Millones! Todas las estrellas que ves tienen planetas, y todavía hay más que tú no ves. Todos forman parte del Imperio.

Muy suave, en su interior, Schwartz captó el eco tenue de las vivas palabras de Grew conforme iban pasando, chispeantes, de una mente a otra. Notaba que los contactos mentales iban reforzándose con el paso de los días. Pronto, tal vez, sería capaz de escuchar mentalmente esas suavísimas palabras incluso cuando la persona que las pensaba no estuviera hablando.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ocurrió todo eso, Grew?
—preguntó roncamente—. ¿Cuánto tiempo desde que sólo existía un planeta?

—¿Qué pretendes decir?—Grew se mostró repentinamente precavido—. ¿Eres miembro de los Antiguos?

—¿De qué? No soy miembro de nada..., pero la Tierra fue el único planeta hace tiempo, ¿no?... Bien, ¿no es cierto?

—Eso dicen los Antiguos—dijo Grew con tono severo—. Pero ¿quién lo sabe? ¿Quién lo sabe realmente? Por lo que yo sé, esos mundos de ahí arriba han estado ahí arriba a lo largo de toda la historia.

—Pero, ¿cuántos años representa eso?

—Miles de años, supongo. Cincuenta mil, cien mil... No puedo asegurarlo.

¡Miles de años! Schwartz notó un gorgoteo en su garganta y lo reprimió, aterrorizado. ¿Tanto tiempo entre dos pasos? ¿Un suspiro, un momento. una décima de segundo... y él había saltado miles de años?

Pero Grew estaba jugando ya. Capturó el peón de alfil enemigo y Schwartz, casi como un autómatas, anotó mentalmente el hecho de que esa opción era la incorrecta. Las jugadas encajaban en su cerebro sin ningún esfuerzo consciente. Su torre de rey se lanzó hacia delante

para tomar el peón doblado. El caballo blanco se situó de nuevo en 3A. El alfil de Schwartz avanzó a 2C, quedando en libertad de acción. Grew respondió al instante colocando su alfil en 2D.

Schwartz hizo una pausa antes de lanzar el ataque final.

—¿La Tierra sigue siendo la dueña?—preguntó.

—La dueña ¿de qué?

—Del Imp...

Pero Grew levantó la cabeza con un rugido que hizo temblar los trebejos.

—Escucha, tú, ¿adónde quieres ir a parar? Los Antiguos afirman que lo fue hace tiempo, pero ¿lo parece?

Se oyó un suave zumbido mientras la silla de ruedas de Grew daba la vuelta a la mesa. Schwartz notó unos dedos que aferraban su brazo.

—¡Mira! ¡Mira ahí!—La voz de Grew era un chirrido musitado—. ¿Ves el horizonte? ¿Ves cómo brilla?

—Sí.

—Eso es la Tierra, la Tierra entera. Excepto en algunos sitios donde existen zonas como ésta.

—No lo entiendo.

46

~

47

—La corteza terrestre es radiactiva. El suelo resplandece, siempre lo ha hecho, siempre lo hará. No puede crecer nada. Nadie puede vivir... ¿De verdad no sabes eso? ¿Por qué supones que tenemos el Sesenta?

El parálítico se calmó. Su silla dio la vuelta a la mesa en sentido contrario.

—Te toca jugar.

¡El Sesenta! Otra vez aquella frase y siempre con el contacto mental de amenaza indefinida. Las piezas de ajedrez de Schwartz se movieron solas mientras él se formulaba preguntas con el corazón encogido. Su peón de rey capturó el de alfil del rival. Grew situó el caballo en 4D y la torre de Schwartz eludió el ataque en 4C. El caballo blanco siguió atacando desde 3A y las negras evitaron la captura llevando la torre a 5C. Pero el peón de torre rey de Grew

avanzó tímidamente una casilla y la torre de Schwartz se lanzó al ataque. Capturó el peón de caballo blanco, dando jaque al rey. Grew se apresuró a tomar la pieza, mas la dama enemiga cubrió la baja al instante desplazándose a 4C y dando jaque. El rey blanco se escabulló en 1T y Schwartz avanzó su caballo, situándolo en 4R. Grew colocó la dama en 2R en vigorosa tentativa de mover sus defensas y Schwartz replicó poniendo la dama dos casillas más adelante, en 6C, de tal modo que la lucha era ya cuerpo a cuerpo. Grew no tenía elección: colocó la dama en 2C y las dos soberanas quedaron frente a frente. El caballo negro dio en lo vivo al tomar el del rival en 6A, y cuando el atacado alfil blanco se colocó rápidamente en 3A, el caballo volvió a SD. Grew dudó unos instantes y luego su dama se desplazó por la gran diagonal para tomar el alfil contrario.

Y Grew hizo una pausa y suspiró de alivio. Su astuto rival tenía la torre en peligro con un jaque en perspectiva, mientras la dama blanca estaba lista para hacer estragos. Y tenía ventaja de una torre por peón.

—Tú juegas—dijo con satisfacción.

—¿Qué. . ., qué es el Sesenta?—preguntó por fin Schwartz.

El tono de Grew fue de viva hostilidad.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Por favor—fue la humilde respuesta—. Soy un hombre sin malicia. No sé quién soy, ni qué me ha ocurrido. Tal vez soy un caso de amnesia.

—Muy probable—fue la desdeñosa réplica—. ¿Estás huyendo del Sesenta? Di la verdad.

—¡ Pero si te aseguro que desconozco qué es el Sesenta !

La voz transmitía convicción. Se produjo un silencio prolongado.

Schwartz pensó que el contacto mental de Grew era ominoso, aunque fue incapaz, totalmente incapaz de captar palabras.

—El Sesenta—dijo muy despacio Grew—es tu año sexagésimo. La Tierra cobija veinte millones de personas, nada más. Para vivir debes producir. Si no puedes producir, no puedes vivir. Cuando pasas del Sesenta, no puedes producir.

—Y por lo tanto...—la boca de Schwartz quedó abierta.

—Te ehminan. No hacen daño.

—¿Os matan?

—No es asesinato.—Y con voz tensa añadió—: Debe ser así. Los demás planetas no quieren acogernos y debemos arreglarnos para hacer sitio a los niños. La generación de más edad debe hacer sitio a los jóvenes.

—Supongamos que no informas que tienes sesenta años.

—¿Por qué hacer tal cosa? La vida después de los sesenta no es divertida. . . Y hay un censo cada diez años a fin de atrapar a cualquier persona lo bastante necia para intentar vivir. Además, tu edad está en los archivos.

—No la mía.—Las palabras se le escaparon. Schwartz fue incapaz de contenerlas—. Por otra parte..., sólo tengo cincuenta, los próximos que cumpliré.

—No importa. Pueden comprobarlo mediante tu estructura ósea. ¿No lo sabías? Es imposible ocultar la edad. La próxima vez me cogerán... Venga, tú juegas.

Schwartz hizo caso omiso del apremio.

—¿Pretendes decir que. . . ?

—Naturahmente. Sólo tengo cincuenta y cinco, pero fíjate en mis piernas. No puedo trabajar, ¿no es cierto? En nuestra familia hay tres personas registradas y nuestro cupo se determina partiendo de tres trabajadores. Cuando sufrí el ataque y quedé inválido sin remedio, estábamos obligados a dar parte, y en ese caso habrían reducido el cupo. Pero Arbin y Loa no quisieron hacerlo porque son tontos y esto ha significado mucho trabajo para los dos..., hasta que tú llegaste. Pero me cogerán el año que viene. .. Te toca.

—¿El censo es el año que viene?

—Exacto... Tú juegas.

—¡Espera!—exclamó Schwartz en tono apremiante—. ¿Eliminan a cualquier persona después de los sesenta? ¿Sin ninguna excepción?

—No por lo que a ti y a mí nos incumbe. El primer ministro tiene una vida prolongada, y los miembros de la Sociedad de Antiguos, ciertos científicos y personas que realizan servicios muy importantes. No demasiadas personas están capacitadas para superar esa edad. Anualmente tal vez una decena.. . ¡Tú juegas!

—¿Quién decide las excepciones?

—El primer ministro, por supuesto. ¿Vas a jugar?

Pero Schwartz se levantó.

—No importa. Es mate en cinco jugadas. Mi dama capturará tu peón con jaque, tendrás que poner el rey en uno caballo, te daré jaque con el caballo en siete rey, jugarás rey dos alfil, mi dama dará jaque en seis rey, tú pones el rey en dos caballo, juego dama seis caballo y como no tienes más remedio que ir a uno torre te doy mate en seis torre.

“Buena partida—añadió de forma mecánica.

Grew contempló durante un buen rato el tablero y después dio un

49
uento~ pa raie lo~

grito y lo echó violentamente fuera de la mesa. Las relucientes piezas rodaron abatidamente por el suelo.

Pero Schwartz no se enteró de nada..., de nada excepto de la abrumadora necesidad de huir. Porque si bien Browning había dicho:

¡Envejece conrnigo!

l o mejor aún no ha venido. . .

lo había dicho en una Tierra poblada por millones y millones de bulliciosos habitantes y con alimentos sin límite. Lo mejor que vendría ahora sería el Sesenta... y la muerte.

Porque Schwartz, la verdad sea dicha, tenía sesenta y dos años.

En esos momentos, Schwartz comprendió dos cosas. La primera era sencilla e inevitable. Tenía que vivir, de algún modo, como fuera. La muerte podía presentarse de una forma tranquila y natural para los que durante toda su vida estaban acostumbrados a esa idea, pero no para él.

La segunda cosa que Schwartz comprendió, no obstante, era más sutil. Lo pensó en un momento de perspicacia no derivado de mas lógica que las agudizadas percepciones propias del miedo. Ese detalle era que el extraño contacto mental del terreno ministerial (el que poseía una corriente oculta de hostilidad, el que había detectado en su frustrado paseo hacia el brillo del horizonte) estaba vigilándole. Vigilándole con el propósito definido de mantenerle donde estaba, de no permitirle huir.

No había duda, estaba atrapado.

Atrapado en la extrañeza del oscuro futuro y condenado ya a muerte.

INTERMEDIO

Dejamos a Joseph Schwartz en la difícil situación antes descrita, temporalmente, de acuerdo con la promesa hecha en las primeras líneas de este relato. La continuación puede entenderse mejor pasando velozmente a otro extremo de la narración ahora mismo y yendo hacia atrás hasta el punto adecuado..., o no yendo exactamente hacia atrás, tampoco eso, sino más bien describiendo un ángulo de ciento veinte grados.

Todo acabará aclarándose, se lo prometo.

Y como se indica en el mismo principio, debemos hacer ciertas consideraciones sobre Bel Arvardan, arqueólogo de Baronn, sector de Sirio, ciudadano del Imperio Galáctico.

so

2.a PARTE: BEL ARVARDAN

7 Un solo mundo... o muchos

En el año 827 E. G., ahora considerado, Arvardan contaba treinta y cinco años de edad, era un hombre rudamente atractivo hasta tal punto que podría juzgarse raro en un científico... Pero la arqueología es una ciencia de puertas afuera en sus aspectos operativos y Arvardan había viajado por más regiones del Imperio que numerosos viajeros profesionales de su edad.

Dado su aspecto físico, podría parecer extraño (o no, depende del cinismo del observador) que aún estuviera soltero. Él mismo lo negaba, afirmaba que estaba casado con su trabajo, pero la verdad nos fuerza a declarar que pocas mujeres, o ninguna, se sentían impresionadas por la legalidad de un contrato matrimonial de ese tipo. Como mínimo, las mujeres haían grandes esfuerzos en convertir en bigamo al arqueólogo.

Pero bien pensado, todo esto es incidental. De hecho, no tiene nada que ver con el relato. .., excepto en cierto sentido.

Lo que sigue, si bien menos interesante, quizás es más pertinente. Bel Arvardan obtuvo el título de doctor en arqueología a la edad francamente insólita de veintitrés años en la Escuela de Arqueología de la Universidad de Arturo. Su tesis doctoral se titulaba: "Sobre la antigüedad de artetactos del sector de Sirio con consideraciones sobre la aplicación subsiguiente a la hipótesis de la irradiación para explicar el ongen humano".

Dicha disertación señaló el principio de una carrera iconoclasta.

Desde el primer momento Arvardan adoptó como suyas las hipótesis propuestas anteriormente por ciertos grupos de místicos más preocupados por la metafísica que por la arqueología, a saber, que la humanidad había tenido su origen en un solo planeta antes de irradiarse gradualmente a toda la galaxia. Era la teoría favorita de los escritores de fantasía de la época y el motivo favorito de mofa de casi cualquier arqueólogo respetable del Imperio.

Pero Arvardan constituía una fuerza a ser tenida en cuenta incluso por los más respetables, ya que antes de una década llegó a ser una autoridad en las reliquias de las civilizaciones preimperiales que aún subsistían en los remolinos y rebalsas de la galaxia.

Por ejemplo, Arvardan había escrito una monografía sobre la civilización mecánica del sector de Rigel, en la que el desarrollo de la automoción creó una cultura distinta que persistió varios siglos, hasta que la misma perfección de las máquinas redujo la iniciativa humana de tal modo que las potentes flotas del tirano Moray se impusieron fácilmente. Si bien la arqueología ortodoxa atribuía la aparición de culturas tan atípicas a diferencias de raza todavía no eliminadas mediante uniones entre miembros de los distintos pueblos, Arvardan demostró que la civilización automatizada fue resultado natural de las fuerzas económicas y sociales de aquella época y de aquella región.

Estaban también los mundos bárbaros de Ofiuco, que la ortodoxia había considerado desde antiguo como ejemplos de humanidad primitiva lejos aún de la fase del viaje interestelar. Todos los libros de texto citaban estos mundos como prueba de la teoría de la Fusión, a saber, que la humanidad había tenido origen independiente en numerosos planetas en los que predominaban relaciones químicas agua-oxígeno y poseían intensidades adecuadas de temperatura y gravitación, por efecto de la acción inevitable de las leyes biológicas, y que conforme fue descubriéndose el viaje interestelar las diversas razas se conocieron y fundieron.

Arvardan, no obstante, descubrió restos de la civilización primitiva anterior a los mil años de barbarie de Ofiuco y demostró que los datos más antiguos sobre el planeta indicaban vestigios de comercio interestelar y que el hombre había emigrado a la región en una fase ya civilizada.

Y finalmente el esfuerzo del arqueólogo por demostrar su teoría favorita lo había conducido al planeta probablemente menos importante del Imperio: un planeta llamado Tierra. En este punto nos unimos a Bel Arvardan.

Encontramos a Arvardan en el único paraje imperial de toda la Tierra: las desoladas elevaciones de las mesetas situadas al norte del Himalaya. Allí, donde ni entonces ni nunca había existido radiactividad, resplandecía un lugar que no era de arquitectura terrestre. En

esencia era copia de los palacios virreinales que existían en mundos más afortunados. La suave frondosidad de los terrenos había sido creada artificialmente por comodidad. Las rocas impresionantes habían sido cubiertas con humus, regadas, inmersas en un clima artificial... y convertidas en diez kilómetros cuadrados de prados y jardines.

Según cálculos terrestres, el coste energético era asombroso, pero las obras habían contado con el respaldo de los recursos francamente increíbles de doscientos millones de mundos, y la cifra no cesaba de aumentar. (Se supone que en el año 827 de la Era Galáctica una media de cincuenta nuevos planetas diarios obtenían la categoría provincial, para lo que era indispensable alcanzar una población de 500 millones de habitantes.)

En este retazo de apariencia no terrestre vivía el procurador, que algunas veces, en este lujo artificial, podía olvidar que lo era y acordarse únicamente de su condición de aristócrata con grandes honores y familia vetusta.

Su esposa se engañaba seguramente con menos frecuencia, sobre todo cuando, tras trepar a una loma cubierta de hierba, veía a lo lejos la Unea definida y terminante que separaba los terrenos de la selva brutal que era la Tierra. En esos momentos las fuentes de colores (luminiscentes por la noche, produciendo la impresión de fuego líquido y frío), las sendas rodeadas de flores y las arboledas idílicas no bastaban para compensar el conocimiento de su exilio.

Tal vez por eso, Arvardan fue recibido con más atenciones de las estrictamente señaladas por el protocolo. Para Ennius, por ejemplo, Arvardan fue una emanación del Imperio, de espaciosidad, de carencia de límites.

Arvaraan, por su parte, descubrió muchas cosas que admirar.

—El lugar está bien construido—dijo—, y con gusto. Es asombroso cómo un toque de cultura central impregna los distritos más distantes de nuestro Imperio.

Ennius sonrió.

—No es como yo desearía. Me parece un caparazón que suena a hueco cuando lo toco. Después de considerar mi personal, la guarnición imperial, tanto aquí como en los centros importantes del planeta, y alguna visita esporádica como la suya, se agota todo el toque de cultura central del que usted habla. Aparenta ser muy escaso.

Tomaron asiento en la columnata mientras moría la tarde, el momento del día en el que el sol rielaba en su descenso hacia las muecas de niebla purpúrea del horizonte y cuando el ambiente pare-

cía tan cargado del aroma a plantas en crecimiento que los movimientos del aire eran simples suspiros de esfuerzo.

Naturalmente, no era muy correcto, ni siquiera para el procurador, mostrar excesiva curiosidad por los actos de un invitado, pero hay que tener en cuenta la inhumanidad que representa el aislamiento constante del Imperio.

—¿Piensa quedarse algún tiempo, doctor Arvardan?—preguntó Ennius.

—Oh, difícilmente puedo asegurarlo. Tanto tiempo como considere preciso..., que es una respuesta indefinida, me temo. Comprenda, cuando se busca algo de naturaleza desconocida, y que no estamos seguros de reconocer cuando lo encontremos, o de interpretarlo después de reconocerlo, o de convencer a otros de la corrección de nuestras ideas, o... Pero ¿cómo me he metido en este atolladero, procurador?

—Me parece deducir cierta confusión—dijo Ennius, sonriente.

—Y la hay. Mucha confusión. Tal vez una parte se aclare, en cuanto pueda meter las narices en el pasado prehistórico de este planeta .

Ennius alzó las cejas.

—¿Por qué este planeta? Si algún punto de la galaxia carece de historia, es éste.

—Puede parecerlo, pero creo que lo entiende usted al revés. Este mundo es francamente extraordinario.

—En absoluto—dijo tensamente el procurador—, es un mundo francamente vulgar. Más o menos una pocilga de mundo, o un agujero terrible, o un lugar inmundo, o casi cualquier palabra despreciativa que quiera usarse. Y pese a tanto refinamiento del asco, el planeta ni siquiera puede destacar en villanía, simplemente sigue siendo un mundo campesino, ordinario, tosco.

—Pero—objetó Arvardan, hasta cierto punto sorprendido por el vigor de las afirmaciones incoherentes con las que el procurador le acosaba—, el planeta es radiactivo.

—Bien, ¿y qué? Varios miles de planetas de la galaxia son radiactivos, y algunos mucho más que la Tierra.

En este preciso momento, el movimiento suave y deslizante de la vitrina móvil, que se detuvo al alcance de la mano de los dos hombres, atrajo su atención. Ennius señaló la vitrina.

—¿Qué prefiere?—preguntó.

—No soy exigente.. . Un refresco de lima, si puede ser.

—Eso puede arreglarse. La vitrina tendrá los ingredientes. ¿Con o sin Chensey?

—Sólo una pizca—dijo Arvardan, y alzó y casi juntó los dedos pulgar e índice de una mano.

—Lo tendrá dentro de un momento.

En alguna parte de las entrañas de la vitrina entró en acción el producto mecánico quizá más universalmente popular del ingenio humano: un camarero no humano cuya alma electrónica no mezclaba ingredientes usando vasitos graduados, sino contando átomos, cuyas proporciones eran siempre perfectas y al que ni toda la artesanía más inspirada de alguien meramente humano podía igualar.

Los vasos altos surgieron como de la nada, al menos así lo pareció, ya que estaban aguardando en las cavidades apropiadas.

Arvardan cogió el verde y durante un instante probó la frialdad del vaso en su mejilla. Luego se llevó el borde a los labios y bebió.

—Perfecto—dijo. Dejó el vaso en el soporte del brazo de su sillón y añadió—: Miles de planetas radiactivos, procurador, tal como usted dice, pero sólo uno de ellos está habitado. Éste, procurador.

—Bien...—Ennius chasqueó los labios por encima del vaso y pareció perder parte de su brusquedad con la suavidad de la bebida—. Tal vez sea extraordinario en ese sentido. Es una distinción nada envidiable.

—Su singularidad no reside solamente en ese detalle.—Arvardan hablaba animadamente entre trago y trago—. Es algo más. Los biólogos han demostrado, o afirman haberlo hecho, que la vida no se desarrollará en planetas donde el nivel radiactivo de la atmósfera y los mares supere determinado punto. La radiactividad de la Tierra supera dicho punto por un margen considerable.

—Interesante. No lo sabía. Yo diría que esa es la prueba definida de que la vida terrestre es fundamentalmente distinta de la del resto de la galaxia.

—Ni mucho menos—fue la vehemente respuesta—. Ése es el punto de vista antiguo, totalmente refutado, procurador. Toda forma de vida es en esencia idéntica, por cuanto se basa en complejos proteínicos en dispersión coloidal. Lo denominamos protoplasma. Y

el efecto de la radiactividad al que acabo de referirme se basa en la mecánica cuántica de la molécula de proteína. Todo ello es válido para usted, para mí, para los terrestres, las arañas y los gérmenes.

“Verá, las proteínas, como seguramente no hará falta que le ex-

54

plique, son agrupamientos muy complejos de aminoácidos y otros compuestos especializados, ordenados en intrincadas estructuras tridimensionales tan inestables como los rayos del sol en un día nublado. La vida es precisamente esa inestabilidad, puesto que siempre cambia su posición esforzándose en conservar su identidad..., igual que una vara larga suspendida en la nariz de un acróbata.

“Pero esta maravillosa proteína debe surgir antes de materia inorgánica, para que así sea posible la vida. Desde el principio mismo, por la influencia de la energía radiante del sol y en las inmensas soluciones que denominamos océanos, las moléculas orgánicas aumentan gradualmente su complejidad pasando de metano a formaldehído, azúcares y féculas en una dirección, y de urea a aminoácidos y proteínas en otra. Es cuestión de azar, desde luego, y el proceso en un planeta puede tardar millones de años y en otro cientos. Se ha demostrado que “millones” es, con mucho, la cifra probable.

“Bien, los químicos especializados en fisicoquímica orgánica han averiguado con gran exactitud el proceso al respecto y, en particular, la energética del mismo, y se sabe a ciencia cierta que varias etapas cruciales requieren ausencia de energía radiante. Si ello le parece raro, procurador, sólo puedo decirle que la fotoquímica, la química de las reacciones provocadas por la energía radiante, es una rama muy desarrollada de la ciencia y existen innumerables casos de reacciones muy sencillas que siguen una dirección de las dos posibles, según si se producen en presencia o ausencia de cuantos de energía luminosa.

“En planetas normales, el sol es la única fuente de energía radiante. Al abrigo de las nubes, o por la noche, los compuestos de carbono y nitrógeno se combinan y recombinan, en las formas posibilitadas por la ausencia de esas minúsculas fracciones de energía lanzadas entre ellos por el sol, como bolas entre un número infinito de bolos infinitesimales.

“Pero en los mundos radiactivos, con sol o sin él, cualquier gota de agua, incluso en la noche más oscura, incluso a diez kilómetros de profundidad, cualquier gota de agua chispea y rebosa de veloces rayos gamma. excita los átomos de carbono, los activa, según dicen los químicos, y fuerza a las reacciones a proseguir sólo de ciertas formas, formas que jamás producen vida. Y lo crea o no, existen pruebas matemáticas rigurosas, y también experimentales, de todo io

anterior.

La bebida del arqueólogo se había acabado. Arvardan dejó el vaso vacío en la inmóvil vitrina. El vaso desapareció al instante.

—¿Otro?—preguntó Ennius.

—Pregúntemelo después de cenar—dijo Arvardan—. De momento ya tengo bastante.

Y Ennius toqueteó con una reluciente uña el brazo de su sillón.

—Logra que el proceso parezca realmente fascinante—dijo—, pero si todo es como usted afirma, ¿qué me dice de la vida en la Tierra? ¿Cómo se originó esa vida?

l

—Bien, pues... Fíjese, hasta usted empieza a extrañarse. Por eso el tema es tan fascinante.

—A menos—dijo Ennius mientras se alzaba de hombros—que las pruebas matemáticas rigurosas que usted menciona sean ligeramente erróneas. Es sorprendente cuánta rigurosidad científica ha fallado en el pasado.

—¡Muy cierto! Pero la matemática rigurosa ha resistido mucho más que fracasado..., y en el caso de la Tierra hay una explicación muy factible.

—Ah, debí imaginámmelo. Tiene una hipótesis favorita.

—Exacto—convino Arvardan—, y es sencilla. La radiactividad que supera el mínimo requerido hasta impedir la aparición de vida no basta para destruir vida ya formada. Podría modificarla, pero no la destruirá excepto si el nivel radiactivo es enormemente alto. Verá, las reacciones químicas al respecto son distintas. En el primer caso hay que evitar que se formen moléculas simples y, en el segundo, hay que descomponer moléculas complejas ya formadas. No es lo mismo, ni mucho menos.

—No veo la aplicación de todo ello—dijo Ennius.

—¿No es obvio? La vida en la Tierra se formó antes de que el planeta fuera radiactivo. Mi querido procurador, se trata de la única explicación que no implica negar la realidad de la vida en la Tierra, ni negar teorías químicas en cantidad suficiente para trastornar la mitad de la ciencia.

Ennius contempló horrorizado al arqueólogo.

—Pero..., no puede hablar en serio.

—¿Por qué no?

—Porque ¿cómo puede hacerse radiactivo un planeta? La vida de los elementos químicos radiactivos de la corteza del planeta es de millones de años. Deben de haber existido indefinidamente en el pasado.

—Pero existe algo llamado radiactividad artificial, procurador, incluso en proporciones inmensas. Hay miles de reacciones nucleares con energía suficiente para crear toda clase de isótopos radiactivos. Si suponemos que los seres humanos pueden aplicar algún tipo de reacción nuclear en la industria, sin control adecuado, o incluso en la guerra, si usted es capaz de imaginar una guerra que acontece en un solo planeta, la mayor parte del suelo se convertiría en material artificialmente radiactivo. ¿Qué opina de eso?

El sol había expirado sangrientamente en las montañas y la enjuta cara de Ennius aparecía rojiza a causa de los reflejos. Soplaban la suave brisa del atardecer y en los terrenos palaciegos el adormecido murmullo de las variedades de insectos cuidadosamente seleccionadas era más sedante que nunca.

—Todo me parece muy artificial—dijo Ennius—. Una hipótesis ad hoc ideada para explicar hechos, pero muy improbable. Por ejemplo, me resulta imposible imaginar el uso de reacciones nucleares en la guerra o permitir que escapen al control humano hasta ese punto, de ninguna manera. Bien, si usted hubiera hablado de radiaciones subatómicas. . .

—Usted subestima las reacciones nucleares porque vive en el presente. Para usted, las reacciones nucleares son como..., como el fuego. Destructivas, pero controlables. En el caso del fuego, en la construcción pueden usarse materiales a prueba de incendio. Podemos emplear agua, tierra, dióxido de carbono, tetracloruro de carbono, nitrógeno, etcétera. Pero ¿y si alguien, o algún ejército usara el fuego sin saber cómo dominarlo?... Bien, aplique eso a las reacciones nucleares.

—¡Hum!—repuso Ennius—, usted habla como Shekt.

—¿Quién es Shekt?

Arvardan alzó la mirada rápidamente.

—Un terrestre. Biólogo. En cierta ocasión me explicó que la Tierra podría no haber sido siempre radiactiva.

—¡Ah! Bien, no es anormal, ya que la teoría no es mía, cierta-

mente. Aparece en El libro de los Antiguos, la historia tradicional o mítica de la Tierra prehistórica. Yo estoy refiriéndome a lo que explica el libro, con la excepción de que traduzco su fraseología bastante elíptica por frases científicas equivalentes.

—¿El libro de los Antiguos?—Ennius reflejaba sorpresa..., y cierta inquietud—. ¿Dónde lo consiguió?

—No fue fácil, pero lo conseguí. Algunos capítulos, al menos. ¿Por qué lo pregunta?

—Es un libro venerado por una secta radical de terrestres y los no afiliados tienen prohibida su lectura. No me gustaría tener que informar del hecho de que usted lo leyó, al menos no mientras se encuentre aquí. Hay gente de fuera de la Tierra que ha sido linchada por mucho menos que eso.

—Lo dice como si el poder judicial del Imperio fuera defectuoso aquí.

—Lo es en casos de sacrilegio. A buen entendedor con pocas palabras bastan, profesor Arvardan.

De un melodioso carillón brotó una nota vibrante que pareció armonizar con los susurros de los árboles. El sonido se apagó poco a poco, persistió como si estuviera enamorado del ambiente.

Ennius se levantó.

—Creo que es hora de cenar. Si tiene la bondad de acompañarme, caballero, recibirá la poca hospitalidad que esta cáscara de Imperio en la Tierra puede ofrecer.

La ocasión de celebrar un banquete se presentaba con poca frecuencia. Cualquier excusa, por insignificante que fuese, se aprovechaba. Los platos fueron numerosos, el ambiente espléndido y las mujeres encantadoras. Y hay que añadir que el profesor Bel Arvardan de Baronn fue alabado hasta el punto de la embriaguez.

El invitado sacó provecho de su audiencia repitiendo gran parte de lo que ya le había dicho a Ennius. Sus palabras fueron acogidas

56

1

57

con agradecidas palpitaciones de excitación, muchos susurros y exclamaciones, todo ello acompañado de preguntas profundas si bien ampulosas por parte de los varones, y chillidos y sobresaltos por parte de las damas.

Fue un éxito completo, si se exceptúa que Ennius permaneció sentado durante toda la cena con una sonrisa forzada en los labios, un

gesto de nerviosismo más claro incluso que las suaves arrugas de su frente.

Y más tarde, una dama esmeraldina se dirigió al invitado.

—Pero, profesor Arvardan—dijo mientras su pecho se alzaba como un cojín rosado y blanco—, ¿realmente espera demostrar su teoría aquí?

—Es posible—replicó alegremente el aludido—. Voy a investigar las zonas radiactivas. Si descubro reliquias y artefactos humanos aquí, ¿qué otra deducción extraer sino la existencia de vida antes de la radiactividad?

Precisamente durante esta breve alocución se apagó la excitación —y la cháchara, de modo que al final el arqueólogo miró alrededor extrañado por el frío y repentino silencio.

—¿Cree que eso es prudente, caballero?—preguntó lacónicamente un hombre que vestía uniforme militar.

Arvardan alzó las cejas.

—Bien, la radiactividad no es tan peligrosa. Iremos con extrema protección y haremos uso liberal de dispositivos mecánicos de largo alcance especiales para investigaciones arqueológicas. El riesgo será escaso.

Ennius se inclinó hacia él.

—Estoy seguro de que el coronel no se refería a la radiactividad —le dijo en tono significativo—. Se refería a que el primer ministro no permitirá ninguna violación de las zonas prohibidas, que son todas las radiactivas y algunas más.

Arvardan frunció el ceño.

—Bien, no creo que eso deba preocuparnos, procurador. Tengo un mandato de autorización del emperador y mi investigación es de gran valor para la ciencia.

Pero el procurador meneó la cabeza.

—Un mandato de autorización no servirá de nada. Ni el mismo emperador podría entrar en las zonas radiactivas sin permiso del primer ministro... , o sin declarar la guerra a los fanáticos de la Tierra.

Se produjo un murmullo general de acuerdo.

—En realidad—continuó Ennius—, si quiere aceptar mi muy ur-

gente aviso, renuncie a la idea y márchese.

De ese modo, la cena concluyó con un tono muy apagado.

8 Oscurecimiento... a la derecha

Por las noches, el palacio del procurador seguía siendo prácticamente el mismo mundo maravilloso. Las flores nocturnas (ninguna originaria de la Tierra) abrían sus gruesos pétalos blancos formando festones que extendían su delicada fragancia hasta los mismos muros del palacio. Con la luz de la luna polarizada, las hebras de silicato artificial, tramadas diestramente en la inmaculada aleación de alabastro de la estructura del palacio, despedían destellos de suave color violeta sobre el fondo lechoso de los alrededores.

Ennius contempló las estrellas. Para él eran la auténtica belleza, puesto que constituían el Imperio.

El cielo terrestre era de tipo intermedio. No poseía la gloria irresistible de los cielos de los mundos centrales, donde las estrellas se codeaban en rivalidad tan cegadora que el negro de la noche casi se perdía en la coruscante explosión luminosa. Y tampoco poseía la solitaria grandeza de los cielos de la periferia, donde la negrura uniforme quedaba interrumpida a grandes intervalos por la luz mortecina de alguna estrella huérfana; con la lechosa forma lenticular de la galaxia extendida a través del cielo, las estrellas solitarias se perdían en el polvo diamantino.

En la Tierra eran visibles dos mil estrellas. Ennius reconoció Sirio alrededor de la cual giraba uno de los diez planetas más grandes del Imperio. Y Arturo, naturalmente, capital del sector donde había nacido él. El sol de Trantor, mundo central del Imperio, estaba perdido en alguna parte de la Vía Láctea. Incluso observándolo con un telescopio, seguía formando parte del resplandor general.

El procurador notó una blanda mano en su hombro y la suya se alzó para tomarla.

—¿Flora?—musitó .

—¿Ordeno que traigan el desayuno aquí, Ennius?—sonó la voz en parte divertida de su esposa—. ¿Sabes que está a punto de amanecer?

—¿De verdad?—El procurador le sonrió carinosamente y buscó a tientas en la oscuridad el arete marrón suspendido cerca de la mejilla de Flora. Le dio un suave tirón—. ¿Y debes esperar a levantada y oscurecer los ojos más hermosos de la galaxia?

Flora apartó la cabeza antes de replicar.

—Tú mismo tratas de oscurecerlos con tus lisonjas—dijo dulcemente—, pero ya te he visto así otras veces. ¿Qué te preocupa esta noche, querido?

Ennius meneó la cabeza en la oscuridad.

—No lo sé—respondió—. Creo que lo que finalmente me aburre es la acumulación de pequeños detalles. Primero fue el asunto de Shekt y su sinapsificador y ahora esa torpeza y estupidez total por parte del gobierno... Y otras cosas, otras cosas. Oh, ¿para qué, Flora?... Aquí no hago nada bueno.

—Indudablemente esta hora de la mañana no es momento para poner a prueba tu moral.

Pero Ennius ya estaba hablando con los dientes apretados.

—¡Estos terrestres! ¿Por qué tan pocos hombres son una carga tan grande para el Imperio? Son pendencieros y tercos y, al mismo

l tiempo, astutamente precisos a la hora de irnportunar, como si supieran por instinto cuáles son nuestras debilidades. Flora, ¿te acuerdas cuando me nombraron procurador, los consejos que recibí del viejo Faroul, el que me precedió, sobre la dificultad del cargo?... Él estaba en lo cierto. Totalmente.—Hizo una pausa, se sumió en sus pensamientos y finalmente siguió hablando, de un tema que, en apariencia, nada tenía que ver—. Pero si hay algo claro es que el resentimiento de estos terrestres los ha llevado a sueños de rebelión...—Miró a Flora—. ¿Sabes cuál es la doctrina de la Sociedad de Antiguos de la Tierra?—le preguntó—. Que la Tierra fue hace tiempo el único hogar de la humanidad, que es el centro de la raza y que algún día volverá a serlo.

—Sí—dijo ella en tono tranquilizador—. Lo sé.

En ocasiones como ésta siempre era mejor dejar que Ennius se desfagara. Ella también sabía eso.

—Y en realidad existen grupos radicales—prosiguió el procurador—que afirman que este mítico Segundo Reino de la Tierra está cerca, que prevén la destrucción del Imperio en una catástrofe general que dejará a la Tierra triunfante y con toda la gloria primitiva... —su voz se quebró—, de un mundo retrasado, bárbaro e inmundo... Pero en los dos últimos años no hemos tenido noticia de esos grupos.

—Ah, eso es bueno.

—No, eso es malo. Es el primer pequeño detalle que menciono.

Mientras los fanáticos puedan verter libremente sus aguas cloacales, nadie los tomará en serio. Ni nosotros ni la población normal de la Tierra. Pero si de pronto los silencian, mi opinión es que el primer ministro desea que sus doctrinas no atraigan la atención y que eso sólo podrá ocurrir cuando las doctrinas sean oficiales.

—Oh, Ennius, ¿no es un razonamiento muy tortuoso? Además, ¿qué pueden hacer esos desgraciados? ¿Hay que tomarlos tan en serio? Se trata de su única fuente de diversión, ese sueño fantástico que tienen ellos de dominar el mundo. ¿Por qué privarlos de ese sueño?

—Bien, eso no es todo. Por ejemplo, ¿qué pasa con el sinapsificador?—Ennius miró pensativamente la débil luz que estaba conquistando la pulida negrura del cielo terrestre—. Shekt me asegura que su propósito es aumentar la capacidad mental de los seres humanos. ¿Dice la verdad? E incluso si eso fuera todo, ¿no estará funcionando ya el instrumento con terrestres, a fin de que doscientos millones de planetas no disfruten de las inmensas posibilidades de uno solo?

—¿Aumentando la inteligencia de todos los terrestres? Si no me equivoco dijiste que eso no daría resultado.

—Lo dijo Shekt, no yo... Y ahora él está interesado en rehuirme. Las cartas que le envíe le contesta de una forma impersonal, y creo que con la censura de por medio. Son cartas muy extrañas. Intente visitarle hace un mes en Chica, pero fue imposible localizarlo... ~Muy curioso ! Y todo esto es muy enigmático. . . , y muy preocupante.

Y dicho esto se volvió hacia Flora y, a la débil luz de las estrellas, buscó a tientas sus manos.

—Escúchame, Flora.—Su voz era apremiante—. Es absurdo seguir esta discusión. Hay muchas cosas que no sabes. Muchas cosas que no debes saber. Pero te diré esto: habrá una rebelión en la Tierra, similar al levantamiento de 750, salvo que seguramente será peor. Por eso estoy sentado aquí, aguardando la salida del sol.

—Pero..., si estás tan seguro... ¿Estamos preparados?

—¡Preparados!—La risa de Ennius fue más bien un ladrido—. Yo lo estoy. La guarnición está alertada, y bien pertrecha. Todo cuanto era posible hacer con el material disponible, lo he hecho. Pero, Flora, no me interesa que haya una rebelión. No quiero que mi procuraduría quede registrada en la historia como la procuraduría de la rebelión. No quiero ver mi nombre vinculado a muerte y cannicería. Me condecorarán por ello, pero dentro de un siglo los libros de historia me denominarán tirano sangriento. ¿Qué me dices del virrey de Santanni en el siglo sexto? ¿Podía hacer algo más que lo que hizo?

Recibió honores entonces, pero, ¿ahora quién tiene una palabra de elogio para él? Preferiría que me conocieran como el hombre que evitó una sublevación y salvó las despreciables vidas de estos locos.

Su tono era poco esperanzado.

—¿Estás seguro de que, a pesar de todo, no puedes hacer nada, Ennius?

Flora se sentó junto a él y le acarició con las uñas el borde del mentón.

Ennius le cogió las manos y las apretó con fuerza.

—¿Cómo? Deliberadamente, el gobierno imperial ha emprendido el peor camino. ¿Para qué mandan aquí a ese loco, a Arvardan? Ya no puedo hacer nada.

—Pero, querido, no creo que ese arqueólogo vaya a hacer algo tan terrible. Admito que parece un maniático pero, ¿qué daño puede hacer?

—¿No está claro? Quiere que le autoricen a entrar en las zonas prohibidas. Se lo impedirán.

—Bien. . .

—Pero no se lo impediré yo. Yo no puedo hacer eso. Casi todo el mundo tiene la estúpida teoría de que los virreyes pueden hacer cualquier cosa, pero sencillamente no es así. Ese hombre tiene un mandato de autorización del negociado de Provincias Exteriores, y aprobado por el emperador. Con eso quedo anulado. No puedo hacer nada sin apelar al Consejo Central, y eso llevaría meses... ¿Y qué razones iba a ofrecerles? Y si intento detener por la fuerza al arqueólogo, estaría cometiendo un acto de rebeldía y ya sabes bien que está el Consejo Central a destituir a cualquier funcionario del que piensen que está pasándose de la raya, así ha sido siempre desde la guerra civil de los años ochenta. ¿De qué me serviría eso, por tanto? Me sustituirían por alguien que desconociera totalmente la situación y Arvardan podría seguir adelante de todos modos.

60

—Has dicho que se lo impedirán.

61

—¡Lo hará el primer ministro! Y en ese caso, ¿cómo voy a convencerlo de que no se trata de un plan organizado por el gobierno, que el Imperio no consiente sacrilegios deliberados?

—h, imposible que él sea tan quisquilloso.

—¿Imposible?—Ennius se echó hacia atrás y miró fijamente a su esposa. La noche había cobrado un color apizarrado y, en parte, Flora era visible—. Tienes una ingenuidad conmovedora. Naturalmente que él puede ser tan quisquilloso. ¿Sabes que la Tierra, por ejemplo, no tolera signos exteriores de dominio imperial en su planeta porque insisten en que la Tierra es, por derecho, el gobernante de la galaxia? En cierta ocasión la insignia del emperador se hallaba desplegada en Washenn, la sede de la cámara del consejo terrestre, tal como está presente en todas las cámaras de consejos de la galaxia, como símbolo de unidad imperial. ¿Sabes qué ocurrió? Te lo explicaré. Los lunáticos la desgarraron y por la noche toda esa miserable ciudad se había alzado en armas contra nuestros soldados. Al final tuvimos que ceder.

—¿Quieres decir que no volvieron a poner la insignia imperial?
—preguntó ella con aire de incredulidad.

—Jamás lo hicieron. Por las estrellas, no. La Tierra es el único planeta entre doscientos millones que no tiene insignia en su cámara del consejo... Y ahora Arvardan intentará entrar en las zonas prohibidas. ¿Qué estarán pensando de esto en Trantor? Y peor todavía, ese arqueólogo está predicando la misma doctrina radical que los fanáticos. Ese profesor chiflado cree sinceramente que la Tierra es el planeta natal, el planeta natal de la raza humana. ¡Avivar el fuego de esa forma, imagínate! Te garantizo que él es sincero..., pero aunque no tuviera toda la razón, Flora, ¿qué pueden estar pensando esos vagos del negociado de Provincias Exteriores?

—¿Quieres explicarme sinceramente una cosa, Ennius?

—Si puedo...

—¿Qué esperas en realidad? No estás simplemente preocupado, carino, estás al borde del pánico. ¿Esperas una explosión experimental?... ¿O algo peor?

Ennius evitó mirar a su esposa.

—No tengo motivos para esperar algo peor.

—Pero los tienes.—Flora le miró ansiosamente a la luz del alba—. No deberías ocultarme nada. No es incorrecto, es peor, es inútil. Tú esperas algo peor.

—Flora, no he hablado de esto con nadie.—Había un viso de tortura en sus ojos—. Ni siquiera es una corazonada... Cuatro años en este planeta puede ser demasiado tiempo para cualquier hombre que esté cuerdo. Pero yo diría que ningún planeta cuerdo pensaría en rebelarse contra un imperio de doscientos millones de mundos.

—Lo han hecho anteriormente.

—Sí, pero esta vez parecen muy confiados.—Alzó la cabeza con viva sorpresa, como si acabara de encontrar la clave de algo que había eludido su comprensión. Y repitió enérgicamente—: Eso es, parecen confiados. Por las estrellas, creen realmente que pueden salirse con la suya. Más que eso. Creen que pueden obligarnos... Como ya sabes, Flora, esta gente tiene sus misticismos. Deben tenerlos, para soportar la realidad. ¿Es posible que estén tan apegados a su fe en un destino o alguna fuerza, en algo que sólo tiene significado para ellos, algo que puede proporcionarles la victoria?

“Es imposible. Mira, aun dando por supuesto que el terrestre ordinario crea que algún día el destino devolverá a la Tierra su supuesta supremacía sobre la galaxia, los gobernantes de la Tierra no pueden pensar así, imposible. Como mínimo conocen la necesidad de disponer del armamento bélico tan prosaico que hasta el destino juzga útil en sus decisiones. Es posible..., quizá..., quizá.. .

—Quizá, ¿qué, Ennius?

—Quizá ya tengan armas.

—¿Y eso permitirá que un planeta derrote a doscientos millones? Estás aterrorizado.

—Pero ellos se muestran tan confiados...

—Oh, ¿cómo lo sabes? Se han sublevado otras veces. Quizás entonces tenían la misma confianza. Y es posible que ahora no estén tan confiados, que tu imaginación enfermiza desee atribuirles esa cualidad... Fíjate, el sol va a salir dentro de poco. ¿Descansamos un rato en silencio? Luego te sentirás mejor y podrás meditar y aclarar las cosas.

Durante media hora hubo paz, al menos en esa zona de la galaxia. Y el sol, después de salir, iluminó rojizamente una glorieta en la que dormían abrazados el representante imperial en la Tierra y su esposa.

Ninguno de los dos llegó a ver la salida del sol.

9 Oscurecimiento... en el cenlro

Bel Arvardan se embarcó en el mayor avión estratosférico de la Compañía de Transporte Aéreo de la Tierra, que hacía el recorrido entre Everest y la capital terrestre, Washenn. Viajó solo, tras haber dejado su nave y a los miembros de la expedición enfrascados en los preparativos de última hora.

Lo hizo deliberadamente, movido por la curiosidad lógica que siente un arqueólogo que además es extranjero por la vida ordinaria de los habitantes de un planeta como la Tierra.

... Y también tenía otro motivo: ver por sí mismo a los terrestres después de las extrañas insinuaciones que le había hecho el procurador.

Arvardan provenía del sector de Sirio, el sector de la galaxia que estaba por encima de todos los demás, donde los prejuicios antiterrestres estaban más arraigados. Pero él no creía haber sucumbido a los prejuicios. Logicamente había adquirido el hábito de imaginar a los terrestres como personajes caricaturescos, especiales, invariables, e incluso el término "terrestre" le parecía desagradable; pero en realidad no tenía prejuicios...

Al menos él no lo creía así. Por ejemplo, si alguna vez un terrestre hubiera deseado participar en alguna de sus expediciones, o trabajar a sus órdenes en cualquier actividad, y si tenía experiencia y capacidad suficientes, Arvardan lo habría aceptado. De haber existido algún hueco para él, asunto arreglado. El arqueólogo meditó el asunto y decidió que, llegado el caso, comería con un terrestre, o se alojaría en casa de alguno, o los trataría en todos los aspectos como a cualquier otra persona. Sin embargo, Arvardan siempre tenía en cuenta el hecho de que un terrestre era un terrestre, no podía evitarlo. Era consecuencia lógica de una infancia inmersa en un ambiente de intolerancia tan absoluta que casi era imperceptible, hasta que el observador salía de dicho ambiente y dirigía la vista atrás.

Sin embargo, el arqueólogo se encontraba ahora en un avión en el que sólo había terrestres a su alrededor, y se sentía francamente cómodo.

Pero, ¿qué tenía Ennius contra ellos? Había hecho enormes esfuerzos para evitar con razonamientos la investigación en las zonas radiactivas. Y había pretendido dar a entender algo, algo siniestro y amenazador relacionado con los terrestres, sin mostrarse claro y concreto.

Arvardan contempló de nuevo las caras vulgares y normales de sus compañeros de viaje. Se suponía que esos hombres eran distintos. Pero ¿podría él distinguirlos en una multitud? Arvardan no lo creía.

El mismo avión era, a juicio del arqueólogo, un caso menor de construcción imperfecta. Estaba dotado de motor atómico, por supuesto, pero la aplicación del principio estaba mucho de ser eficiente. En primer lugar, la unidad de potencia no se hallaba bien protegida, y Arvardan pensó que la presencia casual de rayos gamma combinada con elevada densidad neutrónica en la atmósfera podía ser para los terrestres un problema menos importante que para otros.

Y en ese momento algo le atrajo su atención. Desde aquella región de color vinoso de la estratosfera superior, la Tierra presentaba un aspecto fabuloso. Las zonas continentales inmensas y cubiertas de niebla que el arqueólogo veía bajo él, oscurecidas en algunos puntos por grupos de nubes que reflejaban el sol, mostraban un desolado tono anaranjado. Por detrás, alcanzando con rapidez al veloz vehículo estratosférico, aparecía el suave y difuso horizonte nocturno en cuya oscura sombra se veía el destello de las zonas radiactivas.

La atención de Arvardan se vio desviada de la ventanilla por las risas de los pasajeros, centradas en un matrimonio ya maduro, los dos cónyuges muy robustos y todo sonrisas. El arqueólogo tocó el brazo de su vecino de asiento.

—¿Qué ocurre?

El otro hombre dejó de reír para contestar.

—Llevan casados cuarenta años y están haciendo el gran viaje.

—¿El gran viaje?

—Sí, hombre, la vuelta al mundo.

El esposo ya entrado en años, ruborizado de placer, estaba narrando sus experiencias e impresiones con abundancia de detalles, mientras su esposa intervenía de vez en cuando con el mejor de los humores. La amigable audiencia escuchaba todo cuanto decía la pareja con enorme satisfacción, por lo que Arvardan pensó que los terrestres eran tan cordiales y humanos como cualquier habitante de la galaxia. En ese momento alguien hizo una pregunta.

—¿Y cuándo le toca el Sesenta?

—Dentro de un mes—fue la rápida y jovial respuesta—. El dieciséis de abril.

—Bueno—dijo el que había preguntado—, espero que le vaya bien.

—Ella me acompañará—replicó el esposo, señalando con el pulgar a su afable mujer—. No le toca hasta dentro de tres meses, pero ella opina que la espera es absurda, así que nos iremos juntos. ¿No es así, regordeta?

—Oh, sí—dijo ella, y dejó escapar una agradable risita—. Nuestros hijos se han casado y tienen su propia casa, y yo sería un estorbo para ellos. Además, no podría disfrutar esos meses sin mi media na-

ranja... Por eso nos iremos juntos.

Arvardan interrumpió el alboroto general para aclarar un punto que le parecía claramente sospechoso.

—¿Qué es eso del Sesenta?—preguntó a su vecino de asiento—.
¿No se referirá a eutanasia, verdad?

Arvardan conocía la costumbre, aunque sólo de un modo teórico. Sólo en ese momento pensó que se aplicaba realmente a seres humanos.

El otro hombre obsequió al arqueólogo con una mirada prolongada y suspicaz.

—Bueno, ¿qué opina usted?—dijo.

La pregunta era una respuesta más que suficiente. Arvardan, con cierta consternación, contempló la algarabía general que un tema como aquel podía provocar.

Al parecer, toda la lista de pasajeros estaba enfrascada en un cálculo aritmético simultáneo del tiempo que les quedaba a todos, proceso que implicaba la conversión de factores de meses a días y que ocasionó varias disputas.

Un individuo bajito, con la ropa muy ajustada y la expresión resuelta intervino furiosamente.

—Me quedan exactamente doce años, tres meses y cuatro días. Doce años, tres meses y cuatro días. Ni un día más, ni un día menos.

El cálculo fue aprobado por otro pasajero, con una observación lógica:

—Si no te mueres antes, claro.

—Tonterías—fue la réplica inmediata—. No tengo intención de morirme antes. ¿Tengo el aspecto de alguien que moriría antes? Voy

5 . Cuento~ paralelo~
a vivir doce años, tres meses y cuatro días y aquí no hay ningún hombre que se atreva a negarlo.

Y en realidad su aspecto era muy furioso.

Un mozalbete apartó de sus labios un cigarrillo alargado muy elegante para decir con voz seria:

—Está muy bien que lo puedan calcular con tanta exactitud. Hay

más de uno que está viviendo más de lo que le toca.

—Ah, claro—dijo otro.

Hubo un asentimiento general y se creó un ambiente de indignación más bien provocado.

—Y no veo—prosiguió el joven, que mientras fumaba hacía gestos ceremoniosos con la intención de eliminar la ceniza—nada objetable en que un hombre, o una mujer, desee continuar después de su cumpleaños hasta el siguiente día de asamblea general, en especial si tienen algún asunto que resolver. Son esos sinvergüenzas, esos parásitos que intentan llegar más allá del próximo censo, los que se comen el alimento de la siguiente generación...

Pareía tener un motivo personal de queja.

—Pero—interrumpió suavemente Arvardan—, ¿no está registrada la edad de todos los habitantes? No es posible que puedan ir muy lejos después de su cumpleaños, ¿no es cierto?

Se produjo un silencio general combinado con desprecio por el estúpido idealismo expresado.

—No parece muy lógico vivir después del Sesenta, supongo—dijo por fin alguien, en tono diplomático.

—No si eres trabajador, o campesino—espetó otro enérgicamente—. Pero ¿qué pasa con los administradores, los funcionarios municipales.. .?

Y, por fin, el hombre casi sesentón, cuyo cuadragésimo aniversario de boda había iniciado la conversación, aventuró su opinión, tal vez envalentonado por el hecho de que él, víctima actual del Sesenta, no tenía nada que perder.

—En cuanto a eso—dijo—, depende de quien ustedes saben.

—Y guinó un ojo en gesto de tímida alusión—. Conoá a un tipo que cumplió los sesenta un año después del censo ochocientos diez y vivió hasta que el censo ochocientos veinte lo descubrió. Cumplió los sesenta ~r nueve antes de irse. ¡Sesenta y nueve !

—Pero ¿cómo pudo hacer eso?

—Tenía algún dinero, y su hermano era un Antiguo. Nada es imposible si puedes conseguir una combinación como ésa.

Y hubo aprobación general a ese sentimiento, reforzada por el jovencito del cigarrillo.

—Pero si no tienes dinero contante y sonante ya puedes marcharte la mañana de tu cumpleaños, o veinte Antiguos vendrán a buscarte a casa al día siguiente...

—Y es muy probable que les pongan una multa a tus hijos—añadió otro.

Arvardan escuchó todo esto con enorme asombro. Y tal vez parte

66

de ese asombro asomara en su semblante, ya que su vecino de asiento, que había estado mirándole ceñudamente desde la pregunta sobre el Sesenta, le interpeló bruscamente.

—Tiene una forma extraña de hablar. ¿Procede de los continentes occidentales?

Arvardan notó que todas las miradas le apuntaban, todas con visos repentinos de sospecha. ¿Pensaban que él era miembro de esa Sociedad de Antiguos? ¿Acaso sus preguntas reflejaban el engatusamiento de un agent provocateur?

—No soy de ninguna parte de la Tierra—replicó en un arranque de franqueza—. Me llamo Bel Arvardan y soy de Baronn, sector de Sirio.

Fue igual que si hubiera arrojado una cápsula atómica explosiva en medio del avión.

El horror mudo inicial de todos los semblantes se transformó rápidamente en cólera, amarga hostilidad que llameó ante el arqueólogo. El hombre que compartía asiento con él se levantó con aire ofendido y ocupó otro lugar, después de que las dos personas sentadas allí se apretaran mucho para dejarle sitio.

Las caras se volvieron. El arqueólogo quedó rodeado de hombres, enjaulado en espaldas. Durante un momento, Arvardan ardió de indignación. Que los terrestres lo trataran así, a él. Y luego se calmó. Era obvio que aquella intolerancia jamás había sido unilateral, que el odio engendraba odio.

Completó el viaje en silencio y a solas.

10 Oscurecimiento... a la izquierda

Las instalaciones del colegio de Antiguos de Washenn son simplemente formales. Austeridad es la palabra clave, y hay un aire francamente grave en los apretados grupos de novicios que dan su paseo de la tarde entre los árboles del patio, donde nadie excepto los Antiguos

puede entrar. De vez en cuando la figura con túnica verde de un Antiguo decano atraviesa el césped y recibe graciosas reverencias.

Y en raras ocasiones puede hacer acto de presencia el mismo primer ministro...

Pero no como en este momento, casi corriendo, casi sudoroso, haciendo caso omiso de los que respetuosamente alzan las manos, desatento a las miradas precavidas que le siguen, a las miradas inexpresivas que se cruzan, a las cejas ligeramente arqueadas. ..

Se introdujo en la Sala Legislativa por la entrada particular y echó a correr rampa abajo entre el resonar de sus zancadas. La puerta a la que se dirigía como un rayo se abrió mediante la presión de un pie del único ocupante y el primer ministro entró.

El secretario apenas alzó la mirada de su escritorio, pequeño y sencillo, donde estaba inclinado sobre un televisor diminuto cuyo sonido escuchaba con atención mientras sus ojos erraban por más o menos una mano de papel de comunicaciones al parecer oficiales apiladas ante él. El primer ministro golpeó bruscamente el escritorio.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

Los ojos del secretario miraron breve y fríamente al primer ministro y el televisor quedó apagado.

—Saludos, vuestra sabiduría.

—¡No me des saludos!—replicó con impaciencia el primer ministro—. Quiero saber qué está pasando.

—En una palabra, nuestro hombre ha huido.

—¿Hablas del hombre que Shekt sometió al sinapsificador, el que parloteaba en un idioma raro..., el de la granja cerca de Chicago?...

Es incierto el número de detalles que el primer ministro habría recitado si el secretario no lo hubiera interrumpido en tono indiferente.

—Exacto.

—¿Por qué no he sido informado? ¿Por qué no soy informado nunca?

—Eran precisas medidas inmediatas y tú estabas ocupado. Yo te he sustituido, con toda mi capacidad.

—Sí, te preocupas mucho de mis ocupaciones cuando deseas actuar sin mí. Bien, no lo toleraré. No consentiré que se actúe sin mí, que se me deje de lado. No pienso...

—Estamos retrasándonos—fue la réplica en el tono de voz normal, y la casi gritería del primer ministro cesó.

El recién Degado carraspeó y vaciló antes de seguir hablando.

—¿Qué datos tenemos?

—Apenas ninguno. Al cabo de seis meses de paciente espera, sin nada que indicara tal cosa, ese individuo, el agente T, como lo denominan los informes, se marchó.

—¿Lo siguieron?

—Naturalmente. Cuatro horas por la autopista, hacia el este. Después se esfumó.

—¿Se esfumó?

—Ese es el detalle misterioso, ya que no existe explicación lógica.

—¿De qué hablas, qué es eso de que no existe explicación lógica? ¿Cómo es posible? ¿Cómo vamos a lograr nuestros fines si en momentos cruciales no existe explicación lógica?

—Hemos interrogado a nuestro agente. Habla de dolor de cabeza, dolor cegador, luces muy brillantes ante sus ojos, mareo. No está seguro de cuánto tiempo sufrió el ataque. Media hora, tal vez.

—Imposible. Lo han sobornado.

—lo atacaron—dijo el secretario sin perder la compostura—. No somos los únicos que poseemos métodos de ataque desconocidos.

El primer ministro palideció de forma perceptible.

—¿Y qué haremos ahora?

—Encontrar al agente T. Es evidente que el Imperio tiene una organización en la Tierra de la que no sabemos nada. El agente T, una vez localizado, nos dará pistas para descubrirla, a menos que él mismo sea un pez gordo. Cosa que todavía sería mejor.

El primer ministro volvió la cabeza y se mordió el labio mientras su cerebro emprendía una carrera. Su siguiente pregunta la hizo de espaldas.

—¿Qué hay del campesino con el que estaba viviendo el agente T?

—Nada. Lo interrogaron y lo dejaron marchar... Una simple herramienta, de ningún valor ni para ellos ni para nosotros.

Acto seguido, por primera vez, el secretario tomó la iniciativa.

—Tienes una cita con el profesor Bel Arvardan dentro de cuatro horas.

El otro hombre agitó la mano en un gesto de irritada negligencia.

—Anúlala.

—De ningún modo. Será mejor que hables con él.

—¿Por qué?—preguntó dando media vuelta—. ¿Quién es ese como se llame? ¿Qué desea?

—Deberías haberlo preguntado antes. Es arqueólogo del Imperio.

—¿Y qué tengo que ver yo con la arqueología, por la galaxia? ¿O con los arqueólogos?

—Nada. Pero un representante del Imperio desea verte el mismo día que el agente T se nos escapa.

—Ah...—Y el primer ministro, como si de pronto estuviera cansado, se dejó caer en la silla de respaldo recto que había en un rincón—. Esto supera mi comprensión. Me he perdido.

—Cierto—murmuró el secretario, y dejó que una tenue sonrisa apareciera en sus labios—. Ennius, nuestro respetable procurador, nos ha enviado una nota avisándonos de la llegada del arqueólogo.

—Tampoco he recibido esa nota. Te lo aseguro, no se me informa de nada de lo que ocurre. Es vergonzoso...

—Bueno, yo te informaré ahora, vuestra sabiduría. Ennius afirma expresamente que este Arvardan no es representante oficial ni de él ni del Imperio, y que desconoce por completo nuestras costumbres. Y espera que lo tratemos con tolerancia y comprensión, dada su ignorancia. . . Ah, sí, Ennius nos manda saludos fraternales.

—Parece demasiado ansioso—dijo el primer ministro—. No creo una sola palabra.

—Tu misión será juzgar eso. No sabemos quién o qué es Arvar-

dan..., pero nuestro objetivo es averiguarlo y no perderle de vista hasta conseguirlo.

Cuando el primer ministro estaba a punto de marcharse, el secretario levantó un dedo.

—¡Vuestra sabiduría!—El aludido se volvió—. Sobre Arvardan otra vez—dijo el secretario—. Sería preferible que no ensayaras estrategias profundas. Muestra naturalidad y sé tan elocuente como quieras, siempre que no digas nada. Límitate a una misión de confusión y demora. .. Y sonríe. Tu actual expresión te delataría.

Bel Arvardan llegó puntualmente y tuvo tiempo de curiosear. Para un hombre muy familiarizado con los triunfos arquitectónicos de la galaxia entera, el Colegio de los Antiguos apenas era más que un triste bloque de granito con refuerzos de acero, moldeado con un estilo arcaico. Para un hombre que además era arqueólogo, la construcción podía constituir, con su austeridad lóbrega y casi salvaje, el hogar apropiado para una forma de vida lóbrega y casi salvaje. Su mismo carácter primitivo indicaba que los ojos estaban vueltos hacia el pasado lejano. . .

En cuanto al primer ministro, su túnica era nueva y debido a ello relucía. Su frente no mostraba señal alguna de prisa o duda, el sudor quizá fuera algo desconocido para ella.

Y la conversación fue francamente amistosa. Arvardan se afanó en mencionar los buenos deseos de algunos gentilhombres del Imperio al pueblo de la Tierra. El primer ministro mostró igual cuidado al expresar la enorme gratitud que debía sentir la Tierra entera por la generosidad y la sapiencia del gobierno imperial.

Arvardan se explayó sobre la importancia de la arqueología en la filosofía imperial, sobre su contribución a la gran conclusión de que todos los humanos de cualquier planeta de la galaxia eran hermanos..., y el primer ministro convino en ello insulsamente y observó que la Tierra sostenía esa opinión desde hacía mucho tiempo y sólo podía esperar la pronta llegada del momento en que el resto de la galaxia convirtiera la teoría en práctica.

Arvardan sonrió fugazmente al oír la observación.

—Precisamente por ese motivo, vuestra sabiduría, he venido a verles. Las diferencias entre la Tierra y algunas vecindades de los dominios imperiales residen básicamente, creo yo, en la forma distinta de pensar. Sin embargo, sería posible eliminar muchas fricciones si pudiera demostrarse que los terrestres no son distintos, en sentido racial, de otros ciudadanos galácticos.

—¿Y cómo se propone hacer tal cosa, caballero?

—Bien, no es fácil explicarlo en pocas palabras. Como quizá sepa vuestra sabiduría, las dos corrientes principales del pensamiento arqueológico reciben la denominación común de “teoría de la Fusión” y “teoría de la Irradiación”.

—Estoy familiarizado con el punto de vista de un lego en la materia.

—Perfecto. Bien, la teoría de la Fusión implica lógicamente la noción de que los diversos tipos de humanidad, al evolucionar de modo independiente, cruzaron sus caminos en bs tiempos primitivos y apenas documentados del viaje espacial. Una concepción como ésta debe explicar forzosamente por qué actualmente los humanos son tan parecidos.

—Sí—comentó secamente el primer ministro—, y una concepción como ésta implica también la necesidad de que varios centenares de seres de tipo más o menos humano y que han sufrido distintas evoluciones estén tan relacionados en lo químico y en lo biológico como para posibilitar la fusión.

—¡Cierto!—exclamó entusiasmado Arvardan—. Un punto terriblemente débil. Sin embargo, gran parte de los arqueólogos lo ignora y se adhiere firmemente a la teoría de la Fusión, que implica la posible existencia de subespecies humanas en porciones aisladas de la galaxia, que siguieron siendo distintas, que no se entrecruzaron...

—Se refiere a la Tierra—comentó el primer ministro.

—La Tierra es considerada un ejemplo. La teoría de la Irradiación, por otra parte. ..

—Considera que todos somos descendientes de un solo grupo planetario de humanos.

—Exactamente.

—Mi pueblo—dijo el primer ministro—, debido a la evidencia de nuestra historia, y a ciertos escritos que consideramos sagrados y que no pueden mostrarse a los extranjeros, sostiene la opinión de que la Tierra es el hogar original de la humanidad—

—Y eso creo yo también, y solicito su ayuda para demostrárselo a toda la galaxia.

—Es usted optimista. ¿Qué hace falta para ello?

—Estoy convencido, vuestra sabiduría, de que es posible localizar muchos artefactos primitivos y restos arquitectónicos en las zonas de su planeta que actualmente, por desgracia, están envueltas en radiactividad. La edad de los restos podría deducirse con precisión de la

decaencia radiactiva actual y compararla

Pero el primer ministro estaba meneando la cabeza.

—¡Por favor! No debe hablar más de este tema.

—Pero, ¿por qué no?

Arvardan frunció el ceño, totalmente perplejo.

—En primer lugar—dijo el primer ministro en tono razonable—, ¿qué espera lograr? Si demuestrara su hipótesis, incluso para satisfacción de todos los planetas, ¿qué importancia tiene que hace un millón de años todos ustedes fueran terrestres? Al fin y al cabo, hace mil millones de años todos éramos monos y, sin embargo, no admobmos como parientes a los monos actuales.

—h, por favor, vuestra sabiduría, no somos tan irrazonables.

—No hay nada de irracional en ello, caballero. ¿No es razonable suponer que los terrestres, dado su aislamiento, han cambiado tanto de sus parientes emigrados, en especial por influencia de la radiactividad, como para formar ahora una raza distinta?

Arvardan se mordió el labio inferior.

—Argumenta bien en favor de sus enemigos—repuso a regañadientes.

—Porque me pregunto qué opinarán mis enemigos. De modo que usted no logrará nada, caballero, como no sea exacerbar el odio contra nosotros al probar nuestra pasada grandeza.

—Pero—dijo Arvardan—queda el problema de los intereses de la ciencia pura, el avance del conocimiento

El primer ministro enarcó las cejas en un gesto de pesadumbre casi humorístico.

—}diaría ser un obstáculo para ello. Le hablo ahora, caballero, como hablaría un gentilhomme del Imperio a otro. Yo mismo le ayudaría gustosamente, pero mi pueblo es una raza orgullosa y obstinada que a lo largo de los siglos se ha aislado en ella misma debido a la..., eh..., lamentable actitud hacia ella por parte de la galaxia. Tienen ciertos tabúes, costumbres fijas determinadas..., que ni yo mismo me ofrecería para quebrantarlas.

—Y las zonas radiactivas...

—Es uno de los tabúes más importantes. Incluso suponiendo que le concediera permiso, y ciertamente siento el impulso de hacerlo,

ello sólo provocaría alborotos y disturbios, que no sólo pondrían en peligro las vidas de usted y los miembros de su expedición, sino que además atraerían sobre la Tierra, a la larga, las medidas disciplinarias del Imperio. No sería digno de mi cargo y traicionaría la confianza de mi pueblo si lo permitiera.

—Pero yo tomaré gustosamente todas las precauciones lógicas. Si desea que me acompañen observadores... Y naturalmente es obvio decir que yo le consultaría antes de hacer público cualquier dato obtenido...

El primer ministro se alzó de hombros.

—Me tienta, caballero. Se trata de un proyecto interesante. Pero sobrevalora mi autoridad, aunque dejáramos al pueblo a un lado. No soy un gobernante absoluto. De hecho, mi poder es limitadísimo. . . , y todos los asuntos deben someterse a la consideración de la Sociedad de Antiguos antes de que sea posible una decisión definitiva.

Arvardan sacudió la cabeza.

—ué desgracia tan grande. El procurador me advirtió de las dificultades..., pero yo confiaba en que... ¿Cuándo podrá consultar con su legislatura, vuestra sabiduría?

—El Presidium de la Sociedad de Antiguos se reunirá dentro de tres días. Alterar el orden del día está más allá de mis posibilidades, por lo que podrían pasar unos días más antes de que se discuta el tema... Digamos que una semana.

Arvardan asintió pensativamente.

—Bien, qué remedio... A propósito, vuestra sabiduría...

—¿Sí?

—El procurador mencionó de pasada a un científico terrestre... un tal doctor Shekt. Después he tenido noticias de un sinapsificador inventado por él, una máquina relacionada con la neuroquímica del cerebro. ¿Sabe dónde podría localizarlo?

El primer ministro se había puesto visiblemente rígido y tardó unos instantes en responder.

—Creo conocer al hombre del que me habla. ¿Para qué quiere verlo?

—Bien, he estado trabajando un poco en un proyecto para clasificar la humanidad en grupos encefalogramáticos, en tipos según las corrientes cerebrales, ya me entiende.

—El instrumento, por lo que tengo entendido, no ha tenido éxito.

—Bien, tal vez no, pero puede haber información que me resulte útil. Ese Shekt..., ¿no estará en Washenn, verdad?

—Creo que podrá encontrarlo en el Instituto de Estudios Nucleares de Chica. Naturalmente no deberá mencionar sus intenciones respecto a las zonas prohibidas.

—Eso es evidente, vuestra sabiduría.—Se levantó—. Le agradezco su cortesía y su amable actitud y deseo que el Consejo de Antiguos sea liberal en este caso.

Una vez más, en cuanto se fue Arvardan, el primer ministro mostró su capacidad para el cambio. Permaneció largo rato en paralizado estado mental.

Dos meses...

Dos meses era el tiempo programado antes del día. Los "proyectiles espaciales" no estarían listos hasta entonces... Y las fuerzas de la galaxia parecían estar convergiendo: el agente T, ese arqueólogo, el traidor Shekt.. .

La Tierra. . ., contra toda la galaxia.

Las manos del primer ministro temblaban ligeramente.

11 "... Sudesagablepersona~

Durante el medio año transcurrido desde el día en el que el sinapficador del doctor Shekt fuera usado con Joseph Schwartz (o el agente T, depende del punto de vista), el físico había experimentado un cambio total. No mucho en el aspecto físico, aunque quizás estaba un poco más encorvado, una pizca más delgado. El cambio estaba en su forma de ser: abstraída, temerosa. Vivía en comunión interna, apartado incluso de sus colegas más allegados, y de ese estado sa~a con una desgana evidente para el observador más ciego.

Arvardan, lógicamente, no tenía oportunidad de comparar su estado con el del Shekt anterior y, en consecuencia, juzgó la actitud del otro hombre por lo que aparentaba ser: rudeza abrupta y extraña.

En la antesala del piso cuidadosamente oscurecido, se sintió turbado, era un intruso obviamente mal recibido. Meditó sus palabras.

—Jamás habría soñado en imponerle mis deseos hasta el punto de visitar su hogar, doctor, de no haber sido porque el procurador me advirtió de su gran amabilidad respecto a los ciudadanos de la ga-

laxia.

Al parecer había sido una frase poco feliz, ya que el doctor Shekt reaccionó bruscamente.

—Escuche, él hace mal al imputar amabilidades especiales hacia extranjeros de esa clase. Ni tengo simpatías ni tengo antipatías. Soy terrestre. Si tiene la bondad de solicitar una cita formal a mi secretaria, en el Instituto...

Los labios de Arvardan se apretaron, y el arqueólogo hizo ademán de volverse...

—Compréndalo, doctor Arvardan. ..—Las palabras brotaron apre-

72 1 73
suradamente y en un susurro—. Lamento parecer rudo, pero en realidad no puedo...

—Lo comprendo perfectamente—dijo finalmente el arqueólogo, aunque no entendía nada—. Buenos días, caballero.

El doctor Shekt esbozó una sonrisa.
Si tiene la bondad de solicitar una entrevista. . .

—Estoy muy ocupado, doctor Shekt.

Se volvió hacia la puerta, interiormente sentía una gran irritación con toda la tribu de terrestres, escuchando sin quererlo algunos de los insultos intercambiados con tanta naturalidad en su planeta natal. Por ejemplo, los proverbios "La cortesía en la Tierra es como la sequedad en el océano" y "Un terrestre te dará cualquier cosa siempre que no cueste nada y valga aún menos".

Su brazo ya había interrumpido el rayo fotoeléctrico que abría la puerta principal cuando Arvardan oyó rápidos y repentinos pasos detrás de él y un "¡Chis!" de aviso. Le metieron en la mano un trozo de papel y cuando se volvió vio desaparecer el centelleo rojo de una silueta.

Se encontraba ya en el vehículo alquilado cuando desenvolvió el papel de su mano. Había palabras garabateadas:

"Pregunte dónde está el Gran Teatro y preséntese a las ocho de la noche. Asegúrese de que no le siguen."

Miró ceñudamente el mensaje y lo releyó más de cinco veces. Después lo examinó de arriba abajo, como si esperara la repentina aparición de otro mensaje escrito en tinta invisible. En un gesto

involuntario, miró detrás de él. La ca;~le estaba desierta. Empezó a levantar la mano para echar los estúpidos garabatos por la ventanilla, vaciló y metió el papel en el bolsillo de su chaleco.

Indudablemente, si el arqueólogo hubiera tenido una sola cosa que hacer esa noche, aparte de lo que los garabatos sugenan, ese habría sido el final de todo..., y quizá de varios billones de personas. Pero en realidad Arvardan no tenía nada que hacer. . .

A las ocho en punto se hallaba avanzando lentamente formando parte de una larga cola de vehículos de superficie a lo largo de la ruta que al parecer conducía al Gran Teatro. Sólo había preguntado una vez y el transeúnte le había mirado con recelo (tal parecía que ningún extranjero quedaba libre de aquella sospecha tan arraigada) antes de responderle "Limítese a seguir a los demás vehículos".

Al parecer, todos los vehículos iban al teatro, ya que al llegar al lugar vio que las enormes fauces del aparcamiento subterráneo los iban devorando uno tras otro. Se salió de la hilera y llegó lentamente al otro lado del teatro, a fin de esperar no sabía qué.

Una silueta delgada salió corriendo de la rampa para peatones y se pegó a la ventanilla. Arvardan miró fijamente al recién llegado, sorprendido, pero el otro ya había abierto la puerta y se había introducido rápidamente en el vehículo.

—Le agradecería una explicación—dijo el arqueólogo.

{)h, silencio.—El otro se acurrucó en el asiento—. ¿Le han seguido?

—¿Tenían que seguirme?

—No se haga el gracioso. Avance en línea recta. Gire cuando se lo diga... ¡Dios mío!, ¿a qué espera?

El tono era de soprano. La capucha bajada hasta los hombros dejó ver un cabello castano claro. Unos ojos azules se alzaron hacia el científico.

—Adelante—ordenó categóricamente la mujer.

Arvardan obedeció y durante un cuarto de hora, aparte de alguna orden en apagada pero brusca voz, la desconocida no dijo nada. El arqueólogo le lanzó furtivas miradas y pensó con repentino deleite que era guapa..., pero ella no tenía ojos para otra cosa que no fuera la carretera.

Y no dejaba de mirar hacia atrás.

Detuvieron el coche, olo hizo Arvardan, siguiendo las instrucciones de la mujer: en una esquina de un barrio residencial despoblado. Después de una pausa precautoria, la mujer le indicó que siguiera adelante y se adentraron despacio en un camino de acceso que acababa en la suave rampa de un garaje particular.

La puerta se cerró en cuanto entraron y la luz del vehículo fue la única fuente de iluminación.

—Ahora escúcheme bien -ijo ella con voz grave—. No creo que alguien nos haya seguido, pero si oye algún ruido, abráceme muy fuerte y. . ., y... ya sabe.

Arvardan asintió seriamente.

{Ireo que podré improvisar sin problemas. ¿Es necesario aguardar algún ruido?

La mujer se ruborizó.

—No bromeo. Es un truco para evitar sospechas sobre nuestras intenciones reales. Usted deber~a entenderlo.

Arvardan, desesperado, dejó caer las manos en su regazo y arrugó una comisura de su labio.

—Mi querida señorita, le juro que no entiendo nada. No estoy familiarizado con las costumbres de la Tierra y si aquí se considera normal que una joven sea tan agresiva en sus atenciones amorosas, suponiendo que se trate de eso, espero que perdone mi ignorancia y me explique exactamente qué desea.

La mujer suspiró bruscamente y sus ojos se oscurecieron de orgullo.

—Está comportándose de una forma muy odiosa, y en cuanto hayamos terminado aquí pienso despedazarlo. . . Mientras tanto, deje de disimular. Sé que usted es agente imperial.

—¿Yo?—repuso Arvardan con súbito vigor.

—Naturalmente. Por eso le he traído aquí. Ellos no conocen este lugar y desconocen mi existencia.

—¿Quiénes son "ellos"?

—Los Antiguos, por supuesto. No le culpo por no confiar en mí, pero piénselo bien. Tiene que confiar en alguien, y yo soy la persona idónea, ¿no? Estoy jugándome la vida para sostener esta conversación con usted.

Arvardan la miró con curiosidad. De pronto le parecía muy joven, tal vez aún no había cumplido los veintiuno, pero era más que guapa. Notó que estaba derivando hacia asuntos secundarios y volvió al tema central.

—¿Puedo pensarlo?—dijo en voz suave—. Se trata de una decisión terriblemente importante, este asunto de confiar en la gente, ¿no le parece?

La joven asintió.

—Bien, le doy quince minutos, aunque el tiempo es muy importante. Al cabo de ese tiempo deberá haber tomado la decisión de confiar en mí... No diré una sola palabra.

Cruzó las manos en su regazo y fijó la mirada al frente, más allá del parabrisas que sólo dejaba ver la pared lisa del garaje.

El arqueólogo la contempló a su antojo. La suave hnea de la barbiDa contradecía el esfuerzo de firrneza a que eUa la forzaba, y su nariz era recta y fina. Su tez poseía el rico viso tan característico en la Tierra. . . y, no obstante, sus facciones carecían de los rasgos grotescos tan famosos en la caricaturas de terrestres hechas en Sirio.

Arvardan notó que eDa estaba mirándole por el rabiDo del ojo. La joven se apresuró a corregir su gesto y miró de nuevo al frente... antes de volver los ojos con tímida curiosidad.

—¿Qué ocurre?—dijo el científico.

Ella se volvió hacia Arvardan y se mordió el labio inferior.

—Estaba mirándole.

—Sí, ya lo he notado. ¿Tengo una mancha en la nariz?

—Ah-ah.—Su cabeDo pareáa flotar y revolotear suavemente en cuanto movía la cabeza—. Aparte del procurador, usted es el primer hombre de la galaxia que conozco..., y él siempre va envuelto en tanta ropa de plomo que parece un saco de patatas.

—¿Soy distinto?

—Oh, sí... ¿No teme la radiactividad del ambiente? Viste ropa ordinaria.

—Bien, igual que usted..., con la excepción de que su ropa tiene un aspecto magnífico cuando usted la viste.

Aparecieron hoyuelos en las mejillas de la joven.

—Naá aquí. Pero creía que los galácticos eran distintos.

—Pues bien, no son tan distintos como supone. No creo que la radiactividad sea tan peligrosa: todavía no me siento enfermo. No se me está cayendo el pelo.—Le dio un tirón—. No tengo el estómago encogido y seguramente tendré hijos algún día, si lo intento en la forma correcta.

Pronunció gravemente la última frase y los ojos de la joven se entrecerraron para mirarle. Después ella se echó a reír.

—Está loco.

—Hum. Le sorprendería saber cuántos arqueólogos inteligentes y famosos han dicho lo mismo. . ., y además en largos discursos.

—Bien, está loco. No se parece a los terrestres.

—Ustedes siempre dicen eso. ¿Por qué soy distinto?

—Es cordial. Los terrestres siempre recelan.

—Eh, alto, eso es adulación simplona. No puede engañar a un viejo zorro como yo. Aún no he dicho que confíe en usted.

—Ah, lo hará—y la mujer asintió confiadamente—, porque si no pensara hacerlo no seguina sentado aquí.

—¿Opina que tengo que hacer grandes esfuerzos para seguir sentado a su lado? Si es así, se equivoca, ¿sabe? Además, yo podría tener el muy astuto plan de sonsacarle todos sus secretos sin delatarme.

—¿Por qué? No soy enemiga de usted, ni del Imperio.

—¿Pero cómo puedo saber eso? Tal vez sea agente enemiga, preparando todo para atraparme con su maléfico encanto. ¿Qué me dice de eso?

La joven recobró su aire altanero.

—No soy ese tipo de mujer.

—Su aspecto indica lo contrario. Aunque las agentes enemigas seductoras siempre se fingen inocentes. Esos son sus maliciosos métodos.

La altanería desapareció y la joven dejó escapar una risita.

—Usted está loco en todos los sentidos.—Y acto seguido fue toda actividad—. En fin, los quince minutos han pasado. ¿Está dispuesto a confiar en mí?

—Bien.. .—Arvardan enarcó las cejas, apoyó uno de sus morenos brazos en el mecanismo de conducción y observó pensativamente a la mujer—. No comprendo cómo puedo responder si ni siquiera sé quién es usted. ¿Cómo se Dama?

La joven quedó boquiabierta.

—¡Oh, no, no se lo he dicho!

—No, es cierto. Y naturalmente eso me hace pensar que no confiaba en mí. La confianza ha de ser mutua.

—Pero usted me vio en casa del doctor Shekt.

—Vi un destello de ropas rojas, creo, pero nada más. ¿Era usted?

Ella asintió.

—Ajá. Soy hija del doctor Shekt. Me Dama Poh Shekt.

—Bien. Yo soy Bel Arvardan. ¿Qué tal, Pola?—Tendió una mano en la que desapareció momentáneamente la de la mujer y hubo un serio apretón de manos—. No tendré que Damarla señorita Shekt, ¿eh?—Pola arrugó la frente—. ¿Lo preferiría?—Arvardan hizo una mueca—. Creo que eso sena espantoso, ¿usted no?

—Pues llámeme Pola. ¿Debo llamarlo Bel?

—No respondo a otro nombre, ¿sabe?

—¿Estamos Listos para entrar en materia?

—En cualquier clase de materia—dijo él con fervor.

ELLA le sonrió, y con el brillo de la sonrisa, Arvardan experimentó de pronto un extraño tipo de shock eléctrico que afectaba órganos internos de existencia desconocida para él.

—Ahora explíquemelo todo—dijo.

—Bien, desconozco cuánto sabe usted. siendo agente imperial, pero de todas formas puedo explicarle una cosa. El destino de la galaxia entera está en juego. Estoy convencida.

El primer impulso de Arvardan fue echarse a reír. Ella hablaba muy en serio, y el melodrama brotaba con suma dulzura de sus la-

bios. Y entre el impulso y el acto, el arqueólogo recordó algunos detalles. Las insinuaciones vagas y amenazadoras de Ennius, el odio y la mortífera animosidad de los viajeros del avión cuando conocieron su origen galáctico, el primer ministro y sus recelos, el doctor Shekt y su rareza... Arvardan resolvió no reír, al menos durante un rato.

—Adelante—dijo con aire solemne—. Explíqueme los detalles.

—La Tierra va a sublevarse.

La voz de Pola se redujo a un apagado susurro.

Arvardan no pudo resistirse a un instante de diversión.

—¡No!—exclamó, con los ojos muy abiertos—. ¿La Tierra entera?

Pero Pola mostró en su mirada una furia instantánea.

—Mire, no sea tan chistoso. Esto es muy serio, porque podría destruir todo el Imperio.

—¿La Tierra hará todo eso?—Arvardan contuvo un estallido de risa y añadió suavemente—: Pola, ¿qué tal va su galactografía?

—Tan bien como la de cualquiera, maestro, y de todas formas, ¿qué tiene que ver eso?

—Tiene mucho que ver. La galaxia tiene un volumen de varios millones de años-luz cúbicos. Contiene dos millones de planetas habitados y una población aproximada de quinientos mil billones de personas. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí.

—Bien, la Tierra es un solo planeta, con una población de veinte millones y además sin recursos. En otras palabras, hay veinticinco mil millones de ciudadanos galácticos por terrestre... ¿Qué daño puede causar la Tierra?

—¿Está seguro?—Durante un momento la joven pareció sumida en dudas, pero se recuperó—. Pues es la verdad. Mi padre está convencido, y él está bien informado.

—La Tierra se ha sublevado otras veces—le recordó Arvardan—. Tres veces... y no causó en especial ningún daño.

—Esta vez es distinto.

—Querida mía—dijo Arvardan. Casi por sí sola, su mano se había extendido para tocar la mejilla de la joven de un modo no demasiado fraternal, pero el arqueólogo desvió el curso y se tiró de la oreja—. Querida mía, admito que la entrevista es fascinante. Posee elementos de misterio, intriga y, sobre todo, una conversadora preciosa. Pero no comprendo qué trata de decirme.

—¡Oh!—exclamó ella—. Creo que no está saliendo tal como lo planeé. Pensaba que si usted era agente imperial estaría al corriente de casi todo y podríamos trabajar juntos..., con mi padre.

—¿Su padre?—inquirió secamente Arvardan—. ¿Se refiere al doctor Shekt, tan ansioso de verme que no me dejó pasar de la puerta de su casa?

—No podía—dijo seriamente Pola—. ¿No lo comprende? El primer ministro lo ha estado vigilando y siguiéndolo desde hace meses y mi padre no se atrevió a hablar con usted. ¿Por qué supone que le he hecho venir aquí? Me lo dijo mi padre, él preparó todo.

—Ah... Bien, ¿dónde está él, pues? ¿Aquí?

—¿Han dado las diez?

—Sí.

—Entonces debe de estar arriba..., si no b han atrapado.—Miró alrededor estremeciéndose involuntariamente—. Podemos entrar en la casa por el mismo garaje y usted vendrá conmigo. . .

Tenía ya la mano en el botón que controlaba la puerta del coche cuando se quedó inmóvil. Su voz fue un susurro ronco.

—Viene alguien... Oh, deprisa...

Las demás palabras quedaron apagadas. Arvardan no tuvo problema alguno para recordar la orden inicial de la joven. Sus brazos la rodearon con naturalidad y de inmediato Pola estuvo cordial y blanda contra su cuerpo. Los labios de ella temblaron sobre los del arqueólogo. Durante cerca de diez segundos Arvardan forzó los ojos al máximo para ver el primer rayo de luz o escuchar el primer paso, pero después se sintió anegado y barrido por la dulzura de la situación. Pasó bastante rato antes de que ella se separara y ambos descansaron un instante mientras mantenían unidas sus mejillas.

—Debe de haber sido un ruido del tráfico—dijo Arvardan con ensoñador deleite.

—Lo supongo—murmuró ella, y de pronto se apartó, se arregló

el pelo y retocó el cuello de su vestido con gestos formales y precisos—. Creo que será mejor entrar ahora en la casa. Apague las luces del coche. Tengo una pequeña linterna.

Arvardan bajó del vehículo después que Pola y en la oscuridad ella le pareció una sombra sutilísima con la pequeña mancha de luz que brotaba de la linterna.

—Será mejor que me dé la mano—dijo Pola—. Tenemos que subir una escalera.

—Ahora no se oye ningún ruido, ¿verdad Pola?—La voz del arqueólogo era un susurro detrás de la joven—. Si sirve de algo, yo mismo haré algún ruido.

Pola se detuvo y dio media vuelta. Arvardan no podía verla, pero captó la deliciosa altanería de su voz.

—Oh, no piense que usted puede conseguirlo todo, doctor Arvardan. Casualmente yo no oí ningún ruido antes.

Y la joven se dispuso a seguir subiendo, pero la mano de Arvardan la retuvo con fuerza.

—Bien, en ese caso. ..—dijo seriamente Arvardan.

Y Pola tardó unos instantes en responder, con una voz rara, sofocada.

—Ha conseguido que se me caiga la linterna.

Estaba en el suelo, en un minúsculo charco de luz. El arqueólogo la recogió y la mantuvo enfocada un momento sobre la ruborizada cara de Pola.

—Supongo que cree haber hecho algo muy ingenioso.

—Muy ingenioso—replicó tranquilamente Arvardan—. Y muy agradable.

—Oh, venga, por favor.

Pero mientras subía la escalera, al abrigo de la oscuridad, Pola sonreía.

12 Las posibilidades en contra que se esfumaron

Se reunieron en una habitación interior del segundo piso de la casa, con las ventanas cuidadosamente polarizadas para lograr opacidad total. Pola permaneció abajo, alerta y con los ojos bien abiertos, sentada en un sillón desde el que podía vigilar la calle, oscura y

desierta en esos momentos.

La encorvada figura de Shekt tenía un aspecto distinto del que Arvardan había observado diez horas antes. El semblante del físico continuaba ojeroso, infinitamente cansado, pero los rasgos anteriores de aparente incertidumbre y timidez se habían transformado en un gesto de feroz desafío.

—Doctor Arvardan—dijo, y su voz era firme—, debo pedirle excusas por el tratamiento que le ofrecí esta mañana. Esperaba que usted lo entendería...

—Debo admitir que no lo entendí, caballero, pero ahora es distinto.

Shekt tomó asiento ante la mesa y señaló la botella de vino. Arvardan agitó la mano en gesto de disculpa.

—Si no le importa, comeré un poco de fruta... ¿Qué es esto? No creo haber visto algo parecido.

—Es una variedad de naranja—dijo Shekt—. Supongo que no crece fuera de la Tierra. La corteza se quita fácilmente.

Hizo una demostración y el arqueólogo, después de oler con curiosidad la fruta, hincó los dientes en la pulpa vinosa. Lanzó una exclamación.

—¡Caramba, es deliciosa, doctor Shekt! ¿Nunca han intentado exportar estos productos?

—Los Antiguos no gustan de comerciar con el exterior—dijo sombríamente el físico—. Del mismo modo que nuestros vecinos no gustan de comerciar con nosotros. Es un simple aspecto de nuestras dificultades en la Tierra.

Y Arvardan se sintió abrumado por un brusco espasmo de furia.

—Lo más estúpido que he oído. Se lo aseguro, casi pierdo la esperanza en la inteligencia humana cuando veo lo que hay en las mentes de los hombres.

Shekt se alzó de hombros. Tenía tras de sí una vida entera de tolerancia.

Me temo que forma parte del problema casi insoluble del anti-terrestrismo.

—Si es casi insoluble—replicó con energía el arqueólogo—se debe a que nadie parece desear soluciones. ¿Cuántos terrestres res-

ponden a la situación odiando sin discriminación a todos los ciudadanos galácticos? ¿Desean igualdad, tolerancia mutua?... No. Sólo desean tener su ocasión como mandamases.

—Es posible—dijo tristemente Shekt—. Pero se trata de un efecto simplemente superficial. Denos la oportunidad y crecerá una generación de humanos igual que cualquier otra. Los integracionistas, con su tolerancia y su creencia en el carácter universal de la humanidad, más de una vez han tenido fuerza en la Tierra. Yo soy integracionista. Pero la organización está en manos de IQS zelotes, es decir, los nacionalistas radicales con sus sueños de dominio pasado y dominio futuro. Lo que precisa el Imperio es justamente protección contra ellos.

Arvardan frunció el ceño en gesto de hastío.

—¿La revolución de que hablaba Pola?

—Doctor Arvardan—dijo Shekt en tono grave—, no es sumamente fácil convencer a una persona de la posibilidad aparentemente ridícula de que la Tierra conquiste la galaxia, pero es cierto. Físicamente no valgo nada y tengo muchas ganas de vivir. Imagine pues la crisis inmensa que debe existir ahora para que me vea forzado a correr el riesgo de cometer un acto de traición con los ojos de la administración local puestos ya sobre mi persona.

—Bien—respondió Arvardan—, si el asunto va en serio, será mejor que le diga una cosa ahora mismo. No soy agente imperial. No tengo relación alguna con el gobierno imperial. Soy exactamente lo que parezco ser: un arqueólogo al mando de una expedición científica relacionada únicamente con mis intereses personales. Estoy seguro de que para este asunto, le sería más práctico ver al procurador.

—Eso es precisamente lo que no puedo hacer, doctor Arvardan. Los Antiguos me vigilan para evitar que tal cosa se produzca. Cuando se presentó usted en mi casa, pensé que podía ser un intermediario. Que él sospechaba.

—Tal vez sospecha..., no se lo puedo asegurar. Pero no soy un intermediario. Lo siento.

—Sin embargo, está aquí y es ciudadano del Imperio. Puede visitar al procurador más tarde.

En su semblante había una expresión de infinita súplica.

de que se encontraba hablando con un paranoico entrado en años y excéntrico, quizás inofensivo pero completamente chiflado. A pesar de todo, Arvardan seguía ahí. El arqueólogo no analizó sus motivos, aunque un observador malicioso habría sospechado que unos mechones de cabello castaño claro y unos ojos azules, por entonces en otra habitación, podían ser parte de la explicación.

En cualquier caso, Arvardan se recostó en su silla.

—Bien, el riesgo lo corre usted. Yo le ayudaré si puedo, pero no le prometo nada.

—Escúcheme con atención. Es lo único que pido. Doctor Arvardan, ¿ha oído hablar de mi sinapsificador?

—El procurador lo mencionó. Por lo demás, no sé nada.

—¿Y qué dijo el procurador?

—Que era un fracaso interesante, ideado para mejorar la capacidad de aprender, creo.

Shekt mostró su enfado.

—Sí, sin duda alguna Ennius opina que el invento es un fracaso. Ésa es la publicidad que se le dio, y de los resultados francamente buenos no se ha dicho nada... deliberadamente.

—Hum. Una muestra bastante anormal de ética científica, doctor Shekt.

—Lo admito. Pero tengo cincuenta y seis años, caballero, y si sabe algo sobre las costumbres de la Tierra, sabrá que no me queda mucha vida por delante.

—Según he leído, se hacen excepciones, entre otras personas, con científicos notables.

—Desde luego. Pero eso lo dicen el primer ministro y el Consejo de Antiguos, y no hay posibilidad de apelar contra sus decisiones, ni siquiera el emperador puede hacerlo. Se me comunicó que el precio de mi vida era guardar el secreto del sinapsificador y esforzarme en mejorarlo.

—El físico extendió las manos en señal de desesperación—. ¿Cómo iba a saber entonces el resultado, el uso que le darían a la máquina?

—¿Y qué uso es ése?

Arvardan sacó un cigarrillo de la cajetilla que guardaba en la camisa y ofreció otro al físico, que lo rechazó.

—Aguarde un momento, por favor... Después de que mis experimentos llegaron hasta al punto en el que consideré que el instrumento podía emplearse con seres humanos sin arriesgar sus vidas, ciertos biólogos de la Tierra recibieron tratamiento, uno a uno. En todos los casos se trataba de hombres que yo sabía simpatizaban con los zelotes, con los extremistas, quiero decir. Todos sobrevivieron, si bien hubo efectos secundarios al cabo de un tiempo. Finalmente, volvieron a traer a uno de esos hombres. No pude salvarlo, pero mientras deliraba..., averigué la verdad...

Casi era medianoche. La jornada había sido larga y habían pasado muchas cosas. Pero algo empezaba a agitarse en el interior de Arvardan.

—Me gustana que fuera al grano—se limitó a decir.

—Le ruego paciencia. Debo darle una explicación lo más completa posible para que me crea. Lógicamente usted conoce el medio ambiente especial de la Tierra, su radiactividad. . .

—Sí, tengo buenos conocimientos al respecto.

—Y el efecto de esa radiactividad en los terrestres.

—Sí.

—En ese caso no me explayaré en el tema. Sólo preciso decir que la incidencia de las mutaciones en la Tierra es mayor que en el resto de la galaxia. De modo que la idea de nuestros enemigos, que los íerrestres somos distintos, posee cierta base de verdad física. De hecho, las mutaciones son poco importantes y en su gran mayoría carecen de potencial de supervivencia. Si algún cambio permanente se ha producido entre los terrestres es únicamente en ciertos aspectos de los procesos químicos internos, cambio que permite mostrar mayor resistencia al medio ambiente particular, mayor resistencia a la radiación, curación más rápida de los tejidos dañados...

—Doctor Shekt, estoy familiarizado con todo lo que dice.

—¿Y no ha pensado nunca que esos procesos de mutación ocurren en otras especies vivientes de la Tierra además de la humana?

Se produjo un breve silencio antes de que Arvardan contestara.

—Pues no, no lo había pensado, aunque, ya que lo menciona lógicamente es algo inevitable.

—Exacto. Está ocurriendo. Nuestros animales domésticos existen en variedad muy superior a la de cualquier otro mundo habitado. La naranja que ha comido es una variedad mutada que no se halla en

ningún otro sitio. Por ese motivo, entre otros, la naranja es tan inaceptable para las exportaciones. Los extranjeros recelan de las naranjas del mismo modo que recelan de nosotros..., y nosotros las protegemos como propiedades valiosas peculiares de nuestro planeta. Y, desde luego, lo que es de aplicación a plantas y animales tiene igualmente validez para la vida microscópica.

Y Arvardan sintió en ese momento la fina punzada del miedo.

—¿Se refiere a. . . las bacterias?—dijo.

—Me refiero al dominio de la vida primitiva. Protozoos, bacterias, y las proteínas autorreproductoras que algunas personas denominan virus.

—¿Qué trata de decir?

—Creo que usted tiene alguna noción al respecto, doctor Arvardan. De pronto parece muy interesado. Mire, entre ustedes los galácticos existe la creencia de que los terrestres son portadores de muerte, que relacionarse con un terrestre equivale a morir que los terrestres son portadores de desgracia, que poseen una especie de ojo maléfico...

—Estoy enterado de todo eso. Simple superstición.

—No del todo. Esa es la parte molesta. Como todas las creencias comunes, a pesar de su superstición, distorsión o falsedad, ésta posee en el fondo algo de verdad. Verá, algunas veces un terrestre lleva en

82

1

83

su organismo una forma mutada de parásito microscópico que no guarda parecido con los conocidos en otros lugares y al que los extranjeros no son especialmente resistentes. Lo que sigue es pura biología, doctor Arvardan.

El arqueólogo guardó silencio.

—Por supuesto, también nosotros padecemos las consecuencias de vez en cuando—prosiguió Shekt—. Una nueva especie de germen logra salir de las nieblas radiactivas y una epidemia asola el planeta, pero los terrestres, en general, no han quedado a la zaga. Para todas y cada una de las variedades de ~ermenes y virus elaboramos generación tras generación nuestras defensas y sobrevivimos. Los extranjeros no tienen esa oportunidad.

—¿Pretende decir—intervino Arvardan, con una sensación raramente vaga—que el contacto con usted ahora mismo. . . ?

Echó hacia atrás su silla.

Shekt sacudió la cabeza.

—Naturalmente que no. Nosotros no creamos la enfermedad, simplemente, en condiciones muy desfavorables, somos portadores de ella. Si yo viviera en su planeta, doctor, sería un portador del germen tanto como usted. E incluso aquí, sólo uno de cada mil billones de gérmenes, o uno entre un cuatrillón es peligroso. La probabilidad de que usted se contagie ahora mismo es inferior a la que tiene un meteorito para atravesar el techo de esta casa y caer sobre usted... A menos que los gérmenes en cuestión sean buscados, aislados y concentrados deliberadamente.

De nuevo se hizo el silencio, pero más prolongado esta vez.

—¿Han estado haciendo eso?—preguntó Arvardan con voz apagada.

—Sí. Por razones inocentes. . . al principio. Lógicamente, nuestros biólogos sienten especial interés por las peculiaridades de la vida terrestre, y no hace mucho aislaron el virus de la fiebre común.

—¿Qué es la fiebre común?

—Una enfermedad endémica benigna típica de la Tierra. Es decir, siempre nos acompaña. Casi todos los terrestres la padecen en su infancia y sus síntomas son excesivamente leves. Fiebre moderada, erupciones transitorias e hinchazón de las articulaciones, junto con una molesta sensación de sed. Completa su ciclo en un período de cuatro a seis días y a partir de entonces quedamos inmunizados. Yo la tuve. Igual que Pola. Sin embargo, ocasionalmente, algún miembro de la guarnición imperial se contagia y es normal que fallezca antes de doce horas. Después le entierran los terrestres, ya que cualquier soldado que se acercara moriría también.

“El virus, como decía, fue aislado hace diez años. Se trata de una nucleoproteína, como casi todos los virus filtrables, que no obstante posee la notable propiedad de contener una concentración anormalmente elevada de carbono radiactivo y nitrógeno. Al decir anormalmente elevada me refiero al cincuenta por ciento. Se supone que los efectos del organismo sobre su huésped se deben más a sus radiaciones que a sus toxinas. Naturalmente, parece lógico que los terrestres, adaptados a la radiación gamma, sufran tan sólo trastornos ligeros. El interés inicial por el virus se basó en el método que le permitía concentrar los isótopos radiactivos. Como usted sabe, ningún medio químico puede separar isótopos, como tampoco puede hacerlo ningún organismo conocido..., pero la dirección de la investigación cambió.

“Seré breve, doctor Arvardan. Creo que ya imagina el resto.

Podían efectuarse experimentos con animales extraterrestres, pero no con hombres extranjeros. El número de éstos en la Tierra era escaso, no podía tolerarse que varios desaparecieran sin dejar rastro. Y tampoco podía tolerarse que los descubrieran antes de tiempo. En consecuencia, mandaron a un grupo de bacteriólogos al sinapsificador para que volvieran con inteligencias muy desarrolladas. Ellos fueron los que idearon un nuevo enfoque matemático de la química de la proteína y la inmunología, que finalmente les permitió formar una cadena artificial de virus con el propósito de afectar tan sólo a seres humanos galácticos. Actualmente existen toneladas de virus cristalizado.

Arvardan se sentía consumido. Notó que las gotas de sudor resbalaban perezosamente por sus sienes y sus mejillas.

—En ese caso está diciéndome—comentó en tono ronco—que la Tierra pretende dejar suelto este virus en la galaxia, que van a iniciar una gigantesca guerra bacteriológica...

—Una guerra que nosotros no podemos perder y que ustedes no pueden ganar. Exacto. Una vez iniciada la epidemia, millones de personas morirán a diario y nada podrá contenerla. Los que impulsados por el pánico huyan en naves espaciales serán portadores del virus, y si alguien intenta hacer estallar planetas enteros, siempre será posible iniciar de nuevo la epidemia en nuevos centros. No existirá motivo alguno para relacionar el problema con la Tierra. Cuando nuestra supervivencia empiece a ser sospechosa, el estrago habrá progresado tanto, la desesperación de los galácticos será tan honda que nada les importará.

—¿Y todos morirán?

El horror impresionante no calaba: no podía hacerlo.

—Tal vez no. Nuestra nueva ciencia bacteriológica sirve en ambos sentidos. También tenemos la antitoxina y los medios para producirla. Podría usarse en caso de rendición temprana.

En la horrible negrura que siguió, la voz de Shekt sonó débil y fatigada. Durante esa negrura Arvardan no pensó ni por un momento en dudar respecto a la veracidad de cuanto había escuchado, la horrible verdad que de un solo golpe anulaba las posibilidades en contra de veinticinco mil millones contra uno.

—No es la Tierra la que está haciendo esto. Un puñado de líderes, depravados por la presión gigantesca que los excluyó de la galaxia, que odian a quienes los dejaron fuera, que desean como locos devolver el golpe cueste lo que cueste. . .
“En cuanto empiecen, la Tierra tendrá que seguirlos. ¿Qué otra cosa podrá hacer? Por su tremenda sensación de culpabilidad, tendrá

que concluir la tarea empezada. ¿Podrá tolerar que sobreviva gran parte de la galaxia y arriesgarse al castigo? Y de todas formas, ¿puede evitarlo? Seguramente algunos rincones apartados se salvarán, otros podrían estar inmunizados... Suficientes personas para recordar el odio eterno que se producirá, y para vengarse.

“Y yo, antes que extraterrestre, soy hombre. ¿Deben morir billones en provecho de millones? ¿Debe derrumbarse una civilización extendida por la galaxia en provecho del resentimiento de un planeta, por muy justificado que esté? ¿Y quedaremos en mejor situación gracias a eso? La fuerza de la galaxia seguirá residiendo en los mundos dotados de los recursos necesarios..., y nosotros no tenemos recursos. Incluso es posible que los terrestres gobiernen en Trantor durante una generación, pero sus hijos serán trantorianos y a su vez despreciarán a los que permanezcan en la Tierra.

“Y además, ¿qué ventaja hay para la humanidad si cambia la tiranía de la galaxia por la tiranía de la Tierra? No, no, debe haber una salida para todos los hombres, un camino hacia la justicia y la libertad.

Sus manos se alzaron hasta su cara y la cabeza de Shekt se mecía suavemente tras los nudosos dedos.

Arvardan lo había escuchado todo sumido en una niebla de estupor.

—No hay traición en lo que usted ha hecho, doctor Shekt—murmuró—. Al contrario, veo en usted la unidad de la raza humana. ¿Cómo podemos impedir esto? ¿Cómo?

Se oyó ruido de pasos acelerados, una cara asustada entró de pronto en la habitación y la puerta quedó abierta.

—Padre. . . Vienen hombres por el camino de acceso.

El doctor Shekt palideció.

—Deprisa, doctor Arvardan, por el garaje. —Estaba dándole violentos empujones—. Vaya a ver a Ennius. Cuénteles todo esto. Llévase a Pola, y no se preocupe por mí. Yo los frenaré.

Pero un hombre ataviado con una túnica verde les aguardaba cuando se volvieron. Esbozaba una sonrisa apenas visible y empuñaba, como si tal cosa, un látigo neurónico, el arma que aturdió con el máximo dolor posible. Se oyó un estruendo de punetazos en la puerta principal, algo que se derrumbaba y ruido de pies moviéndose pesadamente.

—Es el secretario del primer ministro—murmuró el desesperado

doctor Shekt.

—Cierto.—El hombre de la túnica verde avanzó. Y casi se ha salido con la suya. Pero sólo casi... Hum, una mujer también. Poco discreto. . . Y nuestro amigo imperial, el inocente arqueólogo.

—Soy ciudadano galáctico—dijo con firmeza Arvardan—y niego su derecho a detenerme, o lo que es igual, a entrar en esta casa sin autoridad legal.

—Yo—y el secretario tocó suavemente su pecho con la mano desocupada—soy todo el derecho y la autoridad de este planeta..., y antes de un mes, tal vez de la galaxia... Ya los hemos cogido a todos, incluso al agente T.

—¿El agente T?—preguntó llanamente Arvardan.

—El hombre que se hace llamar Joseph Schwartz. También él está detenido, y le está esperando.

Lo último que vio Arvardan fue una sonrisa que se hacía más amplia..., y el destello del látigo. Se desplomó y perdió el conocimiento después de una llamarada carmesí de dolor.

INTERMEDIO

Y de este modo, como ya se explicó con anterioridad, ambos extremos se unen en el centro. Hemos seguido primero a Joseph Schwartz y después a Bel Arvardan y ambos ahora acaban unidos. En realidad la situación que comparten no es cómoda, puesto que la reunión tiene lugar en condiciones más bien desesperadas para los dos.

Sin embargo, queda la tercera parte en la que nos ocuparemos de la reunión y seguiremos los restantes hechos, que interesan por igual y simultáneamente a ambos personajes.

En consecuencia, el diagrama de este relato podría ser el siguiente:

Tierra

1947 A. C.

.

| Sirio, |
L-G |

Primera parte 1200 ~ / segunda parte
Joseph Schwartz \ / Bel Arvardan
(a través del tiempo) \<~ (a través del espacio)

Tierra,
827 E. G.

Tercera parte
Joseph Schwartz y
Bel Arvardan

Por tanto, como ven, he hecho la narración partiendo de ambos extremos en dirección al centro, como prometí.

El motivo de tratar el tema con tanto detalle, supongo, es que casi todos los autores tienen necesidad de explicar la estructura física de sus relatos, algo distinto de pormenores secundarios como argumentos y clímax. Finalmente, he dado satisfacción a dicha necesidad. Fascinante, ¿no les parece?

3a PARTE:
JOSEPH SCHWARTZ Y BEL ARVARDAN

13 Coalescencia

De momento, Schwartz descansaba nerviosamente en el duro banco de una de las salas subterráneas del edificio correccional de Chica.

El "Edificio", como se lo denominaba normalmente, era el gran símbolo del poder local del primer ministro y su camarilla. Alzaba su tétrica sombra en una elevación angulosa y rocosa que oscurecía los barracones imperiales situados en las cercanías, del mismo modo que su sombra se aferraba al malhechor terrestre mucho más que la autoridad no ejercida del Imperio.

Entre sus paredes, más de un terrestre en siglos pasados había aguardado el juicio previsto para los que falsificaban o no cumplían los cupos de producción, los que vivían más años que los legales o silenciaban los delitos de otras personas o los acusados de tentativa de subversión del gobierno local. De vez en cuando, si los prejuicios locales de la justicia terrestre resultaban especialmente ilógicos para el gobierno imperial de la época, el procurador podía anular una condena, aunque ello derivaba en insurrecciones o, como mínimo, alborotos violentos.

Normalmente, si el Consejo solicitaba la pena de muerte, el procurador accedía.

Desde luego, Joseph Schwartz no sabía nada de esto. Para él el conocimiento se reducía a una pequeña habitación con las paredes impregnadas de una luminosidad francamente débil y un mobiliario formado por dos duros bancos y una mesa, más una cavidad en la pared que hacía las veces de lavabo y retrete al mismo tiempo. No

había ventanas para echar una ojeada al cielo y la corriente de aire que llegaba a la habitación por el pozo de ventilación apenas era perceptible.

Schwartz se acarició el cabello que circundaba su calva y se irguió con aire desconsolado. Su tentativa de huida a ninguna parte (¿en qué lugar de la Tierra iba a estar a salvo?) había sido breve, nada fácil y había terminado allí.

Sin duda alguna había sido una tentativa estúpida e inútil. . .

88

Pero sabía tan poco sobre aquel mundo horrible... Marcharse de noche o a campo través le habría enmarañado en misterios, le habría lanzado hacia el peligro de los focos radiactivos de los que él no sabía nada... Y por eso, con el arrojo de la persona que no tiene elección, había iniciado la marcha por la autopista en pleno mediodía.

En ningún momento olvidó la existencia de aquel contacto menial enemigo que durante seis meses había estado vigilándole..., y que le siguió en su huida. Jamás vio a persona alguna. En realidad no se atrevía a mirar, a volver la cabeza, a demostrar que distaba mucho de sentirse tranquilo. Porque al principio, cuando miró y trató de eliminar al hombre que le seguía, el contacto mental sufrió un cambio sutil. De la simple amenaza pasó a la precaución, de la precaución a la duda. . . , y Schwartz supo que su Némesis estaba armada, que si él, Joseph, demostraba saber que se hallaba en peligro, le abatirían en vez de permitirle huir...

Por eso siguió andando, sabiendo que seguía dentro del radio de acción de un arma mortífera. Su espalda permaneció rígida a la espera de algún peligro desconocido. ¿Qué se siente al morir? ¿Qué se siente al morir?... Ese pensamiento iba dándole empujones, siguiendo el compás de sus pasos, daba tumbos en su cerebro, reía tontamente en su subconsciencia hasta que se hizo insoportable.

Se dirigió hacia el borde cubierto de hierba de la autopista. Había descendido un declive suave y casi un kilómetro de terreno se extendía en dirección ascendente hasta terminar abruptamente con su color verde y gris recortado sobre el fondo del cielo. ¿Había una interrupción en la campina, allí arriba? ¿Sería un rasgo nuevo y mortífero del contacto mental? ¿Estaban levantando un arma? ¿Estaban apuntándole?

Chilló al vacío que contemplaba, agitó los brazos con furia.

—¡Déjame en paz, por favor! ¿Qué te he hecho yo?... ¡Vete!... ¡Vete!

Concluyó con un quebrado aullido, con la frente acanalada por el odio y el miedo a la criatura que le acechaba y la mente rebosante de hostilidad. Sus pensamientos se lanzaron contra el contacto mental para tratar de eludir su pegajosidad, para librarse de su aliento. . .

Y el contacto mental desapareció. De pronto, desapareció por completo. Schwartz captó momentáneamente un dolor abrumador, no en él, sino en el otro..., y luego nada: ningún contacto mental. Había desaparecido como la presa de un puño que pierde fuerza y queda inerte.

Schwartz aguardó largo rato...

Nada. .., ningún contacto mental...

Se volvió y siguió andando. El contacto mental no reapareció.

De vez en cuando pasaba algún vehículo. Ninguno se detuvo para recogerle, y Schwartz se alegró de ello. Durmió al aire libre aquella primera noche y la mañana siguiente llegó a las afueras de Chica.

!
l

Fue un error.

Schwartz se excusó por todo de muchas formas mientras permanecía sentado en la dureza del banco de la celda. Él era hombre de ciudad. Había estado en Chica una vez, mientras que el resto de la Tierra le resultaba totalmente extraño. Podía perderse en el anonimato de las multitudes. Incluso podía conseguir un empleo. . .

Pero fue un error, a pesar de todo.

Llegó a primeras horas de la mañana y el movimiento de la muchedumbre era escaso y esporádico, pero aun así los contactos mentales por primera vez eran numerosos, detalle que le sorprendió y confundió.

¡Cuántos! Algunos suaves y difusos, otros agudos e intensos: hombres que pasaban con minúsculas explosiones en sus mentes, otros con nada dentro del cráneo excepto quizás una suave reflexión sobre el desayuno recién completado.

Al principio, Schwartz volvía la cabeza y daba un brinco en cuanto alguien pasaba cerca, al considerar a todos contactos personales. Pero antes de una hora aprendió a no hacerles caso.

Escuchó palabras que jamás había oído en la granja, frases raras, espectrales, inconexas y fustigadas por el viento, muy distantes, muy distantes... Y con ellas, emociones vivas y espeluznantes y otros

detalles sutiles que es imposible describir, de tal modo que el mundo era un panorama de vida en ebuDición visible tan sólo para Schwartz.

Descubrió que podía penetrar en los edificios mientras caminaba, proyectar su mente como si la tuviera cogida con una correa, algo capaz de escurrirse por rendijas invisibles a simple vista y extraer la esencia de los pensamientos más recónditos de las personas.

Se detuvo ante un edificio enorme con fachada de piedra, ya que allí se encontraba un lejano contacto mental que podía significar empleo para él. Estaban solicitando trabajadores... Justo en ese instante, Schwartz descubrió que estaba hambriento.

Entró en el edificio, donde no tardó en ser ignorado por todos los presentes. No había tenido oportunidad de leer el lenguaje de aque-
¡Ua nueva Tierra, sólo había aprendido a hablarlo y entenderlo, de modo que los letreros de orientación carecían de significado para él. Tocó el hombro de alg-uen.

—¿Dónde debo solicitar empleo, por favor?

—¡En aqueDa puerta!

El contacto mental que le llegó rebosaba de ;irritación y recelo.

Se metió por la puerta que le habían indicado y encontró al tipo delgado del mentón puntiagudo que le lanzó una andanada de preguntas y manejaba la máquina clasificadora en la que tecleaba las respuestas.

Schwartz tartamudeó mentiras y verdades con igual indecisión.

Pero, por fin, el administrativo empezó con clara indiferencia. Las preguntas se sucedieron con rapidez.

—Edad... ¿Cincuenta y dos? Hum. Estado filnico... Casado...
Cuántos hijos... Experiencia... ¿Ha trabajado con productos texti-

les?... Bien, ¿de qué clase?... ¿Termoplásticos?... ¿Elastómeros?...
¿Qué quiere decir eso de que cree que con todos?... ¿Con quién trabajó la última vez?... Deletree el nombre... No es de Chicago, ¿verdad?... ¿Dónde están sus documentos?... ¿Cuál es su número de registro?...

Schwartz estaba retrocediendo. No había previsto ese final al principio. Y el contacto mental del hombre que estaba ante él había cambiado. Reflejaba recelo hasta el punto de no ver nada más, y también precaución. Había una capa superficial de dulzura y compañerismo, tan delgada y ocultando tan poco la animosidad que resultaba más peligrosa que cualquier otro rasgo.

—Creo—dijo Schwartz, muy nervioso—que no estoy capacitado para este trabajo.

—No, no, vuelva.—Y el administrativo le hizo gestos para que se acercara—. Tenemos algo para usted. Déjeme mirar en estos archivos.

Estaba sonriendo, pero su contacto mental era más claro y más hostil todavía.

Había apretado un botón de su escritorio...

Schwartz, súbitamente dominado por el pánico, se lanzó hacia la puerta.

—¡Cogedlo!—gritó el empleado al instante mientras abandonaba a toda prisa su escritorio.

Schwartz atacó al contacto mental, lo golpeó violentamente con su pensamiento y escuchó un gemido a su espalda. Miró con rapidez por encima del hombro. El administrativo se encontraba sentado en el suelo, con el rostro contraído y las sienes hundidas en las palmas de las manos. Otro hombre se inclinó sobre él, y tras un gesto de apremio, se lanzó hacia Schwartz, que no esperó ni un momento más.

Salió por fin a la calle, sabedor ya de que debía existir una orden de búsqueda y captura y que habrían difundido su descripción personal, y sabiendo igualmente que el empleado, como mínimo, le había reconocido.

Echó a correr y dobló esquinas sin ver siquiera por dónde iba. Atrajo la atención, más todavía a esa hora, ya que las calles estaban cada vez más llenas de gente... Recelo, recelo por todas partes, recelo porque él estaba corriendo, recelo porque su ropa estaba arrugada y no era de su talla, recelo porque su cara parecía tener pelos, pelos pequeños y grises. ..

Schwartz dejó escapar un quejido al captar ese pensamiento en bastantes contactos mentales. Al parecer ninguno de aquellos hombres nuevos tenían pelos en la cara. Arbin no disponía de material para afeitado y Schwartz había tenido que improvisar el suyo con una especie de cortador de acero... Pero, ¿dónde se afeitaba ahora? Y si no se afeitaba, la barba le delataría.

Dada la multiplicidad de contactos mentales y la confusión causada por su miedo y su desespero, Schwartz no podía identificar a los 1, enemigos verdaderos, aquellos que no sólo reflejaban recelo sino

;

í

también certidumbre..., y por ello no pudo darse cuenta de la presencia del látigo neurónico.

Sólo sintió un dolor espantoso, que llegó como el silbido de un latigazo y perduró como si le hubiera caído una roca encima. Durante algunos instantes se deslizó cuesta abajo por la pendiente de la agonia, antes de adentrarse en la oscuridad.

Y ahora estaba sentado en el banco de la celda con su mente proyectada y percibiendo únicamente peligro y muerte.

La puerta se abrió y Schwartz se puso en pie al instante, rígido a causa del miedo. Sus rodillas y caderas le produjeron una punzada de dolor al erguirse, y estuvo a punto de desplomarse.

Era un hombre con uniforme verde y con un objeto metálico en una mano, un objeto que Schwartz sabía que era peligroso.

—Acompañeme.

Schwartz fue tras el desconocido sin dejar de especular. Había detenido al primer individuo que lo siguió en la carretera de Chica. Casi había dejado sin conocimiento al administrativo aquella mañana. ¿Con cuántos podría enfrentarse?... Sería preferible aguardar, antes del último y definitivo esfuerzo.

Le hicieron pasar a una habitación muy espaciosa. El guardián cerró la puerta al marcharse y se situó al otro lado.

Schwartz miró alrededor.

—Acérquese, Joseph Schwartz.

Había una tarima en el otro extremo de la habitación, como el estrado de los jueces en la sala del tribunal. En un alto sillón de complejo diseño se hallaba sentado el hombre con larga túnica verde que acababa de hablar.

Schwartz se acercó muy despacio y reparó en primer lugar en los dos hombres y la mujer joven que ocupaban sencillas sillas de madera con brazos y piernas extrañamente rígidos.

—¿Reconoce a estas personas, Joseph Schwartz?—preguntó el hombre de la túnica.

Schwartz los contempló y señaló a uno de ellos.

—A éste lo vi una vez

Había señalado a Shekt.

—Lo sometí a tratamiento con el sinapsificador—repuso en tono de hastío el físico—. Y ese fue el único contacto que tuve con él. Usted lo sabe. Protesto por este. . .

—¡Silencio! ¿Qué dice usted, doctor Arvardan?

—Nunca lo había visto—fue la réplica breve y hostil.

—Eso ya lo veremos dentro de un rato—fue la siniestra respuesta.

14 Caída en la desesperación

El secretario contempló a las cuatro personas que tenía ante él con brutal sensación de satisfacción. Su propósito era ignorar a la mujer, pero por lo demás la cosecha había sido fabulosa. Allí estaba el traidor terrestre, el agente imperial y la misteriosa criatura que habían estado vigilando durante medio año. Era dudoso que en un caso tan urgente y crucial alguien de menor peso en las filas enemigas supiera lo suficiente para constituir un peligro.

En realidad quedaba Ennius, y el Imperio. Los brazos de éstos—en la persona de espías y traidores, estaban maniatados, pero restaba una mente activa en alguna parte. . ., quizá para enviar otros brazos.

El secretario se inclinó hacia delante con las manos cruzadas y habló en tono rápido y suave.

—Es preciso dejar las cosas totalmente claras. Hay guerra entre la Tierra y la galaxia, todavía no declarada, pero guerra a pesar de todo. Ustedes son nuestros prisioneros y serán tratados como corresponde dadas las circunstancias. Como es natural, la pena justa es la muerte...

—Sólo en el caso de guerra legítima y declarada—le interrumpió enérgicamente Arvardan.

—¿Guerra legítima?—se burló el secretario—. ¿Qué significa guerra legítima? La Tierra siempre ha estado en guerra con la galaxia, con menciones diplomáticas del hecho o sin ellas.

—No se excite—susurró Shekt a Arvardan—. Déjelo hablar. No estamos en situación de discutir.

Arvardan notó que la vida empezaba a cosquillear en las puntas

de sus dedos. Movi6 el brazo con un esfuerzo gigantesco que provoc6 sudor en su frente..., pero consigui6 tocar el codo de Pola. La joven no lo not6, de eso no hubo duda. Pero al cabo de unos instantes vio el brazo del arque6logo y lo mir6 y le sonri6 d6bilmente, sin m6s destello en sus ojos que el provocado por la aprensi6n. Arvardan trat6 de reflejar 6nimo en su expresi6n, y fracas6... Estaba hablando el secretario.

—Como iba diciendo, todas las vidas aqu6 presentes est6n condenadas, pero a pesar de todo es posible comprarlas. ¿Les interesa el precio?

Shekt lo mir6 un momento.

—¿Qu6 est6 proponiendo?

—Esto. Es obvio que la noticia de nuestros planes se ha filtrado. No es dif6cil entender c6mo lleg6 al doctor Shekt, pero c6mo lleg6 al Imperio es un hecho misterioso. Nos gustar6 saber, por tanto, qu6 sabe exactamente el Imperio. ¿Qu6 opina, Arvardan?

—Soy arque6logo—repuso categor6icamente el aludido—. No tengo la menor idea sobre qu6 sabe el Imperio..., aunque confio en que sepan mucho.

—Eso supongo. Bien, tal vez cambie de opini6n. Piensen, todos ustedes.

En el transcurso de la conversaci6n Schwartz no cooper6 de ning6n modo, como tampoco alz6 los ojos.

El secretario aguard6 un rato, y despu6s intervino con cierta brusquedad.

—En ese caso ser6 yo el que fije el precio por la falta de cooperaci6n de todos ustedes. El doctor Shekt y la joven, su hija, que por desgracia est6 involucrada terriblemente, son ciudadanos de la Tierra. Dadas las circunstancias, ser6 muy conveniente someterlos al sinapsificador. ¿Me entiende, doctor Shekt?

Los ojos del f6sico eran balsas de horror puro.

—S6, veo que me entiende—dijo el secretario—. Naturalmente es posible que el sinapsificador da6e los tejidos cerebrales el tiempo suficiente para crear un imbecil sin cerebro. Se trata de un estado sumamente desagradable en el que alguien deber6 darles de comer o morir6n de hambre, asearles o vivir inmersos en suciedad, recluirles o ser siempre un estudio de horror para todas las personas que les vean. Podr6a ser una lecci6n para otros en el gran d6a que se avecina.

El secretario se dirigió a Arvardan, que pugnaba con furioso vigor por elevar sus brazos sin poderlos levantar demasiado.

—En cuanto a usted y a su amigo Schwartz, son ciudadanos imperiales y, por tanto, apropiados para un interesante experimento. Nunca hemos probado el virus de fiebre concenirada con ustedes perros galácticos. Sería interesante demostrar la corrección de nuestros cálculos... Una dosis pequeña, claro, a fin de que la muerte no sea instantánea. La enfermedad avanzará hacia lo inevitable durante un período de una semana, si diluimos la inyección correctamente. Será muy penoso.

Hizo una pausa y los observó con los ojos entrecerrados.

—Tal es la alternativa a unas cuantas palabras bien elegidas ahora mismo... Y Arvardan, no crea que liberarse de la parálisis le servirá de algo. Estoy armado y tengo en la calle medio ejército que entrará en acción en cuanto usted abandone su asiento.

Arvardan se recostó, con el semblante rojo como un ladrillo a causa del esfuerzo y la frustración.

—¿Cómo sabemos—murmuró el doctor Shekt—que de todos modos no nos matará si consigue lo que quiere de nosotros?

—Tiene mi promesa de que morirán de una forma horrible si se niegan. Tendrán que arriesgarse. ¿Qué dicen?

—¿No podemos disponer de algún tiempo?

—¿Tiempo? Naturalmente. Disponen de dos horas.

El secretario, en la plenitud de su poder, vomitó las palabras con el mismo gesto con el que habn'a arrojado un hueso a un perro.

—¿Podemos permanecer juntos?

—¿Por qué no?—Y el secretario esbozó una sonrisa tétrica—. Con la vigilancia conveniente al otro lado de la puerta y otra ración de parálisis, creo que ninguno intentará hacer tonterías... Y—agregó después de pensar un momento—h chica vendrá conmigo, para asegurarme de las buenas intenciones de ustedes.

La sala en que los dejaron era evidentemente un lugar empleado para asambleas de varios cientos de personas. Dado su tamaño, los prisioneros se sintieron perdidos y solitarios. Ya no había nada que decir. La garganta de Arvardan ardía secamente y el arqueólogo no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro con vano desasosiego. Los ojos de Shekt estaban cerrados y sus labios se veían descoloridos y estrujados.

Schwartz permaneció aparte. Su estado de apatía era total. No había hecho un solo gesto de resistencia, ni siquiera cuando apretaron a sus brazos y piernas las varillas marrones; primero había percibido un cosquilleo en sus miembros y después perdió el dominio sobre ellos. Los contactos mentales de los otros dos hombres reposaban con suavidad en él, y Schwartz los agitó con sumo cuidado.

—Shekt—musitó furiosamente Arvarda;—. Shekt, vamos, hom-

—¿Qué?... ¿Qué?...

—¿Qué hace? ¿Piensadormirse? ¡Piense,hombre, piense!

—¿Por qué? ¿Qué tengo que pensar?

—¿Quién es ese Joseph Schwartz?

—¿No me cree, usted? Me lo trajeron para someterlo a tratamiento con el sinapsificador, y así lo hice. No sé nada más.

—Pero en ese caso, ¿por qué? ¿Por qué pasó por el tratamiento?

—Arvardan notó suavisimas agitaciones en su interior—. Podría ser agente imperial.

—¿Y si lo es? Fíjese en él. Está tan indefenso como nosotros... Si le diéramos una explicación de común acuerdo, ellos tal vez aguardarían y podríamos...

Los labios del arqueólogo se fruncieron.

—Vivir, quiere decir. ¿Con la galaxia muerta y la civilización en ruinas? ¿Vivir? Yo preferiría morir.

—Estoy pensando en Pola—murmuró Shekt.

—Yo también—dijo Arvardan—, ¿pero qué hay que hacer? No deje que sus esperanzas le enganen. En ningún caso viviremos.—Y acto seguido, como si quisiera huir de aquella idea, huir a cualquier parte exclamó—: ¡Usted! ¡Como se llame! ¡Schwartz!

Ei aludido alzó la cabeza y dejó que su mirada vagara hacia el otro hombre. No respondió.

—¿Quién es usted?—preguntó Arvardan—. ¿Cómo se metió en este lío? ¿Qué papel ha desempeñado?

Y con esa pregunta, la injusticia de la situación sobrecogió a Schwartz. La unocencia de su pasado y el infinito horror del presente estallaron en su interior, y por ese motivo su réplica fue furiosa.

—¿Yo? ¿Que cómo me meeb en este lío? Escuche, soy un don nadie. Soy un hombre honrado, un sastre acostumbrado a trabajar duro, hasta que me jubilé, y nunca molesté a nadie. No hice daño a nadie, trabajé duro, me preocupé por mi familia... Y entonces, sin ningún motivo, sin ningún motivo... Llegué aquí.

—¿A Chica?—inquirió Arvardan.

—¡No, no a Chica!—gritó Schwartz en salvaje tono de ironía—. Llegué a este mundo totalmente destrozado... ¡Oh, qué me importa si me cree o no! Mi mundo está en el pasado. Mi mundo tenía tierra, comida y dos mil millones de habitantes, y era el único mundo.

Arvardan guardó silencio ante aquel ataque verbal. Miró a Shekt.
—¿Entiende lo que dice?

—¿Se ha fijado?—repuso Shekt, ligeramente extrañado—. Tiene vello en la eara.

—Cierto—dijo Schwartz con aire desafiante—, y tengo muela del juicio y un apéndice vermicular... Y ojalá tuviera una cola que enseñarles. Procedo del pasado. He viajado en el tiempo... Y ahora déjenme en paz—concluyó casi sollozando.

Los dos eientíficos se miraron un momento. Arvardan bajó la voz.

—Loco, supongo. No le culpo.

—Es extraño... Ahora recuerdo las fisuras de su cerebro. Eran primitivas, muy primitivas.

Arvardan reflejaba asombro.

—¿Pretende decir que...? ¡Oh, vamos, es imposible!

—Siempre lo supuse.—En ese momento la voz de Shekt era una pálida imitación de la normalidad, como si el surgimiento de un problema científico hubiera conectado su mente al surco indefinido y objetivo en el que los problemas personales desaparecen—. Se calculó la energía precisa para desplazar materia a lo largo del eje del tiempo y se llegó a un valor mayor que el infinito, por lo que el proyecto siempre ha sido considerado imposible. Pero otros han hablado de la posibilidad de "fallas temporales", análogas a las geológicas, ya me entiende... Han desaparecido naves espaciales, por ejemplo, prácticamente a la luz del día. Existe el famoso caso de Hor Dervalow, hace mucho tiempo, que entró en casa un día y jamás volvió a salir, y tampoco estaba dentro. Y hay un planeta, que apa-

rece en los libros de galactografía del siglo pasado, que fue visitado por tres expediciones. Los expedicionarios regresaron con descripciones completas. . . , y jamás ha sido visto otra vez.

“También hay ciertos avances de la química nuclear que parecen negar la ley de conservación de la energía. Se ha intentado explicar eso postulando la fuga de cierta cantidad de masa a lo largo del eje temporal. Los núcleos de uranio, por ejemplo, combinados con cobre y bario en una proporción pequerúsima pero concreta, bajo la influencia de suaves radiaciones gamma crean un sistema resonante. . .

—Espere.—Arvardan frunció el ceño vivamente—. No importa todo eso. No hay tiempo. Déjeme hacerle algunas preguntas... Oiga, Schwartz.

El aludido alzó la cabeza otra vez.

—Su mundo. . . , ¿era el único de la galaxia?

—Schwartz asintió.

—Pero ustedes simplemente lo pensaban. Pretendo decir que no conocían el viaje espacial y, en consecuencia, no podían comprobarlo.

—No.

—¿Y conocían la energía atómica?

—Teníamos una bomba atómica... Uranio... Supongo que por eso es radiactivo este planeta. Debió de producirse una guerra después de que yo me fuera... con bombas atómicas.

—Todo encaja hasta el momento—murmuró Arvardan, muy tenso—. De acuerdo. Tendrían un idioma, supongo.

—Muchos idiomas.

—¿Cuál empleaba usted?

—El inglés.

—Bien, diga algo en ese idioma.

Durante seis meses o más Schwartz no había pronunciado una sola palabra en inglés. Pero en ese momento lo hizo con cariño y muy despacio.

—Quiero volver a mi hogar y estar con los míos.

Arvardan miró a Shekt.

—¿Usó ese idioma cuando pasó por el sinapsificador?

—No podría asegurarlo—dijo Shekt, perplejo—. Sonidos extraños entonces y sonidos extraños ahora. ¿Cómo puedo relacionarlos?

—Bien, no tiene importancia... ¿Cómo se dice “madre” en su idioma, Schwartz?

El aludido pronunció la palabra.

—Ajá. Y ahora diga “padre”..., “hermano”..., “uno”..., me refiero a los numerales, “dos”, “tres”..., “fuego”..., “mano”...

Las preguntas continuaron y la expresión de Arvardan, cuando se detuvo para tomar aliento, era de perplejidad y admiración.

—Shekt dijo—, o este hombre es auténtico o soy víctima de la pesadilla más loca que se puede imaginar. Habla un idioma prácticamente igual al de las inscripciones descubiertas en los estratos de cincuenta mil años de antigüedad de Sirio, Arturo, Alfa Centauro y otros veinte sectores.

—¿Está seguro?

—¿Seguro? Naturalmente que sí. Soy arqueólogo. Mi trabajo consiste en saber esas cosas. He traducido el idioma antiguo durante años y aquí hay un hombre que lo habla.

Durante unos instantes Schwartz sintió que se agrietaba su armadura de retraimiento. Por primera vez creía recobrar la individualidad perdida. El misterio había concluido. Él era un hombre del pasado..., y aquellos hombres lo aceptaban. Ello probaba su cordura, anulaba para siempre aquella duda inquietante, y Schwartz se alegró. .. Y, sin embargo, se mantuvo retraído.

Era el turno de preguntas de Shekt, y el físico las formuló vorazmente .

—¿Ha notado efectos nocivos a consecuencia del sinapsificador?

Schwartz desconocía el término, pero captó el pensamiento de Shekt.

—No ~ijo.

—Veo que después de eso aprendió con rapidez nuestro lenguaje. ¿No le pareció anormal?

—Siempre he tenido buena memoria—fue la fría respuesta.

—Así pues, no se siente distinto a como era antes del tratamiento.

7. (viento~ paralelo~

—Exacto.

Los ojos del doctor Shekt estaban clavados en Schwartz.

—¿Qué estoy pensando?—le dijo rápidamente.

Y totalmente asombrado Schwartz respondió:

—Eso puedo saberlo...—Se interrumpió bruscamente—. ¿Cómo lo ha sabido?

Pero Shekt ya no le dedicaba su atención. Había vuelto su rostro, pálido e indefenso, hacia Arvardan.

—Él es capaz de captar los pensamientos, Arvardan... Cuántas cosas podría hacer con él. Y estar aquí... Sin poder hacer nada.

—¿Qué... qué... qué...?—tartamudeó Arvardan.

—¡Schwartz puede leer el pensamiento! Ha sido una de mis preocupaciones desde que trajeron a aquel hombre..., Arvardan, ¿recuerda el bacteriólogo del que le hablé, el que falleció a consecuencia de los efectos del sinapsificador? Uno de los primeros síntomas de deterioro mental fue su afirmación de que podía leer el pensamiento... Y podía. Lo averigué antes de que muriera. Ha sido mi secreto. No he hablado de ello con nadie..., pero es posible, Arvardan, es posible. Mire, al disminuir la resistencia de las neuronas cerebrales, el cerebro puede captar los campos magnéticos incluidos por las microcorrientes de los pensamientos de otras personas y reconvertirlos en vibraciones similares... Es el mismo principio que el de la grabadora ordinaria. Sería telepatía en todos los sentidos del término... . . .

Schwartz mantenía un silencio obstinado y hostil cuando Arvardan volvió lentamente la cabeza para mirarlo.

—¿Está seguro, Shekt? Podríamos aprovecharnos de eso. ¿Es cierto, Schwartz?—La mente del arqueólogo era un torbellino calculando imposibilidades—. Debe haber una solución. Debe haber una solución.

Pero Schwartz reaccionó con frialdad al tumulto del contacto mental que percibía con tanta claridad.

—Para mí, es posible. Yo seré valioso para ellos.

—¡Para ellos! —exclamó Arvardan, con enorme aversión—. ¿Qué está diciendo?

—Estoy diciendo que soy terrestre y usted extranjero. Esíá claro, ¿no?

Ya lo había dicho, y Schwartz se alegró.

Arvardan tardó tiempo en comprenderlo, y en cuanto lo hizo se revolvió, otra vez en vano, contra la parálisis que lo inmovilizaba. Schwartz captó la oscura amenaza del contacto mental, que yacía como una mano sobre su mente. Dio un “empujón” a esa manta con un talante casi salvaje y obtuvo el premio de ver el repentino respingo de dolor en el semblante de Arvardan.

—Yo he hecho eso—le dijo—. ¿Quiere más?

Arvardan se calmó.

—Pero los terrestres también quieren acabar con usted.

Poco a poco Schwartz había ido haciendo acopio de furia. Durante una hora había estado quieto, pensando. Durante una hora los recuerdos de su juventud habían vuelto, recuerdos que no había rememorado hacía años. La extraña amalgama de pasado y presente provocó finalmente su indignación. Pero habló con calma, conteniéndose.

—Ellos quieren matarme porque creen que soy uno de ustedes, eso es todo. Supongo que a ustedes los consideran culpables. Supongo que ustedes piensan que es un delito que un pueblo oprimido y pequeño trate de derrocar a los tiranos. ¿No tienen una galaxia para ustedes solos, con todas las estrellas del cielo para sus juegos? ¿También les hace falta la Tierra? Los terrestres no son bien recibidos en ninguno de sus planetas. ¿No pueden concederles al menos los restos de la Tierra?

—Habla igual que un zelote—comentó Arvardan despreciativamente.

Schwartz ardió aún más al oír el comentario.

—Oh, sí, usted es un magnífico ejemplo de los productos que nos manda la galaxia. Es tolerante y su buen corazón es una maravilla, y se admira a sí mismo porque es capaz de tratar al doctor Shekt de igual a igual. Pero en el fondo, aunque no tan en el fondo para que yo no lo vea con claridad en su mente, se siente incómodo en su compañía. No le gusta la forma de hablar del doctor, no le gusta su aspecto

ffsico. En realidad no le gusta Shekt. aunque él quisiera traicionar a la Tierra... Y hace poco besó a una mujer terrestre y considera eso como una debilidad. Se avergüenza de ello...

Arvardan había luchado en vano contra el torrente de palabras y en ese momento se contuvo, con la cara enrojecida y la boca abierta.

Schwartz miró a Shekt con incontinida furia.

—¿Y usted qué pretende? El miedo a la muerte se aferra a su mente, apesta a miedo, su contacto mental está lleno de miedo a ia muerte... ¿Piensa que eludirá el Sesenta traicionando a su planeta, que seguirá viviendo sobre los cadáveres de sus compatriotas?

Pero Shekt le hizo frente en ese momento, con la dignidad resultante de la desesperación total.

—Si es capaz de leer los pensamientos, investigue los míos. ¡Hágalo! ¡Investigue a fondo! Encuentre algo deshonesto si es que puede. Compruebe si no es cierto que yo podría haberme salvado del Sesenta cooperando con los locos que dejarán en ruinas la gaiaxia. Compruebe si no es cierto que voy a perder la vida por oponerme a ellos... Y compruebe si tengo algún deseo de causar dano a la Tierra y a los terrestres.

Estas palabras frenaron a Schwartz, ya que en tales asuntos era imposible engañarlo. La mente de Shekt estaba abierta ante él, y para Schwartz los pensamientos eran pruebas indisputables. Era imposible que una mentira no dejara su inevitable huella de mezcolanza y confusión.

Y Shekt no menta.

Eli'sico siguió hablando, con sus fatigados ojos cerrados.

—Usted puede leer el pensamiento. ¿Ha investigado los pensamientos del primer ministro? ¿De su secretario? ¿Qué sabe de sus planes?

—Una sublevación—dijo de mala gana Schwartz—. Lucharán por sus derechos. Hay gérmenes de por medio.

—¡Gérmenes!—recalcó con amargura Shekt—. ¿Sabe cuántas personas morirán?—Schwartz no contestó—. Creo que ya lo sabe. No crea en mí, si quiere, pero analice los pensamientos del secretario cuando vuelva. Tal vez sea demasiado tarde. Si usted conserva la vida, vivirá en una galaxia en ruinas, con una humanidad en ruinas. Tal vez es eso lo que desea.

—No, no.

Todo estaba claro. Incluso el contacto mental del secretario parecía haberse aclarado ahora, de repente. Anteriormente, Schwartz había creído percibir un himno de aversión a la galaxia. Los detalles eran vagos, no había prestado la suficiente atención. Pero ahora. ..

Estaba hablando Arvardan.

—Muy bien, Schwartz, míreme. Lea mis pensamientos. Nací en Baronn, sector de Sirio. Creé en un ambiente de antiterrestrismo, por fuerza he de tener imperfecciones e ideas alocadas en las raíces de mi subconsciencia. Pero observe la superficie y dígame si alguna vez desde que cumplí los trece años he sido intolerante en algún aspecto.

“;Schwartz, usted no conoce nuestra historia! No sabe nada de los miles y decenas de miles de años de extensión del hombre por toda la galaxia, las guerras y la miseria que se produjeron. No sabe nada de los primeros siglos del Imperio, cuando aún había simple confusión y alternaban el despotismo y el caos. Nuestro gobierno galáctico sólo ha sido representativo en los últimos doscientos años. Bajo su dirección, los diversos planetas tienen autonomía cultural, se les permite poseer gobiernos propios, tener voz en el gobierno común.

“En ninguna época de la historia ha estado la humanidad tan a salvo de la guerra y la pobreza como está ahora, en ninguna época han sido tan brillantes sus perspectivas de futuro... ¿Y quiere que unos cuantos megalomaniacos destruyan todo eso?

“Las quejas de la Tierra son legítimas y, si la galaxia vive, se resolverán algún día. Pero lo que estos megalomaniacos harán ahora no soluciona nada, es simplemente la caída en la desesperación.

Schwartz se sentía impresionado. Tantos mundos que morirían, que se emponzoñarían y desharían a causa de una enfermedad terrible... ¿Era él realmente un terrestre? ¿Simplemente un terrestre? En su juventud había panido de Europa rumbo a los Estados Unidos. ¿No era el mismo hombre a pesar de eso? Y si después los hombres habían abandonado una Tierra desgarrada y herida rumbo a los mundos espaciales, ¿acaso eran menos terrestres? “¿Acaso la galaxia no es mía también?”, pensó Schwartz. Todos, todos los galácticos descendían de él y de sus hermanos...

—Les apoyo. ¿Puedo hacer algo?

1(~

—¿Hasta qué distancia puede contactar con una mente?—preguntó ansiosamente Arvardan, con suma precipitación, como si temiera que el otro pudiera cambiar de idea súbitamente.

—No lo sé... Hay mentes afuera. Guardianes, supongo.

—¿Puede llegar hasta Pola. ..., la joven que estuvo aquí?

—No sé cómo es su contacto—explicó Schwartz, casi con timidez.

Detestaba revelar sus limitaciones.

—Bien, búsquela—rogó Arvardan—. Vea si puede encontrar algo que sea conocido.

Se produjo un largo silencio durante el que los dos científicos devoraron a Schwartz con la mirada. Arvardan siguió tratando de moverse. El hormigueo de sus piernas podía significar el regreso de vida.

Y, de pronto, se oyó en la suave quietud la voz baja y tensa de Schwartz.

—Creo que puede ser ella... Miedo y enojo... Es una mente femenina, estoy seguro. Parece..., parece tener rasgos femeninos.

—Alzó la cabeza—. No sé explicarlo.

—¿Está viva?—preguntó angustiado Shekt—. ¿Está herida?

—No percibo ningún dolor. Ah..., es ella. Está pensando en usted, doctor Shekt, y...—Permaneció atónito un momento antes de mirar a Arvardan—. Usted no es pariente de ella, ¿verdad?

Arvardan movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Amigo íntimo?

Arvardan vaciló.

—La conocí ayer por la noche .

Schwartz pareció prestar atención y después se alzó de hombros. No hizo más comentarios, pero Arvardan notó que el corazón le latía con fuerza al pensar en las implicaciones de aquel silencio. Avergonzado de besar a Pola, ja. Si tan sólo consiguiera salir de ese embrollo. Si tan sólo pudieran vivir. Él, Bel Arvardan, daría una lección a aquel cara peluda que era Schwartz...

—¿Qué hay del secretario, el hombre que nos ha dejado aquí?

—preguntó .

Una pausa muy larga, diez minutos que se prolongaron insufriblemente .

—Las mentes de ustedes me obstaculizan—dijo Schwartz—. No me vigilen. Piensen en otra cosa.

Lo intentaron. Otra pausa.

—No..., no puedo..., no puedo.

Arvardan luchó con sus pies. Ya podía moverlos un poco, aunque cualquier movimiento le producía una punzada de dolor casi insoponible.

—¿Puede causar mucho daño a una persona?—inquirió—. Me refiero a lo que hizo conrigo hace un rato.

—Puedo dejar sin conocimiento a un hombre.

—¿Cómo lo hace?

—No lo sé. Simplemente lo hago. Es..., es como si...—Schwartz reflejó una desesperación casi cómica en su esfuerzo por explicar lo inexplicable.

—¿Puede atacar a más de una persona al mismo tiempo?

—Nunca lo he probado. . . Tal vez no.

Intervino Shekt.

—¿Está pensando en atacar al secretario cuando regrese, Arvardan?

—¿Por qué no?

—¿Cómo saldremos? Aunque sorprendamos solo al secretario y lo matemos, y no creo que Schwartz sea capaz de eso, hay cientos de hombres esperándonos afuera.—Y con un alarido casi salvaje agregó: ¡Es inútil, se lo aseguro!

—Ya lo tengo—intervino quedamente Schwartz.

—¿A quién?—preguntaron los dos científicos al mismo tiempo.

—Al secretario. Es su contacto mental, lo sé.

—No lo pierda.

Arvardan casi dio una vuelta completa al tratar de urgir a Schwartz..., y cayó de la silla, de tal forma que quedó tendido en el suelo con una pierna medio paralizada moviéndose inútilmente a fin de actuar como palanca para levantar su cuerpo.

—Vacíele la cabeza. Obtenga toda la información posible.

Schwartz se esforzó hasta que empezó a dolerle la cabeza. Hasta ese momento los contactos mentales Llegaban a él, no él a ellos. No había podido eludirlos. Pero ahora tuvo que cerrar los puños, arañar con los zarcillos de su mente, a ciegas, con torpeza, igual que un niño de meses que extiende sus dedos, unos dedos que aún no sabe utilizar, hacia un objeto que no puede tocar. Con grandes esfuerzos, Schwartz captó jirones.

—¡Triunfo! Él está seguro de los resultados... Algo sobre proyectiles espaciales... Los ha activado... No, no los ha activado. . . Es otra cosa. . . Le complacen los proyectiles espaciales. . .

—¿Qué son esos proyectiles espaciales?—inquirió Arvardan.

—No lo sé—gimió Schwartz—. Hay proyectiles espaciales en sus pensamientos... No capto la imagen... Esperen, esperen... Naves pequeñas.. ., naves pequeñas sin tripulación... No veo nada más.

Shekt lanzó un gruñido.

—¿No lo comprendes, Arvardan? Son misikes guiados automáticamente para transportar el virus. . . Apuntados a diversos planetas. . .

—Pero ¿dónde los guardan? —insistió Arvardan—. Busque, hombre, busque...

—Hay un edificio. No..., no lo veo bien... Cinco puntas..., una estrella. . ., y Sloo...

—Ya está—intervino de nuevo Shekt—. ¡Por todas las estrellas de la galaxia, ya está! El templo de Senloo. Está rodeado por bolsas radiactivas. Nadie irá nunca allí excepto los Antiguos. ¿Está en un río, Schwartz?

—Sl..., Si. . ., Si. . .

—¿Cuándo, Schwartz, cuándo?

—No veo el día, pero pronto. . ., pronto. . . La mente del secretario bulle con esa idea. . . Será muy pronto.

También la cabeza de Schwartz pareía bullir a causa del esfuerzo.

Arvardan se sentía agotado y febrilento cuando por fin logró apoyarse en manos y rodillas, pese a que tanto unas como otras temblaban y cedían bajo el peso del cuerpo.

—Schwartz, atiéndame—le instó—. Quiero que haga una cosa.

Pero Schwartz estaba tartamudeando.

—Se acerca... Viene hacia aquí... Y va a ordenar que nos manten. . . Tiene esa idea fija en lo más profundo de su mente...

Su voz se apagó e interrumpió en el momento en el que se abría la puerta.

Y entonces Arvardan se sintió muy, muy desesperado.

.

,

;

l

t

l

15 ¡Duelo!. . . con y sin arnas

El secretario habló en tono fno y burlón.

—¡Doctor Arvardan! ¿No ser~a preferible que volviera a su asiento?

Arvardan alzó los ojos para mirarlo, consciente de la cruel indignidad de su postura, pero no había nada que responder y no respondió. Poco a poco sus doloridas extremidades fueron levantándolo del suelo. Aguardó donde estaba, respirando con dificultad y esperando ansiosamente un retraso. Si sus piernas pudieran girar un poco más, si pudiera lanzarse, si pudiera asustar al fn'o maniaco y obLigarb a usar el arma. . .

No era el látigo neurónico el arma que pendía suavemente del cinto liso y reluciente que sujetaba la túnica del secretario. Era un desintegrador de considerable tamaño capaz de despedazar en átomos a una persona en un instante dado, una muerte rápida totalmente insensible para la víctima.

Fue extraño que en ese momento los pensamientos en Pola se aferraran a él, extraño que él tuviera tantos deseos de vivir...

—Todos tienen peor aspecto pese a mi ausencia... ¿Tienen algo que decirme?—preguntó el secretario.

Era evidente que no e igualmente obvio que el secretario no quedó complacido por eLlo.

—No importa—prosiguió—. Su información ha dejado de ser importante. Hemos adelantado la hora del ataque. Había pensado que la reserva de virus era menor... Son asombrosos los resultados de la presión, incluso en personas que juran que es imposible más rapidez.

En este momento intervino Schwartz con voz ronca.

—Dos días... Menos... Veamos... El martes..., a las seis de la mañana, hora de Chica.

El desintegrador estaba en la mano del secretario. Éste se acercó con bruscas zancadas y se situó amenazadoramente junto a la encorvada figura de Schwartz.

—¿Cómo lo ha sabido?

Schwartz se puso tenso. En algún lugar de su cerebro unos zarcillos se agruparon y buscaron su presa. En el aspecto físico, los músculos de las mandíbulas quedaron vigorosamente apretados y las cejas encogidas hacia abajo, pero todo ello carecía de importancia. En el interior del cerebro había algo que se proyectó y aferró con fuerza el contacto mental del otro hombre.

Para Arvardan la escena fue irrelevante durante unos segundos preciosos, unos segundos mal empleados. El repentino silencio y la inmovilidad del secretario no eran significativos.

—Ya lo tengo...—murmuró el jadeante Schwartz—. Cójnle el arma. . . , no podré resistir...

La voz se apagó tras un gorjeo.

Y Arvardan lo comprendió. Con un brusco esfuerzo se puso de nuevo a gatas. Acto seguido, mientras sus dientes rechinaban, se levantó simplemente porque no le quedaba más remedio y logró permanecer erguido aunque tambaleante.

El secretario parecía petrificado por la mirada de Medusa. En su frente lisa y sin arrugas iba formándose sudor y su semblante inexpressivo no reflejaba emoción alguna... Sólo la mano derecha, la que sostiene el desintegrador, mostraba señales de vida. Un observador atento habría visto que esa mano se movía a tirones infinitesimales, había percibido la extraña presión que ejercía un dedo sobre el botón de disparo, una presión suave, insuficiente para causar daño pero progresiva, progresiva...

—Agárrelo con fuerza—dijo Arvardan en pleno esfuerzo, con júbilo feroz. Se apoyó en el respaldo de la silla y trató de recobrar el aliento—. Tengo que acercarme a él.

Sus pies se arrastraron. El arqueólogo se encontró sumido en una pesadilla; tuvo que vadear un río de miel, nadar en alquitrán, avanzar tirando de su cuerpo con la mano apoyada en los respaldos de una hilera de asientos hasta situarlo a la misma altura, extender otra vez las manos hacia otra hilera, despacio, muy despacio, y vuelta a empezar.

Desconocía el terrible duelo que estaba teniendo lugar ante él.

El secretario sólo tenía una meta: ejercer con el pulgar derecho una fuerza minúscula. . . , ochenta y cinco gramos exactamente, ya que ésa era la presión que precisaba el desintegrador para funcionar. A tal fin su mente únicamente tenía que dar la orden a un tendón tembloroso ya medio contraído.

Schwartz sólo tenía una meta: frenar esa presión..., pero con la rudimentaria masa de sensaciones que le ofrecía el contacto mental del otro hombre no podía saber qué zona en particular estaba relacionada con aquel pulgar. Por eso estaba dirigiendo sus esfuerzos a la producción de un éxtasis, un éxtasis total.. .

El contacto mental del secretario se agitó y se revolvió contra la

104

i

l

,

sujeción. Era una mente rápida y de inteligencia temible la que desafiaba el inexperto control de Schwartz. Durante unos segundos permanecería en reposo, a la espera. Luego, con un esfuerzo terrible y desgarrador tiraría de algún músculo. ..

Para Schwartz fue igual que si hubiera estado haciendo un combate de lucha libre con la obligación de mantenerlo a toda costa, aunque su rival estuviera haciéndole rodar impulsado por el furor.

Pero nada de esto era visible. Sólo se veían los nerviosos movimientos de la mandíbula de Schwartz al cerrarse y abrirse, los labios temblorosos, ensangrentados por los dientes..., y un ligero movimiento ocasional del pulgar del secretario, tenso, muy tenso...

Arvardan hizo una pausa para descansar. El dedo que tenía extendido tocaba ligeramente el tejido de la túnica del secretario, y el

arqueólogo no podía seguir moviéndose. Sus atormentados pulmones no podían bombear el oxígeno que sus piernas paralizadas precisaban. Sus ojos no podían ver a causa de las lágrimas provocadas por el esfuerzo, su mente no podía pensar entre la neblina del dolor.

—Sólo unos segundos más, Schwartz—dijo jadeante—. No deje que se mueva, no deje que se mueva.

Schwartz meneó la cabeza despacio, muy despacio.

—No puedo..., no puedo...

Y en realidad, para Schwartz el mundo entero estaba deslizándose hacia un caos nebuloso, desenfocado. Los zarcillos de su mente estaban cada vez más rígidos y faltos de elasticidad.

El pulgar del secretario presionó de nuevo el botón de contacto. Su dedo no descansaba, la presión aumentaba en pequerlisimas cantidades.

Schwartz notó la hinchazón de sus globos oculares, la serpenteante expansión de las venas de su frente. Percibió la espantosa sensación de triunfo que iba formándose en el cerebro del otro hombre.

Y en ese momento Arvardan atacó. Su cuerpo rígido y rebelde se dejó caer hacia delante, con las manos extendidas y preparadas para agarrar.

El secretario, indefenso a causa de la presa mental que sufría, cayó junto con Arvardan. El desintegrador salió despedido hacia un lado y resonó en el duro suelo.

Schwartz notó que la mente cautiva se liberaba con un último esfuerzo y cayó de espaldas, con el cerebro sumido en una enmarañada jungla de confusión.

El secretario se debatió furiosamente bajo el aferrado peso muerto del cuerpo del arqueólogo. Le hundió una rodilla en la entrepierna con una fuerza brutal mientras lanzaba el puño hacia el pómulo de Arvardan. Levantó a éste, golpeó. . . , y Arvardan rodó por el suelo sintiendo toda suerte de dolores.

El secretario se levantó dando tumbos, jadeante y desaliñado. . . , y quedó inmóvil otra vez.

Frente a él se hallaba Shekt medio reclinado. La m~,~

i~

del físico, con el tembloroso apoyo de la izquierda, sostenila el desin-

tegrador, y a pesar de los temblores, el arma apuntaba al secretario.

—¡Pandilla de imbéciles!—chilló el secretario, sofocado por la cólera—. ¿Qué esperan conseguir? ¿Sólo tengo que alzar la voz...

—Y usted, como mínimo, morirá—respondió débilmente Shekt.

—No conseguirá nada matándome—dijo con amargura el secretario—, y usted lo sabe. No salvará el Imperio por el que nos ha traicionado..., y ni siquiera se salvarán usted y sus amigos. Entrégueme ese arma y quedará en libertad.

El secretario extendió una mano, pero Shekt se echó a reír.

—No estoy tan loco como para creerlo.

—Tal vez no, pero está prácticamente paralizado.

Y el secretario se desplazó de pronto hacia la derecha, con mucha más celeridad que la debilitada muñeca del físico para mover el desintegrador.

Pero en ese momento la mente del secretario, mientras éste se disponía a dar el salto definitivo, estaba concentrada por completo en el desintegrador cuyo disparo pretendía eludir. Schwartz proyectó su mente una vez más para dar la estocada final y el secretario resbaló y se desplomó igual que si le hubieran aporreado.

Con gran esfuerzo, Arvardan había logrado ponerse en pie. Su mejilla estaba enrojecida e hinchada, y el arqueólogo cojeó al acercarse.

—¿Puede moverse, Schwartz?

—Un poco—fue la fatigada respuesta—.

Schwartz se levantó lentamente de la silla.

Arvardan se inclinó sobre el postrado Antiguo y le echó la cabeza hacia atrás, con poca delicadeza.

—¿Vive?

Buscó en vano el pulso con las todavía entumecidas puntas de los dedos y luego colocó la palma de la mano bajo la túnica verde.

—Su corazón late—dijo—. Tiene usted poderes peligrosos Schwartz... ¿Qué hacemos ahora?

—La guarnición imperial de Fort Dibburn está a menos de un

kilómetro—dijo Shekt—. Una vez allí estaremos a salvo y podremos informar a Ennius.

—¡ Una vez allí ! Debe de haber cien guardianes afuera, y centenares más entre este lugar y la guarnición...

—Todavía tenemos a Schwartz.

El rollizo terrestre alzó y sacudió la cabeza al oír su nombre.

—No lo hago muy bien. No puedo tener inmovilizado al secretario demasiado tiempo.

—Porque no está acostumbrado—dijo enérgicamente Shekt—. Escuche, tengo ciertas nociones sobre lo que usted hace con su mente. Es una estación receptora para las ondas electromagnéticas del cerebro. Creo que usted también puede emitir. ¿Me entiende?

Schwartz pareóa penosamente inseguro.

—Debe entenderlo—insistió Shekt—. Tendrá que concentrarse

en lo que usted desea que haga él. .., y antes devolveremos el desintegrador al secretario.

—¿Qué?

El grito de indignación fue claramente audible.

Shekt alzó la voz.

—¡Él nos sacará de aquí! No podemos salir de otra forma, ¿no es cierto?. .. ¿Y qué forma menos sospechosa que dejar ir armado al secretario?

—Pero, ¿y si no consigo dominarlo?—inquirió Schwartz.

Estaba flexionando los brazos, dándoles palmadas, intentando recobrar la sensación de normalidad.

—Es el riesgo que correremos. Pruebe ahora, Schwartz. Muévale el brazo.

Su tono era de súplica.

El secretario gimió desde el suelo, y Schwartz captó el contacto mental reavivado. En silencio, casi con miedo, dejó que la mente del otro cobrara fuerza..., y le habló. Fue una alocución sin palabras, la alocución muda que una persona envía a su brazo cuando desea moverlo, tan muda que ni siquiera el interesado la oye.

Y no fue el brazo de Schwartz el que se movió, sino el del secretario. El terrestre alzó la cabeza con una sonrisa feroz, pero Shekt y Arvardan sólo tenían ojos para el secretario: un cuerpo rec- ctado con la caheza elevándose, unos ojos en los que iba desapa- pareciendo el rasgo vidrioso del desmayo y un brazo que de un modo extraño e incongruente se extendía a tirones formando un ángulo de noventa grados.

Schwartz se centró en su tarea.

El secretario se puso en pie con el cuerpo inclinado, práctica- mente, aunque sólo en apariencia, como si perdiera el equilibrio. Y acto seguido empezó a danzar de un modo tan curioso como involun- tario.

El baile carecía de ritmo, le faltaba belleza. Pero los tres que observaban, sobre todo Schwartz, pensaron que era un acto increi- blemente admirable, ya que en ese momento el cuerpo del secretario se hallaba bajo el dominio de una mente no unida a él materialmente.

Despacio, con precaución, Shekt se acercó al robot que era el secretario y, no sin desasosiego, extendió la mano. En la palma abierta se hallaba el desintegrador, con la culata hacia delante.

-ue lo coja, Schwartz—dijo Shekt.

La mano del secretario se extendió y cogió torpemente el arma. Ésta se movió con rapidez un instante y fue aferrada para entrar en acción. Hubo un destello vivo y destructor en los ojos del secretario. Y al instante el brillo se apagó. Despacio, muy despacio, el desinte- grador ocupó su lugar en el cinto y la mano se apartó.

La risa de Schwartz tenía un tono estridente.

-asi se sale con la suya.

Pero su rostro estaba pálido mientras hablaba.

—¿Y bien? ¿Puede dominarlo?

l(K

~

107

—Está luchandQ como un diablo... Pero no va tan mal como an- tes.

—Eso se debe a que usted sabe qué está haciendo—dijo Shekt, dándole los ánimos que él prácticamente no tenía—. Transmita ahora. No intente dominar al secretario, límitese a fingir que lo está haciendo usted mismo.

—¿Puede hacerle hablar?—preguntó Arvardan.

Hubo una pausa..., y después un bronco gruñido del secretario.
Otra pausa, otro sonido áspero.

—Eso es todo—dijo Schwartz, jadeante.

—Bien, no importa. Podemos pasar sin eso.

El recuerdo de las dos horas siguientes fue irrepetible para las dos personas que tomaron parte en la singular odisea. El doctor Shekt, por ejemplo, había adquirido una rara rigidez que le permitió ahogar todos sus temores en su apoyo vano y estupefacto a la lucha interna de Schwartz. Durante la aventura sólo tuvo ojos para la cara redondeada que poco a poco iba arrugándose y retorciéndose a causa del esfuerzo. Incluso cuando se reunieron con Pola, el físico apenas tuvo tiempo para dedicarle una mirada fugaz, un apretón rápido en la mano.

Fue Arvardan el que corrió hacia la joven, Arvardan el que explicó la situación con frases extrañas, embarulladas. Pola no se encontraba muy lejos, y tampoco hubo incidentes en el traslado desde la sala de reuniones al pequeño despacho donde estaba detenida la hija del físico. Los guardianes que vigilaban la puerta habían saludado bruscamente al ver al secretario, que correspondió con un gesto torpe, insulso. Nadie les molestó.

Pero al salir del edificio correccional, sólo entonces, Arvardan comprendió la locura de la tentativa. Y no obstante, el arqueólogo siguió ahogando sus penas en los ojos de Pola. Fuera por la vida que le estaban arrebatando, por el futuro que estaban destruyéndole, por la imposibilidad eterna de alcanzar la dulzura que había saboreado..., fuera por lo que fuese, nadie le había parecido nunca tan arrolladoramente deseable.

Posteriormente, Pola sería el compendio de sus recuerdos. Pero la Joven. . .

La joven no comprendía nada. La actitud rara y abstraída de Schwartz, la inclinación propia de un muerto del andar del secretario. las cosas increíbles que Arvardan había dicho, que ella apenas había comprendido a medias... El soleado brillo matutino cegaba sus ojos desacostumbrados a la luz, por lo que el rostro vuelto hacia abajo del arqueólogo era una mancha ante ella. Pola le sonrió y notó la fuerza y la dureza del brazo sobre el que se apoyaba muy suavemente el suyo. Ése fue el recuerdo que perduró después: músculos lisos y firmes ligeramente cubiertos por tela plástica de textura lustrosa, fina y fría bajo la muñeca de la joven...

Schwartz se hallaba sumido en sudorosa angustia. El curvado camino de acceso que se alejaba de la entrada lateral por la que habían

salido estaba francamente desierto. Schwartz sintió un enorme alivio por ello.

Sólo él conocía el coste completo del fracaso. En la mente enemiga que estaba controlando podía captar la sensación de humillación insoportable, el odio descomunal, los propósitos sumamente horribles. Tuvo que registrar esa mente en busca de información que le orientara, la posición del coche oficial, la ruta más conveniente a seguir. . . Y al hacer tal cosa encontró también la irritante amargura de la venganza que se desataría si su control vacilaba tan sólo una décima de segundo.

Las fortalezas secretas de la mente que se veía forzado a registrar iban a ser posesión personal de Schwartz para siempre. Posteriormente llegarían las horas grises de muchos amaneceres inocentes en los que él guiaría de nuevo los pasos de un loco por los peligrosos caminos de una ciudadela enemiga.

Schwartz jadeó más que habló cuando llegaron al vehículo de superficie. No se atrevió a relajarse un poco para pronunciar frases conexas y dijo rápidamente unas palabras como si se atragantara.

—Imposible..., conducir coche..., imposible... obligar secreta-
rio. . . conducir. . ., complicado. . ., no puedo. . .

Shekt lo tranquilizó con un suave sonido. El físico no osó tocarlo, no osó hablarle normalmente, no osó distraer la mente de Schwartz un solo momento.

—Sólo tiene que meterlo en el asiento trasero, Schwartz—mu-
sitó—. Yo conduciré, sé hacerlo. A partir de ahora límitese a contro-
lar al secretario.

En cuanto al papel del secretario durante estos hechos, ni siquiera es posible especular. Cautivo de sus prisioneros, armado pero indefenso frente a unos hombres desarmados... Investigar el asunto podría ser incluso poco conveniente.

El vehículo de superficie del secretario era un modelo especial. Puesto que era especial, era distinto. Atraía la atención. Su faro delantero de color verde giraba a izquierda y derecha con rítmicas oscilaciones conforme la luz se apagaba y encendía produciendo destellos esmeraldinos. La gente se detenía a mirar. Otros vehículos que avanzaban en dirección contraria se apartaron con respetuosa precipitación.

Si el coche hubiera sido menos llamativo, menos sobresaliente, los transeúntes habrían tenido tiempo de reparar en el pálido e inmóvil Antiguo que ocupaba el asiento trasero, quizá se hubieran extrañado, quizás hubieran olido el peligro.. .

Pero sólo repararon en el coche, y el tiempo fue pasando. . .

Un soldado impedía el paso ante las relucientes puertas de acero cromado que se alzaban abruptamente con el estilo elegante e impresionante característico de todas las estructuras imperiales, en vivo contraste con la arquitectura plana y triste de la Tierra. La enorme arma reglamentaria del militar se situó horizontalmente en un gesto de obstrucción y el vehículo se detuvo. Arvardan asomó la cabeza.

Soy ciudadano del Imperio, soldado. Desearía ver a su comandante.

—Tendré que ver su documentación, señor.

—Me la han quitado. Soy Bel Arvardan de Baronn. Tengo asuntos que tratar con el procurador, y mucha prisa.

El soldado acercó una muñeca a sus labios y habló en voz baja por el transmisor. Hubo una pausa mientras aguardaba la respuesta..., y luego bajó el rifle y se hizo a un lado. Las puertas fueron abriéndose poco a poco.

16 El plazo que cumplía

Debía de ser mediodía cuando el primer ministro, desde Washenn, intentó localizar a su secretario a través del televisor y la búsqueda del Antiguo no dio resultado. El primer ministro reaccionó con disgusto; los cargos menores del edificio correccional experimentaron inquietud.

Hubo preguntas después, y los guardianes de la sala de reuniones fueron precisos al asegurar que el secretario había salido con los prisioneros a las diez y media de la mañana... No, no había dejado instrucciones... No sabían adónde había ido. lógicamente no tenían derecho a preguntar.

La chica también se había ido. Otro grupo de guardianes manifestó la misma falta de información. El ambiente general de ansiedad fue creciendo y formando torbellinos.

A las dos de la tarde llegó el primer informe asegurando que el vehículo de superficie del secretario había sido visto por la mañana. Nadie había visto si el secretario iba dentro. Algunas personas creían haberlo visto al volante, pero sólo lo suponían, ésa era la verdad. . .

A las dos y media se había determinado que el coche había entrado en Fuerte Dibburn.

Poco antes de las tres se decidió por fin llamar al comandante.

Respondió un teniente.

Según supieron, en ese momento era imposible facilitar información sobre el tema. Sin embargo, los oficiales de Su Majestad Imperial rogaban que se mantuviera el orden. Rogaban además que la noticia de la ausencia de un miembro de la Sociedad de Antiguos no fuera difundida hasta nueva orden.

Eso fue suficiente. Hombres involucrados en actos de alta traición no pueden correr riesgos, y cuando uno de los miembros principales de una conspiración se halla en manos del enemigo, ello sólo puede indicar que ha sido descubierto o que ha traicionado a los suyos. Esas eran las dos caras de esta moneda. Cualquiera de ellas significaba la muerte.

La noticia se difundió. ..

La población de Chica empezó a moverse. Los demagogos profesionales ocuparon las esquinas de las calles. Los arsenales secretos fueron abiertos violentamente y muchas manos sacaron armas de ellos. Se formó una serpenteante columna hacia el fuerte y a las seis de la tarde el comandante recibió otro mensaje, en esta ocasión mediante envío personal.

Esta actividad no se correspondía con los hechos que se producían en el interior del fuerte. Todo había empezado de forma dramática, cuando el joven oficial que salió a recibir al vehículo extendió la mano hacia el desintegrador del secretario.

—Yo me encargaré de eso—dijo lacónicamente.

—Deje que lo coja, Schwartz—ordenó Shekt.

La mano del secretario cogió el desintegrador y se extendió. El arma abandonó la mano..., y Schwartz suprimió su control y dejó escapar un gemido a causa de la insostenible tensión que sufría.

Arvardan estaba preparado. Cuando el secretario reaccionó igual que un rollo de acero loco libre de la compresión, el arqueólogo se echó sobre él y dejó caer con fuerza sus puños.

El oficial dio órdenes bruscamente. Varios soldados se acercaron corriendo. Cuando unas manos burdas agarraron a Arvardan por el cuello de la camisa y le arrastraron fuera del coche, el secretario yacía flácido en el asiento. Sangre oscura brotaba débilmente de las comisuras de sus labios. La mejilla de Arvardan, magullada ya antes de llegar al fuerte, mostraba una herida y sangraba.

El arqueólogo se arregló el cabello con gestos temblorosos. Después señaló al secretario con un dedo dígido.

—¡Acuso a este hombre de conspirar para derrocar al gobierno imperial!—gritó con firmeza—. Debo ver inmediatamente al comandante en jefe.

—Ya nos ocuparemos de eso—repuso cortésmente el oficial—. Si tienen la bondad, síganme... , todos ustedes.

Y en ese punto se detuvo la actividad, durante horas. La habitación ocupada por el grupo era particular y estaba bastante limpia. Por primera vez desde hacía doce horas tuvieron oportunidad de comer, cosa que hicieron con prontitud y eficiencia a pesar de la situación. Incluso tuvieron oportunidad de satisfacer esa otra necesidad de la civilización: tomar un baño.

Sin embargo, la habitación estaba vigilada y cuando el sol descendía hacia el horizonte Arvardan perdió por fin su paciencia.

—¡Pero si tan sólo hemos cambiado de cárcel!—exclamó.

La rutina insípida y trivial del campamento militar iba desarrollándose alrededor del grupo, haciendo caso omiso de éste. Schwartz estaba durmiendo y la mirada del arqueólogo se dirigió a él. Shekt meneó la cabeza.

—Todavía no... Duerme porque está desesperado.

—Pero sólo quedan treinta y nueve horas.

—Lo sé..., pero hay que esperar.

Sonó una voz femenina.

110

—¿Quién de ustedes afirma ser ciudadano del Imperio?

111

Arvardan se levantó de un brinco.

—Sígueme—dijo el soldado.

El comandante en jefe de Fuerte Dibburn era un coronel enmohecido tras años de servicio al Imperio. En la profunda paz de las últimas generaciones había poca "gloria" obtenible para un oficial del ejército y el coronel, igual que el resto de oficiales, no había obtenido ninguna. Pero durante el ascenso largo y lento desde cadete militar había servido en todas partes de la galaxia, de modo que incluso una guarnición en aquel mundo neurótico que era la Tierra representaba para él otra tarea más y simplemente eso. El coronel sólo deseaba las rutinas tranquilas del servicio normal. No pedía nada más que lo usual; y en ese momento estaban negándosele.

Parecía reflejar cansancio cuando entró Arvardan. Llevaba abierto el cuello de su camisa y su túnica, con el llamante color amarillo de la Nave Espacial y el Sol del Imperio, pendía descuidadamente en el asiento de su silla. Hizo sonar los nudillos de su mano derecha con aire distraído mientras miraba solemnemente a Arvardan.

—Un asunto muy confuso, todo esto—dijo—. Mucho. ¿Me permite saber su nombre?

—Bel Arvardan de Baronn, señor. Arqueólogo al mando de una expedición científica autorizada en la Tierra.

—Comprendo. Me informan que carece de documentos identificativos.

—Me los arrebataron, pero el resto de la expedición se halla en Everest. El mismo procurador puede identificarlos.

—Perfectamente.—El coronel cruzó los brazos y se balanceó en la silla—. ¿Y si me ofreciera su versión de los hechos?

—Tengo noticia de una peligrosa conspiración por parte de un reducido grupo de terrestres que pretenden derribar por la fuerza el gobierno imperial, intenciones que, de no ser dadas a conocer de inmediato a las autoridades convenientes, podrían acabar con el gobierno y con gran parte del Imperio.

—Me parece una afirmación muy temeraria y exagerada. ¿Puedo conocer los detalles?

—Por desgracia, considero vital explicarlos al procurador en persona. Por tanto, solicito que se me ponga en comunicación con él ahora mismo, por favor.

—Hum... No actuemos con tanta prisa. ¿Sabe usted que el hombre que han traído aquí es el secretario del primer ministro de la Tierra?

—¡Desde luego!

—Y él es un instigador importante de esa conspiración que usted menciona.

—Lo es.

—Pruebas.

—No puedo discutir las pruebas con otra persona que no sea el procurador.

El coronel arrugó la frente y contempló las uñas de sus dedos.

—¿Duda de mi competencia en este caso?

—En absoluto, señor. Pero sólo el procurador posee autoridad para tomar las medidas decisivas y precisas en este caso.

—¿A qué medidas decisivas se refiere?

—Hay que bombardear y destruir por completo cierto edificio de la Tierra antes de treinta horas, o gran parte de la población del Imperio perderá la vida.

—¿Qué edificio?—preguntó en tono de hastío el coronel.

—¿Puede ponerme en contacto con el procurador, por favor?

—espetó Arvardan.

Hubo una pausa de estancamiento. Finalmente, el coronel intervino con voz grave.

—¿Se da usted cuenta de que al secuestrar a un terrestre se ha hecho merecedor de juicio y condena por parte de las autoridades de la Tierra? Normaimente, por principios, el Imperio protege a sus ciudadanos e insiste en la celebración de un juicio galáctico. Pero la situación en la Tierra es deicada..., y a menos que usted responda satisfactoriamente a mis preguntas, me veré forzado a entregarles, a usted y a sus compañeros, a las autoridades locales.

—¡Pero eso sería una sentencia de muerte! ¡También para usted! Coronel, soy ciudadano del Imperio y exijo que me reciba el pro. . .

Un zumbador del escritorio del coronel le interrumpió. El miiitar se volvió hacia el aparato y apretó un botón.

—¿Sí?

—¡Señor!—La voz se oía con claridad—. Un grupo de nativos ha rodeado el fuerte. Se cree que van armados.

—¿Ha habido actos violentos?

—No, señor.

No había muestras de emoción en el semblante del coronel.

—Estado de alerta para la artillería y la aviación. Todos los hombres en posición de combate. Que no dispare nadie si no es por mo-

tivos defensivos. ¿Entendido?

—¡, señor. Un terrestre con bandera de paz pide audiencia.

—Mándemelo. . . Y que venga otra vez el secretario del primer ministro.

El coronel miró fnamente al arqueólogo.

—Confío en que comprenda la increíble naturaleza de sus actos.

—¡Exijo estar presente en la entrevista!—exclamó Arvardan, al borde de la incoherencia dada su furia—. ¡Y exijo también saber el motivo de que haya tenido que pudrirme durante seis horas bajo vigiiancia mientras usted conversaba a puerta cerrada con un traidor nativo !

—¿Está formulando acusaciones, caballero?—inquirió el coronel, y también su tono iba en aumento.

—No, señor... Pero voy a recordarle que será responsable de sus actos a partir de ahora y que podria ser famoso en el futuro como el hombre que aniquiió a su pueblo.

113

. Cuento~ paraleio~

—¡Siencio! En cualquier caso no soy responsable ante usted... A partir de ahora las cosas se harán como yo decida. ¿Ha entendido?

El secretario entró por la puerta que mantenía abierta un soldado. En sus labios enrojados e hinchados asomaba una fina sonrisa. Incluinó la cabeza ante el coronel y, aparentemente, no dio muestra alguna de conocer ia presencia de Arvardan.

—Caballero—dijo el coronel al terrestre—, he comunicado al primer ministro los detalles de su presencia aquí y cómo se produjeron los hechos. Su detención es, por supuesto, totalmente..., eh... anormal y tengo la intención de dejarle en libertad en cuanto pueda. Sin embargo, hay aqut un caballero que, como ya debe saber usted, ha formulado una acusación muy grave contra usted, una acusación que, dadas ;ias circunstancias, debemos investigar...

—Comprendo, coronel—dijo tranquilamente el secretario—. Pero como ya le he expiicado, este hombre sólo lieva en la Tierra, creo, tres o cuatro días y sus conocimientos sobre nuestra política interna son nulos. Se trah de una base francamente frágil para hacer cualquier ciase de acusación.

—No soy el único que formula esa acusación—replicó con enojo

Arvardan.

El secretario no miró a; i arqueólogo, ni en ese momento ni después. Estaba hablando exclusivamente con el coronel.

—Un científico loco; i está involucrado en esto, un científico que por estar acercándose a los sesenta años normales de vida padece de; iirios de persecución... Y el otro es un individuo de antecedentes desconocidos y un historial de imbeciidad.

Arvardan se puso en pie de un brinco.

—Exijo ser escuchado.. .

—Siéntese—dijo el coronel con frialdad y hostilidad—. Se ha negado a discutir el asunto conmigo. La negativa sigue siendo válida... Que traigan al hombre que lleva bandera de paz.

Se trataba de otro miembro de la Sociedad de Antiguos. Tan sólo el aleteo de uno de sus párpados reveló emoción por su parte al ver al secretario. El coronel se levantó.

—¿Es portavoz de los hombres que están ahí afuera?—preguntó.

—Sí, señor.

—Supongo entonces que esta reunión tumultuosa e ilegal se basa en la exigencia de recobrar a su compatriota.

—Sí, señor. Debe quedar en libertad inmediatamente.

—¡Por supuesto! No obstante, en interés de la ley y el orden y por el debido respeto a los representantes de Su Majestad Imperial en este planeta, el asunto no puede discutirse mientras haya hombres armados congregados y sublevados contra nosotros. Debe ordenar a los suyos que se dispersen.

El secretario intervino afablemente.

—El coronel tiene toda la razón, hermano Cori. Por favor, calma la situación. Aquí estoy perfectamente seguro y no hay riesgos... para nadie. ¿Comprendes?... Para nadie. Doy mi palabra de Antiguo.

—Muy bien, hermano. Me alegra que estés a salvo.

Lo condujeron afuera.

—Nos ocuparemos de que salga de aquí sin problemas en cuanto la situación de la ciudad recobre la normalidad—dijo brevemente el

coronel.

Arvardan estaba en pie otra vez.

—Lo prohíbo. Va a dejar suelto al futuro asesino de la raza humana. Exijo una entrevista con el procurador de acuerdo con mis derechos constitucionales como ciudadano galáctico.—Y en el paroxismo de la frustración añadió—: ¿Va a mostrar más consideración a un perro terrestre que a mí?

La voz del secretario se alzó por encima de esa última frase casi incoherente de ira.

—Coronel, con gusto me quedaré aquí hasta que mi caso sea atendido por el procurador, si eso es lo que desea este hombre. Una acusación de alta traición es grave y las sospechas, por muy exageradas que sean, podrían bastar para que yo dejara de ser útil a mi pueblo. Agradecería enormemente la oportunidad de probar ante el procurador que nadie como yo es tan leal al Imperio.

—Admiro sus sentimientos, caballero—dijo muy erguido el coronel—. v no tenpo inconveniente en admitir que mi actitud, de estar yo en su lugar, sena muy distinta... Trataré de comunicar con el procurador.

Arvardan no dijo nada hasta que volvieron a llevarlo a la celda.

Evitó las miradas de los otros. Durante largo tiempo permaneció sentado e inmóvil, con un nudillo atrapado entre sus inquietos dientes.

Finalmente intenrino Shekt.

—¿Y bien?

Arvardan sacudió la cabeza.

—Casi lo he echado todo a perder.

—¿Qué ha hecho?

—Perder la paciencia, ofender al coronel, no conseguir nada... No soy diplomático, Shekt.

El ffsico estaba de pie, con sus arrugadas manos cruzadas a la espalda.

—¿Y Ennius? ¿Va a venir?

—Supongo que sí... Pero a solicitud del secretario, cosa que no

puedo comprender.

—A solicitud del secretario... En ese caso mucho me temo que Schwartz está en lo cierto.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho Schwartz?

El rollizo terrestre se hallaba sentado en su catre. Se aizó de hombros en el momento que todas las miradas se dirigían hacia él y extendió las manos en un gesto de impotencia.

114

115

—Capté el contacto mental del secretario cuando pasaba junto a nuestra puerta, hace un momento... Ya había sostenido una larga conversación con ese oficial que ha hablado con usted.

—Lo sé. ¿Qué tiene eso de especial?

—No hay preocupación o temor en su mente. Sólo odio... Y ahora es sobre todo odio hacia nosotros, por capturarlo, por arrastrarlo hasta aquí. Hemos herido su vanidad, ha quedado mal. Pretende desquitarse. He visto en su mente breves imágenes de los sueños que alimenta. De él mismo, sin ayuda, evitando que la galaxia haga algo para frenarle incluso cuando nosotros, con lo que sabemos, actuamos contra él. El secretario está dándonos oportunidades, y luego nos aplastará de todas maneras y triunfará sobre nosotros.

—¿Pretende decir que van a poner en peligro sus planes, sus sueños imperiales, para tomarse una miserable venganza? Eso es de locos.

—Lo sé—dijo Schwartz en tono categórico—. El secretario está loco

—¿Y piensa él que triunfará?

—Exacto.

—En ese caso le necesitamos, Schwartz. Necesitamos su cerebro. Escúcheme. . .

Pero Shekt estaba meneando la cabeza.

—No, Arvardan, eso no resultaría. Desperté a Schwartz cuando usted se fue y hemos discutido el asunto. Sus facultades mentales, que él sólo puede describir vagamente, no están bajo un control perfecto, de eso no hay duda. Es capaz de atontar a un hombre, paralizarlo, dominar los músculos voluntarios de mayor tamaño incluso en contra de la voluntad de la víctima, pero ahí termina todo.

En el caso del secretario, Schwartz no logró hacerle hablar. Los pequeños músculos de las cuerdas vocales superan su capacidad. Tampoco fue capaz de coordinar los movimientos para que el canalla condujera el coche, y mientras estuvo andando tuvo dificultades para mantenerlo en equilibrio. En consecuencia, es obvio que no podríamos controlar a Ennius, por ejemplo, hasta el punto de obligarle a cursar o redactar una orden. He pensado en eso, ¿sabe?...

Shekt sacudió la cabeza mientras su voz se apagaba.

Arvardan sintió que la angustia de la futilidad le sobrecogía.

—¿Dónde está Pola?

—Durmiendo en la otra habitación.

Habría ansiado ir a despertarla... Ansiado..., oh, habría ansiado tantas cosas...

Arvardan miró su reloj. Sólo quedaban treinta horas.

17 El plazo que cumplió

Arvardan miró su reloj. Sólo quedaban seis horas.

Miró alrededor de un modo nebuloso y sin esperar nada. Todos estaban allí..., incluso el procurador, por fin. Pola se hallaba junto a él, con sus dedos cálidos y finos en la muñeca del arqueólogo y aquella expresión de miedo y agotamiento que enfurecía a Arvardan más que cualquier otra cosa, hasta el punto de odiar toda la galaxia.

Quizá todos merecían la muerte, aquellos estúpidos, estúpidos, estúpidos. . .

Apenas veía a Shekt y Schwartz. Los dos estaban sentados a su izquierda. Y allí estaba también el secretario, con los labios aún hinchados y una mejilla con magulladuras de color enfermizo; debía de dolerle horriblemente cuando hablaba... Y los labios de Arvardan una sonrisa brutal al pensar en ello y sus manos se cerraron y retorcieron. . .

Delante del grupo se hallaba Ennius, ceñudo, inseguro, ataviado con aquella ropa pesada, deforme, impregnada de plomo...

También él era un estúpido... Arvardan notó que un estremecimiento de odio recorría su cuerpo al pensar en aquellos gobernantes galácticos que sólo deseaban paz y tranquilidad. ¿Dónde estaban los conquistadores de hacía tres siglos? ¿Dónde?

Quedaban seis horas...

Ennius había recibido la llamada de la guarnición de Chica dieciocho horas antes y recorrió medio planeta después de saber que se requería su presencia. Los motivos que le indujeron a ello eran oscuros. En esencia, había pensado él, nada importante había en el asunto aparte del secuestro lamentable de una de las curiosidades vestidas de verde de aquel planeta supersticioso y obsesionado por los duendes. Eso y las acusaciones, vagas y no documentadas. Nada que el coronel no pudiera abordar sobre el terreno.

Y, sin embargo, estaban sus presagios de rebelión terrestre, y estaba Shekt. .. Shekt implicado en el asunto...

En ese momento estaba sentado ante ellos, meditante, consciente por completo de que su decisión en el caso podía precipitar la revuelta, quizá debilitar su posición en la corte, anular sus posibilidades de mejora... En cuanto al largo discurso de Arvardan sobre amenazas en forma de virus y epidemias desenfrenadas, ¿hasta qué punto debía considerarlo en serio? Al fin y al cabo, si tomaba medidas basándose en esos datos, ¿cuán creíble parecería el asunto a sus superiores?

Y, por todo ello, pospuso el problema en su mente e interrogó al secretario.

—Seguramente tendrá usted algo que decir al respecto. . .

—Sorprendentemente poco—repuso el secretario con enorme confianza—. Tan sólo preguntar qué pruebas tiene ese hombre.

—Su excelencia—dijo Arvardan, ofendido—, ya le he dicho que ese hombre lo confesó con todo detalle anteayer, cuando estuvimos detenidos.

—Tal vez decida usted dar crédito a esas palabras, su excelencia—respondió el secretario—, pero se trata simplemente de otra afirmación sin fundamento. En realidad los únicos hechos que diversos observadores neutrales podrán confirmar son que yo fui la única persona hecha prisionera por la fuerza, no ellos, que fue mi vida la que estuvo en peligro, no la de ellos. Ahora me gustaría que mi acusador explicara cómo ha podido averiguar todo esto en la media semana que lleva en el planeta, cuando usted, procurador, en años de servicio no ha descubierto nada en mi contra.

—Hay lógica en lo que dice el hermano—admitió lentamente Ennius—. ¿Cómo ha podido enterarse?

—Antes de la confesión del acusado fui informado de la conspiración por el doctor Shekt—dijo gravemente Arvardan.

—¿Es cierto, doctor Shekt? ¿Y como se enteró usted?

La mirada del procurador se desvió hacia el físico.

—El doctor Arvardan—dijo el aludido—ha sido admirablemente minucioso y preciso en su descripción del uso que se dio al sinapsificador y al referirse a las declaraciones hechas en el lecho mortuario por el bacteriólogo F. Smitko.

—Pero, doctor Shekt, las últimas declaraciones de un hombre que delira no tienen excesivo peso. ¿No tiene otra prueba?

Arvardan interrumpió la conversación dejando caer su puño sobre el brazo del sillón.

—¿Es esto un tribunal de justicia?—bramó—. ¿Hay alguien acusado de violar las normas de tráfico? No tenemos tiempo para sopesar la evidencia. Se lo aseguro, tenemos hasta las seis de la mañana

cinco horas y media para anular esta enorme amenaza... Usted conoció el doctor Shekt anteriormente. ¿Opina de él que es un mentiroso?

El secretario intervino al instante.

—Nadie acusa al doctor Shekt de mentir deliberadamente, su excelencia. Lo que ocurre es que el buen doctor está muy preocupado últimamente por la proximidad de su sexagésimo cumpleaños. Mucho me temo que una mezcla de edad y miedo le ha provocado ligeras tendencias paranoicas, bastante comunes en la Tierra. . . ¿No ha notado algún cambio en el doctor en los últimos meses?

Ennius había observado un cambio, desde luego. Por las estrellas, ¿qué iba a hacer?

Pero la voz de Shekt fue sosegada, totalmente normal.

—Podría decir que durante el último medio año he estado bajo la vigilancia continua de los Antiguos—expuso el físico—, que las cartas que usted me envió fueron abiertas, que mis respuestas a usted fueron sometidas a la censura..., pero es obvio que tales quejas se atribuirían a la paranoia ya mencionada. No obstante, tengo aquí a Joseph Schwartz, el hombre que se sometió voluntariamente al sinapsificador un día del pasado otoño, el día que usted me visitó en el instituto.

—Lo recuerdo.—Había un sentimiento débil de gratitud en la mente de Ennius por el cambio momentáneo de tema—. ¿Es ese hombre?

—Sí—dijo Shekt—. El tratamiento con el sinapsificador fue un

éxito sin precedentes, ya que él poseía una memoria fotográfica, detalle que he averiguado no hace mucho. En cualquier caso, Schwartz posee en la actualidad un cerebro sensible a los pensamientos de otras personas.

Y Ennius se inclinó hacia delante en su silla mucho más de lo que ya estaba.

—¿Cómo?—exclamó con suma perplejidad—. ¿Está diciéndome que ese hombre lee los pensamientos?

—Puede demostrarse, su excelencia... Pero creo que el hermano ratificará mi afirmación.

El secretario lanzó una fugaz mirada de odio a Schwartz, una mirada abrasadora por su intensidad y tan veloz como un rayo por b poco que tardó en esfumarse.

—Es muy cierto, su excelencia—dijo con un temblor prácticamente imperceptible en su voz—. El hombre que ellos han traído aquí posee ciertas facultades hipnóticas, aunque no sé si ello se debe o no al sinapsificador. Podría añadir que el sometimiento de este hombre al sinapsificador no consta en documento alguno, detalle que usted admitirá es muy sospechoso.

—No consta en ningún documento—repuso Shekt sin alterarse— de acuerdo con las normas establecidas por el primer ministro.

Pero el secretario se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué me dice de Schwartz?—inquirió autoritariamente Ennius—. ¿Qué relación tienen con el caso sus facultades para leer pensamientos, sus talentos hipnóticos o lo que sea?

—Shekt pretende decir que Schwartz es capaz de leer mis pensamientos—intervino el secretario.

—¿Es cierto?... Bien, ¿y qué está pensando él?—preguntó el procurador, dirigiéndose a Schwartz por primera vez.

—Está pensando que no tenemos forma alguna de convencerle para que defienda nuestra postura—dijo Schwartz.

—Muy cierto—se mofó el secretario—, aunque esa deducción no requiere apenas esfuerzo mental.

—Y además—prosiguió Schwartz—, está pensando que usted es un pobre imbécil, que teme actuar, que sólo ansía paz, que espera granjearse la amistad de los terrestres gracias a su talante justo e imparcial, y que es tanto más necio por confiar en eso.

El secretario se ruborizó.

—Niego esas afirmaciones.

Pero Ennius restó importancia al asunto.

—¿Y qué estoy pensando yo?—le preguntó a Schwartz.

—Que aun suponiendo que yo pudiera ver con claridad el interior de la mente de un hombre—replicó Schwartz—, no es forzoso que diga la verdad sobre lo que veo.

Las cejas del procurador se arquearon en gesto de sorpresa.

—Tiene razón, mucha razón... ¿Confirma la veracidad de las declaraciones efectuadas por los doctores Arvardan y Shekt?

—Hasta la última palabra.

—Hum... Sin embargo, sería preciso encontrar a otro hombre
119

como usted, alguien que no estuviera involucrado en el asunto. De lo contrario, esta prueba no sería válida legalmente, incluso suponiendo que sus facultades telepáticas fueran aceptadas mayoritariamente.

—¡Pero si no se trata de un problema legal!—exclamó Arvardan—. ¡Se trata de la seguridad de la galaxia!

—Su excelencia—y el secretario se puso en pie—, tengo que hacer una observación... Me gustaría que este hombre, Joseph Schwartz, saliera de la habitación.

—¿Por qué motivo?

—Este individuo, además de leer los pensamientos, posee ciertas facultades para controlar la mente. Fui capturado gracias a una parálisis provocada por este hombre. Mucho me temo que pueda intentar algo similar ahora mismo, contra mí o incluso contra usted, su excelencia.

Arvardan se puso en pie, pero el secretario gritó más que él.

—¡Ningún juicio puede ser justo si se halla presente un hombre capaz de influir por medios sutiles, mediante facultades mentales reconocidas, la opinión del juez!

Ennius tomó con rapidez su decisión. Entró un ordenanza y Joseph Schwartz salió de la sala sin ofrecer resistencia, sin reflejar la más ligera muestra de preocupación en su inexpresivo semblante.

Arvardan pensó que era el golpe definitivo...

En cuanto al secretario, se levantó y permaneció inmóvil un momento: un personaje alto y tétrico vestido de verde, impresionante dada su confianza. Empezó a hablar con estilo formal, muy serio.

—Su excelencia, las opiniones y declaraciones del doctor Arvardan se basan por completo en el testimonio del doctor Shekt. A su vez, las opiniones del doctor Shekt se basan en los delirios de agonía de un hombre... Y todo esto, su excelencia, todo esto tuvo lugar después de que Joseph Schwartz fuera sometido a tratamiento con el sinapsificador.

“¿Quién es, pues, Joseph Schwartz? Hasta que él apareció en escena, el doctor Shekt era un hombre normal y sin problemas. Usted mismo, su excelencia, pasó una tarde con él el día que Schwartz fue sometido a tratamiento. ¿Era anormal entonces? ¿Le informó entonces de una traición que iba a cometerse contra el Imperio? ¿Le pareció preocupado, receloso? El doctor Shekt afirma ahora que recibió instrucciones del primer ministro para falsificar los resultados de los experimentos con el sinapsificador. ¿Le informó de ello entonces? ¿O solamente le informa ahora, después del día de la aparición de Schwartz?

“Repito, ¿quién es Joseph Schwartz? No hablaba un idioma conocido cuando apareció en escena. Todo ello lo averiguamos nosotros mismos posteriormente, en cuanto empezamos a sospechar de la estabilidad mental del doctor Shekt. Schwartz iba acompañado por un campesino que no tenía dato alguno sobre su identidad, que no sabía nada sobre sus actos. Nada se ha descubierto desde entonces.

“Sin embargo, este hombre posee extraños poderes mentales. Es capaz de derribar a un hombre a cien metros de distancia simplemente pensándolo. Yo mismo quedé paralizado por él. Manipuló mis brazos y mis piernas. Podría haber manipulado mi mente si lo hubiera deseado.

“Creo, sin embargo, que Schwartz manipuló los pensamientos de los aquí presentes. ELlos afirman que yo los detuve, que los amenacé con la muerte, que me confesé culpable de alta traición y que ambicionaba el Imperio... Pero fórmúeles una pregunta, su excelencia. ¿No han estado eLlos totalmente expuestos a la influencia de Schwartz, es decir, a la influencia de un hombre capaz de controlar sus mentes?

“¿No será Schwartz el traidor? De lo contrario, ¿quién es Schwartz?

El secretario tomó asiento, con calma, casi con jovialidad.

Arvardan se sintió igual que si su cerebro se hubiera colocado en

un ciclotrón y estuviera girando hacia afuera y describiendo revoluciones cada vez más rápidas... ¿Qué respuesta podía darse? ¿Que Schwartz procedía del pasado? ¿Dónde estaban las pruebas? ¿Que él había identificado un lenguaje genuinamente primitivo?... Pero ¿lo había hecho teniendo manipulados los pensamientos? Al fin y al cabo, ¿cómo podía asegurar que no habrían manipulado su cerebro? ¿Quién era Schwartz? ¿Qué detalle le había convencido con tanta rapidez y seguridad de aquel impresionante plan de conquista galáctica? ¿La palabra de un solo hombre? ¿Un solo beso de una mujer? ¿O la intervención de Joseph Schwartz?

¡No podía pensar! ¡No podía pensar!

—Bien, caballeros.—Ennius parecía impaciente—. ¿Tiene algo que decir, doctor Shekt? ¿Usted, doctor Arvardan?

Pero la voz de Pola se abrió paso bruscamente entre el silencio.

—¿No ve que todo es mentira? ¿No ve que nos está inmovilizando con su lengua de víbora? Oh, todos vamos a morir y ya no me importa... Pero podríamos impedirlo, podríamos impedirlo... Pero seguimos sentados aquí. . ., y. . . perderemos el tiempo hablando.. .

Y la joven prorrumpió en sollozos incontenibles.

—De modo que estamos sujetos a los caprichos de una mujer histérica. . .—dijo el secretario—. Su excelencia, tengo una propuesta que hacer. Mis acusadores afirman que todo esto, ese supuesto virus y cualquier otra cosa que tengan en mente, está programado para una hora concreta, las seis de la mañana, creo. Propongo permanecer bajo su custodia durante una semana. Si lo que ellos dicen es cierto, la noticia de una epidemia en la galaxia llegará a la Tierra al cabo de pocas horas. Si tal cosa ocurre, las fuerzas imperiales seguirán controlando la Tierra. . .

—Un buen cambio, ciertamente. ¡La Tierra por una galaxia de seres humanos!—masculó el pávido Shekt.

—Valoro mi vida, y la de los míos. Somos rehenes para probar nuestra inocencia.

El secretario cruzó los brazos.

Ennius alzó una mirada que reflejaba preocupación.

—No encuentro culpa en este hombre.. .

l:ZO

l:ZI

Y Arvardan no pudo soportarlo más. Con sosegada y mortífera ferocidad, se levantó y se acercó rápidamente al procurador. Sus

intenciones no Llegaron a saberse nunca. Posteriormente, ni él las recordaría. En cualquier caso, el asunto carecía de importancia. Ennius tenía un látigo neurónico y lo utilizó.

Todo se convirtió en una Liama de dolor, empezó a dar vueltas y se esfumó alrededor de Arvardan.. .

Luz. . .

Luz difusa y sombras nebulosas que se confundrían y retorcían, y finalmente hubo claridad.

Un rostro... Unos ojos sobre los suyos...

—¡Pola!—Todo se hizo nítido y claro para Arvardan, en un solo instante—. ¿Qué hora es?

Los dedos del arqueólogo apretaron con tanta fuerza la muñeca de la joven que ésta respingó de forma involuntaria.

—Más de las siete—musitó ella—, el plazo se cumplió.

Arvardan miró alrededor como un loco y se incorporó en el catre donde yaáa, sin preocuparse por el ardor que sentía en las articulaciones. Shekt, con su cuerpo delgado acurrucado en una silla, levantó la cabeza y asintió breve y tristemente.

—Todo ha terminado, Arvardan.

—De modo que Ennius...

—Ennius no quiso correr riesgos—dijo Shekt—. ¿No es extraño?

—Lanzó una carcajada rara, quebrada, bronca—. Nosotros tres, sin ayuda de nadie, descubrimos una conspiración inmensa contra la humanidad, sin ayuda de nadie capturamos al cabecilla y lo entregamos a la justicia. Es como un programa televisivo, ¿no? Los superhéroes invencibles se aproximan a tiempo a la victoria... Pero nadie nos cree. Eso no ocurre en los telefilmes, ¿verdad? Allí todo tiene un final feliz, ¿no es cierto? Curioso...

Las palabras se convirtieron en sollozos roncós, sin lágrimas.

Arvardan desvió la mirada, muy disgustado. Los ojos de Pola eran universos azules, húmedos, repletos de lágrimas. Sin saber cómo, el arqueólogo se perdió un momento en ellos. Eran universos, rios de estrellas. Y hacia esas estrellas corrían velozmente unas capsulitas metálicas y relucientes que devoraban años-luz al penetrar en el hiperespacio con saltos tan calculados como mortíferos. Pronto, quizás ya habría sucedido, se acercarían a los planetas, atravesarían atmósferas, estarían formando invisibles lluvias de virus letales...

Bien, todo había terminado.

—¿Dónde está Schwartz?—preguntó débilmente.

Pero Pola se Limitó a menear la cabeza.

—No volvió a entrar en la sala.

¡Las diez! ¡Tres horas después del plazo!

Había ambiente de actividad en el fuerte. &ritos de los soldados, una atmósfera de tensión física fácilmente perceptible.

122

Ennius se encontraba en la puerta, erguido, enjuto, ansioso...

Se abrió la puerta. El procurador hizo una seña. Dijo algo. Para Arvardan, sumido en sus fútiles pensamientos, las palabras careían de significado. Pero siguió a Ennius igual que un autómata...

Y llegaron al despacho del comandante en jefe. Quizá volví a repetirse la noche anterior. El secretario también se encontraba ahí, semblante sombrío, ojos absortos...

Ennius no había dormido desde hacía veinticuatro horas. Se dirigió al secretario.

—¿Conoce usted el significado de lo que está pasando afuera? Un grupo de nativos está cercandando el fuerte otra vez. No deseamos tener que abrir fuego contra ellos. ¿No puede frenarlos?

—Basta con que yo lo desee, su excelencia.

—Bien, en tal caso...

—¡Pero no lo deseo, su excelencia!—Y el secretario sonrió y extendió un brazo. Su voz era de burla feroz; había estado reprimida mucho tiempo y brotaba gustosamente—. ¡Imbécil! Ha esperado demasiado. ¡Muera por eso! ¡O viva como un esclavo!

Las alocadas frases no produjeron efectos demoledores en Ennius. Pero su aspecto lúgubre se intensificó.

—¿Tanto he perdido con mis precauciones? El asunto del virus. ... ¿era cierto?—Su voz reflejaba un asombro abstracto, casi indiferente—. Pero la Tierra, usted mismo. . ., todos son mis rehenes.

—¡Nada de eso!—fue el grito instantáneo de victoria—. Usted y

los suvos son mi rehenes. El virus que ahora se propaga por el universo no ha dejado inmune a la Tierra. Satura ya en cantidad suficiente la atmósfera de todas las guarniciones del planeta, incluyendo Everest. Los terrestres somos inmunes, pero ¿cómo se siente usted, procurador? ¿Débil? ¿Tiene reseca la garganta? ¿Febrilenta la cabeza? No le queda mucho tiempo, ¿sabe? Y el anbdoto sólo podrá obtenerlo de nosotros.

De repente se volvió y miró ferozmente a Shekt y Arvardan.

—Bien, ¿he representado adecuadamente mi papel? ¿He triunfado?

Y prorrumpió en brucas carcajadas.

Despacio, muy despacio, Ennius apretó el botón de su escritorio. Despacio, muy despacio, una puerta se abrió y Joseph Schwartz, algo ceñudo, tambaleándose un poco a causa del cansancio, apareció en el umbral. Despacio, muy despacio, el terrestre entró en el despacho.

La risa del secretario cesó. Sus ojos contemplaron al hombre del pasado con repentino recelo.

—No—dijo con los dientes apretados—. No podrá sonsacarme el secreto del antídoto. Los hombres que lo conocen y pueden usarlo están seguros, lejos de su alcance.

—Muy seguros—convino Schwartz—. Pero no necesitamos el antídoto. No hay virus que destruir.

La frase no acabó de quedar clara. Arvardan notó que una idea

123

asombrosa apareáa de pronto en su mente, pero la descartó. No podía arriesgarse a la desilusión.

Pero Ennius intervino de nuevo. t

—Explique los hechos, Schwartz, y hágalo con claridad. Quiero que el hermano comprenda por completo la situación.

—No es complicado—dijo Schwartz—. Ayer por la noche, mientras estábamos reunidos, comprendí que no podía hacer nada si seguía sentado y escuchando. Actué precavidamente en el cerebro del secretario, durante largo rato. Y finalmente él solicitó que yo sahera de la habitación, por supuesto era lo que yo deseaba. El resto fue fácil.

“Dejé aturrido al vigilante y me dirigí al aeropuerto. El fuerte se hallaba en situación de alerta constante. Los aviones estaban abastecidos de combustible, armados y dispuestos para emprender el vuelo. Los pilotos aguardaban. Elegí uno al azar..., y partimos hacia Senloo.

T

El secretario pareía querer decir algo. Sus mandíbulas se agitaban quedamente. Pero intervino Shekt.

—Sin embargo, usted no podía obligar a un hombre a pilotar un avión, Schwartz. Hacerle caminar era lo único que sabía hacer.

—Cierto, si tenía que hacerlo contra su voluntad. Pero gracias a los pensamientos del doctor Arvardan yo sabía cuánto odian los de Sirio a los terrestres. Por lo tanto, busqué a un piloto nacido en el sector de Sirio. Encontré uno. Odiaba a los terrestres tanto que es difícil entenderlo, incluso para mí, y me introduje en su mente. Él deseaba bombardear a los terrestres. Deseaba destruirlos. Sólo la disciplina le hacía contenerse, le impedía partir con su avión inmediatamente.

“Ese tipo mental es distinto. Un poco de sugestión, un poco de presión y la disciplina no basta para contener. Creo que él ni siquiera reparó en que yo subía al avión en su compañía.

—¿Cómo localizó Senloo?—musitó Shekt.

—En mi época—dijo Schwartz—había una ciudad llamada San Luis. Se hallaba en la confluencia de dos grandes ríos. La encontramos. Era de noche, pero había una mancha oscura en una zona de radiactividad..., y el doctor Shekt había dicho que el templo era un oasis aislado de terreno normal. Lanzamos una bengala, o lo hicimos mediante mi sugestión mental, y apareció un edificio de cinco puntas bajo nosotros. Concordaba con la imagen que yo había captado en los pensamientos del secretario. Ahora sólo queda un boquete de treinta metros de profundidad en el lugar donde estaba el edificio. Eso sucedió a las tres de la madrugada. Ningún virus fue lanzado. El universo está libre.

Fue un aullido bestial lo que brotó de los labios del secretario, el chillido sobrenatural de un demonio. El terrestre pareció a punto de saltar..., y de pronto se desplomó.

Un fino espumarajo de saliva empezó a surgir muy despacio por su labio inferior.

124

—Ni lo he tocado—dijo en voz baja Schwartz. Después, mientras contemplaba pensativamente el cuerpo postrado, añadió—: Cuando volví, el procurador se había vuelto loco si no llego a convencerle de que aguardara a que cumpliera el plazo. Yo sabía que el secretario sería incapaz de no vanagloriarse. Lo sabía por sus pensamientos... Y ahora, ahí lo tienen.

EPILOGO

En realidad el relato ha terminado ya y añadir un epílogo es bastante anticuado. De todas formas, un epílogo tiene su utilidad. Es un nudo, ¿saben?, que ata los cabos sueltos de la trama (un retruécano, sí), evita que se deshagan y los oculta a la vista pulcramente. Si desea tener una sensación de consumación, siga leyendo, porque aquí habrá epílogo a pesar de todo.

No será muy largo.

De hecho el único personaje que interviene es Joseph Schwartz. Treinta días han transcurrido desde que emprendiera vuelo en la pista de aquel aeropuerto en una noche dedicada a la destrucción de la galaxia, con las señales de alarma sonando alocadamente a su espalda y órdenes radiadas para que volviera poblando el cielo.

Había vuelto a su hora, con el templo de Senloo destruido y mientras el aturrido piloto empezaba a preguntarse qué había sucedido exactamente.

El heroico acto fue dado a conocer oficialmente. Schwartz llevaba en el bolsillo el cordón de oro de la Orden de la Nave Espacial y el Sol. Sólo otras dos personas de la galaxia habían recibido dicha condecoración sin haber muerto antes. Algo impresionante para un sastre retirado...

Naturalmente nadie, aparte de los árculos oficiales más oficiales, sabía con exactitud qué había hecho Schwartz, pero ese detalle carecía de importancia. Algún día, en los libros de historia...

En la sosegada noche, Schwartz estaba dirigiéndose a pie hacia el domicilio del doctor Shekt. La ciudad se hallaba tranquila, tanto como el fulgor rutilante del cielo. En puntos aislados de la Tierra, grupos de zelotes seguían causando problemas, pero sus líderes habían muerto o se encontraban presos, y los terrestres moderados se bastaban para hacer frente al resto.

Los primeros convoyes de tierra normal ya estaban en camino. Ennius había repetido su propuesta de que la población de la Tierra fuera trasladada a otro planeta, pero eso estaba fuera de lugar. La Tierra no deseaba caridad. Que los terrestres tuvieran oportunidad de rehacer su planeta. Que pudieran reconstruir el hogar de sus padres, el mundo nativo de la humanidad. Que pudieran trabajar con sus manos, eliminar la tierra enfermiza y sustituirla por otra saludable.

Se trataba de una tarea enorme, podía durar un siglo... pero, ¿y qué? La galaxia prestaría maquinaria, enviaría alimentos, suministraría la tierra. Para sus recursos incalculables sería una insignificancia. . ., y había compensación.

Y algún día los terrestres volverían a ser un pueblo entre otros muchos, habitarían un planeta entre otros muchos y considerarían a toda la humanidad bajo el punto de vista de la dignidad y la igualdad.

El corazón de Schwartz latió con fuerza al valorar la maravilla de todo ello, mientras el terrestre subía los escalones de la entrada principal. Dentro de una semana partiría en compañía de Arvardan hacia los grandes mundos centrales de la galaxia. ¿Qué otra persona de su generación había abandonado la Tierra?

Se detuvo, con la mano a punto de posarse en la puerta, ya que sonaban palabras en su mente. Con cuánta claridad captaba ya los pensamientos, como si fueran campanillas.

Era Arvardan, por supuesto, con tantas cosas en su mente que la palabra era incapaz de expresarlas.

“Piénsalo, Pola, verías cosas que jamás has visto, vivirías como nunca has vivido...”

Y la respuesta de Pola, con una mente tan ansiosa como la del arqueólogo y palabras de pura desgana.

“Si piensas que es una gira por la galaxia lo que yo quiero...”

“Pero estarías conmigo..., es decir, yo estaría contigo. Y si te arrepientes, regresáramos después de esa conferencia que tengo que dar en Trantor.”

“Tu vieja Sociedad Arqueológica. .. Hum. . .”

“Pero luego podríamos volver. Y me quedaré aquí contigo. Nunca te abandonaré.”

“Pero es posible que yo prefiera viajar.”

“En ese caso iremos a donde te apetezca.”

“Pero si soy una pobrecilla terres...”

Hubo una exclamación breve y apagada por parte de Arvardan, seguida por un gritito muy femenino. La conversación se interrumpió.

Pero, lógicamente, los contactos mentales no se interrumpieron, y Schwartz se apartó plenamente satisfecho..., y con cierta vergüenza. Podía esperar. Había tiempo de sobra para molestar a la pareja en cuanto las cosas se aclararan un poco más.

Schwartz aguardó en la calle mientras centelleaban las estrellas,

una galaxia entera de estrellas, unas visibles, otras invisibles.

Y para él, y para la nueva Tierra, y para los millones de planetas del universo, Schwartz repitió en voz baja aquel poema antiguo que sólo él conocía entre billones de personas:

¡Envejece conmigo!
Lo mejoraún no ha venido...

126

Comentario final

Supongo que si quisiera hacer de este libro una especie de ejercicio práctico sobre "Cómo revisar~, lo mejor sería incluir la versión publicada de Un guijarro en el cielo inmediatamente después de "Envejece conmigo". De ese modo el lector podría estudiar con penoso detalle, frase por frase, qué hice yo.

Naturalmente, eso es imposible.

En primer lugar, hacer tal cosa duplicaría la extensión y el coste (y el precio) del libro, práhcamente a cambio de nada.

Al fin y al cabo, los lectores que por su enorme interés en mis obras han comprado este libro tendrán seguramente un ejemplar de Un guijarro en el cielo escondido en alguna parte. Incluso si no han leído la novela o la han perdido o echado a la basura, o si han sido tan tontos que la han prestado ("tontos" porque gracias a las cartas que recibo he acabado comprendiendo que nadie que pide prestada una de mis obras la devuelve), siempre pueden adquirir un ejemplar en alguna librería de lance o cuando se reedite.

Y, finalmente, tal vez haya lectores que se deleiten hasta cierto punto con "Envejece conmigo" y no piensen ni por un momento en leer Un guijarro en el cielo. En ese caso, ¿para qué molestarlos con una segunda dosis de un relato que, en esencia, es el mismo?

No obstante, voy a darme el gusto de hacer algunos comentarios sobre el tema.

Ahora que he vuelto a leer "Envejece conmigo" por primera vez desde que hace treinta y seis años lo revisara, el relato no me parece tan malo. Creo que Startling Stories ha hecho cosas peores que aceptar y publicar esta obra.

Un detalle que agradezco mucho, no obstante, es que eliminé el prólogo estúpido, el epílogo y los intermedios. ¿Qué tenía yo en la cabeza y por qué los escribí? No lo recuerdo. En fin, en el intervalo de dos años, entre 1947 y 1949, mi sentido común mejoró un poco y

eliminé los añadidos. Además anulé la división en tres partes y combiné los relatos de Joseph Schwartz y Bel Arvardan, mezclando las partes de un modo que, en mi opinión, tiene una complejidad más interesante.

Al repasar ~Envejece conmigo” advertí con cierto horror señales de lápiz en diversas frases y párrafos. Ello sólo podía indicar que en aquel tiempo yo planeaba acortar el relato, tal vez para que fuera más apropiado para su publicación en revista. Si es así, aquel proyecto quedó abortado, no hay duda, y me alegro. Al parecer mi intención fue eliminar la partida de ajedrez, que es mi fragmento favorito de la obra.

Tenía la vaga idea de que la partida de ajedrez figuraba en Un guijarro en el cielo como medio de elaborar y alargar el relato. Me complació mucho comprobar que dicha partida ya aparecía en “Envejece conmigo”. ¿Saben una cosa? Siempre he despreciado las descripciones ficticias de partidas de ajedrez, esas descripciones que no ofrecen detalles reales sino que incluyen comentarios tontos como por ejemplo éste: “Inició un ataque despiadado con la torre de rey”. Y al leer cosas como ésta mi reacción es siempre la misma: “¿Qué usó la torre de rey, una navaja o una pistola?”.

Tomé la decisión de ofrecer una partida real, describiendo meticulosamente todas las jugadas, y una persona como mínimo, mientras leía el libro por la noche, muy tarde, se sintió lo bastante sorprendida y estimulada para salir de la cama, coger el tablero y reproducir la partida. Este hombre la publicó en una revista de ajedrez con el título “La partida de Asimov” y dijo que era excelente.

Bien, la partida no era mía y era preferible que el lector la considerara mía. La partida real que utilicé se disputó en Moscú en 1924 entre Werlinski (blancas) y Loewenfish (negras) y obtuvo el premio de belleza por su brillantez.

Un detalle de “Envejece conmigo” me resulta muy turbador. Lo escribí, recuerdo, en 1947, sólo dos años después de que las bombas de fisión nuclear cayeran sobre Hiroshima y Nagasaki. Evidentemente, yo desconocía el grado exacto de riesgo que representa la guerra nuclear y la radiación (como casi cualquier otra persona).

Di a la futura Tierra una corteza radiactiva, al menos en ciertas zonas y, sin embargo, tenía restos de vida y humanidad aferrados a ella. Obviamente mi intención era que el lector lo considerara como resultado de una guerra nuclear en nuestro futuro (el pasado del relato). Pero una guerra nuclear tan virulenta, que convierte grandes extensiones de la corteza terrestre en zonas de radiactividad continua por fuerza debe eliminar la vida en la Tierra.

En “Envejece conmigo” Joseph Schwartz supone que la radiactividad

de la corteza es producto de una guerra "con bombas atómicas", pero por fortuna la suposición no es corroborada por ningún otro personaje y, por lo que respecta al relato, no pasa de ser una especulación.

Como es lógico conservé la corteza radiactiva de la Tierra en *Un guijarro en el cielo*. Tenía que hacerlo pues ese detalle es de crucial importancia para el argumento. En mi segunda novela, *The Stars Like Dust* (1951)* las escenas iniciales se desarrollaban en la Tierra y de nuevo conservé la corteza radiactiva.

Con el paso de los años, no obstante, y conforme decrecía mi ingenuidad con respecto a la guerra nuclear, en especial cuando empezó a experimentarse con bombas de fisión de hidrógeno, eluí la noción de una Tierra radiactiva. Pero cuando una generación más tarde escribí *Foundation's Edge* (1982) y empecé a combinar mis diversas novelas en una sola visión general de la historia futura, me encontré atascado con la corteza radiactiva de la Tierra.

Tuve que recurrir a mi reserva de ingenio. La corteza radiactiva no podía ser resultado de una guerra nuclear. ¿Qué era, pues? Como consecuencia de mis meditaciones sobre el tema escribí *Robots and Empire* (1985), de modo que una confusión acabó siendo algo muy útil.

~ En la arena estelar, publicada en el número 45 de esta misma colección.

El fin de la eternidad

Preámbulo

Otra novela mía creció a parár de una versión más pequeña y en este segundo caso el asunto fue más complicado. Un guijarro en el cielo era sólo 1,4 veces más larga que "Envejece conmigo", pero mi novela *El fin de la eternidad** era tres veces más larga que el relato a partir del cual se había desarrollado.

Sucedió de este modo. ..

El año era 1953, y habían transcurrido casi cuatro años desde la publicación de mi primer libro, *Un guijarro en el cielo*. Desde entonces había publicado ocho libros más (incluyendo un libro de texto sobre bioquímica), es decir nueve en total. Mi décimo libro, *Lucky Starr and the Pirates of the Asteroids* (Doubleday, 1953), estaba a punto de aparecer y el undécimo, *The Caves of Steel* (Doubleday, 1954)** estaba siendo publicado como serial en *Galaxy*, como preparación a la publicación en libro.

En aquellos días estaba teniendo un promedio de tres libros al año lo que, dado mi ritmo de escritura, no era gran cosa, pero entonces no tenía mucho tiempo para escribir. Medio año antes de que apareciera *Un guijarro en el cielo*, había empezado a enseñar en la facultad de

Medicina de la Universidad de Boston y en 1951 me había convertido en profesor ayudante de bioquímica. Me hallaba todavía bajo la falsa idea de que ése era mi trabajo vital y que el escribir no era sino una

Publicada en el número 26 de esta misma colección. (N. del T.)

~ ~ Bó vedas de acero, publicada en el número 48 de esta misma colección. (N. del T.)

128

~

129

9 Cuentos paralelos

ocupación accesorua..., pero seguía escribiendo igual, a raros perdidos.

De vez en cuando me era preciso visitar la biblioteca de la Universidad de Boston en el campus principal (esos eran los días pre-Cotlieb) y el 17 de noviembre de 1953, mientras curioseaba las estanterías, me topé con una hilera de volúmenes encuadernados del T, me.

Empecé a hojear los primeros y, naturalmente, me divirtió el comprobar como yo era mucho más inteligente que los escritores de Time, con su estilo cuidadosamente cultivado de arrogancia sabelotodo (por supuesto, era porque yo tenía la ventaja de ver las cosas a posteriori). Sin demasiadas esperanzas, pregunté a los bibliotecarios si era posible sacar esos volúmenes para leerlos en casa. Descubrí entonces que los miembros de la facultad tenían algunos privilegios extraordinarios. Ellos podían llevarse esos volúmenes, aunque los estudiantes no podían.

Me llevé rápidamente el primero de los volúmenes de su colección (que cubría la primera mitad de 1928) y seguí avanzando a buen ritmo. Me costó casi un año abrimme paso a través de todos los volúmenes y los bibliotecarios me llamaban, espero que con afectuosa diversión, "el profesor de Tirne".

Todo ese procedimiento fue meramente cuestión de satisfacer un impulso, excepto por el hecho de que en uno de los primeros volúmenes me llamó la atención un dibujo en un pequeño anuncio. Lo percibí por el rabillo del ojo y tuve la fugaz impresión de algo que se parecía a la ahora familiar nube en forma de hongo de una bomba nuclear. Eso me sorprendió, pues el volumen de Time databa de unos quince años antes de Hiroshima. Le eché otra mirada. Era solamente el géiser Old Faithful del parque nacional de Yellowstone, y el anuncio era de lo más corriente.

Pero, ¿de qué sirve ser un escritor de ciencia ficción si no saca una ventaja de pequeñas cosas raras como ésa? ("¿De dónde saca usted sus locas ideas?", me preguntan con frecuencia. Una respuesta podría ser: ~De números antiguos de la revista Tirne".)

Después de todo, ¿y si el anuncio fuese lo que yo creí que era... realmente, la nube en forma de hongo? ¿Podía el texto del anuncio dar una sutil pista en cuanto a la auténtica naturaleza del dibujo? De ser así, ¿cómo llegó hasta ahí? ¿Y porqué?

Estaba claro que el asunto impacaba necesariamente el viaje en el tiempo, lo que era inmediatamente interesante, pues nunca había escrito un relato largo en el que el viaje temporal estuviese implicado. Así pues, el 7 de diciembre de 1953 empecé a escribir una novela corta a la que llamé "El fin de la eternidad". Al final, resultó tener unas 25.000 palabras y acabé con ella el 6 de febrero de 1954. Estaba muy contento de ella y se la envié inmediatamente por correo a Galaxy.

El 9 de febrero Horace Gold me llamó por teléfono. Se trataba de un rechazo total. Habló de revisión, pero de una revisión completa. Al final la cosa habría sido aprovechar el título y poner bajo él una nueva historia. Me negué rotundamente y eso fue todo.

Me parece que entonces debí probar con Astounding, pero no lo hice. Ya no recuerdo la razón, y no tengo ninguna indicación en mi diario en cuanto al porqué no lo hice. (Me he dado cuenta muchas veces de que cuando sucede algo desagradable no hablo mucho de ello en mi diario. Por lo tanto, es posible que mi diario le dé a mi vida un aspecto más feliz y despreocupado del que debería tener, según los hechos. . ., aunque la verdad es que mi vida ha sido lo bastante feliz y ni tan siquiera sueño con quejarme.)

Puede ser (y ahora no estoy sino haciendo suposiciones) que de mi conversación telefónica con Gold sacase la idea de que pasaban demasiadas cosas en la novela corta y de que tenía entre manos una novela deshidratada. Dado que Doubleday había publicado hasta el momento cuatro novelas mías y tenía en prensa dos más, me sentía como un escritor bien establecido en la Doubleday que podía hacer uso de las prerrogativas que lleva consigo el puesto. Es posible, por lo tanto, que me pareciese razonable pedirle a Walter Bradbury que leyese la novelita y me dijese si creía que en ella se escondía una verdadera novela.

El 17 de marzo de 1954, mientras yo estaba en Nueva York, le dejé la novela corta a Bradbury el cual, amablemente, accedió a mi petición. Esta vez había juzgado acertadamente. Bradbury dijo que ahí había una novela valiosa y el 7 de abril me llamó para decirme que tenía un contrato en marcha.

Firmé el contrato el 21 de abril y me enfrenté entonces a la perspectiva de contar de nuevo la historia con una longitud triple. Me llevó exactamente medio año el hacerlo y acabé el 5 de diciembre de 1954. Una semana después sometí el resultado a Doubleday y el 4 de agosto de 1955 recibí un ejemplar de prueba del libro.

Aquí, pues, está la novela corta original a partir de la cual se preparó la verdadera novela.

El fin de la eternidad

La sección de la eternidad entregada al siglo 575 está orientada hacia la materia. Los vórtices de energía del 300 han desaparecido; la dinámica de campos del 600 no ha llegado aún. En los veinte milenios que van de la primera a la última, la materia se usa para todo, desde paredes hasta sartenes. Tampoco los cambios registrados en la realidad han afectado eso. Considerada como un todo, en la eternidad la orientación hacia la energía ha sido siempre la excepción.

Ello no quiere decir que Brinsley Sheridan Cooper (siglo 28), nacido en otro tiempo orientado hacia la materia, se encontrase como en su casa cuando entró en la antesala que se extendía después de una puerta transparente para seguir luego, indefinida, a través de todo el 575. Después de todo, también en la materia hay modas. Para un "energético", la materia tiende a ser materia y nada más. Toda la materia es tosca, pesada y bárbara. Para un "matricial", sin embargo, existe la madera, el metal (subdivisiones, pesado y ligero), el plástico, los silicatos, el cemento y el cuero en innumerables combinaciones y variedades.

A Cooper, cuya noción de un mundo estaba construida alrededor de estructuras de aleaciones de metales ligeros, la visión de un océano de cristal y porcelana, mirase donde mirase (aún más impresionante porque en esos momentos no se veía a ningún ser humano), le había dejado con la boca abierta.

Pemmaneció así hasta que una voz áspera, cargada de un acento del milenio cuarenta, dijo:

—Preséntese, maldita sea.

Cooper parpadeó.

—Lo siento, señor, pero creo que no...

En su confusión, usó su propio dialecto del siglo 28.

La expresión algo airada de su interlocutor se suavizó al oírlo y la nariz aquilina que asomaba bajo unas cejas gruesas y algo canosas se hizo un poco menos impresionante. La puerta que había tras él y a través de la que había entrado, seguía haciendo girar suavemente su pesado cristal sobre la bisagra formada por un campo longitudinal, una concesión a la energética no demasiado extraña en un tiempo orientado hacia la materia.

Tendió una ancha mano para detener la puerta y dijo:

—Lo siento, hijo. Pensé que eras un nativo de este tiempo.

—No, señor—dijo Cooper, intentando parecer resuelto—. Soy B. S. Cooper, del 28. Mis credenciales.

Se había pasado ya a la lengua del milenio sesenta que había estado practicando durante días.

Le alargó la cápsula personal pero él no examinó la película puesta al descubierto sino que la apartó a un lado y se rió.

—Mis disculpas—dijo—. Estábamos esperando a un nativo para que se encargase del mostrador de recepción y saqué conclusiones apresuradas. Estamos teniendo problemas para encontrar a un nuevo hombre, y acabamos con el antiguo algo más pronto de lo que esperábamos. Ya sabe cómo son estas cosas.

Lo dijo con una facilidad de veterano que Cooper intentó imitar en su gesto de asentimiento. Después de todo, los nativos eran sujetos de observación y experimento aparte de los trabajos que pudiesen desempeñar. Tendría que acostumbrarse a eso.

El otro siguió hablando.

—Hay que estar siempre vigilando a los nativos. Nunca entienden realmente la etemidad, nunca se les mete en la cabeza que no se puede tratar el tiempo como si fuera una pelota de fútbol. A veces tardan segundos antes de registrar su entrada. Si tienen que registrar su salida lo hacen y luego se van a los aseos, a este lado de la cortina. Cuando vuelven al tiempo, se encuentran en el lado equivocado de un agujero de dos minutos y entonces los computadores montan un escándalo... ¿De dónde eres?

—Veintiocho.—Luego, ansiosamente, le preguntó—: ¿Es usted de alguna época cercana?

—Soy del 413. ¿Qué te trae aquí, hijo?

El rostro de Cooper se ensombreció. Podría haber adivinado el tiempo del hombre por su acento pero, ¿dónde está el Etemo que, en su primera misión en un nuevo sector de la etemidad, pueda resistirse a preguntar a gritos: "Hay alguien aquí del viejo 123", o de su tiempo natal, sea cual sea? O, si es demasiado joven y tímido, o demasiado viejo y consciente de su dignidad como para decirlo en voz alta, al menos puede pensarlo. Hay algo en el compartir un conjunto común de tropismos y prejuicios sociales que ni todo el lavado y entrenamiento de la escuela de novatos pueden eliminar por completo. Y la persona más insoportable del mundo, si está ataviada con un traje

que uno reconoce como el traje correcto, el que en lo más hondo del corazón de uno es apreciado toda la vida como el único traje correcto, se convierte en un príncipe y un compañero al que apreciar.

Pero 413 era solamente un número para Cooper. En ese instante no podía recordar nada más respecto a él que el ser parte de un milenio marcado por la subpoblación y que exportaba árboles y semillas a varios siglos desprovistos de bosques. Así mismo, lo hacía en vastas cantidades, dado que los árboles y las semillas no eran tan sensibles con respecto a la realidad como los sueros antivirales, los embriones humanos o los relés de vórtice.

—Tengo que ver a Laban Twissell—dijo Cooper, sin poder evitar subir un poco el tono de voz al decir eso.

Las cejas del otro se alzaron un poco y recogió la cápsula personal que antes había pasado por alto, examinándola cuidadosamente.

—¿El jefe programador Twissell?

—Eso es.

—Bueno, Cooper, siéntese y yo me pondré en contacto con él. Por cierto, mi nombre es Nero Attrell.

El toque anterior de condescendencia había desaparecido de su voz.

Cooper tomó asiento y sus labios temblaron un poco ante el deleite reprimido que sentía. Estaba aquí a petición del jefe programador Laban Twissell, y Twissell era un miembro del Gran Consejo Pantemporal y estaba considerado en toda la eternidad como el más grande de los ejecutores.

Y era Twissell quien había pedido que Cooper le fuese asignado. No había dado razones para ello y, con todo, Cooper estaba convencido de que conocía la razón. No le había hablado a nadie de su convicción, ni tan siquiera a Genro Manfield, su instructor y el hombre a quien, hasta el momento, más había respetado en su corta vida.

Después de todo, desde hacía bastante tiempo había llegado a ser obvio para él que se le estaba preparando para una misión especial. Había tenido sus primeros atisbos de lo que debía ser tal misión hacía

educación, la diferencia entre los años, que no existían en la etemidad, y los fisioaños, que representaban meramente la medida del envejecimiento del cuerpo humano.)

Había sucedido de este modo. Había cinco “novatos” en la clase del siglo 28, dos de la segunda década y uno de la quinta, otro de la séptima y otro de la novena. Él era el estudiante de la novena década, habiendo nacido en el 2784 y entrado en la escuela en el 2798. Si hubiese permanecido en el tiempo, llevaría ahora siete años perteneciendo al siglo 29; pero los siglos se contaban siempre desde el momento en que uno abandonaba el tiempo y pasaba al entrenamiento. Sería del 28 hasta el día en que muriese. (Mentalmente, cambió la frase por un “hasta que muera, >. ¿De qué servía hablar de “días” en la etemidad aunque, por supuesto, todos lo hiciesen? Decían “ayer” y “puede que el año próximo”, como si eso significase algo)

Pero de los cinco novatos sólo él se especializó. Le hicieron pasar a través de las matemáticas de computación todo lo deprisa que pudo y, excepto por eso, todo el resto del esfuerzo fue consagrado a la Historia Primitiva. Se quejó una vez. Los otros, señaló, estaban recibiendo cursos bien equilibrados.

El instructor Manfield se había frotado su castaña cabellera hasta convertirla en U!l confuso revoltijo y había dicho:

—Son órdenes directas del Gran Consejo Pantemporal, hijo. No sé el porqué.

(La gente tenía siempre tendencia a llamarle “hijo” a Cooper, quizás a causa de que su cabellera y sus ojos claros junto con su rostro de mentón poco pronunciado le hacían parecer bastante más joven de lo que era.)

No había nada que hacer salvo volver a examinar los viejos periódicos (impresos sobre papel en los días anteriores a ponerse de moda la peUcula), hasta que las vidas, los hechos y los nombres muertos haáa mucho fuesen para ambos cosas vivas.

Pero creyó saber lo que le estaba sucediendo y la razón; y aguardó, con más o menos irnpaciencia, la llamada de Twissell. Había llegado.

Antes de partir tuvo una última conversación con Manfield y fue incapaz de no hacer alusión a ello. Con toda seguridad Manfield debía saber algo y Cooper deseaba ver corroboradas sus ideas. Lo deseaba enommemente.

—¿Para qué puede querer vemme, señor?—preguntó—. Me he estado especializando en Historia Primitiva.

—Lo sé. Lo sé.—Manfield le sonrió—. Me temo que durante los años que hemos pasado con ella ha llegado a interesarme demasiado. Probablemente continuaré en ese campo después de que te hayas ido.

Cooper sabía a qué se estaba refiriendo. Las revistas de noticias de los siglos primitivos, con sus crónicas de sangre incontrolable, crimen y pasión, dejaban un sello indeleble, el de una realidad que no podía ser alterada, constituyendo una lectura fascinante. Echaría de menos las horas que él y Manfield habían pasado juntos ocupándose de ellas.

Cooper se acercó un poco más a lo que estaba seguro que era la verdad.

—Pero yo quiero trabajar sobre los siglos primitivos. Quiero hacer una investigación original sobre ellos. Trabajar sobre los 500 no sería exactamente lo que quiero.

En ese momento, si Manfield sabía algo, no podría resistir la tentación de hacer alguna alusión. Pero o Manfield no sabía nada o era demasiado listo para caer en una trampa, o—y esto Cooper lo rechazaba con amargura—todas las especulaciones de Cooper estaban equivocadas.

—Siempre habrá tiempo libre para que puedas dedicarlo a tu afición, hijo—le dijo Manfield.

Sonrió de nuevo, pero hasta sus sonrisas parecían esconder un matiz de pena. Sus estudiantes, todos los cuales le querían, no sabían nada de su pasado. Jamás hablaba de él, ni tan siquiera con Cooper, que había pasado con él la mayor parte de su tiempo. De algún modo se había filtrado hasta los estudiantes la información de que había nacido en los milenios más adelantados (“los cuandos altos”, como decía la frase hecha). y lo aceptaban sin demasiado interés por buscar una prueba de ello. Se decía que en tiempos había sido programador, un matemático muy destacado, un buen candidato para el Gran Consejo Pantemporal y que lo había tirado todo por la borda para convertirse en instructor de novatos en los lejanos siglos de los cuandos bajos.

—¿Cómo te encuentras?—preguntó Manfield.

—Un poco asustado. Un poco nervioso—dijo Cooper con sinceridad—. Ya sabes que nunca he estado en ningún cuando, excepto el viaje de estudios al 40, y eso fue solamente un informe de dos días acerca de la vida municipal bajo condiciones descentralizadas.

Lo que no añadió fue que sólo mediante muchas súplicas consi-

guió que se le permitiese ir, aunque se trataba de un trabajo elemental para el resto de la clase.

Y a la mañana siguiente, Brinsley Sheridan Cooper había cogido una pequeña cabina cronomóvil unipersonal y había pasado, en solitario, por los corredores de la eternidad. La cabina no cruzaba el espacio en el sentido usual del término y, por supuesto, no cruzaba el tiempo ya que la eternidad cortocircuitaba todo el tiempo desde el siglo 28 (el primer siglo de la eternidad, un hecho que constituía el título de fama más grande y orgullosamente proclamado por el 28) hasta la insondable muerte entrópica que se hallaba hacia delante.

Pero, ¡santo Cronos!, la cabina cruzaba, sobrevolaba o bordeaba algo. Cooper seguía careciendo del entrenamiento necesario y era lo bastante joven como para preguntarse qué era ese algo.

Sus preguntas no le ayudaron. Fuese lo que fuese, siguió sin saber

134

!

135

de qué se trataba, pero pasó, y luego hubo un pulcro y pequeño cartel en el que se podía leer 575 en el sistema de numeración local al igual que en estándar atemporal. (Había incluso una lengua estándar atemporal que, fuese por lo que fuese, raramente se usaba fuera de los informes oficiales. Los dialectos locales, parecía, eran más satisfactorios y Manfield solía explicar eso calificándolo de una expresión inconsciente del impulso de “volver-al-tiempo” .)

Unos instantes más y Cooper vería a Twissell. ¡Twissell! El jefe programador más viejo de todos los que vivían; el hombre que había autorizado más cambios cuánticos en la realidad que cualquier otro jefe programador que hubiese vivido jamás; el hombre que era la mayor autoridad sobre Harvey Mallon, el primitivo del siglo 24 que había hecho posible la Eternidad.

Harvey Mallon, la lliave a su propio.. .

La voz de Attrell interrumpió sus divagaciones.

—El jefe programador Twissell estará dispuesto a recibirle pronto, hijo.

—Gracias, señor.

A Cooper nunca le ofendía la palabra “hijo”. Si él y Attrell existiesen en el tiempo, él tendría unos cuarenta mil años más que Attrell. Podría ser el tatara-tatara-tatara-tatara-muchas-veces-tatara-buelo de Attrell. Pero esto no era el tiempo; esto era la eternidad. Aquí la palabra “hijo” no significaba nada. Realmente nada, dado que ningún eterno podía tener un hijo. Todos los eternos debían nacer en el tiempo de padres pertenecientes a él. Sólo de ese modo

podía seguirse asegurando el que los eternos retendrían la conexión espiritual con la humanidad que tan necesaria era para su trabajo. Que los eternos tuviesen hijos propios, eternos desde el nacimiento, y muy pronto se formarían dinastías divorciadas de la Tierra. De ser los sabios directores y moldeadores de la humanidad, los eternos se convertirían en sus tiranos.

(Cooper seguía siendo lo bastante joven y tenía aún el recuerdo de la escuela lo bastante fresco como para no sentir ninguna punzada de vanidad por ser idealista.)

—¿Le gustaba echarle una mirada al Siglo mientras espera?—preguntó Attrell.

—¡Sí! —contestó Cooper, sonriendo de pronto—. ¿Puede arreglarse?

—No hay problema. Tienen un observador trucado aquí cuando. Lo usan centrándolo en el 61-0 y luego cambian a foco de campo. Hay uno en el laboratorio de al lado que puedo sintonizar para usted.

—¡Bueno, gracias!

Nero Attrell lanzó una cautelosa ojeada al joven que tenía al lado. Llevaba veinte años siendo un eterno y no sentía ninguna afición a darle gusto a novatos que, en sus primeras misiones, nadaban en océanos de salvar mundos.

Pero, de algún modo, éste tenía que ser distinto. Twissell le había mandado a buscar. Twissell era un hombre difícil de conocer, pero Nero Attrell había conocido buena parte de la vida del viejo caballero como para saber cuándo estaba nervioso.

Y Twissell estaba nervioso.

Sólo unos instantes antes su voz había gorjeado suavemente en el oído de Attrell a través del comuno.

—Sí, he estado esperando a ese joven. Estaré listo pronto. Me daré prisa. Es solamente un cambio cuántico del que debo asegurarme antes.

El nerviosismo era obvio. Se hallaba en la palabra "prisa".

Twissell jamás se había dado prisa por los demás. Una vez había hecho esperar cinco horas a un comité del Gran Consejo Pantemporal, y jamás se había tomado la molestia de dar una explicación. Pero ahora iba a darse prisa por un novato delgado y pálido que estaba abrumado por hallarse en un otrocundo tan lejano de su hogar.

Todo ello dotaba al recién llegado, Cooper, de un extraño interés y Attrell se descubrió sintiendo en su interior el principio de una amistad hacia el muchacho.

Attrell no tardó demasiado en sintonizar el observador. El 575 era preciso y lógico en sus técnicas. El observador parecía solamente una mesa con la superficie de cristal pero, de pronto, el cristal no estaba allí y en su lugar había una ciudad, con el aspecto de una excelente fotografía tridimensional en color. Attrell sonrió levemente cuando a Cooper se le escapó una leve exclamación. Había estado esperándola. Siempre surge cuando un espectador desprevenido notaba por primera vez que había movimiento dentro de la "fotografía".

El novato se inclinó sobre el observador, intentando meterlo en sus ojos todo a la vez. Luego retrocedió un paso, frunciendo el ceño.

—Si desea verlo más de cerca—dijo Attrell—, le enseñaré cómo funcionan los controles. Son muy sencillos.

El novato meneó la cabeza.

—Está bien. Yo..., no es tan diferente, ¿verdad? Pensé que, de algún modo, sería distinto.

—¿Distinto de cuándo?

—De. . . del 28. De casa, ya sabe.

—¿Deben serlo?

—Bueno, son cincuenta mil años en el futuro... eh..., cincuenta mil años en un cuando más alto.

Attrell sonrió con tolerancia.

—Sabe—dijo—, creo que no se ha inventado nunca al novato que no haya tenido la misma sensación la primera vez que veía el tiempo de su primera asignación. Sea como sea, las cosas nunca son distintas.

l

l

l

—¿Lo dice de veras, señor Attreri?

—Bueno, puede que esté exagerando un poco. Mire, ¿le importa

que le explique algo?

—Lo agradecena, senior Attrell.

Bueno, pensó AttrerFi, es cortés. A menudo le habían dicho a Attrell (una vez incluso Twissell se lo había dicho) que era un hombre de los siglos subpoblados y que, por lo tanto, estaba destinado a no hallarse a gusto en compañía de desconocidos. Puede que fuese así, pero estaba empezando a sentir simpatía por el chico.

—Muy bien, entonces, esto es lo que quiero explicar—dijo con amabilidad—. Va a encontrarse con que el modelo humano de la historia no es una línea, es una curva sinusoidal irregular. El progreso no continúa en una sola curva de modo que todos los tiempos difieran del suyo. Una era dada es probable que sea tan parecida a la suya como que sea distinta.

—Me han enseñado eso.

—Sí, le han enseñado eso. Pero alguien del 28 no lo cree realmente hasta que lo ve. No me entienda mal; no tengo nada contra el 28, pero debe admitir que el 28 es solamente el primer siglo completo de la eternidad. ¿Correcto?

—Ciertamente.

—Y el 28 es siempre muy consciente de los tiempos primitivos; los siglos antes de que empiece la eternidad.

—Sí. De hecho, la Historia Primitiva es mi campo de especialización.

—Ahí tiene. El último milenio de los tiempos primitivos fue una especie de desarrollo en línea recta con una tecnología en progreso continuo. Naturalmente, se cae en el hábito de pensar que una línea recta como ésta continuará. No tengo que decirle a un graduado en Historia Primitiva que a veces la raza humana no progresa, si es que una palabra tal tiene algún significado; a veces retrocede.

—Es cierto—dijo Cooper, frunciendo algo afectadamente los labios—, durante un milenio después del primer siglo hubo un declive tecnológico tal que los estándares del medio milenio anterior al primer siglo no se recuperaron realmente hasta que. . .

Attrell, que había estado prestando atención a las maneras levemente pomposas con las que Cooper exhibía su recién adquirido saber, sufrió un repentino espasmo de sospecha. ¿Acaso era él quien estaba siendo tomado a broma?

—¿El medio milenio anterior al primer siglo?—preguntó.

—Sí. De veras. El primer siglo no fue el primero.

—¿Así que lo llaman el primer siglo sin razón?

—Es un poco complicado. Mire, es como si... .

—Bueno, no importa.—Attrell decidió que el muchacho hablaba en serio y no sentía deseo alguno de profundizar en las paradojas del tiempo—. Es su especialidad, así que aceptaré su palabra—dijo—. Yo me gradué en tramas vitales. Lo que estoy intentando dejar claro es lo siguiente: la ~ente se mueve en círculos. Puede que estén muy lejos, en un cuando arriba o en un cuando abajo, y puede que sigan siendo muy parecidos a usted. O puede que estén justo en el cuando de al lado, y sean completamente distintos. No se deje impresionar tampoco por esa diferencia. Lo que a usted puede parecerle decadencia o barbarie, para otras personas puede suponer el descubrimiento de unos valores nuevos y mejores. ¿Está familiarizado con el 413?

Contra su voluntad, Attrell descubrió en su fuero interno que empezaba a ponerse a la defensiva, casi de un modo beligerante.

Cooper meneó la cabeza.

—No en detalle.

—Sólo tenemos cien millones de personas en él. Es un buen tiempo.

De pronto, le invadió la añoranza. Había pasado mucho tiempo desde que visitó el 410 y el 420. Podía oler el aire fresco con su aroma a pinos y ver el azul de los glaciares recortándose en el horizonte. Casi podía sentir el espacio despejado, las vastas extensiones abiertas de su mundo.

—Supongo que su 28 está algo congestionado—dijo melancólicamente.

—Bastante. Cinco mil millones.

—Igual que este 575. Como casi todos los cuandos. En mi tiempo había una pequeña era glacial, ya sabe. Los bosques lo cubrieron todo y las ciudades se disgregaron en agrupaciones más pequeñas donde la vida era más fácil. Nos gustaba, ya puede suponerlo, pero cada vez que hay un cambio cuántico las eras subpobladas quedan un poco encogidas. Ése es el único nombre que les da el Gran Consejo Pantemporal, "las eras subpobladas,>. En las otras edades glaciares había ciudades subterráneas o desarrollaban la energía solar. La mayor parte mantenían alta la población.

“Pero yo creo que la subpoblación es excelente. No la considero subpoblación; la considero población inteligente. La gente de casi todos los cuandos se queda horrorizada ante eso. Ahí tiene...”

Attrell se estaba emocionando y, por supuesto, como siempre que se ponía así se mordió los labios y hubo un silencio repentino que duró un lapso incómodo de tiempo.

—¿Cuándo dijo el ejecutor Twissell que iba a verme?—preguntó finalmente Cooper.

—Con Twissell nunca se sabe—dijo Attrell. Luego, incapaz de resistir el impulso, le preguntó—: ¿Supongo que está en el proyecto Harvey Mallon?

Attrell se divirtió al ver cómo surgía la alarma en los ojos del joven. Eso confirmaba también una sospecha.

—¿Qué proyecto Harvey Mallon?—preguntó Cooper—. No sé nada de eso.

—Si no sabe nada, ya se enterará. Eso es todo lo que le interesa ahora a Twissell. De vez en cuando da seminarios y nos habla de Harvey Mallon hasta la muerte. Todo lo que hace tiene algo que ver con Mallon.

—¿Y por qué no, planeador asociado?—dijo una voz amable programador se volvió hacia el novato. ~ El jefe

quitándole cualquier énfasis al título que acababa de mencionar. usted algo sobre Harvey Mallon? Está más cerca de su —¿Sabe

Attrell disimuló su sorpresa. No había oído entrar a Twissell. estudiado a los primitivos. tiempo. Ha

—Por nada, jefe programador. documentación sobre su vida, señor. —Hay escasa

Cooper se puso rígido. Sus pálidas mejillas se ruborizaron y sus sonrió. Twissell

delgados rasgos parecieron más afilados que nunca. todo lo que puede decir, muchacho? —¿Eso es

—¿El jefe programador Twissell?—preguntó tartamudeando. cigarrillo que tenía entre los dedos se había consumido hasta el El punto

Attrell observó la reacción de Cooper y en una comisura de sus que sólo quedaba la colilla y, en su lugar, apareció otro encen- punto

labios aleteó por unos instantes la sombra de un temblor. Tenía una dido.

El intercambio fue realizado con la engañosa facilidad que idea bastante buena de lo que sentía Cooper. Había visto una mirada

revelaba toda una vida de práctica, pero a Attrell le pareció, como se similar, mitad incredulidad y mitad decepción, en los ojos de una lo

parecía siempre, una exhibición gratuita de habilidad. docena de novatos cuando sus ojos se encontraban por primera vez —Le

ofrecería un cigarrillo—le dijo Twissell a Cooper—, pero sé

con el gran hombre de la eternidad. que no fuma.
Casi en ningún cuando de la eternidad está bien visto fumar.
Pero, cuando la reputación de un hombre es colosal y su nombre
Sólo en el 72 hacen buenos cigarrillos, y los míos los importo
mágico, es difícil encararse con la realidad física de una figura encor-
especialmente desde allí. Es una pena. La semana pasada tuve que | estar
vada, un rostro pequeño y regordete, una calva lisa y pronunciada, |
dos días en el 123 sin fumar. En el 123 no les importa el incesto. |
unos ojillos que se perdían dentro de un millar de pequeñas arrugas, | pero
se habrían desmayado como solteras si hubiese sacado un |
una sonrisa benevolente y un cigarrillo. Por encima de todo, el ci- |
cigarrillo. A veces pienso que debería disponer un cambio cuántico y |
garrillo. ~ acabar con todos los tabúes
sobre el no fumar de la eternidad entera, ~
Cooper tenía el aspecto de ver por primera vez en su vida un ~ pero
cada vez que intento imaginarlo me encuentro que causa gue- ~
cigarrillo. Cuando una nubecilla de humo le alcanzó, se encogió vi- ~ rras en
el 58 o una sociedad esclavista en el 1000. Siempre hay algo.
siblemente. | “¿Le gustaría ver un
cambio cuántico, muchacho?—prosiguió con el mismo
—¿Es usted mi muchacho? ¿Mi jovencito?
tono monótono de voz—. He dispuesto uno para usted.
Twissell se acercó a Cooper, alzando la vista hacia su rostro, ~
Cogióalnovatoporelcodoylehizosalir.
Los ojos de Attrell les
siguieron con gravedad. Nunca había visto a Twissell actuar de un modo
tan excéntrico ni hablar tanto. Se encogió de hombros. No
iba a descubrir nada, así que ¿para qué romperse la cabeza?
Volvió a su oficina y tomó asiento para trazar mapas vitales del
mismo modo concienzudo que había usado durante fisioaños enteros. En
tiempos había tramado las rutas vitales alternativas (incluyendo todas
las de probabilidad superior al 0,01) de 572 individuos en cuyos siglos
no había ningún tipo de tratamiento decente para el cáncer. Eso
incluía desde el 27 hasta el 35, que no había logrado desarrollar una
tecnología genética manejable, y partes de los bastante excéntricos 52
y 53, que habían reaccionado violenta- mente a la medicina física
(incluyendo el uso de exploraciones psíqui- cas y otras ayudas físicas al
psicoanálisis), retrocediendo a un tipo de

bastantes puntos de contacto con la curación vitales había tramado, exactamente como resultado de ello. O, al menos, la 17 no había implicado cambios cuánticos muertes prematuras de cáncer habían sido caro, pero los miembros de los gobiernos pidiendo más a gritos; más sueros anticáncer al coste que fuese, más vidas que salvar. los que se salvan'an serían más bien TwisseU: con cada cambio cuántico en

como si intentase ver claro a través de la neblina creada por el cigarrillo, hablando con un espantoso acento dialectal del tercer milenio.

—Soy Brinsley Sheridan Cooper, señor—dijo Cooper—, en misión y esperando órdenes.

Habló en lengua del milenio sesenta, con la trabajosa lentitud del que acaba de salir de la escuela.

—¡Oh, formalidades!—El jefe programador agitó la mano que sostenía el cigarrillo y unas cenizas, ligeras como plumas, cayeron sobre el suelo pulimentado—. Y no se tome la molestia de hablar en milenio sesenta. He estudiado mucho su propia lengua. La hablo maravillosamente bieri... Y ahora, dígame, ¿qué tiene de malo el interés en Harvey Mallon, planeador asociado Attrell?

Attrell la reconoció como lo que era, una pregunta retórica y de todos modos, no creía que pudiese hablar milenio tres con la fluidez suficiente, así que mantuvo un silencio estratégico.

—¿Acaso no es digno de estudio?—dijo Twisselll . Es un primitivo, así que no se puede llegar personalmente hasta él en una cabina. Y, con todo, inventó el campo temporal en el 2354 y eso hizo posibles las cabinas cuatrocientos años después. Allanó el terreno para la eternidad y seguimos sin saber a ciencia cierta cuándo nació o cuándo murió. Preguntemos a mi muchacho.

(Esta última palabra la Fonunció como "muishasho", con el

psiquiatría que tenía mediante la fe.

De todos los 572 cuyas rutas 17 se habían beneficiado extensión de las vidas de los de valor negativo, y sus evitadas. El tratamiento era de esos siglos seguían enviados a través del tiempo

Attrell sabía muy bien que pocos. Era la tesis favorita de

acento en la tercera sílaba, y en los oídos de Attrell eso sonaba como una vil perversión de lo que la palabra debía ser.)

140

1

141

beneficio de la humanidad, sería más difícil encontrar el siguiente. Nunca imposible; pero siempre más difícil.

Attrell suspiró. ¿Llegaría el día en que ninguna vida pudiese ser alterada en todo el tiempo? ¿Cuando la historia humana siguiese finalmente su camino ideal?

El Gran Consejo Pantemporal decía que no. No podía haber ideai alguno en un número infinito de caminos. Lo único que podía hacerse era aproximarse asintóticamente a él. Acercarse, eternamente. Llegar, nunca.

Volvió a inclinarse sobre la vida de Lyman Hugh Shapur del siglo 29 y trazó otra vez la extraña bifurcación doble que aún no había conseguido interpretar del todo. Veamos, si. ..

Anders Horemm, nativo del siglo 29 (muy rígido y restrictivo en cuanto a la energía atómica, levemente rústico, amante de la madera natural como material estructural, exportadores de ciertos tipos de potables destilados a casi todos los cuandos, e importadores de trébol), tomó la cabina hacia el siglo 2456.

Su rostro cetrino, con las mejillas pronunciadas y los labios delgados, estaba tranquilo. No mostraba nerviosismo alguno frente a un delicado trabajo en el que no era posible ningún error. Jamás se le había ocurrido que pudiese cometer un error en un cambio cuántico. Hasta el momento, su confianza en sí mismo no había estado fuera de lugar.

Horemm había empezado su carrera en la eternidad como observador. En tanto que los programadores permanecían en la atmósfera rarificada de sus trabajos matemáticos y los planeadores de vidas se internaban en la agotadora e interminable jungla de la posibilidad infinita, y los sociales tejían sus frágiles teorías concernientes a los hombres y las cosas, el observador salía decididamente al tiempo y traía de vuelta los datos, sin analizar, que los alimentaban a todos.

El observador no obtiene gran reconocimiento por ello. La literatura de la eternidad resuena con los aplausos a la brillantez de la computación, las delicadezas del tramado, la inteligencia de la socialización, pero muy poco se dice del observador que recoge los hechos y aún menos del técnico, cuyas manos tiran de las cuerdas que cambian miles de millones de vidas.

Horemm llevaba cinco años siendo un técnico. La mayor parte de ese tiempo había trabajado directamente con Twissell. Twissell le

había dicho lo que debía hacer y por eso Twissell recibía honores. Horem haá lo que Twissell le decía y por hacerlo no era apreciado. Era como si los eternos, incapaces de evitar la culpa colectiva que implicaba el hecho de jugar a ser Dios con las vidas de generaciones enteras, la evitasen colocando sobre los hombros de los técnicos el peso de dicha culpabilidad.

En sus observaciones de las sociedades que practicaban la pena capital, Horem había notado la misma distinción social entre el respetado juez que ordenaba que se realizase la ejecución y el empleado del gobierno que llevaba a cabo la orden pagando el precio del ostracismo social.

Horem no sentía amargura por eso. Sentía una austera alegría siendo un técnico y trabajando para Twissell. No habría cambiado su posición por nada.

Por encima de todo, sentía una extrema complacencia al trabajar en lo que Twissell llamaba "el misterio Mallon". Era el mismo Horem quien había penetrado ciertas eras durante misiones cuyos resultados no habían sido registrados en ningún libro de acceso público. Era él quien había seguido vidas que Twissell no le habría confiado a ningún planeador profesional. Era él, en persona, quien había localizado por primera vez a Brinsley Sheridan Cooper, y su lenta sangre se había inflamado al enterarse de que aquí, al fin, estaba la persona que Twissell había buscado. Él, personalmente, había ido hacia abajo en el cuando (todo lo atrás en la vida de Cooper que Twissell había osado llegar) para meter a Cooper primero en la escuela de novatos y luego en la clase adecuada de entrenamiento especializado. Luego, cuando había transcurrido el entrenamiento mínimo, era Horem quien había enviado el mensaje en nombre de Twissell, ordenando a Cooper que fuese al 575.

Todc) estaba bien. Si Horem fuese un hombre dado a sonreír, ahora habría sonreído. En el hiperaislamiento de una cabina que ascendía por los corredores interminables de los siglos, hasta podría haber reído en voz alta. Pero sólo sentía la fría satisfacción de una fisiodécada de laborioso trabajo que se acercaba a su clímax mientras veía desvanecerse los siglos a través y más allá de su cabina.

La cabina se detuvo al fin, suavemente, de modo automático, y la realidad se solidificó partiendo de las borrosas neblinas que la habían rodeado.

Horem no hizo ni una pausa para percibir las nuevas facetas que todo siglo le ofrece a unos ojos nuevos, incluso en el primero y más trivial de los encuentros. Llevaba demasiado tiempo en su profesión como para perder el tiempo con observaciones que no fuesen de utilidad inmediata.

En cualquier caso, se hallaba sólo en esa sección de la eternidad entregada al 2456, y no en el tiempo propiamente dicho. La barrera que separaba la eternidad del tiempo se oscurecía con las tinieblas del caos primigenio y su aterciopelada no-luz se hallaba característicamente punteada con los huidizos puntos de luz que reflejaban imperfecciones submicroscópicas de la materia que no podían ser erradicadas en tanto perdurase el principio de incertidumbre.

Horamm ajustó con delicadeza la posición de la barrera y la cruzó después en el segundo exacto del tiempo indicado por el análisis espacio-temporal como óptimo para su propósito. La barrera llameó con una brillantez intangible mientras la masa viajaba a través de ella, moviéndose de la eternidad al tiempo.

Un millón de toneladas de materia se desintegraban cada segundo para alimentar las barreras que circundaban a la eternidad, pero la energía no era problema. A veinte mil millones de años ascendiendo en el cuando ardía la nova definitiva que fue una vez el Sol, y la potencia energética de un millón de soles estaba allí para ser tomada.

Eso, al menos, era constante. Ningún cambio concebible de la realidad, ninguna alteración posible en los insignificantes asuntos humanos del tiempo podría alterar jamás la llegada de esa nova.

Horem se encontró en un cuarto de máquinas. Estaba vacío y lo seguiría estando durante dos horas y treinta y seis minutos bajo la realidad presente; por dos minutos más bajo la realidad venidera. Su propia presencia aquí, como había probado un cuidadoso cálculo, era neutral. En tanto que ninguna entrada en el tiempo, por casual que fuese, podía dejar de suponer una distorsión finita en la textura de la realidad, no todas las distorsiones llegaban al nivel mínimo requerido como para que se realizase un cambio cuántico.

Lo que Horem hizo luego fue, aparentemente, aún más trivial que el simple hecho de su presencia. Cogió un pequeño recipiente de su posición sobre una estantería y lo movió hasta un lugar vacío en la estantería que había debajo.

Habiendo hecho esto, volvió a entrar en la eternidad de un modo que le pareció tan prosaico como hubiese podido serlo el cruzar una puerta cualquiera. Para un observador clavado en el tiempo, habría sido como si hubiese desaparecido.

El pequeño recipiente permaneció allí, donde lo había puesto. No jugaba un papel inmediato en la historia del mundo. La mano de un hombre se tendió hacia él y no lo encontró. La búsqueda realizada lo encontró media hora después, pero, entre tanto, un campo de fuerza se había extinguido y un hombre había perdido los estribos. Una decisión que en una realidad previa habría seguido sin ser adoptada, fue tomada ahora a causa de la ira. Un encuentro no tuvo lugar, un hombre que habría muerto vivió un año más, y uno que habría vivido

un día más murió un día más pronto.

Las ondulaciones fueron ensanchándose.

Desde el instante en que el recipiente había sido cambiado de sitio hasta todo el tiempo posterior, existió una nueva realidad. En algunos siglos el cambio fue muy pronunciado, con culturas enteras sutilmente alteradas. En algunos siglos el cambio fue muy leve. En ningún caso fue de cero.

Mas, por supuesto, ningún ser humano que se hallase en el tiempo podía ser consciente de que algún cambio hubiese tenido lugar. Y, aunque millones de hombres que hubiesen vivido no llegasen a hacerlo a causa del gesto de Horem, los eternos comprendían y, excepto por un instinto irracional, nadie habría considerado a Horem un asesino.

Excepto, por supuesto, el propio Horem.

Laban Twissell había sido parte del paisaje de la eternidad tanto tiempo que pocas eran las personas con vida capaces de recordar una eternidad sin él. Era del dominio público que había estado tanto tiempo sumergido en los problemas de la humanidad que había olvidado el número exacto del siglo en que había nacido. Se decía también que a temprana edad se le había atrofiado el corazón y que una computadora manual, similar al modelo que llevaba siempre en el bolsillo del pantalón, había ocupado su lugar.

Twissell no hacía nada por negar esos rumores. De hecho, tendía a creerlos él mismo. Le habría mortificado que le dijese que una parte de su nerviosismo interno era visible; que su corazón computadora quizás estaba latiendo a un ritmo inapropiado, como si, después de todo, no fuese más que un conjunto de músculos y válvulas.

Estaba mirando a Brinsley Sheridan Cooper. Al fin estaba mirándole. Y nadie sabía, salvo él mismo y ese tipo raro, Horem, que este joven nervioso y carente de toda particularidad era..., todo.

Estaban subiendo a la cabina. Sus costados eran perfectamente redondos y encajaban cómodamente en el pozo vertical. Twissell dispuso los controles con una mano; la otra, por supuesto, manipulaba su cigarrillo. Se produjo la leve conmoción, no un giro, no un movimiento, que significaba que la cabina estaba moviéndose a través de la eternidad.

Miró a Cooper y le sonrió.

—¿Inquieto, jovencito?

Los ojos de Cooper seguían el discurrir de los números giratorios.

j~ —¿A cuánto vamos, señor?

—Dos-siete-ocho-uno. No muy lejos. Un paseo. Un pequeño paseo—dijo Twissell.

—¿El 2781?

—¿No ha estado nunca tan lejos?

—Hasta el día de hoy, ejecutor Twissell, nunca había estado en un cuando más alto que el 40.

—¿Y? ¿Está asustado?

Cooper se removió en su asiento.

—Son unos doscientos mil años de distancia de casa.

—Un eterno no tiene casa. Debería aprender eso, muchacho—dijo Twissell con suavidad.

Los números iban y venían, aumentando cada vez más.

—¿Hasta dónde ha remontado en los cuandos, señor?—dijo Cooper.

—Creo que doscientos mil siglos, más o menos. No vale la pena ir más lejos, excepto los ingenieros que se aprovisionan de la nova Sol. Para entonces, hacia el doscientos mil, la humanidad abandona la Tierra.

El viejo ejecutor estudió el rostro intranquilo del otro.

—Supongo que eso no se lo enseñaron en la escuela, ¿no?

1(1. Cuentos paralelos

—Estaba muy especializado en otra dirección, señor—replicó Cooper, sopesando sus palabras.

Pero Twissell no les prestó atención.

—Pero el hombre acaba por abandonar este viejo mundo—dijo.

—¿Por qué?

—No se sabe con exactitud. La entrada en el tiempo se detiene algunos siglos antes de la partida. Algunos dicen que es la evolución; el hombre se convierte en algo distinto al hombre. Algunos dicen que es la ciencia, los hombres aprenden al fin el secreto del impulso hiperespacial y pueden llegar a las estrellas.

—on todo, no hay razón para que deban abandonar la Tierra.

—Algunos piensan que se van para escapar de nosotros y nuestros eternos manijos de la realidad—dijo Twissell.

—¿No podemos hacer que se queden?

—¿Por qué deberíamos hacerlo? ¿No hay trabajo suficiente en nuestros doscientos mil siglos de eternidad?

—¿Qué sucede después de que se van?

—Nada. La eternidad continúa sin seres humanos hasta que el Sol estalla y luego continúa sin el Sol hasta que la entropía llega al máximo y todas las estrellas están muertas y luego, simplemente, continúa. La eternidad no tiene fin.

Los números se detuvieron y Twissell encabezó la marcha hacia una antesala cubierta de espejos.

—Películas moleculares, muy de moda aquí—dijo Twissell con disgusto—. Pseudolíquidos.

Condujo a Cooper más allá de unos respetuosos eternos a los que no prestó ninguna atención y entró en una pequeña sala de observación.

Cooper se quedó mirando su propio reflejo, duplicado con una frecuencia desconcertante.

—¿Todo son espejos?—dijo.

—Casi todo. Una generación a la que le encanta mirarse. Sin embargo, pueden ajustarse para un reflejo menor.

Con un gesto de su mano sobre unos controles bien disimulados, moduló los espejos hasta un difuso tono gris pizarra en el cual él y Cooper apenas si eran meras sombras.

Tomó asiento y dijo:

—Aún hemos de esperar un poco.

Cuando el cuerpo del jefe programador se acercó al esqueleto desnudo de la silla, brotó un tapizado, un suave tapizado rojo que se amoldó hasta encajar en la anatomía de Twissell.

Cooper se sentó cautelosamente y el tapizado creció igualmente a su espalda.

La arrugada mano de Twissell se cerró alrededor de un contacto y la pared más cercana se derritió hasta convertirse en cristal. Las figuras y los objetos se fueron definiendo.

Cooper boqueó, sorprendido.

—¿Qué es eso, señor?

—Un espaciopuerto. Naves espaciales salen de aquí y se mueven a través del sistema solar a lo largo de líneas electrogravíticas. Totalmente inútil.

—Pero es magnífico.

—Nada es magnífico si se compra al precio de la miseria. Este es un siglo infeliz, y los últimos y escasos cambios cuánticos han tendido a hacerlo más infeliz. Ahora, finalmente, hay que hacer algo. Esos pobres seres van a Marte, pero no hay nada en Marte. Nunca lo hubo. Nunca lo habrá. En la Tierra, se vuelve hacia las drogas. El 2781 tiene el índice de adicción a las drogas más alto de toda la eternidad.

—Deben de estar tremendamente avanzados en su tecnología.

—Usted es del 28. También un siglo tecnológico, así que está impresionado. Oiga, niño, ¿sabe cuántas veces ha tenido lugar el viaje espacial a lo largo de los siglos? ¡Veintisiete! Nunca dura más de uno o dos milenios. La gente se cansa. Vuelven a casa. Las colonias se van muriendo. Entonces otros cuatro o cinco milenios, o cuarenta o cincuenta, y vuelven a intentarlo. Cuando llegué por primera vez a la eternidad, había treinta y cuatro pedos con viaje espacial.

—¿Acaso los computadores están eliminando mediante los cuánticos el viaje espacial de la realidad?

—En absoluto. ¿Por qué deberíamos hacerlo? Hubo una época en la que sólo había catorce períodos con viaje espacial, y luego la cifra volvió a subir. En la eternidad nos limitamos a mejorar la realidad. Seguimos la dirección en la que nos lleve esa mejora. Puede que una vez barra el viaje espacial aquí; puede que luego lo restaure ahí.

Cooper observó el brillante metal verdoso de los hangares y el reluciente destello de los navíos de acero, alzándose silenciosa y suavemente sobre las líneas de fuerza libres-de-masa que ataban los planetas entre sí. Twissell observó más a Cooper que la escena que tenía ante él, y dejó que el humo de su cigarrillo se alzase suavemente para que así no le molestase.

—Aquí se está tan lejos del cuando natal—dijo Cooper, la voz

trémula. Y, bruscamente, añadió—: Aquí mi madre lleva muerta más de un cuarto de millón de años.

Twissell miró secamente al muchacho y dijo:

—¿Su madre existe?

Cooper se encogió de hombros y dijo con voz apagada:

—No lo sé. Los cambios cuánticos rara vez se acercan tanto al inicio de la eternidad. Puede que sí exista. Pero después de que llegué a la eternidad, Manfield me dijo que no lo comprobaba nunca.

—Manfield tenía toda la razón. Es usted un tonto sólo por pensar en esas cosas.

—Lo siento, señor.

—Bien, está perdonado. ¡Ahora, mire! Tres siglos en el abajo-cuando, Horem está desplazando los cristales de mezolita. El momento en fisiotiempo está encima de nosotros, ¿eh?

—¡El espaciopuerto!—fue el agudo grito de Cooper.

147

l

,

El resplandor había desaparecido; los edificios se encogían. Una nave espacial se oxidó. El movimiento había cesado.

—¿Es eso lo que esperaba, señor?—preguntó Cooper.

—En efecto. El viaje espacial decayó un siglo más pronto de lo que lo habría hecho. Pero no hay drogas. La gente es más feliz. Mejoras en otras áreas de las que usted no sabe nada.

Inconscientemente, Twissell había vuelto a su propio dialecto. Se dio cuenta de ello y volvió a la lengua de Cooper, y su irritación ante el desliz hizo más hirientes sus palabras.

—¡Idiota! ¿Derrama Lágrimas por el metal? ¿No le importa la gente? Le advierto que si valora la materia por encima del hombre, no tiene usted lugar en la eternidad.

Luego, con un arrepentimiento instantáneo, su tono cambió de modo radical.

—No, no, Cooper, le estoy dando una reprimenda por algo que

no puede evitar. Ahora, venga conmigo. Quen'a que viese esto sólo para darle un poco de perspectiva, para que pudiese entender más. Pero ahora venga. Tenemos por delante nuestro asuntos más importantes, el asunto más importante de toda la eternidad.

Anders Horemme regresaba en una cabina del 2456.

La antesala del 2456, a través de la que había pasado para ir de la cabina al tiempo y del tiempo a la cabina, había estado Llamativa y obviamente vacía. Los eternos de esa sección de la eternidad sabían que había un técnico trabajando y preferían no verle ni hablar con él.

Con su frialdad habitual, Horemme entendía las razones. Ninguno de los eternos de esa sección eran nativos del 2456. ¡Naturalmente! Una de las reglas primarias de la eternidad era que ningún hombre podía estar oficialmente asociado con su cuando natal. Si no existiese esa regla, las posibilidades de corrupción eran demasiado obvias como para discutir las. Con todo, el paso de un técnico a través de una barrera le recordaría agudamente a todos los hombres que su propio cuando natal podía sufrir en el siguiente cambio cuántico. Y aunque las mentes de todos los eternos se hallaban educadas para saber que si ello ocurría era inevitable y hasta deseable, los corazones (incluso los de los eternos) no estaban siempre dispuestos a dejarse educar.

A menos, por supuesto, que se tratase del corazón de un hombre como él, pensó el técnico y, al pensarlo, frunció el ceño. Muchas veces le habían puesto como ejemplo a los novatos. La devoción al deber y la conciencia de una misión que trascendía toda consideración personal eran todo lo que debía entrar en la formación de un eterno, solía decirse.

Horemme había vivido en tiempos siguiendo con entusiasmo tal regla, en los días en que era un simple observador, abandonando cautelosamente la eternidad para recoger datos, en silencio, sin hacerse notar, eficientemente. Cada vez que era posible, utilizaba las casas ~ los empleados del tiempo en la eternidad como base. Cuando no era conveniente hacerlo, residía en hoteles, si lo permitían los mapas espaciotemporales; y, si insistían en ello, dormía debajo de un seto.

En cada penetración, los mapas eran siempre de lo más meticuloso acerca de dónde podía ir y cuándo podía hacerlo, lo que podía hacer y lo que no. Nunca, con una eficiencia que ahora le había convertido en el técnico más apreciado por Twissell, había invadido áreas prohibidas de gente, espacio o tiempo. En ningún momento de su carrera la textura de la realidad se había tambaleado porque él hubiese rebasado los límites.

Lo que acababa de hacer era un ejemplo. Sus acciones habían sido delimitadas en el espacio-tiempo para conseguir resultados ópti-

mos. Era el equivalente de la incisión segura del cirujano, el diestro giro del ingeniero.

Era él quien originaba la CMN (ningún eteno pensaba en la "Causa Mínima Necesaria" de otro modo que no fuese CMN), usando su propio método después de que el computador hubiese indicado la naturaleza general de la CMN requerida. Era Twissell, tres siglos después en el tiempo, quien observaba el MRS (Máximo Resultado Significativo, te enseñaban a decir en la escuela).

¡Típico! El técnico producía la pequeña y deshonrosa causa. El computador observaba el considerable y honroso resultado.

No importaba. Nada tenía importancia excepto la gran obra que ahora ya se hallaba muy cerca del novato, Cooper, más cerca de lo que nunca había llegado.

Sintió un levísimo estremecimiento. De pronto, sin querer, había pensado en su primer fisioño en el 482.

No sabía cómo era la época ahora. Rehuía leer sobre ella. Había evitado las misiones en su proximidad. Pero recordaba con extrema claridad cómo había sido cuando terminó la escuela y recibió su primera misión en la eternidad.

Observador en el 482 y los siglos vecinos.

¡Observador! ¡Objetivo y fn'o! ¡Incapaz de ver nada distinto a como era en realidad

¡Observador! El hombre cuyo trabajo no terminaba nunca, dado que cada cambio cuántico vaciaba de sentido en mayor o menor medida todos los datos observacionales en los siglos implicados.

Había vuelto con su primer informe sobre el 482 y se había asegurado de continuar con su actitud fn'a y objetiva. Se aseguró de no poner al descubierto ni una fracción de la desaprobación que sentía en su fuero interno. Era una era sin ética ni principios, tal y como él estaba acostumbrado a concebirlos. Era hedonista, materialista, considerablemente matriarcal. Era la única era en que había florecido el nacimiento ectogénico y en su momento cumbre el 40 por cien de sus mujeres daban a luz entregando meramente un óvulo fertilizado a los depósitos de óvulos. El matrimonio se hacía y deshacía por mutuo acuerdo y era considerado como una cuestión puramente emocional.

La unión destinada a engendrar niños se hallaba, por supuesto, separada de las funciones meramente sociales del matrimonio y era decidida sobre principios puramente eugenésicos.

Horemm creía que, de otros cien modos distintos, aquella sociedad estaba enferma y anhelaba un cambio cuántico. Se le endurecía la mandíbula con una excitada anticipación al pensar en los millones de mujeres dedicadas a buscar el placer (la verdad es que con los hombres no había que contar) que se encontrarían convertidas en auténticas madres de corazón puro en otra realidad, con todos los recuerdos que ello implicase, incapaces de decir, soñar o imaginar que alguna vez hubiesen sido alguna otra cosa. Millones de seres vivientes jamás habrían vivido, en un instante, y millones de otros seres entrarían en la existencia convencidos, como si se tratase de algo incuestionable, de que poseían antepasados e infancias. Y, en su realidad, sería cierto.

Pero sus informes no revelaban ninguno de sus sentimientos y sabía que no debían hacerlo. La desaprobación que sentía hacia lá era y toda su obra no salió a la luz hasta que Noys Lambent entró por primera vez en su sector de la eternidad como secretana del programador Hobbe Finge.

Horemm miraba con cierta sospecha a todos los empleados del tiempo. Idealmente, pensaba, en la eternidad sólo deberían estar los e-ernos. La presencia de individuos corrientes del tiempo hacía precisas mil precauciones. Pero, naturalmente, los programadores siempre insistían en que había mil razones para su uso.

Noys Lambent, sin embargo, superaba las diez mil razones..., o así le parecía a Horemm.

Dos días después, entró decididamente en la oficina de Hobbe Finge, programador asociado. (Finge estaba muerto ya; un hombre sonnente y regordete, algo miope, procedente de un siglo centrado en la energía alrededor del 600, que siempre parecía sorprendido de hallarse sentado en algo hecho de simple y frágil materia y que pisaba con cautela el suelo por miedo a que se rompiese bajo su peso.)

Horemm en seguida dejó claro lo que pretendía.

—Programador Finge, protesto porque se haya contratado a la señorita Lambent.

—Ah, Horemm.—Finge alzó la vista, sonriendo—. Siéntese. Siéntese. Encuentra a la señorita Lambent incompetente, inadecuada...

—No puedo decir si es incompetente o no—dijo secamente Horemm—. No he hecho uso de sus servicios. ni pienso hacerlo. Es su secretaria. Pero, ciertamente, es inadecuada.

No era muy adecuado hablarle así a un superior, pero Horemm, en su juventud, había sido un idealista en lo tocante a la eternidad y sentía necesario protestar costase lo que costase.

Finge se lo quedó mirando con aspecto distante, como si su mente de programador sopesase abstracciones más allá del alcance de un eterno corriente.

—¿En qué sentido es inadecuada, Horem?

—Me asombra que deba usted preguntarlo, programador. Su vestimenta es absolutamente lamentable.

—Oh, vamos.

—No he podido evitar el notar que lleva muy poco por encima de la cintura.—Sus manos se movieron vagamente a la altura del pecho—. Aparte de eso, la levedad de sus maneras es repugnante.

—Horem, estoy seguro de que sus ropas y su actitud son parte de las costumbres de su tiempo. Usted, como observador, debería ser consciente de ello.

—En su propio ambiente, en su propio medio cultural, no hallaría falta alguna en su carácter. Sin embargo, aquí, en la eternidad, una persona como ella está fuera de lugar.

Finge sonrió. Efectivamente, sonrió, y si a Horem le hubiese quedado algún músculo en el cuerpo que no estuviese tenso, lo habría tensado entonces.

—La contraté deliberadamente—dijo Finge—. Está desempeñando una función esencial. Es sólo temporal. Intente soportarla mientras tanto.

A Horem se le endureció la mandíbula. Había protestado y su protesta había sido rechazada. No serviría de nada preguntar cuál era esa "función esencial". Un programador jamás daba explicaciones y, ciertamente, menos a un observador. No se podía molestar a la aristocracia mental que gobernaba la eternidad.

Se volvió envaradamente y caminó hacia la puerta. La voz de Finge le detuvo.

—Observador, ¿ha tenido usted alguna vez...—dijo Finge, vacilando, pareciendo querer escoger con cuidado sus palabras—..., una amiga?

Con laboriosa e insultante precisión Horem citó:

—Con el propósito de evitar complicaciones emocionales con el tiempo, un eterno no puede casarse. Con ese mismo propósito, con respecto a la familia, un eterno no puede tener hijos.

—No le he preguntado acerca del matrimonio o los hijos—dijo gravemente el programador.

Horemam amplió su lista.

—Pueden establecerse relaciones temporales con moradores del tiempo sólo después de haber entrado en contacto con la Oficina Cartográfica Central para un mapa espaciotemporal adecuado.

—Totalmente cierto. ¿Se ha puesto alguna vez en contacto, observador?

—No, programador.

—Bien, Horemam, quizá debería hacerlo. Le daría una perspectiva más amplia de la vida. Le interesarían menos los detalles instrumentarios de una mujer.

Horemam se fue, enmudecido por la rabia. Después de aquello, trabajó con más ahínco que nunca, y odió aún más a la era. Ignoró la ofensiva presencia de la empleada, pero siempre era consciente de ella. De algún modo, sin preguntarlo nunca directamente, se enteró de que su nombre era Noys Lambent y que era lo bastante rica como para ser independiente, que no tenía que rendirle cuentas a nadie, que en su tiempo era una aristócrata.

Entonces, ¿por qué iba a desear trabajar en la eternidad? ¿Cómo podía desempeñar los deberes de una secretaria?

Tenía grandes sospechas sobre Finge. Finge hablaba con descaro de relaciones, llegaba incluso a recomendarlas. La eternidad siempre había sido consciente de la necesidad de llegar a compromisos con los apetitos humanos (para Horemam, la frase implicaba un estrechamiento de repulsión), pero las restricciones que conllevaba el escoger amantes hacían que el compromiso pudiese calificarse de todo excepto de generoso.

Entre los grupos inferiores de eternos había siempre rumores (medio esperanzados, medio resentidos) sobre mujeres importadas sobre una base más o menos permanente por razones obvias. El rumor señalaba siempre a los programadores como el grupo beneficiado. Ellos y sólo ellos podían decidir qué mujeres podían ser abstraídas del tiempo sin un cambio cuántico de la realidad.

Los rumores seguían siendo rumores. En ningún caso se habían comprobado ni encontrado a unos culpables determinados, y Horemam había descartado siempre esas cosas como vaporosas especulaciones de mentes ociosas.

Pero ahora sospechaba de Finge. ¿Una mujer como ésa su secretaria? Conocía otras palabras para calificarla.

Un día, se topó con la mujer en un pasillo y se echó a un lado para dejarla pasar y apartando la vista.

Pero ella se quedó inmóvil, mirándole.

—Usted es el observador Horemme ¿verdad?

Él asintió brevemente, con frialdad.

—Me han dicho que es todo un experto en nuestro tiempo.

—Por favor, ¿va a dejarme pasar o pasa usted?

No pudo evitar el mirarla y ella le sonrió moviéndose con un lento balanceo de caderas que hizo ascender su fina sangre, con un cosquilleo, hacia sus mejillas enrojecidas de furia.

Furia hacia sí mismo por ruborizarse, hacia ella por hablarle y, por encima de todo, por alguna oscura razón, hacia Finge.

Finge le llamó dos semanas después. Sobre su escritorio estaban las familiares películas perforadas que el Gran Consejo Pantemporal enviaba periódicamente. Bajo la adecuada observación por el instrumento de Horemme, se convertirían en el mapa espaciotemporal que le enviaría al tiempo y a otra misión.

—¿Quiere sentarse, Horemme?—dijo Finge—. Mírelas ahora mismo .

Horemme hizo lo que se le decía, se detuvo a la mitad y sacó

152

bruscamente las películas de su observador como si estuviesen a punto de explotar. Las sostuvo entre los dedos índice y pulgar.

—Programador Finge, ¿hay algún error?

—Creo que no—dijo Finge—. ¿Por qué lo dice?

—Con seguridad, no se espera de mí que utilice el hogar de esa mujer, Lambent, como base.

El programador frunció los labios.

—Eso es lo que tengo entendido. Normalmente, observador, esperaría de usted que llevase a cabo su misión sin hacer preguntas. En

este caso, dado que ha llegado hasta el extremo de expresar oficialmente su desagrado hacia la señorita Lambent, creí mejor explicarle algunos de los aspectos del actual problema.

Finge hablaba cuidadosamente, con cierta rigidez, y Horemme permaneció sentado e inmóvil, sin mirar a su superior. "No se lo pongas fácil", pensó.

Normalmente, el orgullo profesional habría obligado a Horemme a rechazar tal aclaración. No era cosa suya el replicar, el argumentar y todo lo demás. Pero en este asunto sentía un cierto afán de venganza que le sugería que una cierta desviación de la honra profesional podría hallarse en todo ese asunto.

Horemme se había quejado, eso era lo que había hecho. Finge temía que la queja pudiese ir más lejos, que el Gran Consejo Pan-temporal pudiese investigar la función exacta de la aparatosa secretaria de Finge. Finge estaba obligado a darle a Horemme esta nueva misión, ya que Horemme era su mejor hombre. Pero si Horemme permanecía demasiado cerca de la muchacha, quizá descubriese demasiadas cosas.

Finge temía eso, así que intentaría explicarlo todo de antemano. Horemme, sintiendo una austera diversión ante esa perspectiva, estaba dispuesto a escuchar pero no a creer.

—Por supuesto, los siglos son conscientes de la existencia de la eternidad—dijo Finge—. Saben que supervisamos el comercio intertemporal y consideran que esa es nuestra función principal, lo cual es bueno. Tienen un leve conocimiento de que también estamos aquí para evitar que le ocurran catástrofes a la humanidad, lo cual es más o menos correcto. Le proporcionamos a las generaciones una imagen paterna de masas y un cierto sentimiento de seguridad, así que en ningún caso deseamos ocultarnos de ellos.

"Con todo, hay ciertas cosas que no deben saber. La principal es nuestra función de alterar la realidad mediante cambios cuánticos. Se estableció hace mucho tiempo que la inseguridad que surgiría de cualquier tipo de conocimiento de que la realidad puede ser alterada a voluntad nos produciría grandes desventajas. Así pues, siempre hemos eliminado todo conocimiento posible de ese tipo de la realidad y nunca hemos tenido problemas con él.

"Sin embargo, hay otras creencias indeseables acerca de la eternidad que brotan de vez en cuando en un siglo u otro. Normalmente, las creencias peligrosas son las que se concentran particularmente en

l

i

i

:

j.i

,li

:

1',~

~;

las clases gobernantes de una era, las clases que tienen un contacto mayor con nosotros y que vehiculan el importante peso de lo que se llama opinión pública. Eso es siempre inquietante, pues al eliminar esas creencias religiosas debemos inducir cambios en la realidad que a menudo niegan avances duramente ganados en otros campos, los cuales deben entonces ser reconquistados por medios a veces complicados.

Finge hizo una pausa como si esperase que Horemme hiciera algún comentario o formulara alguna pregunta. Horemme no hizo ni lo uno ni lo otro.

Finge prosiguió.

—Desde el último cambio cuántico que afectó seriamente al 482, el Gran Consejo Pantemporal ha sido consciente de ciertos aspectos indeseables de la nueva realidad aquí presente. No era nada de una naturaleza lo suficientemente grande como para hacerse aparente incluso en extrapolaciones del quinto orden, que es todo lo lejos que podemos ir en este caso sin incrementar el error de probabilidad hasta un grado prohibitivo. Por esa razón, nos hemos estado concentrando aquí en nuevas observaciones y por eso ha estado usted tan ocupado, Horemme.

“Puedo decirle que las nuevas computaciones muestran que el foco de la perturbación reside en una actitud bastante carente de precedentes de la gente del tiempo hacia la eternidad. La he mantenido bajo estrecha observación para ver si era adecuada a nuestro propósito. . .

¡Concluyente observación! ¡Sí!, pensó Horemme.

De nuevo su ira se centró más sobre Finge que sobre la mujer.

Finge seguía hablando.

—Desde todos los puntos de vista, resulta muy adecuada. Ahora la devolveremos a su tiempo. Usando su residencia como base, usted

podrá estudiar la vida social de su círculo, prestando la debida atención a las precauciones señaladas en el mapa. No puedo sino recalcarle que está usted observando al medio cultural de un círculo pequeño y específico y que la señorita Lambent resulta un instrumento ideal para ese propósito. ¿Entiende ahora su función aquí?

Horemm tenía una respuesta para una pregunta tan directa.

—La entiendo, programador.

—¿Está dispuesto a aceptar la misión?

Horemm no pudo resistir la tentación de lanzarle un último aguijonazo.

—Soy un observador y tengo un deber. Mi modo de llevarlo a cabo es independiente de las explicaciones.

Horemm se fue con el pensamiento consolador de que, en tanto que se había expresado con el elevado idealismo que se esperaba de un eterno, con todo, había logrado dejar bien claro que la complicada explicación de Finge (¿cuánto tiempo le había llevado el desarrollarla por completo?) no le había conmovido en lo más mínimo.

Casi enterrado por ese pensamiento había otro: que quizá se estuviese aproximando un nuevo cambio cuántico para el 482, uno que quizá barriese toda la inmoralidad de esos tiempos e instalase la decencia en su lugar.

La casa de Noys Lambent estaba bastante aislada pero su acceso, desde una de las mayores ciudades del siglo, era sencillo. Horemm había memorizado el mapa de la ciudad, al igual que había memorizado otros. Conocía sus avenidas y edificios; sus líneas de transporte; los hábitos de su vida. Sabía qué partes exactas debía observar en cada uno de los días de su misión, cuándo podía realizar cada viaje, cuándo debía permanecer en la base.

Su primera conversación con Noys Lambent en su propio tiempo se produjo como resultado del nerviosismo que ella sintió al descubrir su ligero desplazamiento temporal.

Se le acercó casi sin aliento.

—Estamos en junio, observador Horemm.

—No use mi título aquí—dijo secamente él—. Y si es así, ¿qué?

—Pero cuando ocupé mi puesto era febrero...—Hizo una larga pausa—. Mi puesto en ese lugar, y hace sólo un mes de ello.

Horem frunció el ceño.

—¿En qué año estamos ahora?

—Oh, el año es el mismo.

—¿Está segura?

—Absolutamente .

Noys tenía la maia costumbre de permanecer muy cerca de él cuando hablaban, y su ligero ceceo (un rasgo del siglo antes que de su propia personalidad), hacia que pareciese una niña pequeña y más bien indefensa. Horem no dejó que eso le engañase. Se apartó un poco.

—¿Suele permanecer en esta casa durante la primavera?

—No. Tengo una residencia en el Mar Medio.

(Horem conocía la región bajo su nombre antiguo de Mediterráneo.)

—Entonces, sus amigos esperarían que estuviese ausente durante ese tiempo, ¿no?—dijo él.

—Ya veo—respondió ella, pensativa—, quiere decir que parecería raro que volviese en abril.

—Exactamente. En la eternidad cuidamos mucho de esas cosas.

Lo dijo con orgullo, como si él mismo fuese un jefe programador.

—Pero, entonces—dijo ella—, ¿he perdido tres meses de mi vida ?

—Sus movimientos a través del tiempo nada tienen que ver con su edad fisiológica.

—¿Significa eso que los he perdido o que no?

—No los ha perdido.

—¿Por qué está siempre tan enfadado conmigo?—le preguntó Noys Lambent la segunda tarde.

Llevaba los brazos y los hombros al descubierto y sus largas piernas parecían brillar envueltas en la débil luminiscencia del foamite.

El mapa espaciotemporal confinaba a Horemme en la casa durante las últimas horas del día, y era allí donde había comido, picoteando sin gran interés los platos que habían figurado en anteriores informes suyos sobre la dieta de la época pero que hasta ahora se había abstenido de comer en persona. En contra de su voluntad, le gustaban. Y, también en contra de su voluntad, estaba disfrutando de la bebida espumosa, ligeramente verde y con sabor a menta que acompañaba los alimentos.

—No estoy enfadado—dijo—. No siento nada hacia usted.

En ese momento, le parecía que esa frase era totalmente cierta.

Estaban solos en la casa. En esa era, con la hembra de la especie económicamente independiente y capaz de lograr la maternidad, si lo deseaba, sin necesidad de acoger físicamente al nido o en su seno, las relaciones entre los sexos no llevaban implícitas “reglas” dignas de tal nombre. No había nada de notable en que una mujer joven albergase huéspedes varones; si no lo hacía, era más bien digna de compasión.

Horemme sabía todo eso perfectamente pero, con todo, se sentía comprometido.

La comida había terminado; ella le sirvió nuevamente uno de los vasos alargados que contenía la bebida ligeramente espumosa. Tenía un poco de calor y le faltaba levemente el aliento, y se removió en su blando asiento intentando hallar una postura más cómoda.

La muchacha estaba tendida en el sofá de enfrente, apoyándose en el codo. La cubierta decorada del sofá se hundía bajo ella como si desease ávidamente abrazarla. Se había quitado los transparentes zapatos que llevaba y los dedos de sus pies se encogían y estiraban como si fuesen las suaves garras de una gata perezosa.

—Trabajar para la eternidad fue divertido—dijo, suspirando—, y estuve esperando mucho tiempo para poder entrar en ella.

Le estaba observando. En algún momento de la tarde su oscura cabellera se había soltado, cayendo sobre su cuello y sus hombros desnudos, a los que el contraste hacía resaltar dándoles un aspecto cremoso.

Él no respondió.

—¿Cuántos años tiene?—preguntó ella.

Ciertamente, no debía haberle contestado. Era una pregunta personal y la respuesta no era asunto suyo. “Veinticinco años”, se oyó decir. Queda decir fisioaños, por supuesto.

—Yo sólo tengo veintidós—dijo ella—, pero usted vivirá y vivirá y será joven, y yo habré desaparecido muchos años antes.

—¿De qué está hablando?

Se apretó la frente intentando despejarse.

—Usted vive eternamente—dijo ella—. Es un eterno.

¿Era una pregunta o una afirmación?

—Está loca—dijo él—. Envejecemos y morimos como cualquier otra persona.

—¿Puede contármelo?—inquirió ella.

Hablaba en voz baja, en un tono lleno de promesas. La lengua del

156

milenio cincuenta que él siempre había creído áspera y desagradable ahora le parecía eufónica. ¿O era, simplemente, que un estómago lleno y el aire perfumado le habían embotado el oído?

—Puede ver todos los tiempos, visitar todos los lugares ~ijo ella—. Me encantaría ser una eterna. ¿Por qué no hay más mujeres eternas?

No se atrevía a hablar. ¿Qué podía decir? Que los miembros de la eternidad eran elegidos con todo cuidado, ya que debían cumplir dos requisitos. Primero: debían estar equipados para el trabajo; segundo: su retirada del tiempo no debía tener efectos deletéreos sobre la realidad.

¡La realidad! ¡No debía mencionarla!

Cuantos sujetos que tenían una excelente perspectiva habían dejado de ser contactados a causa de que llevarlos a la eternidad significaba el no-nacimiento de niños, la no-muerte de hombres y mujeres, los no-matrimonios y no-acontecimientos, las no-circunstancias que habrían desviado la realidad en direcciones que el Gran Consejo Pantemporal no permitía.

¿Podía decirle que las mujeres casi nunca lograban calificarse para la eternidad porque, por alguna razón que no entendía (puede que los programadores la entendiesen, pero él era meramente un observador), su abstracción del tiempo iba a distorsionar probablemente unas diez veces más la realidad que la abstracción de un hombre?

(Las ideas se confundían en su mente hasta que le fue imposible distinguir una de otra. Parecían haberse perdido, recubiertas por un confuso zumbido que no era totalmente desagradable. Ella se había acercado más, sonriendo.)

Oyó su voz, como una brisa vagabunda.

—¡Oh, los eternos! ¡Conviértame en eterna!

Quería decírselo, anhelaba hacerlo: la eternidad no es divertida, señora. ¡Trabajamos! Trabajamos para tramar todos los detalles de todos los cuandos, desde el inicio de la eternidad hasta aquel en que la Tierra queda vacía, e intentamos tramar todas las infinitas posibilidades de lo que podría-haber-sido y escoger un podría-haber-sido mejor que el existente y decidir en qué lugar del tiempo podemos hacer un pequeño y minúsculo cambio para desviar el es hacia el podría-ser, y tenemos un nuevo es y buscamos un nuevo podna-ser, siempre, siempre, siempre...

Meneó la cabeza, pero el torbellino de pensamientos siguió girando. ¿La bebida?

¿La bebida con sabor a menta?

Estaba aún más cerca, no podía distinguir claramente su rostro. Podía sentir su cabello en la mejilla, la cálida y leve presión de su aliento. Hubiese tenido que apartarse, pero, ¡qué extraño, qué extraño!, descubrió que no quería hacerlo.

—Si me convirtiese en eterna...—susurró ella, casi en su ddo, aunque las palabras sonaban muy lejos por encima del latir de su

l

l

157

l

:

corazón. Ella tenía los labios húmedos y entreabiertos—. Si fuese una eterna...

É! alargó los brazos, con torpeza, tanteando a ciegas. Ella no se resistió, pareciendo derretirse en su abrazo, fundirse con él.

Todo sucedió como en un sueño, como si le estuviese ocurriendo a otra persona.

No era lo repulsivo que él había imaginado siempre que debía ser.

Y luego ella se apoyó en él, los ojos brillantes, musitando, “eternidad... eternidad...”, una y otra vez.

El mapa espaciotemporal no permitía esto. Pero, por alguna razón, lo único que en esos momentos despertaba una fuerte emoción en el pecho de Horemn era el pensar en Finge. No se trataba de culpabilidad. Era más bien... satisfacción, incluso triunfo.

Acabó volviendo a la eternidad, pero antes de abandonar a Noys besó sus manos y la abrazó con fuerza.

Estuvo a punto de sonreír a Finge cuando le presentó su informe. Finge no alzó la vista y se limitó a mirar las líneas del informe, como si sus ojos bien entrenados estuviesen convirtiendo palabras y frases en símbolos; como si en algún lugar de su mente matemática empezase a cobrar forma el entramado de las ecuaciones.

—Se comprobará—dijo, como sin darle importancia—. ¿Y a usted qué le sucedió, Horemn?

—¿A mí, programador?—murmuró Horemn, su sensación de seguridad se le esfumó bruscamente.

—Sí. Pasó una noche a solas en la casa de la dama... Lo hizo, ¿verdad? Siguió el mapa.

—Lo hice, señor.

—¿Bien? ¿Están todos los detalles pertinentes incluidos en su informe?

Los ojos de Finge se clavaban en él y la costumbre del deber tiraba de Horemn. Un observador debe informar acerca de todo. Idealmente, un observador no era más que un pseudópodo dotado de percepción sensorial extendido por la eternidad. Carecía de toda individualidad propia en el desempeño de su deber.

El labio inferior de Horemn tembló un instante, no a causa de la ira, el miedo o el embarazo, sino a causa del recuerdo repentino de aquella inolvidable noche.

Empezó a contar los acontecimientos que había dejado fuera de su informe.

Y luego Finge levantó un dedo y dijo secamente:

—Gracias. Es suficiente.

Horemm volvió a su escritorio colmado de un vino espiritual. Por supuesto, Finge había tenido que preguntárselo y, por supuesto, no había podido soportar el oírlo.

¡Finge estaba celoso! Para Horemm eso resultaba obvio, y por primera vez en su vida supo que contaba con una meta más importante para él que el helado cumplimiento de los deberes de la eternidad. Haría que Finge siguiese celoso y, si tenía que hacerlo, que lo estuviese todo el mundo, porque iba a conservar a Noys aunque tuviese que enfrentarse con Finge, con el Gran Consejo Pantemporal y con la eternidad entera.

El primer permiso solicitado por Horemm para visitar el siglo para un asunto particular fue presentado dos días después. Había pretendido aguardar un discreto período de cinco días, pero fue incapaz.

Su solicitud fue rechazada.

En cierto modo, lo había esperado. Entró en la oficina del programador Finge temblando a causa de todo lo que tenía que decirle.

—Ha sido rechazada una petición mía para visitar el siglo. . .—empezó a decir.

Finge le interrumpió de inmediato.

—Quiere ver a la señorita Lambent.

—Sí.

Puso en ese monosílabo todo el desafío de que era capaz.

—Se ha producido un cambio cuántico. Pensé que se había dado cuenta de ello.

Horemm se puso lívido. Lo había olvidado.

—¿Un cambio cuántico?

—, Para qué otra cosa cree que necesitábamos la información?

—, Un cambio cuántico?

—Uno pequeño, comparativamente hablando.

—Entonces. . .

—Pero la señorita Lambent ya no existe. Excepto en las mentes de aquellos de nosotros que la conocimos en la eternidad, no existió

jamás. La nueva realidad la ha excluido. Nunca nació.

Horemm retrocedió tambaleándose hasta derrumbarse en una silla.

—Se lo expliqué ~ijo Finge—. Le hablé de las dificultades que teníamos con los tiempos en que estaban desarrollándose ideas inconvenientes acerca de la eternidad. El 482 era uno de ellos. Por la información que teníamos llegamos indirectamente a la conclusión de que entre las clases superiores de la era, particularmente entre las mujeres, estaba creciendo la idea de que los eternos eran realmente eternos, que vivían para siempre...

(Horemm recordó la frase de Noys, breve y directa: “Vivís para siempre”. Pero él lo había negado... Sólo un tremendo esfuerzo le impidió gritar.)

Finge seguía hablando.

—Peor que eso, había surgido la superstición de que la intimidad con Ull eterno haría a una mujer mortal, tal y como ellas se concebían, capaz de vivir para siempre.

(Horemm podía oír nuevamente su voz, con tal claridad: “Si fuese una eterna”. “Hazme eterna.” Las palabras se veían ahogadas por el recuerdo mucho más potente de sus besos.)

158

Finge prosiguió:

159

—Eso era difícil de creer, Horemm. Carecía de precedentes. Si era cierto, la creencia y las causas que daban origen a ella debían ser eliminadas. Pero antes de que pudiésemos actuar, necesitábamos una comprobación directa. Escogimos a la señorita Lambent como un buen ejemplo de su clase. Le escogimos a usted como el otro sujeto...

Horemm se incorporó vacilante.

—Me escogieron... a mí... como sujeto.

—Era algo fuera de lo normal. La necesidad...

—¡Maldita necesidad! ¡Está mintiendo!

Ya no le importaba lo que pudiese decir.

Finge abrió desmesuradamente los ojos. Sus labios gordezuelos se estremecieron.

—Observador, ¿cómo se atreve?

—Digo que miente—gritó Horemm—. Está celoso. Tenía sus propios planes para Noys, pero ella me escogió a mí. ¡A mí! Está intentando decirme que ella. . ., que actuó como lo hizo porque quería vivir para siempre y yo le digo que no. No fue así, y sus mentiras no conseguirán estropearlo y usted no podrá ocultarla. Existe, y yo iré ahí fuera... y...

Las palabras parecieron desvanecerse en los oídos de Horemm, aunque estaba gritando con toda la potencia de que sus pulmones eran capaces. La niebla roja que flotaba ante sus ojos se hizo más oscura y empezó a girar. Notó la presión del suelo en su mejilla aunque, en los primeros instantes, no fue consciente del dolor.

Luego llegó el dolor. Sus dedos se retorcían en el suelo como intentando aferrarlo. La odiada voz de Finge sonaba en sus oídos, pero las palabras no iban dirigidas a él. Finge estaba hablando por un comuno. Horemm era capaz de entender eso, incluso en su actual estado de impotencia.

Horemm oyó lo que dijo sin tener fuerzas suficientes para levantarse del suelo y estrangularle.

Finge estaba diciendo:

—. . . ni la más ligera idea de que pudiese tener tal efecto. Sí, era la elección lógica, casi la única. Inhibido, tímido, poco atractivo. El hecho de que la muchacha deliberadamente. . . Ella lo hizo. Fue inequívocamente deliberado. Su informe lo dejó muy claro. Le indico que vea las adiciones. . . Sí, hospitalización y rehabilitación, ciertamente. A su manera, es uno de nuestros mejores hombres. No querría perderle.

¡Hospitalización y rehabilitación! Llevó meses de fisiotiempo pero cuando terminó cualquiera que hubiese conocido a Horemm habría jurado que volvía a ser el mismo.

Y podría haberlo sido, excepto por el hecho de que ahora existía algo que no había existido antes. ¡Noys!

¿De qué servía decir que no existía? Existía en su mente. Y en tanto que él viviese existiría siempre en su mente, y no habría ninguna otra mujer.

Nunca se apartó de esa decisión.

A duras penas, sacó del fondo de su alma la fuerza suficiente para que la eficiencia en su trabajo fuese aún más firme e impersonal de lo que había sido antes. Trepó a través de los varios niveles de la clasificación de observador hasta la de técnico.

Atrajo la atención nada menos que del jefe programador Twissell y, a petición del propio Twissell, le fue asignado como técnico personal. En los últimos tres años él, personalmente, había cambiado de lugar objetos, había apagado luces, manipulado interruptores, se había apoderado de comunicaciones personales y había llevado a cabo ciento una cosas sin importancia, cada una de las cuales había acarreado la no-existencia de muchísimas personas y objetos y la nueva existencia de muchísimos otros.

Pero ya no le importaba lo que dejaba de existir en la realidad y, de todas las cosas que en ella aparecían, ninguna era Noys. En el primer año posterior a la catástrofe, de algún modo había logrado engañarse a sí mismo con la esperanza de que en algún lugar del tiempo, a medida que se sucedían los cambios cuánticos, Noys Lambert sería nuevamente recreada. Pero un conocimiento más profundo le decía que no y, a medida que pasaba el fisiotiempo, tuvo que admitir ese no. Del infinito número de realidades posibles, la oportunidad de que fuese escogida una con Noys dentro de ella era una entre un número infinito, o (dicho sin rodeos, de un modo horrible) cero.

Y entonces, cuando el peso de la futilidad podía haber hecho que todo se derrumbase, le llegó una nueva meta vital. De inmediato no se dio cuenta de cuál era. La idea fue creciendo lentamente pero, gracias a ella, Horemme pudo soportar la vida, el trabajo y al ejecutor Twissell. Aguantó todas las nimiedades triviales del jefe programador. Toleró todas las estupideces a las que parecía autorizarle la calidad de genio. Por encima de todo, aguantó los humeantes cilindros de papel y hierba que se consumían en sus manos..., un vicio del que nunca había oído hablar, y menos aún experimentado, en todos sus años de vida. Respiró el humo pestilente, atragantándose y ahogándose con él, y jamás tuvo una palabra o una mirada de queja (y, muy raramente, sólo un pensamiento). Todo en bien del gran proyecto de Twissell.

Hoy, ese mismo día, mientras volvía de su misión en el 2456, ese proyecto iba a dar fruto.

Hoy iba a suceder, con la llegada del joven Brinsley Sheridan Cooper, a quien el mismo Horemme había ido rastreando esforzadamente entre los incontables quintillones de posibilidades con un ardor y una vocación que trascendían el simple deber.

Cooper permaneció callado en el viaje de vuelta del 2781. Sentía cierta incomodidad física. Ese espaciopuerto había estado repleto de

11. ~'uenlo~ paralelo~ gente. Después, estaba vacío. Eso no significaba necesariamente que hubiesen dejado de existir. Estaban en otro lugar, con vidas y recuerdos distintos; y si algunos nunca habían existido, había otros que

acababan de surgir a la existencia.

Todo era para mejorar, se dijo, para mejorar.

La cabina giró descendiendo por los cuandos, deslizándose a través de los siglos.

Cuando la cabina se detuvo y estuvieron de vuelta en el 575, el viejo ejecutor frunció el ceño convirtiendo su frente en una sucesión de arrugas horizontales y preguntó:

—¿No se encuentra bien, jovencito?

—Estoy bien, señor—logró decir Cooper, aunque su tono resultó muy poco convincente.

—Venga a mi oficina, por aquí—dijo Twissell.

Pasaron junto a grupos que se apartaban para dejarles paso. Sus saludos formaban un continuo murmullo, pero Twissell no respondió a ninguno. Cooper, incómodo, mantuvo los ojos clavados en el suelo y se apresuró en pos de los talones del gran hombre.

Agradeció el que entrasen en una habitación y una puerta se cerrase a sus espaldas. Límpidas porcelanas formaban un recinto antiséptico. Un muro de la oficina estaba atiborrado, del suelo hasta el techo, con las pequeñas unidades de computación que, juntas, formaban el mayor Computaplex operado privadamente en toda la eternidad, y, realmente, uno de los mayores de toda ella. El muro de enfrente estaba lleno de películas de consulta. Entre los dos, lo que quedaba de la habitación era casi un pasillo interrumpido por un escritorio, dos sillas, equipo de proyección y grabación y un objeto extraño para el que Cooper fue incapaz de imaginar uso alguno hasta que vio cómo Twissell arrojaba en su interior los malolientes restos de un cigarrillo.

El cigarrillo se desvaneció sin un solo ruido y Twissell, con sus habituales maneras de prestidigitador, ya estaba sosteniendo otro entre los dedos.

Cooper se preguntó cómo sería el que, algún día, su propio trabajo fuese usado como la base para un cambio cuántico- si algún día llegaría a decir: "¡Aquí y ahora! ¡Cambio!". ¿Podn'a soportarlo?

Su instructor, Manfield, les había advertido una vez:

—Ningún hombre—dijo—, puede controlar las vidas de toda la humanidad y no sentir culpabilidad. Por esa razón hasta los más grandes programadores tienen buen cuidado de someter las más sencillas extrapolaciones analógicas a los análisis de la máquina. La má-

quina debe cargar con toda la culpa y todas las responsabilidades. E incluso entonces...

Manfield pareció ensimismarse y no llegó a completar la frase.

Otra vez, en una de las sesiones informales que celebraba regularmente después de comer con sus cinco muchachos, Manfield dijo:

—¿Por qué deben ser tan radicales los cambios en la realidad, eh? ¿Por qué no alteraciones ultradeicadas que cambiasen una vida aquí, otra allá, y no más? ¿Por qué deben arrancarse siglos enteros de sus cimientos?

Su rostro plácido y triste se enrojeció y llegó a parecerse extrañamente al de un hombre apasionado, cosa que no era.

—Piensen en ello, caballeros—dijo—. Algún día recitarán fórmulas para explicarlo, pero ¿será eso suficiente? Cuando diez generaciones de hombres han sido retorcidas y vueltas a modelar a instancias suyas para deshacer o volver a hacer el trabajo de media docena de individuos, ¿basta con musitar piadosamente una ecuación?

"Por lo tanto, deben entender la necesidad de todo ello. Es fácil pensar que cada pequeño gesto introducido en la realidad la cambiará, cada paso adicional, cada mirada, cada tos, cada gesto de asentimiento. Esos estímulos tan diminutos deberían producir cambios igualmente minúsculos. Pero no es así.

"Caballeros, no es así. La realidad tiene su propia estabilidad. Empújenla un poco y, al igual que un bote de remos en un estanque, puede que oscile un poco, pero no volcará. Para cambiar verdaderamente la realidad hay que empujarla con la suficiente fuerza como para que descarrile, si me permiten utilizar estas metáforas. Al igual que la materia y la energía existen en forma de partículas discretas o cuantos, lo mismo sucede con la realidad.

"Y los cambios cuánticos son grandes. Deben serlo. Así que, caballeros, jamás podrán escoger. Si van a ayudar de algún modo a la humanidad, deben estar preparados para interferir en miles de millones de vidas de un golpe. La barca de re"s debe volcar, no oscilar simplemente.

Entonces, de pronto, y sin mirar a los estudiantes, sin aguardar a que le hiciesen preguntas, abandonó la habitación. Los estudiantes comentaron ávidamente el hecho entre ellos, pero no llegaron a ninguna conclusión. Manfield era un buen profesor y eran de la opinión de que todos los buenos profesores tenían sus propias manías.

Manfield volvió al cabo de media hora, sereno y un poco pálido. La discusión prosiguió con fría deliberación, pero se confinó estricta-

mente a las matemáticas.

—Ah—dijo de repente Twissel~, aquí está Horemm.

Cooper salió de sus ensueños, se puso apresuradamente en pie y aguardó respetuosamente a ser presentado.

—Mi técnico, Anders Horemm—dijo Twissel~. Este es Brinsley Cooper, del 28.—Y añadió, dirigiéndose a Cooper—: El técnico Horemm arregló el cambio cuántico que acaba de presentarse.

La mano que Cooper había extendido se retiró de modo involuntario. ¿Este era el hombre? Sintió un escalofrío al contemplar las manos alargadas y llenas de venas que habían llevado a cabo aquella acción. Con seguridad que el rostro de aquel hombre debía de ser siempre amargado y poco atractivo y no se trataba, sencillamente, de que se lo pareciese a causa de su trabajo.

l

—Venga, muchacho, no se quede así—dijo Twissell—. No tendrá usted supersticiones acerca de los cambios cuánticos, ¿verdad?

—No... no, señor—dijo Cooper—. En absoluto. Me complace mucho el conocerle, señor, mucho.

Volvió a tender su mano, esta vez ansiosamente.

El técnico la estrechó por un instante, le miró con frialdad y dijo:

—Estoy seguro de que le complace. No hace falta que exagere.

Cooper sintió que acababa de recibir un desaire y pensó, con rebeldía: "Bueno, pues no me gusta".

Twissell se frotó las manos, dejando que el cigarrillo le colgase de una comisura de la boca.

—¿Todo listo, Horemm?

—Por completo, ejecutor.

Twissell estaba mirando a Cooper. Se frotaba las manos con nerviosismo y tenía los ojos llenos de un deleite algo malsano, como si estuviese reservándose el clímax de toda una vida sólo unos instantes más.

—Este joven ha estado estudiando los tiempos primitivos, Horemm—le dijo—, el extraño tiempo anterior a la eternidad. Estudió su inmutable realidad; el único e inalterable curso de su historia; su

locura, sufrimiento, pobreza, enfermedades, guerra y hambre que nadie puede cambiar o mejorar.

Cooper miró con sorpresa a Horem. El labio inferior de éste estaba lleno de mordeduras y él temblaba.

—Ya lo sé, ejecutor. Queda poco tiempo.

Twissell agitó la mano con impaciencia.

—Sé cuánto tiempo hay... Bien, jovencito, ¿tiene alguna idea acerca de en qué consiste todo esto?

Cooper tenía la garganta irritada a causa del humo de los cigarrillos de Twissell y notó que su corazón empezaba a acelerar el ritmo de sus latidos. Encontró la voz suficiente para decir, con la firmeza precisa:

—Creo que sí.

En los días en que se entretenía preveiendo una escena como ésta, Cooper solía imaginarse pronunciando esa frase y a Twissell quedándose atónito.

Pero no ocurrió nada de eso y Cooper sintió una cierta decepción. Sencillamente, a Twissell se le iluminó el rostro y dijo:

—Cuéntemelo.

Cooper, luchando con una sensación de anticlimax, dijo:

—Me especialicé en Historia Primitiva, como usted dice. El instructor Manfield me separó de los demás y me dijo que actuaba siguiendo órdenes. Mis estudios fueron particularmente concienzudos respecto al siglo 24, y en el siglo 24 vivió Harvey Mallon.

—Bien, bien—dijo Twissell, su rostro convertido, a causa de un mohín, en el de un duendecillo benévolo.

Cooper prosiguió, haciendo acopio de todo el valor que le fue posible.

—Era asombroso que se supiese tan poco acerca del inventor del viaje temporal. En uno de mis trabajos me encontré con un artículo suyo. Me interesó y busqué algunos otros en mi tiempo libre. Me pareció que sus investigaciones sólo podían llevar a una conclusión, aunque usted nunca la declaró de modo explícito.

—¿Oye eso, Horem?—le interrumpió Twissell, deleitado.

—Lo oigo—dijo Horem.

—Parecía que no había modo de evitar la conclusión de que Harvey Mallon no podía haber inventado de ningún modo el campo temporal en el siglo 24. Y nadie podría haberlo inventado. No existían las bases matemáticas para ello. Las ecuaciones fundamentales de Lefebvre no existían, ni podían existir hasta las investigaciones de Jan Verdeer en el siglo 27.

—¿Y si Mallon tropezó casualmente con el campo temporal sin ser consciente de su justificación matemática?—dijo Twissell. ¿Y si fue un simple descubrimiento empírico?

—Pero, si su análisis de las especificaciones originales sobre ingeniería del primer campo temporal es correcto, no podía serlo. Las ecuaciones de Lefebvre fueron usadas de cien modos distintos. La coincidencia o la suerte no podían de ninguna de las maneras explicar el modo en que Mallon diseñó la máquina con una economía y una racionalidad perfectas.

—Sí. Sí.

La confianza de Cooper creció.

—Sólo pudo haber un modo por el que Mallon llegase a conocer las ecuaciones de Lefebvre—dijo con un tono triunfante—. Se las contó un hombre del futuro, alguien de la eternidad... ¿Estoy en lo cierto, señor?

—Totalmente, muchacho. Confiaba en que llegaría a descubrirlo por usted mismo sobre la base de lo que había experimentado. Si era el hombre adecuado, tenía que hacerlo. Era una prueba necesaria, ¿eh, Horem?

Horem miró de soslayo a Twissell y en sus ojos oscuros y mediatibundos hubo un destello.

—Usted es el ejecutor, señor. Pero, ¿qué otra razón podía haber para no advertirle nunca durante el entrenamiento de cuál era su misión final? Con seguridad que no podía haber otra razón.

—Por supuesto que no la hay—respondió con brusquedad Twissell, irritado.

Tiró al suelo su cigarrillo, aplastándolo con su zapato hasta apagarlo.

Horem se inclinó humildemente, lo cogió con dos dedos y lo dejó caer en el receptáculo de las colillas. Lentamente, durante los minutos siguientes, se limpió los dedos, frotándose los una y otra vez, sin cesar.

Cooper se dio cuenta de ello, pero su mente no estaba interesada en esas cosas. Ahora que por fin se hallaba cara a cara con el final, le invadía una enfermiza sensación de mareo. Conocía el nombre de esa sensación; era el miedo.

164

1

165

—Entonces, es cierto—dijo—; he de ser yo quien vaya al 24. . .

—Ha sido concienzudamente entrenado en la cultura de esos siglos—dijo Twissell . Será capaz de aclimatarse y llevar a cabo su tarea.

—Pero, ¿y si no lo hago?—De pronto comprendió cuál era su insoportable responsabilidad y eso hizo que le flaqueasen las piernas, haciéndole derrumbarse en una silla—. Si cometo un error, si trastorno la creación del campo temporal... Haré imposibles las investigaciones de Verdeer. Invalidaré toda la base del desarrollo de la eterni. . .

La voz de Twissell le interrumpió, suave y amable.

—No puede cometer un error, hijo. No hay más que una realidad en los tiempos primitivos. Ya ha estado allí. Ya ha hecho su trabajo, y ha triunfado. Debe tener eso presente en su mente. Va a un cuando muy lejano para realizar un trabajo que ya está hecho... Ahora tengo aquí las especificaciones de ingeniería del campo temporal...

Cooper alzó la vista. Se quedó mirando el pequeño rollo de película dentro de su recipiente traslúcido.

—Pero, ¿ése es el de Mallon?—dijo, aturdido.

No podía ser otro. Había visto el objeto en el Museo de Ciencia y Arte Primitivo en su propia era. El recipiente traslúcido, con su mapa grabado de una parte de América del Norte. ..

—El mismo de Mallon.

—Pero no puede ser. Es el suyo. Si se lo llevo para que lo use, y si nos lo deja para que lo cojamos y se lo llevemos para que lo use...

—Cooper rió débilmente—. Es un círculo. No puede ser. ¿Quién trazó los planos en primer lugar? ¿Dónde empieza todo? Es imposi-

—En el tiempo no hay paradojas, hijo—dijo Twissell . Lo irá descubriendo poco a poco a medida que vaya envejeciendo. Yo, un nativo del siglo 1025, he ordenado cambios cu~nticos que pueden haber matado a mi abuelo cuando era un bebé, y, pese a todo, aquí estoy. Todas las aparentes paradojas son el resultado de un pensamiento centrado en el tiempo en vez de en la eternidad. Los tiempos

existen todos a la vez, al igual que el espacio. Son solamente nuestras limitaciones humanas, incluso aquí, en la eternidad, las que nos hacen persistir en concebirlo como si sucediese en instantes consecutivos. Suponga que los planos de Mallon oscilan en el tiempo de ahora a entonces y luego de vuelta. ¿Y qué? Un péndulo oscila en el espacio. ¿Y qué?

La mano del ejecutor se apoyaba muy suavemente en su hombro. Cooper alzó la mirada y el rostro lleno de arrugas que le contemplaba estaba borroso. El joven pestañeó, pero siguió viéndolo borroso.

—Hora de ir al 24, hijo—dijo Twissell.

—Estoy listo—dijo Cooper. Y, con una débil sonrisa, añadió—: Tengo que estarlo. Ya he ido allí.

Cooper aprendió mucho en dos horas.

Aprendió algo acerca de las herramientas de la eternidad. Aprendió que además de las cabinas que se movían dentro de la eternidad, había algo más que podía ser propulsado fuera de ella. Pareía una cabina, pero llevaba unido a ella un complejo mecanismo cuyas barras parecían capaces de manipular la transferencia de energía a ritmos que Cooper ni tan siquiera intentó imaginar.

Horem se inclinó sobre las entrañas del mecanismo, comprobando, haciendo ajustes..., todo ello sin mover ni uno solo de los músculos de su cara.

Cooper aprendió mucho sobre su misión. Twissell hablaba rápidamente y no siempre de un modo coherente. Con todo, invariablemente, sus palabras volvían a las películas que sostenía.

—Se hallará en un punto protegido y aislado en el año que ha sido calculado como óptimo. Con usted enviaremos alimentos, agua y medios para cobijarse y defenderse. Las películas carecerán de significado para nadie excepto para usted. Se le darán instrucciones más detalladas. Cuando llegue el momento de volver. . .

—¿Cuánto tardará, señor?—preguntó Cooper.

Twissell vaciló.

—No estoy seguro. Dos años. Veinte años. Dos días.—Su tono se hizo algo más seco—. Jovencito, le digo que no lo sé. Cuando haya terminado; cuando regrese a las coordenadas a las que llegó..., como parte de su equipo tendrá un localizador Barr de punto fijo..., entonces, se activará esta cabina.

Su vieja y cansada voz de anciano siguió hablando y hablando.

Horem se enderezó, puso la diestra sobre uno de los diales de porcelana y esperó.

El tono de Twissell se hizo cada vez más apremiante.

—No podemos intentar falsificar su medio de cambio o ninguno de sus valores negociables. Le proveeremos de oro en forma de pequeñas pepitas...

Cooper, cada vez más aturdido, pensó: “¿Por qué no me lo dijeron antes? No puedo hacerlo. No lo haré...”.

Cooper descubrió algo sobre él mismo. Descubrió que imaginar alguna gran hazaña, romántica y peligrosa, no tenía nada que ver con encontrársela en el regazo, mirándote fijamente. Descubrió que no era tan viejo como pensaba, y que no era tan valiente como había creído, y que tampoco era tan devotamente idealista.

Y descubrió también que, pese a todo, se las arreglaría para hacerlo.

Twissell le estaba previniendo sobre el dar información que no debía dar y sobre la información que debía dar y, luego, contradiciéndose para afirmar que no podía hacer nada mal, ya que los tiempos primitivos no podían variar y que ya lo había hecho todo bien.

En esos momentos Cooper apenas si le escuchaba. Se hallaba en la cabina, fijándose, con un leve interés, en la economía del espacio y el modo en que, pese a todo, se había logrado colocar las provisiones. —¿Está listo?—preguntó finalmente Twissell, inmóvil delante de Cooper, las piernas separadas, el cigarrillo por una vez inmóvil entre sus dedos manchados, el humo alzándose en lentos remolinos.

Cooper, de pronto, pensó, muy sorprendido, que él estaba mucho más asustado.

De un modo extraño, eso le dio valor. Recobró el ánimo y contestó:

—Estoy listo.

Lo último que vio, antes de que una extrarala y borrosa neblina gris se cerrase momentáneamente sobre sus ojos, fue la mano izquierda de Horem bajando un interruptor hasta la posición de contacto, en tanto que los dedos de su mano derecha, que el técnico ni tan siquiera miraba, hacían girar bruscamente el dial de porcelana hasta el máximo.

El jefe programador Twissell veía que le temblaban las manos y eso le molestaba. El muchacho se había ido. Todo estaba hecho. La

manipulación había sido perfecta. Se había acabado.

Cuando se llevó la mano a la frente, entonces, ¿por qué la tenía pegajosa y llena de sudor? ¿Acaso era un programador novato, lleno de inquietud ante su primer cambio cuántico. o era Twissell? Se había acabado, maldita sea, acabado.

Lo dijo en voz alta, irritado.

—Se acabó.

—Sí, programador Twissell—dijo Horem.

Twissell se sobresaltó.

—¿Qué?

Por lo que fuese, jamás había esperado que Horem le contestase excepto ante una pregunta directa. Cuando hablaba, Twissell siempre tenía la sensación momentánea de que una extensión de su propio ser un brazo, una pierna, habían sido repentinamente dotados (como el asno de Balaam en el viejo mito), con el milagroso don del habla.

Pero Horem no se limitaba a hablar. Estaba sonriendo.

Durante todo el tiempo que hacía que lo conocía, Twissell jamás había visto sonreír a Horem. Se quedó mirando sorprendido la boca abierta y los dientes súbitamente puestos al descubierto que parecían remedar una sonrisa sin el menor atisbo de la emoción que podía esperarse de ella. Percibió la malsana alegría que brillaba en los ojos del técnico.

Y, con aspereza (pues se encontraba muy cansado), dijo:

—¿Qué le sucede, Horem?

—Se acabó—dijo Horem—. Todo se acabó. Me siento feliz.

—Bien. Yo también me siento feliz. Y ahora, por favor, deje de mirarme así. Tómese unos días de reposo. Se los ha ganado.

—Más de lo que usted se imagina, ejecutor—dijo Horem, que seguía sonriendo.

168

Twissell aspiró ferozmente el humo de su cigarrillo, consumiéndolo hasta quemarse casi la punta de los dedos antes de tirarlo. Dejó que el humo llegase hasta lo más hondo de sus pulmones y lo expelió con fuerza por los labios.

—¿Qué es lo que ignoro, Horem?

Se estaba enfadando, pues no se encontraba de humor para conversaciones estúpidas.

—Bueno, el que todo ha terminado. Esto. Usted. Yo. ¡Toda la eternidad!

—En el nombre del tiempo, ¿de qué está usted hablando? ¿Sabe de qué está hablando?

—¡Lo sé!

Horem se acercó a él.

Twissell se apresuró a retroceder. Con una repentina y aguda incomodidad, se acordó de algo que normalmente no tenía presente. Aquel hombre tenía un historial de problemas mentales. Twissell lo sabía cuando requirió que se le asignase a Horem como técnico personal pero, naturalmente, la eficacia de Horem y su fanática devoción a los ideales de la eternidad debían basarse en una neurosis semejante. Horem necesitaba para sus propósitos personales una personalidad tan rígidamente constreñida. Y, ciertamente, en sus años con Twissell, Horem se había portado siempre del modo más satisfactorio posible. Era bastante raro (y, se preguntó Twissell, ¿quién no era raro?), y nadie pensaría de él que fuese una persona encantadora, pero seguía siendo cierto que sin su absoluta lealtad era muy dudoso que el proyecto hubiese podido llegar a buen fin.

Pero ahora Twissell era incapaz de reconocer a este Horem, cada vez acercándose más a él y alargando una delgada mano como ansioso por tocar la carne de Twissell, como para asegurarse de que Twissell se encontraba realmente ahí, de que no se trataba de un sueño.

Sólo de ese modo podía explicarse Twissell la expresión de Horem. Aquel hombre era tan feliz que a duras penas si podía creer en que su propia felicidad fuese real. ¿Se trataba acaso de la liberación final de una personalidad durante demasiado tiempo constreñida en un largo proyecto?

—Horem, ha trabajado demasiado—dijo Twissell.

Pero Horem se limitó a negar con la cabeza.

—Quiero que lo entienda, ejecutor. La eternidad se ha terminado. Se acabó. ¿Piensa que la eternidad no puede tener fin? ¿Que es realmente eterna? Piénselo de nuevo. Puede que la eternidad carezca de final en el tiempo, pero quizá tenga uno en la realidad. Lo ve, ¿no es

cierto? Usted es un programador. Usted es muy inteligente.

Twissell estaba empezando a entenderlo. Todo su cuerpo se estremeció.

—¡ Horemm !—gritó .

Aunque la sonrisa de Horemm se esfumó, el feroz brillo de alegría en sus ojos siguió presente.

i
l
i

—Sí, Horemm. Nada más que un observador y un técnico. Alguien con el que Finge pudiese experimentar. Un millar de realidades han pasado desde que empezó la eternidad. ¿Puede recordar todas las realidades que usted ha hecho cambiar, ejecutor? Yo puedo recordar una. Cambió el 482 hace diez fisioaños. Usted firmó el análisis de Finge. Aprendí mucho sobre ese cambio cuántico después, pero me pregunto si lo recuerda usted. Finge murió. Maldito sea, murió demasiado pronto. Pero usted vive. Usted debe recordar.

Twissell interrumpió el jadeante torrente de palabras de su interlocutor.

—¿Cómo puedo. . . ?

Lo que faltaba de la frase nunca llegó a nacer.

—¿Cómo puede recordar?—gritó Horemm—. Hubo tantos cambios que mil millones de vidas más o menos son algo demasiado minúsculo para que su mente se tome la molestia de recordarlo. ¿Qué son las generaciones del hombre para un ejecutor que puede borrarlas de la existencia con un simple soplido? ¡Hagan esto! ¡Ya está! Nada en la Tierra perdura sin cambios... ¿Quién le dio el derecho? ¿Quién le dio el derecho?

El técnico alzó los puños al aire.

Twissell se acercó a la puerta y Horemm bajó los brazos, moviéndose rápidamente para impedirle la retirada.

—Tendrá que escucharme, ejecutor. Yo le escuché durante cinco años y con toda seguridad usted puede concederme cinco minutos. ¿Se le ocurrió alguna vez que una víctima de sus manejos podría algún día desear cobrarse su deuda?

—¿Qué ha hecho?—preguntó Twissell, la voz convertida en un graznido.

—He cambiado la realidad yo solo—dijo Horem— . Y no solamente para los pobres seres que viven en el tiempo. La he cambiado incluso para nosotros. Piénselo. Debe comprenderlo. Viva con esa idea. Pronto, mañana, el año próximo, puede que dentro de un minuto, la eternidad llegará a su fin.

—Es imposible—susurró Twissell1.

—Es posible. ¡Es cierto!—gritó Horem—. Mandó a ese muchacho al 24 para que inspirase el invento que condujo a la eternidad. ¿Qué sucedería si la inspiración para ese invento no llegase? ¿Existiría alguna eternidad? El muchacho preguntó de dónde procedían los planos del campo temporal. Usted dijo que oscilaban en el tiempo como un péndulo lo hacía en el espacio. ¿Y si alguien cortase la cuerda del péndulo, eh? ¿Qué ocurriría si alguien interfiriese con las oscilaciones temporales de esos preciosos planos?

—¿Qué ha hecho?—preguntó nuevamente Twissell.

—Creo que puede imaginarlo. En el mismo instante en que cerraba el interruptor que enviaba a Cooper atrás en el tiempo, hice girar el crono-control. No fue enviado al 24, sino a un tiempo anterior. Unos siglos antes. El año en concreto no lo sé. Ni tan siquiera el siglo. No miré los controles al hacerlos girar, y volví a hacerlos girar

170

antes de soltarlos. Y eso hizo saltar el mecanismo retroalimentador automático de la cabina al mismo punto en el tiempo que habría tenido lugar si y cuando Cooper intentase retroactivarla para un viaje de regreso.

“Está perdido, ejecutor; perdido para siempre en la era primitiva. Ya la textura de la realidad debe tensarse a cada instante que Cooper permanece en un siglo que no es el suyo. Más pronto o más tarde, los cambios que está introduciendo en él llegarán al nivel cuántico. Usted y yo sabemos acerca de los cambios cuánticos, ¿verdad, computador? Y toda la realidad perderá sus cimientos. Sólo que éste no será como los cambios cuánticos que hasta ahora ha ido usted introduciendo en ella. Esta vez todo se verá envuelto, la eternidad incluida, porque el cambio cuántico implicará la no-invencción del campo temporal. Y entonces, al fin, estaré en paz con usted y con Finge, y yo viviré de nuevo en la realidad sin cambios, y volveré a encontrar a Noys. . .

Tendió los brazos y luego se dejó caer al suelo riendo agónica e interminablemente, una ronca carcajada que siguió y siguió en tanto que sus hombros temblaban convulsivamente.

Twissell se le quedó mirando durante un instante, paralizado por

el horror. La risa de Horem se fue quebrando hasta detenerse. Se quedó tendido, inmóvil.

Twissell salió corriendo del laboratorio y su aguda voz estuvo a punto de quebrarse mientras gritaba:

—Que alguien busque al instructor Manfield del 28 en el comuno.
¡Manfield, del 28! ¡Y una ambulancia! ¡Maldita sea, muévanse!
¡Manfield! ¡Instructordel28! ¡Búsquenle!

8

Genro Manfield se había descrito una vez como un “pacifista” ante nada menos que un grupo como el Comité de Personal del Gran Consejo Pantemporal. Había permanecido en pie ante ellos, unos nueve fisioaños antes, caminando con un paso nervioso y algo parecido al de un oso, sus anchos hombros encorvados, sus cabellos morenos despeinados como de costumbre y su macizo rostro marcado con tozudas arrugas de incomodidad.

—Estamos librando una guerra en la eternidad—había dicho, mientras explicaba y defendía la petición que había presentado hacía un mes al comité—. No estoy exactamente seguro de contra qué la estamos librando. Supongo que contra la realidad, o contra los pulidos y maquinales conceptos que tenemos sobre lo que constituye la miseria humana. Creemos que nuestros fines son buenos, pero sé que nuestros medios son implacables.

“En tanto que programador, he sido oficial en esa guerra; por b que he hecho hasta el momento, creo que me corresponde el grado de coronel.

(Hablabá con lentitud y sus palabras parecían aún más lentas al rumiar su mente la arcaica metáfora que había utilizado, moviéndose luego por etapas de un modo automático y carente de esfuerzo hasta los inicios de una consideración de la Historia Primitiva, cuyo estudio era su diversión y su vía de escape.)

Volvió en sí con un esfuerzo visible, pasándose una vez más la mano por el pelo.

—Por temperamento, ese papel no es adecuado para mí. Si lo que estamos librando es una guerra, no puedo seguir participando en ella. No sirve de nada que me diga a mí mismo que se trata de una guerra justa y que debe ser librada. Soy un pacifista y no puedo combatir.

El presidente del comité le preguntó qué pretendía hacer. Con toda seguridad debía saber que abandonar la eternidad y volver a su tiempo original era imposible. Otorgarle una pensión a los cuarenta fisioaños de edad significaría sentar un precedente peligroso. ¿De-

seaba acaso retirar su petición y pedir un período de hospitalización y rehabilitación?

Las objeciones de Manfield fueron violentas. Sabía muy bien que un programador de su categoría no tenía que sujetarse a un programa tal sin, primero, su propio consentimiento o, segundo, un peligro claro y actual de psicosis. Lo segundo era siempre difícil de probar, y lo primero no iban a conseguirlo nunca.

Señaló con un gesto su petición y dijo:

—No estoy pidiendo el retiro completo— meramente el relevo de la línea del frente. Una misión en el siglo 28 me permitiría proseguir en paz mis investigaciones y me colocaría en un sector tranquilo donde los asaltos de la realidad no son ni frecuentes ni serios.

No podía resignarse a abandonar su propia metáfora.

El presidente del comité le interrogó acerca de si se daba cuenta del valor que tenía el entrenamiento de un programador y sus conocimientos; si era consciente de la pérdida que sufriría la eternidad si él se retiraba voluntariamente de la categoría de programador; si había pensado en las dificultades que implicaba hallar a alguien que lo reemplazase.

—En mi estado actual no soy de ninguna utilidad como programador—dijo Manfield—. Con todo, estaría dispuesto a ser instructor. Con toda seguridad, los instructores deben ser tan valiosos para la eternidad como cualquier otra categoría, y uno tan competente como yo sería difícil de encontrar.

Es dudoso que el comité hubiese llegado a aprobar ni tan siquiera dicho compromiso de no ser porque Laban Twissell, que en esos momentos se hallaba en el comité y que hasta entonces se había limitado a fumar y permanecer en silencio, no hubiese expresado repentinamente su acuerdo de un modo francamente explícito.

Al día siguiente, durante una entrevista con Twissell, Manfield, con ~a notificación oficial de su categoría y su misión en el bolsillo, hizo todo lo que pudo para darle las gracias.

Twissell le quitó importancia al asunto. Los gestos de su mano, veloces y semejantes a los de un pájaro, su ancha y despejada frente y sus ojos, inteligentes y vivaces, le eran tan familiares a Manfield como se lo eran ya a todos los programadores de la eternidad.

—Tengo el germen de una idea—dijo Twissel~; una gran idea; puede que una idea ridícula. No le hablaré de ella. Pero me gustaría que hubiese alguien sólido y de confianza como usted en los lejanos cuandos de abajo. Y, además, que fuese un instructor. Puede que no

llegue a nada pero, con todo...

Manfield no intentó comprender del todo tales observaciones. Sólo tenía ganas de marcharse. Su cabina cronomóvil le estaba esperando y quería alejarse todo lo posible a los inicios de la eternidad. Quizá dentro de esa quietud le fuese posible olvidar su propio y enorme crimen.

Estaba en la cabina, con Twissell estrechándole la mano por última vez y diciendo:

—Se acordará, ¿verdad?, si alguna vez le necesito...

—Me acordaré—musitó, con apenas un matiz de impaciencia—. Siempre le estaré agradecido, ejecutor.

Pero lo olvidó.

No del todo, naturalmente. A medida que transcurrían los fisioaños no olvidó que en tiempos había sido un programador. No olvidó una noche horrible, una petición que había cursado a la mañana siguiente. Ni tan siquiera olvidó que Twissell le había ayudado.

Sin embargo, olvidó las vagas insinuaciones de Twissell acerca de que el apoyo que le había prestado no estaba motivado por la simpatía sino por unas previsiones totalmente prácticas. Olvidó—o, mejor dicho, nunca volvió a pensar en ello—, que se había colocado en una situación de deuda con Twissell.

Incluso cuando Twissell le mandó la petición de que aceptase en su clase a Brinsley Sheridan Cooper, pidiéndole además que el novato se especializase en Historia Primitiva, en su mente no se removió ningún recuerdo. No se le ocurrió a Manfield que aquello era parte de lo que Twissell ya tenía en mente cuando le ayudó a colocarse como instructor en el 28.

Manfield era un reconocido experto en Historia Primitiva, y no consideró extraño que le enviaran a un estudiante para que lo entrenase en dicha disciplina.

Cuando Cooper se marchó con destino al 575 y, apenas unas doce horas después llegó la llamada de Twissell, se dirigió tranquilamente al comuno.

Llegó incluso a protestar, considerablemente agitado, cuando Twissell le pidió por primera vez que tomase inmediatamente una cabina para el 575. El no era un programador, explicó indignado. Preferina no...

—¡Por el gran Cronos, hombre!—había exclamado roncamente Twissell—, aún seguiría de programador si no hubiese sido por mí.

Ahora le necesito.

Y entonces Manfield se acordó.

—Estaré ahí—dijo apagadamente.

Manfield tardó más de quince minutos en tener una vaga idea de lo que iba mal. Al principio le pareció que Twissell tan sólo se estaba lamentando por la pérdida de un técnico mentalmente inestable (Manfield había oído hablar de Horem, el llamado “príncipe de los técnicos”).

O quizá tardase en comprender a causa de que no se encontraba a gusto en aquel ambiente. En todos los años transcurridos desde que había tomado la cabina cronómetro en dirección del abajo cuando, hacia el 28, no había vuelto a un cuando más elevado que el periódico viaje de estudios al 48. Y ahora, estaba aquí, sumergido en el milenio sesenta de la eternidad, contemplando al hombre que resumía en su persona el papel vital que a él le parecía más repulsivo y aborrecible. A menos de cinco siglos..., cinco siglos...

Con un esfuerzo, arrancó de su mente el pozo de recuerdos en el que siempre estaba dispuesto a sumergirse y trató de concentrarse en lo que Twissell estaba diciendo.

La voz del viejo ejecutor se fue haciendo más fría y firme y el auténtico significado de lo que estaba diciendo empezó a penetrar en su conciencia. Los ojos de Manfield se entrecerraron y su ansiedad por volver al útero que se había ido construyendo en el 28 disminuyó a medida que escuchaba.

—Ejecutor—dijo finalmente—, ¿estuvo de acuerdo el Gran Consejo Pantemporal en permitir que se mandase una cabina al inicio de. . .?

Twissell dio una palmada, irritado.

—¿Qué tiene eso que ver con todo el asunto? Esa cabina la construimos Horem y yo para cumplir cierto propósito. Por desgracia, el propósito de Horem no era el mío. ¿Quiere dejar de poner esa cara, Manfield? La teoría de penetrar en el pasado de la eternidad es de sobra conocida. Por razones obvias, se trata de materia restringida pero, de todos modos, logré arreglármelas... Muy bien, no informé al Gran Consejo Pantemporal. ¿Qué significado tiene eso ahora?

—Entonces, yo debería informar acerca de usted—dijo Manfield.

—¿Y de qué servirá eso ahora? ¿Entiende usted lo que estoy diciendo? Estamos enfrentándonos con el fin de la eternidad.

Sí, la idea estaba empezando a quedar muy clara para Manfield. ¿El fin de la eternidad? Una idea extraña; casi agradable. ¿Acaso él, y todos los eternos, iban a sufrir el destino que tan fn'amente le habían infligido a tantos otros? De pronto, se preguntó: "¿Duele un cambio de la realidad? ¿Cambian los recuerdos de un modo limpio y rápido? ¿No queda nada? ¿No quedaría en ninguna mente el fantasma de una eternidad desvanecida?".

Sonrió levemente. Era como si, finalmente, le estuviesen ofreciendo una expiación por su crimen, y sonrió.

—No se quede ahú sentado sonriendo, Manfield—exclamó Twissell, casi a gritos—. ¿No entiende lo que estoy diciendo?

174

—Lo entiendo, pero...

—Pero está atónito porque yo haya dejado de lado al Gran Consejo. ¿Se trata de eso? Oiga, Manfield—dijo con violencia—, tenía que trabajar sin ellos. Era mi idea, totalmente mía. No podía esperar sus confabulaciones y sus retrasos. Aun así, tardé diez fisioaños. Ahora tengo sesenta y cinco. Puede que a Cooper le hagan falta diez años, incluso quince, para completar su misión. Quiero estar vivo cuando regrese. Quiero ser capaz de decir que yo hice posible a Harvey Mallon. Yo, y sólo yo, fui el auténtico originador de la eternidad. Quiero decirlo; quiero que los eternos lo sepan. Entonces, podré morir.

Pese a toda su ardiente energía, la auténtica edad del cuerpo de Twissell no podía ser ignorada. Le temblaban las manos y sus pálidos y resecos labios se estremecían. Manfield, sobresaltado, pensó: "Es viejo; viejo".

De algún modo, logró sentir compasión y, sin esperar una respuesta razonable, dijo:

—¿Qué quiere de mí?

—Conoce a Cooper y conoce los tiempos primitivos. Encuéntremelo.

Manfield meneó la cabeza.

—¿Cómo puedo hacerlo? ¿Dónde he de buscar? ¿Cómo he de busc-r?... Mire, ejecutor, ¿por qué no arregla el asunto mandando a alguien más de vuelta al 24? Con seguridad, debe haber copias del plano de Mallon para el campo temporal. Mientras tanto, cuando Cooper se dé cuenta de que está en un siglo equivocado y de

que no puede volver, tendrá lo bastante de programador y de eterno para comprender los peligros de un cambio cuántico y evitar. . .

Twissell se enfureció.

—Es usted un tonto, un idiota. El muchacho podría causar un cambio cuántico involuntariamente, sin ser consciente de ello. Además, es imposible mandar a nadie más.

—¿Por qué?

Twissell miró a Manfield con ojos torturados.

—Porque Cooper no es un mensajero para Mallon. Él es Mallon.

—¡Qué!

—Brinsley Sheridan Cooper es Harvey Mallon, el inventor del campo temporal y el padre de la eternidad.

—Pero eso es imposible.

—¿Eso piensa? Eso es lo que usted piensa. Su campo de especialización es la Historia Primitiva, y piensa de ese modo. ¿Por qué no llegó a establecerse jamás la fecha de nacimiento de Mallon? ¿No podía ser acaso porque no hubiese nacido en el 24? ¿Por qué nadie conoce la fecha exacta de su muerte; por qué no existen registros? ¿No podría suceder que, habiendo completado su obra, volviese a la eternidad? Y no me hable de paradojas.

Manfield sacudió la cabeza.

—No soy un niño. No hablo de paradojas. ¿Le contó eso a Cooper?

—Tenía que contarle algo así, sí. Pero le conté lo menos que pude hasta el último instante. Para obtener unos resultados óptimos era necesario que mantuviese sus ideas sobre el asunto lo más fluidas posible. La historia en los tiempos primitivos está fijada; no hay más que una realidad, así que debía seguirla libremente. Si se lo hubiese contado, si hubiese llegado al 24 con todo un conjunto de ideas ya fijadas, quizá no fuese capaz de adaptarse con la rapidez necesaria.

“El plan era hacer que buscara a Mallon y no le encontrara. No tardaría en sentir pánico y, en su desesperación, se establecería él mismo como Mallon, revelaría los planos del campo y cerraría el círculo. Debía suceder de ese modo. Casi podemos deducirlo de la historia. Usted conoce los registros... Mallon exhibió su máquina con la mayor relucencia y publicó sus documentos solamente después de dos años de retrasos. Solíamos llamarlo la humildad del auténtico genio, pero no lo era. Era Cooper preguntándose qué debía hacer.

—Si la realidad primitiva está fijada—dijo Manfield—, esto debe ser parte de ella. Puede que Mallon no sea Cooper, sino su tataranieto. Puede que Cooper transmitiese los planos. ..

—No. No. ¡No! El plan fue mal dentro de la eternidad. Horemm no se hallaba en los tiempos primitivos cuando desvió los controles. Estaba aquí, en la eternidad, y aquí la realidad puede ser fluida. Cooper se halla donde no debía estar. Eso es definitivo. Y en cualquier instante, en cualquier fisiotiempo, puede producirse un cambio cuántico y todo habrá acabado.

Manfield le contestó con lentitud, pensativo.

—Y de ser así, ¿no podría ser eso algo bueno, algo deseable?

—¡No puede hablar en serio!—dijo Twissell.

—¿No? Toda la noción de la eternidad está basada en la asunción de que los hombres, los hombres corrientes, pueden tener a su cargo las vidas y la realidad de toda la humanidad.

—No se trata de los hombres. No hacemos sino atender a las máquinas de computación—dijo Twissell trabajosamente.

—¿Es cierto eso? ¿Fue acaso una máquina de computación la que siguió un proyecto durante diez años sin el permiso, el conocimiento o la cooperación del Gran Consejo Pantemporal? ¿Fue una máquina de computación la que desvió los controles de una cabina cronómetro sabiendo que ello destruiría a la eternidad? Si hombres como usted y Horemm no son de fiar, ejecutor, ¿qué eterno es digno de confianza? Y si no se puede confiar en ningún eterno, ¿de qué sirve la eternidad?

—Manfield, Manfield, no tenemos tiempo para filosofías baratas. Hay miles de eternos que han consagrado sus vidas a la eternidad sin desviarse de sus ideales. Usted, por ejemplo. Usted mismo.

Manfield meneó la cabeza y dijo:

—Yo no. Soy tan criminal como pueda serlo cualquiera en la eternidad.

Los ojos de Twissell se clavaron en él, fijos y brillantes.

—¿De qué modo? ¡Dígamelo! Pero rápido.

Y porque Manfield podía mirar cara a cara a otro eterno y sentir que él también compartía el lazo de parentesco de haber obrado mal, descubrió que al fin podía confesar su crimen.

El cnmen, igual que el de Horemm, empezó con una mujer. No

era una coincidencia. Era casi inevitable. El eterno que vendía las satisfacciones nGrmales de la vida familiar por un puñado de perforaciones hechas en un papel estaba maduro para la infección. O, al igual que Twissell, no tardaría en caer presa de una inseguridad básica y respondería con pequeñas vanidades como su incesante y ostentosa exhibición de cigarrillos en una sociedad que no fumaba, o la más amplia vanidad de buscar su renombre personal haciendo que la eternidad corriese toda suerte de riesgos.

Manfield recordaba a esa mujer con pena y amor. Era inteligente y buena. Si hubiese sido un hombre del tiempo, habría estado orgulloso teniéndola como esposa. No todos los eternos (que debían tomar a sus mujeres solamente cuando lo permitía la computación) tenían tanta suerte como él en ese aspecto.

Pero sus relaciones con ella estaban empañadas por algo que él sabía y ella, por la misma naturaleza de las cosas, no podía saber. En la realidad de ese fisiotiempo ella moriría joven. Iba a morir, de hecho, pasado un año desde que sus relaciones hubiesen empezado.

Él lo sabía desde el pncipio. La primera vez en que se sintió atraído por ella (primero un individuo en el informe sobre el 570 de un observador, y luego, impulsado por la curiosidad, como resultado de haberla Visto y hablado con ella durante un viaje de observación personal irregular, pero perfectamente legal) había tramado su vida.

No había dejado esa tarea para el departamento de Tramado Vital. La había realizado él mismo porque sentía cierta timidez al respecto. Se enteró de su próxima muerte y, al principio, como recordaba ahora con vergüenza, eso le complació. Significaba que las oportunidades de un cambio cuántico producido a consecuencia de su relación eran obviamente muy leves. Lo comprobó, y así era.

La visitó tan a menudo como lo permitían los mapas espaciotemporales. Su compatibilidad era muy superior a todo lo que él hubiese podido esperar y descubrió la felicidad con ella. El Gran Consejo Pantemporal, habiendo supervisado sus cálculos tal y como era debido, se mostró indiferente ante aquel asunto.

Hasta el momento, no había cometido crimen alguno.

Pero lo que empezó como la satisfacción de una necesidad emocional se convirtió en algo más. Su muerte inminente dejó de ser algo oportuno y se convirtió en una catástrofe. Por tres veces distintas llegó y pasó un punto del fisiotiempo en el que alguna sencilla acción por parte de él habría alterado la realidad personal de ella. Pero él sabía que un cambio motivado de un modo tan personal era imposible que fuese autorizado. La muerte de ella se convirtió en su responsabilidad personal y aprendió cuál era el significado de la culpabilidad.

Eso tampoco era un crimen, aunque se trataba de una debilidad peligrosa.

(~'uento~ paral~lo~
)

(Así dijo Twissell, dejando consumir su cigarrillo, ligeramente apartado de su preocupación ante el peligro inminente y abrumador que le rodeaba. Manfield meneó la cabeza y dijo: "No puedo entenderlo" .)

No hizo nada cuando ella quedó embarazada. Su trama vital, modificada para incluir su relación con Manfield, indicaba que el embarazo era una consecuencia altamente probable. Generalmente se evitaba tal eventualidad, pero a veces las mujeres del tiempo quedaban embarazadas de un eterno. No era algo inaudito. Pero dado que ningún eterno podía tener hijos, los embarazos eran llevados a un fin eficiente e indoloro. Había muchos métodos.

Manfield no hizo nada. Ella era feliz con su embarazo y él quería que siguiese siéndolo. Sabía que moriría antes de que éste llegase a su fin, así que se limitó a observarla con los ojos velados por la pena y cuando ella le deía, triunfante, que podía sentir cómo se agitaba la vida en su interior, él sonreía con dolor.

Esto seguía sin ser un crimen premeditado por parte de Manfield, pero era un acto de ignorancia; y la ignorancia puede ser casi un crimen.

Porque ella dio a luz prematuramente. Era algo que Manfield no había previsto. Era un aspecto de la vida acerca del que tenía escasa experiencia, y no se le había ocurrido la posibilidad de un nacimiento prematuro.

Y, con todo, ¿cómo era posible que la trama vital que él había hecho no lo indicase? Volvió a trabajar en ella y descubrió al niño vivo..., en una solución alternativa a una bifurcación de baja probabilidad que había pasado por alto. A un profesional no se le hubiese pasado por alto.

¿Qué podía hacer Manfield ahora?

No podía matar al niño. A la madre le quedaban dos semanas de vida. Que las viviese, pensó. Dos semanas de felicidad no es pedir algo excesivo.

La madre murió... como estaba previsto, del modo previsto. Manfield (durante el tiempo permitido por el mapa espaciotemporal) permaneció sentado en su habitación, lleno de dolor, con una pena tanto más aguda porque la había estado esperando, sabiendo lo que

sucedería, desde haáa casi un año. Sostenía en sus brazos al niño, el hijo de él y ella.

(—¿Dejó que viviese?—inquirió Twissell, la voz llena de horror.

—No puede entenderlo—dijo Manfield.

—Pero era un crimen.)

Era un crimen, pero no el crimen.

Dejó que viviese. Lo dejó al cuidado de una organización adecuada y volvió cuando pudo (dentro de una estricta secuencia temporal, acorde incluso con el fisiotiempo) para hacer los pagos necesarios y ver cómo creaa el muchacho.

Pasaron dos años. Haáa comprobaciones periódicas, asegurándose de que la trama vital del muchacho no inducía de ningún modo

178

cambios cuánticos. Era una buena trama vital y Manfield se alegraba de ello. El niño aprendió a caminar y a balbucear algunas palabras. No le enseñaron a llamarle “papá” a Manfield. Fuesen cuales fuesen las especulaciones que la gente del tiempo de aquella institución para el cuidado de niños pudiesen hacer en lo concerniente al hombretón que pagaba de modo tan regular, siguieron siendo eso, especulaciones y nada más.

Luego, cuando hubieron pasado los dos años, las necesidades de un cambio cuántico que incluía colateralmente al 570 fueron sometidas al Gran Consejo Pantemporal y Manfield, promovido recientemente al rango de programador asociado, fue puesto a cargo de éste.

El orgullo que sintió en aquel unstante estaba teñido de aprensión.

(—Tenía que estarlo—dijo Twissell . Los niños son los rehenes del tiempo.

Manfield sacudió la cabeza disgustado ante el aforismo.)

Trabajó en el cambio cuántico e hizo un trabajo impecable. Pero su aprensión fue en aumento. Sucumbió a una tentación que, en su corazón, había sabido que nunca sería capaz de resistir. Mantuvo retenida su solución mientras tramaba un nuevo curso vital para su hijo.

Ese era un segundo crimen, tan grande como el primero, pero seguía sin ser el crimen.

Durante veinticuatro horas, sin comer ni dormir, permaneció sentado en su oficina, luchando con la trama vital ya completada, haciéndola pedazos una y otra vez en un intento desesperado de hallar un error.

No había ningún error.

Al día siguiente, reteniendo aún su solución para el cambio cuántico, elaboró un mapa espaciotemporal y entró en el tiempo en un punto situado más de treinta años arriba en el cuando desde el nacimiento de su hijo.

Ese era un tercer crimen, mayor que los dos primeros, pero seguía sin ser el crimen.

Su hijo tenía treinta y cuatro años de edad; era tan viejo ahora como el mismo Manfield. No conocía a su padre, no recordaba a un hombretón que le visitaba en su infancia.

Era ingeniero aeronáutico. El 570 era experto en media docena de modos de viaje aéreo, y el hijo de Manfield era feliz y había triunfado como miembro de su sociedad. Estaba casado con una joven que le amaba con ardor, pero Manfield sabía que no iban a tener hijos.

(—Al menos eso era algo—dijo Twissell, y puso la colilla de su cigarrillo en una unidad de eliminación.)

—Le dije que había trazado su curso vital en busca de cambios cuánticos. No soy tan descuidado.)

Manfield pasó todo el día con su hijo. Se presentó como una relación de negocios y le habló con formalidad, sonriendo cortésmente, despidiéndose con frialdad. Pero en secreto le vigilaba y absorbía cada uno de sus actos, llenándose con ellos, viviendo con feroz intensidad ese único día de una realidad que mañana (en fisiotiempo) no habría existido nunca.

Volvió a la eternidad y pasó una última y horrible noche luchando fútilmente con lo que debía ser. A la mañana siguiente entregó sus computaciones y preparó una petición al Gran Consejo Pantemporal en la que pedía un cambio de categoría.

—Y usted me ayudó, ejecutor—concluyó Manfield.

—Supongo que su hijo no vivió en la nueva realidad—dijo Twissell.

{)h sí que vivió—dijo Manfield lentamente—. Existió... como un parapijico desde los cuatro años de edad. Cuarenta y dos años en

cama, bajo circunstancias que me impidieron incluso el lograr que se aplicasen en su caso las técnicas regenerativas de nervios del 900.

“Yo le hice eso a mi hijo. Fueron mi mente y las máquinas de computación las que computaron para él esa nueva vida, y fue mi palabra la que ordenó el cambio. Cometí varios crímenes, pero ése fue el crimen que acabó conmigo como programador. I

Twissell se culpó a sí mismo de su pánico inicial a medida que éste fue desapareciendo. Había actuado con bastante rapidez al hacer que buscasen a Manfield, pero luego se había dejado trastornar, primero por la lentitud de Manfield en comprender y luego por la reluctancia neurótica de aquel hombre a la hora de ayudar.

Sólo cuando Twissell, en la negativa a colaborar de Manfield, reconoció el torbellino de un dolor y una culpabilidad escondidas, fue nuevamente capaz de recobrar la iniciativa. Lo consiguió dejando hablar a Manfield. Sintió que el suelo iba volviendo a endurecerse bajo sus pies, y recobró el equilibrio.

No intentó hacer que Manfield se apresurase. Dejó que pasasen los minutos. Cuando Manfield acabó, Twissell estaba empezando a encontrarle de nuevo sabor a sus cigarrillos.

No se apresuró a hablar. Al contrario, dejó que pasasen dos minutos en tanto que la catarsis de la confesión purgaba a Manfield de su carga de culpabilidad.

En tanto que ejecutor, Twissell tenía un cierto conocimiento, naturalmente, de la ingeniería psíquica. Intelectual, ya que no emocionalmente, podía ir siguiendo el funcionamiento de la mente de Manfield. Lo que le había ocurrido era el equivalente a reventar un absceso. Algún día, pensó Twissell, la ingeniería psíquica tendría que ser elevada al rango de una clasificación separada de especialidad dentro de la eternidad.

Por fin habló sin alzar la voz.

—Si la eternidad llega a su fin, el equivalente de su tragedia le sucederá a un número incontable de hombres y mujeres. Usted puede evitarlo.

Aguardó unos instantes y luego siguió hablando.

—Usted conoce la Historia Primitiva. Sabe cómo era. Era una realidad que fluía ciegamente siguiendo la línea de probabilidad máxima. En los siglos de fisiotiempo en que ha existido la eternidad, hemos elevado nuestra realidad a un nivel de bienestar que está mucho más allá de todo lo conocido en los tiempos primitivos, pero también a un nivel que, de no ser por nuestra interferencia, sería

ciertamente de una probabilidad muy escasa.

Twissell observó atentamente a Manfield, que seguía callado, y continuó:

—Con la eternidad desaparecida, un millón de años de historia humana revertirán de nuevo a una realidad inmutable de ignorancia, matanzas y miseria. Su propia experiencia debería darle una mayor capacidad para comprender el significado de eso y la necesidad de evitarlo, mucho más de todo lo que yo pueda decirle.

Manfield alzó la cabeza.

—Pero, ¿qué puedo hacer?

Era un acto de rendición y Twissell lo sabía. Actuó de inmediato para evitar que su interlocutor pudiese reconsiderar su postura y se acercó rápidamente a los controles de la cabina a través de la cual Cooper había desaparecido más allá del inicio de la eternidad.

—Venga aquí, Manfield.

En total, Twissell había perdido una hora pero con esa hora había ganado una oportunidad. No se permitió pensar lo pequeña que era esa oportunidad.

Estaba muy nervioso. Al menos, estaba haciendo algo.

—Esto es el crono-control—dijo—, el reóstato que controla la longitud temporal del impulso de la cabina. Si hubiese añadido un seguro para evitar que sus coordenadas pudiesen variar una vez dispuestas..., pero, por supuesto, detalles así se los dejaba siempre a Horem .

Sonrió amargamente.

—Horem estaba en esa posición—prosiguió—. Hizo girar el control en el mismo instante en que cerraba el conmutador. Eso es lo que me dijo. Y si puedo seguir el curso de sus emociones en esos instantes, movió una sola vez la mano en el crono-control para hacerlo girar una sola vez, con un impulso espasmódico de odio e ira.

Y al decir esto Twissell, su propio rostro pareció reflejar esas emociones y su mano, aferrando el dial de porcelana, lo hizo girar salvajemente .

—¿Cuál es la lectura?—preguntó, casi sin aliento.

Manfield se inclinó sobre el dial.

—En algún lugar cercano al 20. Veamos, diecinueve.. .

—No sirve de nada leerlo de tan cerca—dijo Twissell—. No puede ser más que una aproximación.—Se llevó el cigarrillo a los labios, atisbando a través del humo. Y añadió—: ¿Qué sabe del 20, Manfield?

El instructor se encogió de hombros.

181

I

I

I

—Lo ha estudiado, por supuesto—dijo Twissell.

—h, sí.

—Muy bien. Pongámonos en el lugar de Cooper. Es un muchacho brillante; inteligente e imaginativo, ¿no cree usted?

—Un Joven muy capaz.

—Y un eterno. Eso es lo importante.—Twissell agitó el dedo—. Eso es lo importante. Está acostumbrado a la idea de comunicar a través del tiempo. No es probable que se rinda a la idea de haber quedado abandonado a la deriva en él. Sabrá que le vamos a buscar.

—Sí, pero, ejecutor, ¿qué puede hacer al respecto?

El astuto y anciano rostro de Twissell, convertido en un amasijo de arrugas, miró a Manfield sin verle en realidad.

—¿Hay alguna fuente particular que usted usase al estudiar los 20? ¿Algún documento, archivos, películas, objetos, obras de referencia? Me refiero a fuentes primarias, que datasen de ese mismo tiempo.

—Naturalmente.

—¿Y él las estudió con usted?

—Sí.

—Entonces, ¿no es natural imaginar que él puede tratar de insertar en uno de esos objetos, un objeto que él sabría que usted tenía la costumbre de ver y estudiar, alguna referencia a su propia persona?

—Eso es una conjetura que se sostiene de un finísimo hilo.

{Quizá—accedió rápidamente TwisseD—. Pero, ¿qué otra cosa puede hacer? Si no hace nada estamos acabados, se terminó, todo ha terminado. La única oportunidad que tenemos es el que haya hecho algo y que podamos llegar a entender lo que ha pensado hacer. Por eso le necesito. En primer lugar, usted le conoce mejor. Durante cinco años le ha tenido de modo continuo bajo su cuidado. Segundo, es la persona con quien intentará automáticamente ponerse en contacto. Si conoce y quiere a alguien en la eternidad, es a usted. Tercero, usted y sólo usted sabrá dónde mirar; usted y sólo usted será capaz de reconocer su mensaje.

—Pero no sé dónde mirar—dijo Manfield, sacudiendo ansiosamente la cabeza.

—Pregúnteselo a sí mismo: ¿había alguna fuente que usted consultase con mayor frecuencia que otras respecto al 20? ¿Existe alguna forma peculiar de registro que Cooper asociase automáticamente con el 20? Piense, hombre. Es nuestra única oportunidad.

Y aguardó, apretando fuertemente los labios.

—Estaban las revistas de noticias—dijo Manfield—. Eran un fenómeno anterior al segundo milenio. Una en particular era muy útil. Su primer número se remonta a 1923... Por supuesto, quizás ha sido enviado aún más pronto.

—Y quizá no. Tenemos que empezar por alguna parte, Manfield.

—Prosiguió hasta bien avanzado el 22.

—Muy bien. ¿Supone usted que hay algún modo en el que podría usar esa revista para transmitir un mensaje? Recuerde, él sabrá que

182

usted va a leerlo; que estará familiarizado con él, que sabrá cómo interpretarlo.

—No lo sé.—Manfield volvió a menear la cabeza—. Le gustaba utilizar un estilo artificioso. La revista tendía a ser bastante selectiva. Sería difícil, incluso imposible, confiar en que fuese a imprimir algo que usted hubiese planeado que imprimiesen. Digamos que incluso si Cooper se las hubiese arreglado para colocarse en su personal, lo cual es muy improbable, no podna estar seguro de que sus escritos lograsen rebasar a los distintos editores. No se me ocurre nada, ejecutor.

—¡En el nombre de Cronos, piense!—dijo TwisseD—. Concén-
trese en esa revista. Está en el 20, es usted Cooper con su educación y

sus antecedentes. Manfield, usted enseñó al muchacho. Y ha sido un programador con entrenamiento en psicoingeniería. ¿Qué han'a él? ¿Cómo se las arreglaría para colocar algo en la revista, algo con el texto exacto que desea?

Manfield abrió un poco más los ojos.

—¡Un anuncio!

—¿Qué?

—Un anuncio. Un aviso pagado que estarían obligados a imprimir exactamente tal y como él pidiese.

—Ah, sí. Tienen algo parecido en el 182.

—Me imagino que lo tienen en muchas eras, pero el 20 Degó al máximo en ese terreno. De hecho—dijo Manfield, animándose repentinamente con el tema—, el 20 es en muchos aspectos la cumbre de los tiempos primitivos. El medio cultural. ..

—Ahora no, Manfield. Vuelva al anuncio. ¿De qué clase sen'a?

—No tengo ni la menor idea, ejecutor.

Twissell contempló el extremo encendido de su cigarrillo como si buscara en él la inspiración.

—No puede decir nada de un modo directo. No puede decir: Cooper, del 28, llamando a la eternidad. ..

—Podría decirlo.

—Si lo hiciese sería un estúpido, y no creo que lo sea. Con eso estaría pidiendo un cambio cuántico.

—Más probablemente están'a pidiendo que lo detuviesen y bpusiesen bajo observación por enfermedad mental. En los tiempos primitivos, cualquier implicación hecha seriamente sobre el viaje temporal era una pura locura.

—Muy bien. De un modo indirecto, así tendrá que ser. Debe parecerles perfectamente normal a los hombres del tiempo. Perfectamente normal. Y, con todo, debe ser obvio para nosotros. Muy obvio. Obvio al primer vistazo, porque tendremos que encontrarlo entre incontables artículos individualizados. Manfield, ¿cuál supone que debe ser su tamaño? ¿Son caros esos anuncios?

—Yo diría que son más bien moderados.

—Y, hablando de un modo ideal, para evitar el tipo erróneo de atención—dijo Twissell, debería ser más bien pequeño. Imagine, Manfield. ¿Qué tamaño?

i

I

Manfield extendió las manos.

—¿Media columna?

—Muy bien. Ahora tenemos ya una primera aproximación. Buscar un anuncio de media columna que, prácticamente al primer vistazo, evidencie que el hombre que lo hizo insertar viene de otro tiempo y que, con todo, sea un anuncio tan normal que ningún hombre de ese tiempo vea nada raro en él.

—¿Y si no lo encuentro?—preguntó el instructor.

—Entonces pensaremos en otra alternativa para que la investigue. Y si eso fracasa, intentaremos otra cosa, y luego otra, mientras que sigamos con vida y siga existiendo la eternidad.

Twissell se acordaba ahora de su pánico sólo como un mal sueño indigno de ser recordado. Ahora estaba haciendo algo; estaba actuando. Su aguda mente estaba totalmente ocupada con la emoción de la cacería y ni en lo más mínimo con las consecuencias del fracaso.

Twissell contempló con curiosidad los libros de la biblioteca de Manfield. De vez en cuando, porque no podía soportar el permanecer sin hacer nada, sacaba uno de su lugar, hojeando sus páginas quebradizas y pronunciando en silencio las arcaicas palabras. Su conocimiento del dialecto del tercer milenio, aunque no era todo lo amplio que le hubiese gustado que creyesen los demás, era el suficiente como para permitirle entender alguna frase y, a veces, incluso párrafos enteros.

—Este es el inglés del que siempre andan hablando los lingüistas, ¿no?—preguntó, golpeando una página con la punta del dedo.

—Inglés—murmuró Manfield.

Twissell jamás había estado en un cuando tan alejado hacia abajo. Aquí toda la eternidad parecía como enmohecida, como si no se tratase realmente de la eternidad sino de una era primitiva algo más avanzada de lo habitual.

Quizá fuese la biblioteca lo que le producía esa sensación. Twissell estaba familiarizado con varias eras dotadas de libros. Había otras eras, como las de la grabación molecular. Su propio siglo, natural-

mente y como otros muchos, se trataba de una era en la que se usaban las películas. Sin embargo, libros como éstos, al mismo tiempo que eran placenteramente exóticos, no estaban en absoluto pasados de moda.

Pero cuando estaban alineados en tales cantidades...

Incluso en las secciones de la eternidad entregadas a las eras de libros, los que se hallaban en las bibliotecas de la eternidad eran convertidos a películas o modelos moleculares, aunque sólo fuese en consideración al ahorro de espacio.

Twissell buscó con la mirada a Manfield. Los anchos hombros del instructor seguían encorvados sobre el iluminado escritorio. Todo lo que se veía de su cabeza era su cabellera castaña en el más absoluto desorden.

“Cultiva el arcaísmo—pensó Twissell—. Prefiere los libros. Se oculta en un universo de realidad fijada. Esa es su seguridad.”

Pero se encontraba demasiado inquieto como para concentrarse demasiado tiempo en una idea, fuese la que fuese. Sacó otro libro del estante, abriéndolo al azar. Y si, sencillamente, volviese una página y allí..., allí...

Se ruborizó interiormente y dejó el libro.

Manfield pasaba las páginas con regularidad, moviendo sólo una mano, el resto del cuerpo congelado en una postura de rígida atención.

Con lo que parecían eones de intervalo, Manfield se levantaba, gruñendo, en busca de un nuevo volumen. En esas ocasiones hacía una pausa para tomar un café, un bocadillo o atender a otras necesidades.

—Es inútil que usted se quede—dijo Manfield cansadamente.

—¿Le molesto?

—Por supuesto que no.

—Entonces, me quedaré.

Twissell, sintiendo frío y soledad, reanudó su delicado, esporádico e inútil asalto a las estanterías de libros, con las chispas de su cigarrillo, que ardía furiosamente, quemándole las puntas de los dedos sin que él les prestase atención.

Y pasó un fisiodía.

—Hay tanto—dijo Twissell con impotencia—. Tiene que haber un modo más rápido.

—Diga cuál—respondió Manfield—. No puedo pasar por alto ni una sola página.

—¿Cuántos ha examinado?

—Nueve volúmenes. Cuatro años y medio.

—Habrá aterrizado al borde del desierto del sudoeste de América del Norte—dijo Twissell . Eso fue algo deliberado ya que está escasamente poblado, incluso en el 20, creo.

Manfield asintió de modo ausente y pasó otra página.

—Pretendíamos que pasase algún tiempo sin ser molestado, para que pudiese ajustarse. Tenía una buena provisión de agua y alimentos. Tendría que andar con cautela. Pasarían días antes de que entrase en contacto con un área realmente poblada y corriese un riesgo considerable de cambio cuántico. Puede que tengamos semanas de tiempo.—No estaba demasiado seguro de lo que creía en realidad, pero lo dijo de nuevo . Puede que tengamos semanas de tiempo.

Metódicamente, Manfield pasó otra página, y luego otra.

—Al final—dijo—, las hojas empiezan a volverse borrosas y eso quiere decir que es hora de dormir.

El segundo fisiodía pasó.

Y a las 10.22 del tercer fisiodía, Manfield dijo, en voz baja y asombrada:

—Esto es.

Twissell (—¿Qué?—preguntó.

Manfield alzó la vista, el rostro demudado por el asombro.

—Sabe, yo no lo creía en realidad. Por Cronos que no lo creí nunca realmente, ni siquiera cuando estábamos trabajando con todas esas tonterías sobre las revistas y los anuncios.

Ahora Twissell lo había entendido.

—Ha encontrado el anuncio.

Se precipitó sobre el volumen que Manfield tenía en las manos,

aferrándolo con dedos temblorosos.

Pero Manfield no lo soltó. Depositó el volumen sobre la mesa con un golpe seco y señaló un pequeño anuncio en la esquina superior de la izquierda.

Era bastante sencillo. Deía:

ALGO QUE
TODOS RECOMIENDAN
OBJETIVAMENTE EN EL
MERCADO
OFICIAL

Debajo, en letras más pequeñas, decía: "Inversiones NewsLetter, Apartado de Correos 14, Denver, Colorado".

—¿Mercado?—preguntó Twissell, confundido.

—La bolsa, el mercado de valores—dijo Manfield con impaciencia—. Un sistema mediante el cual el capital privado era invertido en negocios. Eso no es lo importante. ¿No ve el dibujo al lado del anuncio?

—Por supuesto que lo veo—dijo Twissell, frunciendo el ceño.

¿A quién iba a resultarle familiar el dibujo de una nube en forma de hongo, si no se lo era a un programador? Tres cuartas partes de los cambios cuánticos en la eternidad fueron motivados por el deseo de eliminar el desarrollo de las bombas de fisión y fusión sin mutilar por completo la ciencia nuclear.

—Es una bomba A—dijo el programador—. ¿Eso es todo? No tiene nada que ver con el tema del anuncio, pero seguramente no fue esa incongruencia lo que le llamó la atención.—Sentía una amarga decepción—. No es más que un reclamo...

—¿Reclamo? Por el gran Cronos, ejecutor, mire la fecha del número de la revista.

Señaló la cabecera de la página. Decía 28 de marzo de 1932. La página era la 30.

—¡Mil novecientos treinta y dos!—dijo Manfield—. Y la primera explosión de una bomba A tuvo lugar en julio de 1945.

—¿Está seguro?

—Conozco esta era. ¡Estoy absolutamente seguro! Hasta julio de 1945 ningún ser humano vio jamás la nube en forma de hongo de una

explosión nuclear. Nadie hubiese podido reproducirla de un modo tan preciso, excepto...

—No es más que un dibujo—dijo Twissell, intentando conservar la serenidad—. Podría parecerse a la nube en forma de hongo por pura casualidad.

—¿Podría? ¿Quiere usted mirar otra vez el texto?—Los dedos de Manfield fueron golpeando las líneas una detrás de otra—. Algo-que-Todos-recomiendan-Objetivamente-en-el-Mercado-Oficial. Las iniciales en mayúsculas forman la palabra ATOMO. ¿Coincidencia? Ni por casualidad. ¡No ve cómo cumple sus propias condiciones? Es algo que atrajo al instante mi atención. Habría atraído la de cualquier programador, pero en particular la mía, porque yo vería con una sola mirada que era un anuncio imposible que nadie hubiese puesto allí salvo Cooper. Y al mismo tiempo carecería de todo significado excepto el visual, no habría tenido ningún sentido para cualquier hombre de ese tiempo. Es Cooper, ejecutor Twissell. Nos está llamando, y voy a buscarle. Tenemos la fecha. Tenemos la dirección del correo. Y estoy suficientemente familiarizado con ese período como para actuar con seguridad en él.

Twissell se encontraba muy débil. Se apoyó con agradecimiento en el brazo de Manfield cuando éste lo extendió de pronto hacia él.

—Tenga cuidado, programador.

—Está bien—dijo Twissell—. Vamos.

Los acontecimientos del día siguiente se salieron de lo normal en varios aspectos. Nadie salvo Twissell (y un Twissell actuando con la más absoluta arbitrariedad) hubiese podido saltarse de tal modo los "canales", introduciendo enormes hileras de cálculos a toda prisa en las máquinas de computación, ignorando de tal modo las horribles quejas de los operadores que veían trastornado su trabajo.

Nadie salvo Twissell podría haberlo hecho, y nadie salvo Twissell habría podido tener lista su cabina, con nuevas coordenadas, en un plazo de veinticuatro horas.

Para colmo de todo, Twissell ignoró por completo la costumbre establecida en la eternidad de mantenerse siempre a nivel con el fisiotiempo.

Se lo dijo, jadeante, a un Manfield ya ataviado con el traje adecuado a la era que iba a visitar.

—No he tenido en consideración el lapso de fisiotiempo. He desconectado el radiocrón.

—Muy bien—dijo con calma Manfield.

Se ajustó los incómodos pantalones de su atuendo del siglo 225, que había decidido se aproximaban lo suficiente a la versión del siglo 20;10 bastante, al menos, como para hacer innecesario confeccionar un nuevo traje, lo cual hubiese precisado demasiado tiempo.

—No me importa si necesita un día, un mes o diez años para encontrarle—prosiguió Twissell . No me importa el tiempo que él haya estado ahí. Volverá al mismo instante en que se marchó, una

186

l

187

vez que active el campo temporal en ese extremo. No puedo esperar a que pase el fisiotiempo. ¿Lo entiende?

Manfield asintió. Significaba que si la cacería le ocupaba el improbable espacio de tiempo de diez años, volvería a la eternidad con diez años de envejecimiento respecto a los demás eternos. Psicológicamente, sería desagradable. Pero asintió.

Se abrochó un último botón y dijo:

—Estoy listo.

Y así, ocurrió que cuando Twissell, su corazón latiendo enloquecido y sus sudorosas manos casi incapaces de hacer lo que era necesario, consiguió finalmente mover la palanca, la cabina nunca llegó a moverse.

O, al menos, se fue y regresó al mismo instante, con lo que no hubo ninguna pausa aparente en su existencia.

De hecho, el único cambio que tuvo lugar fue que en la cabina, al lado de un repentinamente agotado Manfield, estaba un enflaquecido pero no mucho más viejo Brinsley Sheridan Cooper.

Y entonces Twissell hizo algo totalmente fuera de lo normal. Algo que estaba por completo fuera de su carácter. Ante los ojos asombrados de los otros dos, de pronto e inesperadamente, se echó a llorar de puro alivio.

Cooper permaneció algo más de un fisiodía en la eternidad. Durante todas esas horas siguió estando un poco excitado, sin ser él mismo, parecía que sin acostumbrarse todavía al hecho de que, finalmente, había vuelto a la eternidad.

—Si supiesen cómo me sentí cuando conseguí un periódico por primera vez—no dejaba de repetir—. Quería saber el día exacto, ya entienden. ¡Sólo que resultó ser el año 1931! Pensé que me estaba volviendo loco.

—Pero, ¿qué le hizo pensar en el anuncio, muchacho?—preguntó Twissell—. Fue genial.

—Tardó meses en ocurrirme. Si supiesen lo que intenté al principio... Intenté esculpir piedras, sólo que no sabía cómo hacerlo sin un tubo perforador McIlvain. Luego intenté imaginar un modo de introducirme en los archivos. Durante dos meses traté de conseguir un trabajo en una de las imprentas del gobierno, pero había algo llamado Servicio Civil y yo carecía de certificado de nacimiento. Además, estaba en medio de una depresión económica. Mis provisiones de oro en metálico se estaban agotando.

—Si hubiese aterrizado dos años más tarde—dijo secamente Manfield—, su oro no le habría servido de nada. Hubo un período en que la posesión de oro fue ilegal—prosiguió, explicándoselo a Twissell.

—De cualquier modo—dijo Cooper—, finalmente pensé en la revista con la que pasamos tanto tiempo, instructor Manfield. Al principio pensé poner en ella algo en dialecto del milenio sesenta para el ejecutor Twissell, ya sabe. Pero no habrían aceptado un anuncio que no pudiesen entender, así que volví a intentarlo simplemente en inglés primitivo. Sabía que el instructor Manfield lo entendería. Y entonces, el mismo día en que apareció, el telegrama del instructor Manfield estaba en la oficina de correos. ¡Uf!

—Mañana tendrá que volver a abandonar la eternidad—dijo Twissell—. Lo entiende, ¿verdad, jovencito? Sigue habiendo un trabajo que hacer.

—Está bien—dijo Cooper, exultante—. Después de todo lo que he pasado, eso no es nada. Cuando descubrí que no había ningún campo temporal que reactivar para el regreso, supe que había ocurrido un accidente. Me sentí tan perdido. En el 24, al menos, sé que volveré. Por el gran Cronos, me siento tan seguro de mí mismo ahora que si no encuentro de inmediato a Harvey Mallon, tengo medio pensado asumir sencillamente su nombre y darle yo mismo a la Tierra el campo temporal. Lo haré, a poco que pueda.

Y, por encima de su cabeza, los ojos de Twissell se encontraron con los de Manfield.

Estaban sentados juntos, los dos. De nuevo solos.

—Quizá, después de todo, debía ocurrir así—dijo Twissell, medio preguntándose a sí mismo.

—¿Cómo es eso?—dijo Manfield.

—Ya oyó lo que dijo sobre tomar el lugar de Mallon. Y sabe que lo hará. Pero, ¿habría estado dispuesto a hacerlo, habría tenido la habilidad para hacerlo si, primero, no hubiese ido al 20? ¿Se habría completado el ciclo?

“Va a borrar su error—pensó malhumorado Manfield—. Va a convencerse él mismo de que no fue un error de ningún modo; que todo fue sólo otro golpe de genio de Twissell.”

—¿Cómo vamos a poder saberlo?—dijo en voz alta.

—Lo noto. Hasta un programador puede tener intuiciones de vez en cuando, supongo. Estoy convencido de que Cooper pertenece al 20 al igual que al 24. La realidad primitiva es inmutable.

—No pensaba así hace una semana. Dijo que el cambio había tenido lugar dentro de la eternidad, no en la era primitiva.

Twissell dejó de lado eso con un gesto irritado de sus manos.

Manfield insistió.

—Y, de todos modos, ¿cómo podemos saberlo? Suponga que Cooper ha cambiado la realidad. Habríamos cambiado, y nuestros recuerdos también.

Twissell resopló.

—Le digo que nada ha cambiado.

—Pero, ¿por qué no? Hubo el primer intento de Cooper de poner un anuncio en milenio sesenta. ¿Acaso eso no habría tensado la textura de la realidad? Luego el anuncio que sí puso. ¿Cuántas otras personas pueden haberse tropezado con él entre el 20 y el 24 y

188

1

189

preguntarse qué estaba haciendo una nube en forma de hongo en una revista de 1932? Suponga que se hicieron preguntas acerca de las letras iniciales que deletreaba la palabra primitiva para átomo. Cooper estuvo allí casi seis meses. Yo estuve allí casi dos días. En ese tiempo. ..

—El hecho es—dijo Twissell agudamente—, que no ha tenido lugar cambio alguno. ¿Por qué insiste en lo contrario?

Los hombros de Manfield se abatieron. No podía engañarse a sí mismo. Si el ego de Twissell estaba encadenado al hecho de que no se había producido cambio alguno, al suyo le preocupaba de un modo igualmente íntimo e insistente el que se hubiese producido.

—Tenía la esperanza.. —dijo, y se detuvo.

—¿Y bien?

{~reí que pudo haber algún pequeño cambio. Un microcambio, por decirlo así, cuyas ondulaciones fuesen expandiéndose a lo largo de todo el flujo del tiempo.

—Los cambios cuánticos son grandes—dijo Twissell.

—Los cambios cuánticos normales, sí. Pero, ¿quién conoce la matemática de la realidad en los siglos primitivos? Sin la presencia de la eternidad, el caso es distinto. ¿Por qué no puede existir la posibilidad de microcambios?

—¿Adónde quiere ir a parar?—preguntó Twissell.

—¿Por qué no podría existir una nueva realidad en la que mi hijo esté sano, o una en la que no existe? Cualquier cosa, menos la actual.

—No hay modo alguno de que pueda comprobarse eso—se apresuró a decir Twissell—. No debe seguir jugando con el tiempo. Ni yo tampoco. Ni yo tampoco. Hemos terminado, los dos.

Y por un instante a sus ojos volvió el horror al pensar nuevamente en cómo se había encontrado contemplando el abismo y, en él, el fin de toda la eternidad.

—Nunca intentaré verlo—susurró Manfield—. No tengo el valor para hacerlo.

Preocupado, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió, alzando luego la vista sorprendido ante el agudo grito de Twissell.

—Líbrese de esa basura venenosa, por el gran Cronos—dijo Twissell—. No puedo soportarla.

Manfield se apresuró a apagar el cigarrillo y, mentalmente, frunció el ceño sorprendido. Había ido muy lejos, reactivamente, al encender un cigarrillo en compañía del más conocido y fanático enemigo del tabaco de toda la eternidad.

Twissell arrugó la nariz ante el acre vapor que aún flotaba en el aire y dijo:

—Acostúmbrase a esa idea, Manfield—dijo—. No ha habido cambio alguno en la eternidad. Ninguno en absoluto. Acepte mi palabra de ello.

Y contempló lleno de repulsión los restos del cigarrillo.

Comentario final

Me he limitado a presentar la novela corta porque, al igual que antes, es poco práctico intentar presentar igualmente la novela. Si les interesa una comparación directa y no tienen un ejemplar de la novela, esta editorial la ha publicado en esta misma colección. Mientras tanto, diré algunas cosas de mi cosecha.

En el caso de "Envejece conmigo", había tenido que añadir comparativamente poco para convertirla en Un guijarro en el cielo. Esto significaba que podía usar el argumento tal y como estaba y, sencillamente, reorganizarlo y entrar con más detalle en algunas cosas.

No era así en el caso de El fin de la eternidad (novela corta), donde tenía que triplicar la longitud. Allí tuve que tomarme muchas más libertades revisando el argumento.

Por supuesto, hice algunos pequeños cambios. Para empezar, cambié el nombre de mi personaje Anders Horemme al de Andrew Harlan. ¿Por qué? No estoy seguro.

Algunas personas, después de leer la novela, me han sugerido que usé el nombre de Harlan como una referencia a Harlan Ellison. Es posible, pues había conocido a Harlan Ellison en septiembre de 1953 y, naturalmente, me produjo una honda impresión, como se la produce a todo el mundo.

No me habría sorprendido, pues, si en la novela corta original hubiese bautizado al personaje como Andrew Harlan, ya que lo hice dos meses después del encuentro. Sin embargo, no lo hice; le llamé Anders Horemme. Entonces, ¿por qué tuve que hacer el cambio en la novela?

Esto es lo que a mí me parece razonable. Horemme había sido un personaje más bien menor en la novela corta, pero en la novela lo convertí en el héroe, y Horemme me resulta un nombre particularmente feo. Era adecuado para un desagradable personaje menor, pero no para el héroe. Cuando hago cambios de nombre, tiendo a hacerlos todo lo pequeños que puedo (no sé la razón), así que cambié Anders por Andrew y Horemme por Harlan.

También Manfield, un personaje importante en la novela corta, desapareció en la novela o, más bien, su papel fue combinado con el de Twissell. En cuanto a Noys, su papel fue considerablemente aumentado y la historia de amor se hizo mucho más central en el desarrollo de la historia de lo que había sido en la novela corta.

Cuando leí las dos versiones para la preparación de este libro, lo que realmente me asombró es que, sencillamente, no diluí la novela corta.

Después de todo, si la novela corta era en realidad una novela deshidratada, podríame haber limitado a añadirle agua, por decirlo así. . . , alargar las descripciones, extender más el diálogo y atenerme al argumento.

No lo hice. Con la alabanza de Bradbury aún en los oídos, y hallándome repentinamente con 50.000 palabras más para jugar con ellas, añadí incidentes y complicaciones e hice la novela tan densa como lo había sido la novela corta.

190

1

191

En particular, estaba el asunto del final. Al releer la novela corta para este libro me asombró lo débil que era el final que yo había creado. Al menos, me parecía débil ahora en comparación a lo que había hecho como final de la novela. Después de todo, había llamado al relato "El fin de la eternidad" y, con todo, no había tenido el coraje (o puede que el corazón) de acabar finalmente con la eternidad en la novela corta.

En la novela me decidí a realizar un trabajo mejor, puede que a causa de que (siendo ahora una novela) quería conectarla de algún modo con anteriores libros míos que trataban de la ascensión y caída del Imperio Galáctico. (Tengo la debilidad de pretender que mis novelas de ciencia ficción sean consistentes entre sí, y eso influye mi escritura hasta el día de hoy.)

En cualquier caso, el final de la novela es mucho más complejo y dramático que el de la novela corta. En la novela intenté (como suelo hacer en mis novelas) revelar varias sorpresas, una después de la otra, hasta que tengo la impresión de que el lector cree haber llegado al final. . . , y entonces enseñar otra sorpresa que he mantenido en reserva. Es muy divertido hacerlo, pero no es fácil.

En el caso de El fin de la eternidad como novela, la densidad no trabajó del todo a favor suyo. Le enseñé la novela a Horace Cold, por si se daba el caso de que le pareciera que había mejorado el relato y, por lo tanto, estuviese dispuesto a publicarlo como serial antes de su edición. (Una serialización así, en esos días, significaba para el autor, siempre pobre, unos 1.500 dólares adicionales.) Gold, sin embargo, rechazó la novela tan rápida y decididamente como había rechazado la novela corta. Tampoco Campbell la aceptó para Astounding. Doubleday intentó ofrecerla para su serialización a algunas de las revistas no especializadas y no logró nada en absoluto (lo que no es sorprendente en 1955, cuando la ciencia ficción era virtualmente una aberración fuera de las pocas revistas especializadas consagradas a ella).

El resultado fue que "El fin de la eternidad" jamás vio ningún tipo de publicación en revista. Un guijarro en el cielo apareció también en forma de libro sin ninguna publicación en revista, pero después de su aparición como libro apareció dos veces de forma ligeramente conden-

sada. Apareció en el primer número de Two Complete Science-Adventure Books y en Galaxy Science-Fiction Novels. “El fin de la eternidad” no experimentó jamás tal “segunda serialización”.

Y algunos de los críticos tampoco fueron particularmente amables con ella. Sus objeciones solían apoyarse en su densidad. Demon Knight se refirió a la naturaleza confusa de los capítulos iniciales, por ejemplo, de un modo bastante cáustico.

Incluso Anthony Boucher, entonces editor de Fantasy and Science Fiction, que era un hombre de rara amabilidad y un buen amigo mío, pensó que era demasiado complicada.

Recuerdo que los dos nos hallábamos en la Convención Mundial de Ciencia Ficción en Cleveland, en 1955 (en la cual fui el invitado de honor y el maestro de ceremonias). Nos estaba entrevistando alguien que me preguntó cuál era mi libro de cienciaficción más reciente.

—Una novela titulada The End of Eternity—contesté yo.

Me metió el micrófono debajo de la nariz y dijo:

—¿Puede darnos una idea del argumento en unas cuantas frases?

Tartamudeé y empecé a enredarme, y Tony Boucher lanzó una risita y dijo:

—Con ese libro, ni siquiera tú puedes hacerlo, Isaac.

—Sí que puedo, Tony—dije—. Sencillamente, me cogió de sorpresa. Vuelva a hacerme la pregunta, señor.

Así lo hizo el entrevistador y yo le solté de un tirón varias frases muy claras esbozando el argumento.

Sus ventas fueron comparables a las de mis otras novelas de los años cincuenta. Ha aparecido en formato de bolsillo varias veces y ha sido traducida a catorce idiomas que yo sepa (incluyendo el ruso y el hebreo), así que no la considero un fracaso.

Con todo, considero que ha sido menos apreciada de lo que debería haberlo sido, y tengo la impresión de que le hacen sombra injustamente mis novelas de la Fundación y de los Robots. Algún día, puede que cuando ya esté muerto, quizá consiga el aprecio que se merece.

Antes de que abandone el mundo de mis novelas, quiero mencionar brevemente el caso de otra novela corta, aún más corta que la versión en novela corta de “El fin de la eternidad”, la cual se convirtió hasta ser una novela un poco más larga que la versión novela de El fin de la eternidad.

En una convención de cienciaficción local, el 15 de enero de 1971, alguien encima del escenario, buscando bajo presión un ejemplo de un oscuro isótopo, se refirió al "plutonio-186". Me divirtió porque no existe nada que se llame plutonio-186, y no puede existir.

Decidí, por lo tanto, escribir un relato corto sobre el tema del plutonio-186 y someterlo para su inclusión en una antología de originales que iba a ser editada por la persona que hizo tal observación, y publicada por Doubleday.

Desgraciadamente, la historia me superó y, a las 20.000 palabras, probó que era una novela corta. Temía que ahora fuese demasiado larga para la antología y, por lo tanto, consulté con Lawrence P. Ashmead sobre ese punto. Era mi editor en Doubleday en esos momentos y él era también quien iba a manejar la antología. Larry leyó mi historia y dijo que no la quería en la antología; quería que sacase de eUa una novela.

Así lo hice, pero no toqué en absoluto la novela corta..., ni una palabra. La conservé como al inicio, y añadí dos novelas cortas más que continuaban la historia. Todas juntas, las tres formaban una novela de 90.000 palabras, *The Gods Themselves* (Doubleday, 1972).

En ese caso no hay "cuento paralelo", pues la novela corta a partir de la cual creció está exactamente ahí, en el libro, como la primera de sus tres partes.

13. Cuentos paralelos
Creencia
(Primera versión)

Prólogo

¿Qué decir de aquellos relatos míos que empezaron como relatos o novelas cortas, y que fueron publicados como tales en las revistas pero sólo después de revisiones tan amplias que mi historia original podría ser calificada como un "Asimov alternativo"?

No hay muchos casos, pero echemos un vistazo y veamos.

Durante mis primeros años como escritor de ciencia ficción, escribí nueve relatos que nunca vendí a nadie y que quedaron tan desamparados que apenas nadie se atrevió a susurrar una palabra hablando de revisión. Fueron relatos simplemente malogrados. Tales relatos son, por orden cronológico:

Cosmic Corkscrew (1938)
This Irrational Planet (1938)
Paths of Destiny (1938)

Knossos in Its Glory (1938)
The Decline and Fall (1939)
Life Before Birth (1939)
The Brothers (1939)
Oak (1940)
Masks (1941)

Podría tener la tentación de incluir esos relatos como “alternativos” a mi obra publicada, y como curiosidades históricas o errores de cálculo de un escritor joven, ante los que mis lectores podrían reír

194

indulgentemente. Afortunadamente, me resulta fácil resistirme a esa tentación. Los manuscritos ya no existen.

“Masks” fue el relato vigésimo noveno que escribí, de modo que si nueve de los relatos escritos hasta entonces fueron fracasos totales, los otros veinte, que logré vender, configuran un índice de fracasos del treinta por ciento, incluso en mis años mozos. En algunas ocasiones, sólo después de considerables esfuerzos lograba vender aquellos primeros relatos, pero la mayoría de ellos fueron publicados (para bien o para mal) tal y como los había escrito, de modo que en tales casos no existe texto . al-erna-ivo”.

Hubo, sin embargo, una excepción. En marzo de 1939 escribí un relato htulado “Pilgrimage”. A Campbell no le gus-ó, pero se mostró dispuesto a perrnitirme una revisión para eliminar aquello que él desaprobaba. Finalmente, lo revisé tres veces, entregando a Campbell cada una de las nuevas versiones... que él rechazó cada vez. El cuarto rechazofueel último.

Seguí revisando el relato, con una determinación valedera de mejor causa, y el relato se publicófinalmente en la primavera de 1942 en Planet Stories, después de un total de siete (I) revisiones. Planet Stories lo publicó bajo el terrible título de “Black Friar of the Flame”, y para entonces yo ya lo odiaba. Decidí entonces que nunca más volvería a revisar un relato más de una vez..., y nunca lo hice. Sin embargo, no existe ninguna de las primeras versiones de “Pilgrimage”, así que no puedo incluirlas aquí.. ., que es lo mejor que puede haber pasado.

“Masks”, el noveno y último relato que no pude vender, fue escrito a principios de febrero de 1941. Aquel mismo mes escribí otros dos relatos que fueron publicados en revistas menores. Después, en marzo de 1941 escribí “Nightfall”, que fue mi trigésimo segundo relato.

No me explico cómo pude escribir “Nightfall~ después de haber escrito treinta Y un relatos de una calidad tan variable que iba desde lo bueno hasta ló más horrible. Desde luego, yo no sitúo “Nightfall” en un lugar tan elevado como parecen hacerlo la mayoría de lectores de

ciencia ficción, pero no cabe la menor duda de que fue considerado casi inmediatamente como un "clásico". Incluso ha sido votado cierto número de veces como el mejor relato o novela corta de ciencia ficción escrito jamás. (Yo desapruebo enérgicamente tal estimación. Creo que yo mismo he escrito una serie de relatos mejores que "Nightfall". Y hasta es muy posible que otros escritores también.)

En cualquier caso, después de "Nightfall" ya no volví a escribir ninguna otra historia de ciencia ficción que no pudiera vender, habitualmente al primer intento. Armado con una creciente confianza en mí mismo, fui adoptando una actitud cada vez menos sumisa ante la revisión drástica. Siempre se me podía convencer para que hiciera cambios triviales que implicaban la introducción o eliminación de frases, e incluso de párrafos enteros, pero raramente me mostraba dispuesto a algo más que eso.

!

Claro que "raramente" no es "nunca", y siempre hubo excepciones. En las excepciones que se produjeron se hallaban implicados habitualmente o bien Horace Gold o John CampbeU. Ambos eran excelentes escritores de ciencia ficción por derecho propio, así como personas insufribles que nunca quedaban satisfechas con ningún relato que no estuviera exaaamente tal y como ellos mismos lo habrían escrito. La única diferencia entre ambos era que CampbeU se mostraba genial y agradable, mientras que Gold era arisco y a veces abrasivo.

Habitualmente, mis roces con Gold eran traumáticos. En 1950, cuando estaba escribiendo *The Stars, Like Dust*, ~ mi segunda novela, insistió en que introdujera una pequeña trama hablando de la Constitución de los Estados Unidos. Me opuse tenazmente, argumentando que sería inapropiado introducir algo relacionado con una pequeña parte del planeta en una novela de ámbito galáctico. Gold siguió insistiendo, y yo terminé por insertarlo en forma de párrafos dispersos que podrían ser eliminados fácilmente sin danar para nada la novela. Cuando le entregué el manuscrito a Bradbury, le pedí disculpas por aquellos párrafos repugnantes y le dije que estaba dispuesto a eliminarlos. Pero cuando Bradbury leyó la novela quiso mantenerlos donde estaban. No pueden imaginarse lo fn-strado que me sentí..., pero el caso es que esos párrafos han seguido en su lugar desde entonces, y, en consecuencia, *The Stars, Like Dust* sigue siendo mi novela menos favorita.

Más adelante, cuando Gold serializó *The Stars, Like Dust*, en los números de *Galaxy* correspondientes a enero, febrero y marzo de 1951, aún empeoró las cosas al titularla *Tyrann*. En mi opinión, tenía el peor de los gustos en cuanto a títulos se refiere.

En junio de 1952 le vendí a Gold ~ *The Martian Way*". * * Me pidió numerosas revisiones, y yo ladré. Finalmente, redujo sus exigencias a

una sola: en la historia sólo había personajes masculinos, y me pidió que introdujera a una mujer, cualquier mujer.

Yo no comprendía por qué, puesto que el argumento no exigía la presencia de ningún personaje femenino, y yo no me sentía a gusto con ellas. (Quiero decir como personajes de un relato; en la vida real me siento muy a gusto con ellas, no se preocupen.) Pero me mostré de acuerdo porque no deseaba parecer irrazonable. Por lo tanto, revisé una sección o dos del relato e introduje como personaje femenino a la regañona esposa de uno de los hombres.

Eso no era lo que Gold deseaba, y yo lo sabía muy bien, claro. Pero yo había cumplido. Había introducido a un personaje femenino. Gold se vio obligado a aceptar el relato tal y como lo había revisado. Fue publicado en noviembre de 1952 en el número de Galaxy, y mi nombre apareció mal impreso en la portada. No creo que ésa fuera la forma que tuvo Gold de vengarse de mí, pero les aseguro que en aquellos momentos ese pensamiento cruzó por mi cabeza.

il En la arena estelar, número 45 de esta colección.

* ~ A lo marciano, número 61 de esta colección.

No tengo la versión original de "The Martian Way". Eran tiempos anteriores a la aparición de Godieb y la "bóveda de Isaac", y me atrevería a asegurar que el original fue quemado en la barbacoa. Pero no importa; la diferencia existente entre la primera versión y la que finalmente se publicó no era lo bastante importante como para justificar la inclusión de la primera en este volumen.

Otro incidente peculiar ocurrió con mi relato "Hostess", que le vendí a Gold en diciembre de 1950. Al parecer, Theodore Sturgeon le había vendido anteriormente un relato cuyo tema central era igual que el mío, aunque ambos eran por lo demás totalmente diferentes. Gold insistió en que introdujera algunos cambios menores en la parte final, para disminuir así el parecido totalmente coincidente. Lo hice así no sin protestar vehementemente, porque los cambios debilitarían notablemente mi relato, pero no pude convencer a Gold en esta cuestión.

"Hostess" se publicó en el número de Galaxy de mayo de 1951, pero cuando lo incluí en mi recopilación *Nightfall and Other Stories* (Doubleday, 1969), me aseguré de que apareciera en mi versión original. Así pues, el original terminó por ser publicado, de modo que no hay motivo para incluirlo aquí.

Y, a propósito, mi heroína en "Hostess" se llamaba originalmente Vera Smollett. Gold se negó resueltamente a aceptar dicho nombre porque la redactora jefe de la revista (un puesto puramente nominal por lo que sé) se llamaba en aquella época Vera Cerutti. Me sentí intrigado en cuanto a qué diferencia representaba eso, puesto que mi

Vera era un personaje totalmente simpático, pero supongo que Gold tuvo sus razones, de modo que cambié el nombre de Vera por el de Rose. (Algo similar sólo me ocurrió en otra ocasión, cuando a uno de los dos personajes de un relato de misterio, le puse, sin yo saberlo, el mismo nombre que el de la esposa ya fallecida del editor, quien me pidió que cambiara el nombre. Me apresuré a complacerle.)

En una ocasión, y sólo en una, se resolvió totalmente a favor de Gold aquella relación difícil que existió entre ambos.

En el otoño de 1957 escribí un relato titulado "The Ugly Little Boy". Se lo envié a Larry Shaw, de Infinity Science Fiction, quien me había pedido un relato. Lo aceptó inmediatamente, pero la revista ya estaba en las últimas (sin que yo lo supiera), y el 5 de febrero de 1958 admitió que no tenía dinero para pagarme y me devolvió el relato.

Aquello fue para mí un acontecimiento desconcertante, pues tenía la intención de convertir "The Ugly Little Boy" en el relato final de una nueva antología que iba a titularse Nine Tomorrows. ~ Le había presentado el relato a Bradbury, y él se mostró dubitativo. Tuve que convencerle para que lo aceptara tal y como estaba. . . , y fue aquélla la primera vez que utilicé con él mi elocuencia para tal propósito. Ahora, si no encontraba rápidamente una revista que publicara el relato, Bradbury podría reconsiderar su propósito de incluirlo en la antología.

Lo envié a Astounding y Campbell me lo devolvió el 11 de marzo,

Nueve futuros, número 96 de esta colección.

lg7

con bastante firmeza. Ni siquiera me pidió que lo revisara. D~ modo que, de mala gana, intenté colocárselo a Horace Gold, preparándome para el duro rechazo habitual.

Pero no lo rechazó. El 20 de marzo hablamos por teléfono y me dijo que lo aceptaría si estaba dispuesto a hacer algunas revisiones. Se mostró pesadoso por ello, porque por aquel entonces ya sabía que una petición de revisión encontraría la más dura resistencia por mi parte, y porque quizá tendría que esperar largo tiempo antes de que volviera a intentarlo. Me bosquejó tres cuestiones que deseaba introducir y me dijo que se daría por satisfecho si yo lo adaptaba para cumplir con una de ellas..., sólo una de las tres.

Pero mientras él hablaba me di cuenta de que no había planteado bien el relato. No era extraño que Bradbury se hubiera mostrado reacio y Campbell totalmente negativo. La crítica de C~old me permitió verlo con claridad.

—No te preocupes, Horace ~e dije por teléfono—. Volveré a escribir todo el condenado relato.

Y lo hice. Entre el 24 de marzo y el 1 de abril de 1958 escribí una versión completamente nueva de la historia, y tanto Gold como Bradbury la aceptaron de buena gana. Apareció publicada en Galaxy de septiembre de 1958, bajo el anodino título de "Lastborn". Sin embargo, quedó incluida en Nine Tomorrows (Doubleday, 1959), con su título original y más sensible de "The Ugly Little Boy-s".

Yo tengo la versión original de "The Ugly Little Boy", y lo lamento amargamente. Si la tuviera, la habría incluido aquí, junto con la versión publicada, y ustedes podrían haber visto con sus propios ojos cómo un escritor experimentado puede perder el tren y necesitar algún correctivo exterior. Pero, ¿qué le vamos a hacer.t... Una vez terminada la segunda versión, infinitamente superior, y sin un Howard Cotlieb para decirme que debía guardarlo todo, probablemente convertí la primera versión en confetti.

No obstante, puedo presentarles un relato, que no tiene nada que ver con Gold, sino con Campbell. En diciembre de 1952, Campbell me sugirió que escribiera un relato sobre un hombre que descubrió que podía levitar, pero que no encontraba a nadie que le tomara en serio. Quería titularlo "Upsy-Daisy". En aquellos tiempos, Campbell se sentía cada vez más interesado por las zonas marginales de la ciencia, y nunca perdía una oportunidad para conseguir que los autores escribieran historias sobre telepatía, telequinesis, clarividencia y otras "aptitudes marginales".

Sin embargo, llevé cuidado para que no fuera una historia marginal. Antes bien, intenté abordar el tema de la levitación desde el estricto punto de vista de la física, aun dándome cuenta de que ello podía significar un rechazo por parte de Campbell. Pero no sucedió así. Campbell opuso alguna objeción al final y me convenció para que la retocara un poco.

En consecuencia, volví a escribir el tercio final del relato, que él

198

aceptó y publicó en el número de Astounding de octubre de 1953. Debido a esta revisión, nunca me sentí totalmente contento con "Creencia". No obstante, permití que la versión publicada apareciera en diversas antologías, incluyéndola en dos de las mías: Through a Glass, Clearly (New English Library, 1967) y The Winds of Change and Other Stories- (Doubleday, 1983).

Yo sigo conservando, no obstante, la versión original que ahora, por primera vez, verá la luz en el presente volumen.

Creencia

—¿Has soñado alguna vez que estabas volando?—preguntó el doctor Roger Toomey a su esposa.

Jane Toomey alzó la vista.

—¡Por supuesto!

Sus rápidos dedos no dejaron de manipular ágilmente el hilo del que estaba surgiendo un intrincado e inútil tapetito para la mesa. El aparato de televisión emitía un apagado murrullo, y las imágenes de la pantalla apenas atraían la atención.

—Todo el mundo sueña con volar en un momento u otro—dijo Roger—. Es algo universal. Yo lo he hecho muchas veces. Eso es lo que me preocupa.

—Lamento decírtelo, pero no sé adónde quieres ir a parar, querido—dijo Jane.

Fue contando puntadas en voz baja.

—Cuando piensas un poco en ello—prosiguió él—, hace que te maravilles. No es realmente en volar en lo que sueñas. No tienes alas; yo al menos no las he tenido nunca. No hay ningún esfuerzo implicado en ello. Simplemente estás flotando. Eso es. Flotando.

—Cuando vuelo—dijo Jane—, no recuerdo ninguno de los detalles. Excepto en una ocasión en que aterricé en el tejado del ayuntamiento y no llevaba nada de ropa. De todos modos, en el sueño nadie parece prestarte atención cuando sueñas que estás desnuda. ¿Nunca te has dado cuenta de eso? Te mueres de vergüenza, pero la gente simplemente pasa por tu lado sin mirarte.

Tiró del hilo, y el ovillo cayó de la cesta y rodó por el suelo. No le prestó atención.

Roger agitó lentamente la cabeza. Su rostro estaba pálido y absorto en la duda. Parecía todo él ángulos, con sus altos pómulos, su larga y afilada nariz y las entradas en la frente, que se iban haciendo más pronunciadas con los años. Tenía treinta y cinco.

—¿No te has parado nunca a pensar en lo que te hace soñar que estás flotando?—preguntó.

—Los vientos del cambio, publicado por esta editorial en su colección "Gran Super Ficción".

—No, nunca.

Jane Toomey era rubia y menuda. Su belleza era del tipo frágil, de esas que no se imponen a uno sino que lo van ganando inconscien-

temente. Poseía los brillantes ojos azules y las sonrosadas mejillas de una muñeca de porcelana. Tenía treinta años.

—Muchos sueños son sólo la interpretación que la mente realiza de un estímulo imperfectamente comprendido—dijo Roger—. Los estímulos se ven forzados a un contexto razonable en una fracción de segundo.

—¿De qué estás hablando, querido?

—Mira, en una ocasión soñé que me hallaba en un hotel, asistiendo a una convención de física. Estaba con viejos amigos. Todo parecía absolutamente normal. De pronto, hubo una confusión de gritos, y sin ninguna razón me vi presa del pánico. Eché a correr hacia la puerta, pero no quiso abrirse. Uno a uno, mis amigos desaparecieron. No tuvieron problemas para abandonar la habitación, pero yo no pude ver cómo lo habían conseguido. Les grité, y me ignoraron.

“En mi interior empezó a crecer la seguridad de que el hotel era pasto de las llamas. No olía a humo. Simplemente, sabía que había un incendio. Eché a correr hacia la ventana, y pude ver una escalera de incendios en el exterior del edificio. Corrí a todas las ventanas pero ninguna conducía a la escalera de incendios. Ahora me hallaba completamente solo en la habitación. Me asomé a la ventana, llamando desesperadamente. Nadie me oyó.

“Entonces llegaron los coches de bomberos, pequeñas manchas rojas atravesando las calles. Recuerdo eso claramente. Las sirenas de alarma resonaban fuertemente para despejar el tráfico. Podía oírlas, cada vez más fuertes, hasta que el sonido llegó a hender mi cabeza. Me desperté y, por supuesto, el despertador estaba sonando .

“Ahora bien, no pude haber soñado un sueño tan largo destinado a llegar al momento en que empezara a sonar la alarma del despertador, a fin de que ésta encajara perfectamente en la trama del sueño. Es mucho más razonable suponer que el sueño se inició en el momento en que la alarma empezó a sonar, y comprimí toda su sensación de duración en una fracción de segundo. Se trataba simplemente de un dispositivo de justificación de mi cerebro para explicar aquel repentino sonido que penetraba en el silencio.

Jane estaba frunciendo el ceño. Dejó a un lado su labor.

—;Roger! Te has comportado de un modo extraño desde que has vuelto de la universidad. No has cenado nada, y ahora esta ridícula conversación. Nunca te he visto tan morboso. Lo que necesitas es una dosis de bicarbonato.

—Necesito algo más que eso dijo él en voz baja—. Veamos, ¿cómo empieza un sueño de estar flotando?

—Si no te importa, cambiemos de tema.

Se levantó, y con dedos firmes subió el volumen del televisor. Un joven caballero de mejillas hundidas y una sentimental voz de tenor le manifestó, melodiosamente, su eterno amor.

Roger volvió a bajar la voz del aparato y se quedó de pie con la espalda cubriendo la pantalla.

—¡Levitación!—exclamó—. Eso es. Existe alguna forma en que los seres humanos pueden conseguir flotar. Tienen la capacidad para ello. Simplemente, se trata de que no saben cómo usar esa capacidad..., excepto cuando están durmiendo. Entonces, a veces se elevan sólo un poquito, una décima de milímetro quizá. No lo suficiente para que alguien se dé cuenta de ello aunque esté observando, pero sí para desencadenar la sensación adecuada, que desencadena un sueño en el que uno está flotando.

—Roger, estás delirando. Me gustaría que lo dejaras. De veras.

Él siguió adelante con su idea.

—A veces volvemos a bajar lentamente, y la sensación desaparece. Otras veces, el control de flotación termina bruscamente, y caemos, Jane, ¿nunca has soñado que estabas cayendo?

—Sí, por sup...

—Te hallas colgando en la fachada de un edificio, o sentado en el borde de una silla, y de repente te estás cayendo. Es la horrible sensación de la caída la que te despierta de golpe, jadeante, el corazón palpitando locamente. Has caído de verdad. No hay otra explicación.

La expresión de Jane, que había pasado lentamente del desconcierto a la preocupación, se disolvió de pronto en una tímida sonrisa.

—Roger, maldito diablo. ¡Me has engañado! ¡Eres un canalla!

—¿Qué?

—Oh, no. No sigas con eso. Sé exactamente lo que has estado haciendo. Has estado imaginando el argumento para una historia y estás probándolo conmigo. Debería conocerte lo suficiente como para no escucharte.

Roger pareció sorprendido, incluso un poco confuso. Avanzó

hasta el sillón de ella y se la quedó mirando.

—No, Jane.

—No veo por qué no. Has estado hablando acerca de escribir relatos desde que te conozco. Si realmente tienes un argumento, lo mejor que puedes hacer es escribirlo. No sirve de nada utilizarlo únicamente para asustarme.

Sus dedos empezaron a moverse de nuevo a medida que recuperaba el ánimo.

—Jane, esto no es ninguna historia.

—Pero ¿qué otra cosa. . . ?

—Cuando me desperté esta mañana, ¡caí al colchón!

Ella se lo quedó mirando, sin parpadear.

—Soñé que estaba volando—prosiguió él—. Fue un sueño claro y preciso. Recuerdo cada uno de sus minutos. Me hallaba tendido de espaldas cuando me desperté. Me sentía cómodo, y completamente feliz. Sólo me pregunté por qué el techo parecía tan extraño. Bostecé

200

1

201

y me despecé, y toqué el techo. Durante un minuto, simplemente me quedé mirando a mi brazo alzado, que se apoyaba con fuerza contra el techo.

“Entonces me di la vuelta. No moví un músculo, Jane. Simplemente me di la vuelta, todo de una pieza, porque deseaba hacerlo. Allí estaba, a metro y medio sobre la cama. Tú estabas en la cama, durmiendo. Me asusté. No sabía cómo bajar, pero en el instante mismo en que pensé en bajar, caí. Caí lentamente. Todo el proceso estaba bajo un perfecto control.

“Me quedé inmóvil en la cama durante quince minutos antes de atreverme a moverme. Luego me levanté, me lavé, me vestí, y me fui al trabajo.

Jane forzó una sonrisa.

—Querido, hubiera sido mejor que escribieras todo eso. Pero no te preocupes. Simplemente has estado trabajando demasiado.

—¡Por favor! No seas trivial.

—La gente trabaja demasiado, aunque tú digas que es trivial. Lo que ocurrió fue que soñaste quince minutos más de lo que creíste que

habías soñado.

—No era un sueño.

—Por supuesto que lo era. Soy incapaz de contar las veces que he soñado que me despertaba, me vesba y preparaba el desayuno; luego me despertaba realmente, y descubría que tenía que hacerlo todo de nuevo. Incluso he soñado que estaba soñando, si entiendes lo que quiero decir. Puede ser terriblemente confuso.

—Mira, Jane. He acudido a ti con un problema debido a que tú eres la única a la que siento que puedo acudir. Por favor, tómate en serio.

Los azules ojos de Jane se abrieron mucho.

—¡Querido! Te estoy tomando tan en serio como me es posible. Tú eres el profesor de física, no yo. Eres tú quien sabe de gravitación, no yo. ¿Me tomarías tú en serio si yo te dijera que me había encontrado rotando de pronto?

—No. Y eso es lo peor de todo. No quiero creer en ello, pero lo he vivido. No era un sueño, Jane. Intenté decirme a mí mismo que sí lo era. No tienes ni idea de cómo me he hablado a mí mismo de ello. Cuando iba hacia la universidad, estaba seguro de que era un sueño. ¿No has notado algo extraño en mí en el desayuno?

—Sí, ahora que pienso en ello, sí lo he notado.

—Bien, no era nada demasiado extraño, o lo hubieras mencionado. De todos modos, di perfectamente mi clase de las nueve. A las once, había olvidado todo el incidente. Entonces, justo antes de la comida, necesité un libro. Necesitaba..., bien, el título del libro no importa; simplemente lo necesitaba. Estaba en un estante de arriba, pero podía alcanzarlo. Jane...

Se detuvo.

—Bien, prosigue, Roger.

—Mira, ¿has intentado alguna vez alcanzar una cosa que está a

sólo un palmo de distancia? Te inclinas y automáticamente das un paso hacia ella mientras la coges. Es algo por completo involuntario. Se trata simplemente de la coordinación refleja de tu cuerpo.

—De acuerdo. ¿Y?

—Me tendí hacia el libro, y automáticamente di un paso hacia arriba. ¡En el aire, Jane! ¡En el mismo aire!

—Voy a llamar a Jim Sarle, Roger.

—No estoy enfermo, maldita sea.

—Creo que debería hablar contigo. Es un amigo. No será una visita médica. Simplemente hablará contigo.

El rostro de Roger enrojeció con repentina irritación.

—¿Y qué bien puede hacerme eso?

—Ya veremos. Ahora siéntate, Roger. Por favor.

Se dirigió al teléfono.

Él la detuvo sujetándola por la muñeca.

—No me crees.

—h, Roger.

—No me crees.

—Sí te creo. Claro que te creo. Simplemente quiero...

—Sí. Simplemente quieres que Jim Sarle hable conmigo. Así es como me crees. Te estoy diciendo la verdad, pero tú quieres que hable con un psiquiatra. Mira, no tienes que creer en mi palabra. Puedo probarlo. Te probaré que puedo 90tar.

—Te creo.

—No seas tonta. Sé cuándo me están engañando. ¡Quédate quieta! Ahora obsérvame.

Retrocedió hasta el centro de la habitación y, sin ningún preliminar, se alzó del suelo. Quedó suspendido, con las puntas de sus zapatos a quince centímetros de la alfombra.

Los ojos y la boca de Jane se convirtieron en tres redondas "O".

—Baja, Roger—musitó—. Por todos los cielos, baja.

Él descendió de nuevo, y sus pies tocaron el suelo sin el menor ruido.

—¿Lo has visto?

—h, Dios mío. Dios mío.

Se lo quedó mirando, entre asustada y trastornada.

En el aparato de televisión, una mujer pechugona cantaba con voz apagada que volar muy alto con algún tipo en el cielo era su idea de nada en absoluto.

Roger Toomey miró a la oscuridad del dormitorio.

—Jane—susurró.

—¿Qué?

—¿No duermes?

—No.

—Yo tampoco puedo dormir. Estoy sujetando constantemente la cabecera de la cama para asegurarme de que no. . . Ya sabes. Su mano avanzó inquieta y acarició el rostro de ella. Jane se echo

2-2

1

203

hacia atrás, apartando bruscamente la cabeza, como si la mano de él estuviera cargada de electricidad.

—Lo siento—dijo al cabo de un momento . Estoy un poco nerviosa.

—No te preocupes. De todos modos, voy a levantarme.

—¿Qué vas a hacer? Tienes que dormir.

—Bueno, no puedo, así que no tiene sentido que te mantenga despierta a ti también.

—uizá no ocurra nada. No tiene que ocurrir todas las noches. No había ocurrido antes de la noche pasada.

—¿Cómo lo sé? Quizá simplemente nunca subí tanto. Quizá nunca me desperté y me encontré en esa situación. De todos modos, ahora es distinto.

Se sentó en la cama, las piernas dobladas, los brazos abrazando sus rodillas, la cabeza apoyada en ellos. Echó la sábana a un lado y frotó su mejilla contra la suave franela del pijama.

—Ahora todo será inevitablemente distinto. Mi mente está llena de ello. Cuando me duerma, cuando no me mantenga conscientemente anclado abajo..., sé que ascenderé.

—No veo por qué. Eso debe representar un cierto esfuerzo.

—Ése es el detalle. No representa ningún esfuerzo.

—Pero estás luchando contra la gravedad, ¿no?

—Lo sé, pero pese a todo no representa ningún esfuerzo. Mira, Jane, si al menos pudiera comprenderlo, no importaría tanto.

Bajó las piernas de la cama y se puso en pie.

—No quiero hablar de ello.

—Yo tampoco—murmuró su esposa.

Se echó a llorar, luchando contra los sollozos y convirtiéndolos en estrangulados gemidos, que sonaban mucl-o peor.

—Lo siento, Jane ~iijo Roger—. Te estoy excitando demasiado.

—No, no es eso. Pero no me toques. Simplemente..., simplemente déjame sola.

Roger dio unos pasos inseguros, apartándose de la cama.

—¿Adónde vas?—preguntó ella.

—Al sofá del estudio. ¿Puedes ayudarme?

—¿Cómo?

—Quiero que me ates.

—¿Atarte?

—Con un par de cuerdas. No muy apretadas, de modo que pueda darme la vuelta si quiero. ¿Te importa?

Los pies desnudos de Jane estaban buscando ya sus zapatillas en el suelo, al lado de su cama.

—De acuerdo—dijo con un suspiro.

Roger Toomey se sentó en el pequeño cubículo que pasaba por ser su despacho y miró al montón de papeles de examen que tenía delante. En aquellos momentos no sabía cómo iba a hacer para calificarlos.

Había dado cinco clases sobre electricidad y magnetismo desde la primera vez que había flotado. Las había dado como había podido, aunque no demasiado bien. Los estudiantes le hacían preguntas ridí-

culas, de modo que probablemente no estaba siendo tan claro como acostumbraba a ser.

Hoy se había ahorrado una clase poniendo un examen sorpresa. No se había molestado en preparar uno; había echado mano de las copias de uno preparado algunos años antes.

Ahora tenía los papeles con las respuestas, y tenía que calificarlos. ¿Por qué? ¿Importaba realmente lo que decían? ¿Importaba realmente algo? ¿Era tan importante saber las leyes de la física? ¿Cuáles eran en realidad esas leyes? ¿Acaso existía alguna?

¿O todo era tan sólo una masa de confusión de la cual jamás podría extraerse nada coherente? ¿Era el universo, con toda su armoniosa apariencia, el mero caos original, aguardando todavía a que el Espíritu asomara su rostro de las profundidades?

El insomnio tampoco ayudaba. Incluso atado en el sofá, dormía tan sólo a intervalos, y siempre con pesadillas.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?—gritó furiosamente Roger.

Una pausa, y luego la insegura respuesta.

—Soy la señorita Harroway, doctor Toomey. Le traigo las cartas que me dictó.

—Está bien, entre, entre. No se quede ahí.

La secretaria del departamento abrió la puerta el mínimo indispensable, y deslizó su delgado y poco atractivo cuerpo al interior del despacho. Llevaba un montón de papeles en la mano. A cada uno de ellos iba unida una copia en papel amarillo, y un sobre con membrete y la dirección ya puesta.

Roger estaba ansioso por librarse de ella. Ése fue su error. Se tendió hacia delante para coger las cartas mientras ella se aproximaba, y notó que abandonaba la silla.

Avanzó casi medio metro hacia delante, todavía en posición sentada, antes de conseguir impulsarse violentamente hacia atrás, perdiendo el equilibrio y dando un voltereta en el proceso. Era demasiado tarde.

Era absolutamente demasiado tarde. La señorita Harroway dejó caer las cartas de su temblorosa mano. Gritó y se dio la vuelta, golpeando la puerta con el hombro, rebotando en el pasillo, y echando a correr con un fuerte repiqueteo de sus altos tacones.

Roger se puso en pie, frotándose una dolorida cadera.

—Maldita sea—exclamó furioso.

Pero no podía evitar el ver la escena desde el punto de vista de ella. Imaginó cómo debía de haberse desarrollado todo a sus ojos: un hombre ya adulto, flotando suavemente fuera de su silla y deslizándose hacia ella en posición sentada.

Recogió las cartas y cerró la puerta de su despacho. Ya era tarde; los pasillos debían de estar vacíos; además, ella probablemente se expresaría de forma incoherente. Sin embargo... Aguardó ansioso la llegada de gente.

No ocurrió nada. Quizá la mujer estuviera tendida en algún sitio desvanecida. Roger sintió la necesidad de ir a ver lo que le había ocurrido y ayudarla si era necesario, pero le dijo a su conciencia que se fuera al diablo. Hasta que descubriera exactamente qué era lo que no funcionaba en él, cuál era el origen de aquella loca pesadilla, no debía hacer nada por revelarla.

Es decir, nada más de lo que ya había hecho.

Hojeó las cartas; una para cada uno de los físicos teóricos seleccionados entre los más importantes del país. Su propio talento era insuficiente para resolver aquel asunto.

Se preguntó si la señorita Halloway habría captado el contenido de las cartas. Esperaba que no. Lo había arropado deliberadamente en lenguaje técnico; más, quizá, de lo necesario. En parte para ser discreto, y en parte para impresionar a los destinatarios con el hecho de que él, Toomey, era un legítimo y capacitado científico.

Una a una, metió las cartas en los sobres adecuados. Los mejores cerebros del país, pensó. ¿Podrían ayudarlo?

No lo sabía.

La biblioteca estaba tranquila. Roger Toomey cerró el *Journal of Theoretical Physics*, lo colocó a un lado, y se quedó mirando somnolientemente su contraportada. ¡El *Journal of Theoretical Physics*! ¿Qué contribución había hecho ninguno de aquellos hombres a la erudita parcela de absurdo conocimiento? Aquel pensamiento le desgarró. Hasta hacía muy poco tiempo habían sido para él las mayores lumbreras del mundo.

Y sin embargo seguía haciendo todo lo posible por vivir según sus códigos y su filosofía. Con la ayuda cada vez más renuente de Jane, había efectuado mediciones. Había intentado pesar el fenómeno en

la balanza, extraer sus correlaciones, evaluar sus cantidades. Había intentado, en pocas palabras, vencerlo de la única forma que sabía, convirtiéndolo simplemente en otra expresión de las eternas líneas de comportamiento que todo el universo debía seguir.

(Que debía seguir. Así lo decían las mentes más preclaras.)

Sólo que no había nada que medir. No había absolutamente ninguna sensación de esfuerzo en su levitación. En un espacio cerrado —no se había atrevido a hacer comprobaciones al aire libre, por supuesto—, podía alcanzar el techo tan fácilmente como alzarse un par de centímetros, excepto que requería más tiempo. Tenía la sensación de que con tiempo suficiente podría seguir alzándose de forma indefinida; ir hasta la Luna, si era necesario.

Podía llevar pesos mientras levitaba. El proceso se hacía más lento, pero no se apreciaba el menor incremento en el esfuerzo.

El día anterior había acudido a Jane sin advertirla, con un cronómetro en la mano.

—¿Cuánto pesas?—le preguntó.

—Cuarenta y cuatro—respondió ella.

Le miró, desconcertada.

Él la sujetó por la cintura con un brazo. Jane intentó soltarse, pero él no le prestó atención. Juntos, empezaron a ascender a paso de tortuga. Ella se aferró a él, blanca y rígida por el terror.

—Veintidós minutos, trece segundos—dijo él cuando su cabeza tocó el techo.

Cuando estuvieron de nuevo abajo, Jane se soltó de un tirón y salió apresuradamente de la sala.

Algunos días antes Roger había pasado por delante de una báscula pública, descuidadamente instalada en una esquina junto a un drugstore. La calle estaba vacía, de modo que subió a la báscula y echó una moneda. Aunque ya sospechaba algo así, se sorprendió al descubrir que pesaba doce kilos.

Empezó a llevar montones de monedas en los bolsillos y a pesarse en todas las condiciones. Era más pesado los días de viento fuerte, como si necesitara más peso para impedir ser arrastrado.

El ajuste era automático. Fuera lo que fuese lo que lo haáa levitar, mantenía un equilibrio entre comodidad y seguridad. Sin embargo, podía reforzar el control consciente sobre su levitación del

mismo modo que podía hacerlo sobre su respiración. Podía subir a una báscula y obligar a la aguja a subir hasta casi su peso normal, y por supuesto a bajar hasta la nada.

Dos días antes se había comprado una báscula y había intentado medir a qué velocidad podía cambiar de peso. No sirvió de nada. La velocidad, fuera cual fuese, era superior a la capacidad de reacción de la aguja. Todo lo que hizo fue acumular datos sobre módulos de compresibilidad y momentos de inercia.

Bien..., ¿y a qué le conducía todo aquello?

Se puso en pie y salió cansadamente de la biblioteca, con los hombros caídos. Fue sujetándose a mesas y sillas mientras caminaba hacia un lado de la habitación, y allí mantuvo la mano apoyada contra la pared. Tenía la sensación de que debía hacerlo así. El contacto con la materia le mantenía constantemente informado de su posición con relación al suelo. Si su mano perdía el contacto con una mesa o se deslizaba hacia arriba por la pared..., cuidado entonces.

El pasillo contenía el escaso número habitual de estudiantes. Los ignoró. En aquellos últimos días, habían ido aprendiendo gradualmente a dejar de saludarle. Roger imaginó que algunos de ellos pensaban que era un tipo raro, y probablemente muchos empezaban a sentir antipatía hacia él.

Pasó junto al ascensor. Ya nunca lo tomaba; especialmente para bajar. Cuando el ascensor iniciaba su movimiento hacia abajo, le resultaba imposible no flotar en el aire, aunque sólo fuera por unos momentos. No importaba que se preparara para combatir el momento; flotaba, y la gente podía volverse y mirarle.

Avanzó una mano hacia la barandilla en el arranque de la escalera y, justo antes de que su mano la tocara, uno de sus pies tropezó con

2-i

207

el otro. Fue el tropezón más desmañado que se pueda imaginar. Tres semanas antes, Roger hubiera rodado escalera abajo.

Esta vez, su sistema autónomo se hizo cargo de las cosas, e inclinándose hacia delante, los brazos abiertos, los dedos de las manos extendidos, las piernas semidobladas, flotó hacia abajo como un planeador. Parecía estar suspendido por hilos.

Estaba demasiado desconcertado para contenerse, demasiado paralizado por el horror como para hacer algo. A medio metro de la ventana del piso de abajo, se detuvo automáticamente y flotó.

Había dos estudiantes en el piso adonde fue a parar, ambos apretados contra la pared, otros tres en el arranque de la escalera, dos en

el piso de más abajo, y uno en el descansillo junto a él, tan cerca que casi podían tocarse.

Todo estaba muy silencioso. Todos le estaban mirando.

Roger se enderezó en el aire, descendió hasta el suelo, y echó a correr escalera abajo, empujando bruscamente a un estudiante fuera de su camino.

Las conversaciones se transformaron en una única exclamación a sus espaldas.

—¿El doctor Morton desea verme?

Roger se volvió en su sillón, sujetándose firmemente a uno de sus brazos.

La nueva secretana del departamento asintió.

—Sí, doctor Toomey.

Se marchó rápidamente. En el poco tiempo que llevaba allí desde que la señorita Harroway presentara su dimisión, se había enterado de que el doctor Toomey tenía algo "raro". Los estudiantes le evitaban. En su clase de hoy, los asientos de atrás habían estado llenos de murmullos de estudiantes. Los asientos de delante habían permanecido desocupados.

Roger miró al pequeño espejo de pared cerca de la puerta. Se ajustó la chaqueta y se sacudió un hilo, pero esa operación hizo poco por mejorar su apariencia. Su tez era cada vez más amarillenta. Había perdido al menos cuatro kilos desde que todo aquello empezara, aunque por supuesto no tenía forma de saber exactamente cuánto había perdido. Su aspecto general era enfermizo, como si su digestión estuviera perpetuamente en contra de él y venciera todos los combates.

No sentía ninguna aprensión acerca de aque'la entrevista con el jefe del departamento. Había alcanzado un pronunciado cinismo referente a los incidentes de levitación. Aparentemente, los testigos no hablaban. La señorita Harroway no lo había hecho. No había ninguna señal de que los estudiantes que le habían visto en la escalera lo hubieran hecho tampoco.

Con un último toque al nudo de su corbata, abandonó el despacho.

El despacho del doctor Philip Morton no estaba muy lejos al

I

fondo del pasillo, lo cual era un hecho que Roger tenía que agradecer. Cultivaba cada vez más la costumbre de andar con una sistemática lentitud. Alzaba un pie y lo adelantaba, observando. Luego alzaba el otro pie y lo adelantaba, observando también. Avanzaba decididamente encorvado, mirándose los pies.

El doctor Morton frunció el ceño cuando Roger entró. Tenía unos ojos pequeños, y exhibía un hirsuto bigote mal recortado y un traje desaliñado. Poseía una moderada reputación en el mundo científico, y una decidida inclinación a dejar las tareas de enseñanza en manos de los miembros de su departamento.

—Mire, Toomey—dijo—, he recibido una carta de lo más extraña de Linus Deering. Usted le escribió el...—Consultó un papel sobre su escritorio—. El veintidós del mes pasado. ¿Es ésta su firma?

Roger miró y asintió. Ansiosamente, intentó leer del revés la carta de Deering. Aquello era inesperado. De las cartas que había enviado el día del incidente con la señorita Harroway, hasta aquel momento sólo cuatro habían sido contestadas.

Tres de ellas habían consistido en frías respuestas de un sólo párrafo, que decían más o menos: "Acuso recibo de su carta del veintidós. No creo que pueda ayudarle en el asunto que me plantea". Una cuarta, la de Ballantine, del Northwestern Tech, había sugerido torpemente un instituto de investigaciones psíquicas. Roger no pudo decidir si estaba intentando ayudarle o si le insultaba.

Deering, de Princeton, hacía el número cinco. Había puesto grandes esperanzas en Deering.

El doctor Morton carraspeó fuertemente y se ajustó las gafas.

—Quiero leerle lo que dice. Siéntese, Toomey, siéntese. Dice: "Querido Phil..."

El doctor Morton alzó brevemente la vista, con una sonrisa fatua.

—Linus y yo nos conocimos en las reuniones de la Federación el año pasado—explicó—. Tomamos unas cuantas copas juntos. Es un tipo encantador.

Se ajustó de nuevo las gafas, y volvió a la carta:

—Querido Phil: ¿Hay un tal doctor Roger Toomey en tu departamento? Recibí una carta suya realmente extraña el otro día. Te aseguro que no sé qué hacer con ella. Al principio pensé olvidarla, como

una más de esas cartas de chiflados que recibimos todos. Luego pensé que puesto que la carta llevaba el membrete de tu departamento, tú deberías saber algo sobre ello. Claro que es posible que alguien esté utilizando a tu personal como parte de un embaucamiento. Te adjunto la carta del doctor Toomey para que la examines. Espero poder visitar algún día vuestra parte del país.. .” Bien, el resto es personal.

El doctor Morton dobló la carta, se quitó las gafas, las colocó en un estuche de piel, y se metió éste en el bolsillo superior de su chaqueta. Entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante.

—Bien —dijo, creo que no hay necesidad de que le lea su propia carta. ¿Se trata de alguna broma? ¿Un engaño?

1~ cuentos paralelo~

—Doctor Morton—dijo Roger lentamente—, estaba hablando en serio. No veo nada malo en mi carta. La envié a unos cuantos físicos. Habla por sí misma. He hecho observaciones de un caso de levitación, y deseaba información acerca de posibles expiicaciones teóricas a un tal fenómeno.

—¡Levitación! ¿De veras?

—Es un caso auténtico, doctor Morton.

—¿Lo observó usted personalmente?

—Por supuesto.

—¿Nada de hilos ocultos? ¿Nada de espejos? Mire, Toomey, usted no es un experto en estos fraudes.

—Fue una serie absolutamente científica de observaciones. No hay ninguna posibilidad de fraude.

—Hubiera debido consultarme, Toomey, antes de enviar esas cartas.

—Quizá hubiera debido hacerlo, doctor Morton, pero francamente, pensé que podría mostrarse usted... reacio.

—Bien, gracias. Hubiera debido esperar algo así. Y con el membrete del departamento. Me siento realmente sorprendido, Toomey. Mire, su vida es suya. Si desea usted creer en la levitación, adelante, pero hágalo estrictamente en su tiempo libre. En bien del departamento y de la universidad, debería resultarle obvio que este tipo de cosas no pueden interferir con sus asuntos docentes.

“De hecho, observo que ha perdido usted algo de peso recientemente, ¿no es así, Toomey? Sí, no tiene en absoluto buen aspecto. Si

yo fuera usted, ína a ver a un médico. Un especialista de los nervios, quizá.

—¿No cree que sería mejor un psiquiatra?—dijo Roger amargamente.

—Bien, eso es enteramente asunto suyo. En cualquier caso, un poco de descanso...

El teléfono había sonado, y la secretaria había atendido la llamada. Ahora le hizo una seña al doctor Morton, y éste tomó su extensión.

—¿Sí...?—dijo—. Ah, doctor Smithers, sí... Hummm... Sí... ¿Relativo a quién?... Bueno, de hecho, está aquí conmigo precisamente ahora... Sí... Sí, inmediatamente.

Colgó el teléfono, y miró pensativo a Roger.

—El decano desea vemos a los dos.

—¿Acerca de qué, señor?

—No lo ha dicho.—Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. ¿Viene, Toomey?

—Sí, señor.

Roger se puso en pie despacio, anclándose cuidadosamente con la puntera de sus zapatos en la parte inferior del escritorio del doctor Morton mientras lo hacía.

El decano Smithers era un hombre delgado con un largo rostro ascético. Su dentadura postiza encajaba tan mal en su boca que haáa que al pronunciar las sibilantes sonaran como un medio silbido.

—Cierre la puerta, señorita Bryce—dijo—, y no me pase ninguna llamada telefónica hasta que la avise. Siéntense, caballeros.

Se los quedó mirando ominosamente, y añadió:

—Creo que será mejor que vaya directamente al asunto. No sé exactamente lo que está haciendo el doctor Toomey, pero debe pararlo.

El doctor Morton se volvió hacia Roger, sorprendido.

—¿Qué ha estado usted haciendo?

Roger se alzó desalentadamente de hombros.

—Nada que yo pueda evitar.

Después de todo, había subestimado las habladurías de los estudiantes.

—Oh, vamos, vamos.—El decano mostró impaciencia—. Estoy seguro de que no conozco lo suficiente de la historia como para juzgar, pero parece que es usted el centro de todas las habladurías; habladurías que son completamente impropias del espíritu y la dignidad de esta institución.

—No sé nada de todo eso—dijo el doctor Morton.

El decano frunció el ceño.

—Entonces parece usted más bien sordo. Me resulta sorprendente la forma en que el cuerpo docente puede permanecer en la completa ignorancia de asuntos que saturan por entero el cuerpo estudiantil. Nunca antes me había dado cuenta de ello. Yo mismo lo oí por accidente; por un accidente muy afortunado, de hecho, puesto que conseguí interceptar a un periodista que llegó esta mañana buscando a alguien llamado “el doctor Toomey, el profesor volante”.

—¿Qué?—gritó el doctor Morton.

Roger escuchó con desaliento.

—Eso es lo que dijo el periodista. Cito sus propias palabras. Parece que uno de nuestros estudiantes llamó a su periódico. Eché al periodista e hice venir al estudiante a mi despacho. Según él, el doctor Toomey voló..., y utilizo la palabra “voló” porque así fue como insistió el estudiante en llamarlo..., bajando todo un tramo de escalones y volviendo a subirlos luego. Afirmó que hubo docenas de testigos.

—Solamente los bajé—murmuró Roger.

El decano Smithers estaba ahora recorriendo arriba y abajo la alfombra de su despacho. Parecía ser presa de una elocuencia febril.

—Ahora escuche, Toomey. No tengo nada contra las representaciones de aficionados. Desde mi llegada a este puesto he luchado denodadamente contra la pomposidad y la falsa dignidad. He animado el hermanamiento entre los distintos cuerpos de la facultad, y jamás he puesto objeción a una confraternización razonable con los estudiantes. Así que no puedo objetar nada si desea usted un show a sus estudiantes, en su propia casa.

(~)

“Seguramente se dará usted cuenta de lo que puede ocurrirle a la

universidad si la prensa irresponsable la toma con nosotros. ¿Deberíamos dejar que el delirio hacia un profesor volante sustituya al delirio hacia los platillos volantes? Si los periodistas entran en contacto con usted, doctor Toomey, espero que niegue categóricamente todos los hechos que se le imputan.

—Comprendo, decano Smithers.

—Confío en que logremos salirnos de este incidente sin daño apreciable. Debo pedirle, con toda la firmeza que me confiere mi cargo, que nunca repita su..., esto..., hazaña. Si vuelve a ocurrir, me veré obligado a solicitar su dimisión. ¿Ha comprendido bien, doctor Toomey?

—Sí—dijo Roger.

—En ese caso, buenos días, caballeros.

El doctor Morton condujo a Roger de vuelta a su despacho. Esta vez, despidió a su secretaria y cerró cuidadosamente la puerta tras él.

—Por todos los cielos, Toomey—murmuró—, ¿tiene esta locura alguna conexión con su carta acerca de la levitación?

Los nervios de Roger estaban a punto de estallar.

—¿No resulta obvio? En esas cartas me refería a mí mismo.

—¿Puede usted volar? ¿Quiero decir, levitar?

—Puede utilizar la palabra que más le guste.

—Nunca he oído de tal... Maldita sea, Toomey, ¿le vio alguna vez levitar la señorita Harroway?

—En una ocasión. Fue un accid. . .

—Por supuesto. Ahora todo resulta obvio. Estaba tan histérica que era difícil entender lo que decía. Contó que usted saltó hacia ella. Sonaba como si estuviera acusándole de..., de...—El doctor Morton parecía azarado—. Bueno, yo no la creí. Era una buena secretaria, entiéndalo, pero obviamente no una de esas destinadas a atraer la atención de un hombre. Me sentí realmente aliviado cuando se fue. Pensé que la próxima vez se presentaría con un revólver, o acusándome a mí... Usted..., usted levitó, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo lo hace?

Roger agitó la cabeza.

—Ese es mi problema. No lo sé.

El doctor Morton se permitió una sonrisa.

—¿Seguro que no repele la ley de la gravedad?

—Sí, creo que es eso. Debe de haber algo relacionado con la antigravedad mezclado en el fenómeno, no sé cómo.

La indignación del doctor Morton ante el hecho de que una broma como aquella fuera tomada en serio era evidente.

—Mire, Toomey, eso no es algo que pueda tomarse a risa.

—Tomarse a risa. Santo cielo, doctor Morton, ¿tengo el aspecto de estarme riendo?

—Bueno..., necesita usted un descanso. Sin discusión. Un poco de descanso, y esa tontería suya pasará. Estoy seguro de ello.

—No es ninguna tontería.—Roger agitó un momento la cabeza, luego dijo, con tono tranquilo—: Le diré una cosa, doctor Morton, ¿le gustaría colaborar conmigo en esto? En cierto sentido, es algo que puede abrir nuevos horizontes en las ciencias físicas. No sé como funciona; simplemente no puedo concebir ninguna solución. Los dos, juntos. . .

La expresión de horror del doctor Morton era a aquellas alturas inconfundible.

—Sé que suena extraño—insistió Roger—. Pero se lo demostraré. Es algo completamente auténtico. Querría que no lo fuese.

—Oh, vamos. —El doctor Morton saltó de su silla—. No se canse. Necesita usted urgentemente un descanso. No creo que deba aguardar hasta junio. Váyase a casa ahora mismo. Veré que se le siga abonando su sueldo, y yo mismo me encargaré de sus clases. Solía hacerlo antes, ya sabe.

—Doctor Morton, esto es importante.

—Lo sé, lo sé.—El doctor Morton le dio una palmada en el hombro—. De todos modos, muchacho, tiene usted muy mal aspecto. Hablando francamente, tiene usted un aspecto infernal. Necesita un largo descanso.

—Puedo levitar.—La voz de Roger estaba subiendo nuevamente

de volumen—. Usted intenta librarse de mí porque no me cree. ¿Piensa que estoy mintiendo? ¿Cuáles podrían ser mis motivos?

—Se está excitando innecesariamente, muchacho. Déjeme llamar por teléfono. Haré que alguien le lleve a casa.

—Le digo que puedo levitar—gritó Roger.

El doctor Morton se puso rojo.

—Mire, Toomey, no sigamos discutiendo eso. No me importaría aunque se echase a volar por los aires en este mismo momento.

—¿Quiere decir que ver no significa creer, en lo que a usted respecta?

—¿En la levitación? Por supuesto que no.—El jefe del departamento estaba casi vociferando—. Si le viera a usted volar, iría a ver a un optometrista o a un psiquiatra. Antes creeré que estoy loco que el que las leyes de la física...

Se interrumpió, y carraspeó fuertemente.

—Bien, como ya he dicho, no discutamos sobre eso. Voy a llamar por teléfono.

—No es necesario, señor. No es necesario—dijo Roger—. De acuerdo. Me tomaré un descanso. Adiós.

Salió rápidamente, caminando con más brío que nunca lo había hecho en los últimos días. El doctor Morton, de pie, las manos apoyadas planas sobre su escritorio, se quedó contemplando con alivio la espalda de Toomey mientras se alejaba.

212

1,

213

James Sarle, el médico, se hallaba en la sala de estar cuando Roger llegó a casa. En el momento en que éste cruzó la puerta, el médico estaba encendiendo su pipa con una mano de recios nudillos rodeando la cazoleta. Sacudió el fósforo para apagarlo, y su rubicundo rostro se frunció en una sonrisa.

—Hola, Roger. ¿Dimitiendo de la raza humana? No he sabido nada de ti desde hace más de un mes.

Sus negras cejas se juntaron sobre el puente de la nariz, dándole una apariencia más bien condescendiente, que de alguna forma le ayudaba a establecer una atmósfera adecuada con sus pacientes.

Roger se volvió hacia Jane, que permanecía hundida en un sillón. Como de costumbre últimamente, su rostro mostraba una expresión

de lánguido agotamiento.

—¿Por qué lo has traído aquí?—le dijo Roger.

—¡Alto! Alto, hombre—dijo Sarle—. Nadie me ha traído. Esta mañana encontré a Jane en el centro, y me invité. Soy más grande y fuerte que ella; no pudo impedirlo.

{s encontrasteis por mera coincidencia, supongo. ¿Das hora también para tus coincidencias?

Sarle se echó a reír.

—Digámoslo de esta otra forma: ella me habló un poco de lo que ha estado pasando aquí.

—Siento que no estés de acuerdo, Roger—dijo Jane débilmente—, pero ha sido la primera oportunidad que he tenido de hablar con alguien que pueda comprender.

—¿Qué te hace pensar que él puede comprender? Dime, Jim, ¿crees su historia?

—No es una cosa fácil de creer—dijo Sarle—. Lo admito. Pero lo estoy intentando.

—Está bien, supón que vuelo. Supón que me pongo a levitar ahora mismo. ¿Qué harías?

—Supongo que desmayarme. Quizás exclamara: “¡Santo Dios!”. Quizá me echara a reír a carcajadas. ¿Por qué no lo probamos, y vemos lo que pasa?

Roger se lo quedó mirando fijamente.

—¿De veras deseas verlo?

—¿Por qué no iba a desearlo?

—Aquellos que lo han visto hasta ahora se han puesto a gritar, han echado a correr o se han quedado helados de horror. ¿Podrás soportarlo, Jim?

—Yo creo que sí.

—De acuerdo.

Roger se deslizó medio metro hacia arriba, y ejecutó diez veces un lento entrechat. Se quedó en el aire, las puntas de los pies apuntando hacia abajo, las piernas juntas, los brazos graciosamente extendidos en una amarga parodia de saludo.

—Mejor que Nijinski, ¿eh, Jim?—preguntó.

Sarle no hizo ninguna de las cosas que había sugerido que podía

214

hacer. Excepto agarrar su pipa como si estuviera a punto de caérsele, no hizo absolutamente nada.

Jane había cerrado los ojos. Las lágrimas asomaban quietamente por entre sus párpados. .

—Baja, Roger—dijo Sarle.

Roger bajó. Tomó asiento y dijo:

—Escribí a una serie de físicos, hombres de gran reputación. Les expliqué la situación de una forma impersonal. Dije que pensaba que todo esto debería ser investigado. La mayor parte de ellos me ignoraron. Uno escribió al viejo Morton para preguntarle si yo era un farsante o estaba loco.

—h, Roger—murmuró Jane.

—¿Tú crees que se trata de algo malo? El decano me llamó hoy a su despacho. Me dijo que tenía que dejar de hacer esos juegos de salón. Parece que me caí por la escalera y automáticamente levité hasta abajo. Morton dice que no creerá que puedo volar ni siquiera aunque me vea en plena acción. En este caso ver no significa creer, dice, y en consecuencia me ordena que me tome un descanso. No pienso volver allí.

—Roger—dijo Jane, abriendo mucho los ojos—. ¿Estás hablando en serio?

—No puedo volver. Me dan asco, todos ellos. ¡Científicos!

—Pero ~ qué vas a hacer?

—No lo sé.—Roger hundió la cabeza entre las manos. Con voz ahogada, dijo—: Dímelo tú, Jim. Tú eres el psiquiatra. ¿Por qué no me creen?

—Quizá se trate de un asunto de autoprotección, Roger—dijo Sarle lentamente—. A la gente no le gustan las cosas que no puede comprender. Incluso hace algunos siglos, cuando muchas personas creían en la existencia de habilidades extranaturales, como volar sobre palos de escoba, por ejemplo, casi siempre se suponía que esos poderes eran originados por las fuerzas del mal.

“La gente aún sigue creyendo eso. Puede que no haya muchos que crean todavía literalmente en el diablo, pero la creencia generalizada de que todo lo extraño es malo subsiste. Lucharán contra la idea de creer en la levitación..., o se asustarán mortalmente si se ven obligados a tsagar el hecho. Ésa es la verdad, así que enfréntate a ella.

Roger meneó la cabeza.

—Tú estás hablando de gente, y yo hablo de científicos.

—Los científicos también son gente.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tengo aquí un fenómeno. No es brujería. No he hecho ningún trato con el diablo. Jim, tiene que existir una explicación natural. No sabemos todo lo que hay que saber sobre gravitación. Realmente, apenas sabemos nada. ¿No crees que es concebible que exista algún método biológico de anular la gravedad? Quizá yo sea una mutación de algún tipo. Quizá posea un..., bueno, llamémosle un músculo..., que puede anular la gravedad. Al menos puede anular el efecto de la gravedad en mí mismo. Bien, investiguemos eso. ¿Por qué quedarnos sentados con las manos cruzadas? Si conseguimos dominar la antigravedad, imagina lo que eso representará para la raza humana.

—Espera un momento, Roger—dijo Sarle—. Piensa un poco en el asunto. ¿Por qué te sientes tan infeliz al respecto? Según Jane, estabas casi loco de miedo el primer día que te ocurrió, antes de que tuvieras ninguna forma de saber que la ciencia iba a ignorarte y que tus superiores iban a mostrarse tan poco cooperativos.

—Eso es cierto—murmuró Jane.

—¿Por qué te ocurrió eso?—continuó Sarle—. Lo que tenías entre las manos era un nuevo, grande y maravilloso poder; una repentina liberación del horrible empuje de la gravedad.

—Oh, no digas tonterías—murmuró Roger—. Fue... horrible. No podía comprenderlo. Y sigo sin poder.

—Exacto, muchacho. Era algo que no podías comprender y, en consecuencia, algo horrible. Eres un físico. Sabes qué es lo que hace funcionar al universo. O si no lo sabes, sabes que hay otros que sí lo saben. Aunque nadie comprenda un determinado punto, sabes que algún día alguien lo comprenderá. La palabra clave es comprender. Forma parte de tu vida. Ahora te encuentras frente a frente con un fenómeno que consideras que viola una de las leyes básicas del universo. Los científicos dicen: dos masas se atraen mutuamente según una regla matemática preestablecida. Es una propiedad inalienable

de la materia y del espacio. No hay excepciones. Y ahora tú eres una excepción.

—Y cómo—acotó Roger sombríamente.

—¿No lo entiendes, Roger?—prosiguió Sarle—. Por primera vez en la historia, la humanidad posee realmente lo que considera leyes inquebrantables. Repito, inquebrantables. En las culturas primitivas, un hechicero podía utilizar un encantamiento para producir lluvia. Si no funcionaba, eso no trastornaba la validez de la magia. Simplemente significaba que el chamán había olvidado alguna parte del encantamiento, o había roto un tabú, o había ofendido a un dios. En las modernas culturas teocráticas los mandamientos de la deidad son inquebrantables. Sin embargo, si un hombre quebranta los mandamientos y pese a ello prospera, eso no significa que esa religión en particular no sea válida. Los caminos de la providencia son admitidos como misteriosos, y todo el mundo sabe que en algún lugar le aguarda al culpable un invisible castigo.

“Hoy, sin embargo, existen leyes que realmente no pueden ser quebrantadas, y una de ellas es la ley de la gravedad. Funciona incluso cuando el hombre que la invoca ha olvidado murmurar lo de esto más eso más eso otro igual a aquello de más allá al cuadrado.

Roger consiguió esbozar una torcida sonrisa.

—Estás completamente equivocado, Jirn. Las leyes inquebrantables han sido quebrantadas constantemente, una y otra vez. La radiactividad era algo imposible cuando fue descubierta. La energía surgió de la nada; cantidades increíbles de ella. Era algo tan ridículo como la levitación.

—La radiactividad era un fenómeno objetivo que podía ser transmitido y reproducido. El uranio velaba la película fotográfica para todo el mundo. Un tubo de Crookes podía ser construido por cualquiera y producía un flujo de electrones de idénticas características para todo el mundo. Tú...

—Yo he intentado transmitir.. .

—Lo sé. Pero ¿puedes decirme, por ejemplo, cómo puedo yo levitar?

—Por supuesto que no.

—Eso limita a los demás únicamente a la observación, sin reproducción experimental. Y sitúa tu levitación en el mismo plano que la evolución estelar, algo acerca de lo cual cabe teorizar, pero con lo que nunca se podrá experimentar.

—Sin embargo, hay científicos dispuestos a dedicar sus vidas a la astrofísica .

—Los científicos son gente. No pueden alcanzar las estrellas, así que se aproximan lo más que pueden. Pero sí pueden alcanzarte a ti, y ser incapaces de tocar tu levitación es algo que los pondrá furiosos.

—Jim, ni siquiera lo ha intentado. Hablas como si yo hubiera sido estudiado, pero lo cierto es que ni siquiera han tomado en consideración el problema.

—No tienen por qué hacerlo. Tu levitación forma parte de un tipo de fenómenos que nunca son tomados en consideración. La telepatía, la clarividencia, la presciencia, y un millar de otros poderes extra-naturales, nunca han sido investigados con seriedad, ni siquiera cuando han sido descritos con todas las apariencias de credibilidad. Los experimentos de Rhine sobre la percepción extrasensorial han irritado a un número mayor de científicos que los que puedan haberse sentido intrigados. Así que enténdelo, no necesitan estudiarte para saber que no desean estudiarte. Lo saben por anticipado.

—¿Y eso te parece divertido, Jim? Científicos negándose a investigar hechos; dándole la espalda a la verdad. Y tú te limitas a quedarte ahí sentado, sonriente y haciendo alegres afirmaciones.

—No, Roger, sé que todo esto es serio. Y no pretendo justificar a la humanidad, de veras. Estoy ofreciéndote mis pensamientos, una opinión. ¿Acaso no te das cuenta? Lo que intento en realidad es ver las cosas tal como son. Eso es lo que tendrías que hacer tú. Olvida tus ideales, tus teorías acerca de cómo debería actuar la gente. Considera lo que estás haciendo. Y trata de aceptarlo como una condición de la vida con la que tienes que vivir. Aunque no vaya a ser fácil.

—¿Cómo crees que puedo vivir con ello?

James Sarle vació la pipa y se la guardó.

—¿Quieres saber mi opinión?

* Fmnece ~ revir ~ n-rtir rle ~tP mmtó, El final revisado, a partir de
—r ~ - r— --- — — r—

216

1

217

—Te escucho.

—En tu estado de ánimo actual, no puedes seguir trabajando como científico. Tienes que vivir de tal modo que tu levitación pueda ser aceptada por los demás como una especie de hecho establecido. ¿No lo crees así?

—Eso sería un alivio.

—En tal caso te sugiero algo. Conozco a un hombre llamado William Magoun. Creo que puedo convencerle para que te ayude. Es una especie de productor teatral. Es propietario del “Black Mask”, una especie de club nocturno. O ésa es, al menos, la descripción más cercana a la realidad.

—¿Qué demonios me estás sugiriendo?

—¿No te parece evidente? ¿Por qué no actuar en un escenano?
¿Por qué no considerarte un mago?

Sarle cogió el abrigo y se mcorporó.

Roger exclamó:

—¡Un mago!

—Traje conmigo la tarjeta de Magoun, por si acaso. Tómala, ¿quieres? Y, Roger, tienes un aspecto terrible. ¿Cuándo fue la última vez que pasaste una buena noche de sueño?

Roger murmuró algo vago.

—¿Quieres que te recete píldoras para dormir?

Roger se levantó.

—No, no las necesito. Aún me quedan algunas que me dio un miembro de la Escuela de Medicina.. . ¡Mago!

—Es un modo de vida respetable—dijo Sarle dirigiéndose hacia la puerta.

Jane estrechó la mano de Sarle y le dijo suavemente:

—Gracias, Jim. Gracias por haber hablado con él.

—No te preocupes, Jane—dijo Sarle apretándole los dedos.

—¿Jim?—llamó Roger.

—¿Sí?

—¿Cómo es que mi levitación no te ha inquietado?

—Yo no soy un científico ffsico, Roger—contestó Sarle sonriendo—. Me temo que en mi profesión no tenemos reglas. O, al menos, cada pequeña escuela de psiquiatría tiene sus propias reglas,

que son a su vez excluyentes con respecto a las demás, lo que viene a ser lo mismo. De modo que, ¿qué significa una ley quebrantada? Es lo mismo...

—¿Y bien?

—No creo que asista a ninguna de tus actuaciones en el “Black Mask”, si es que Magoun decide aceptarte. No te importará, ¿verdad?

—No—contestó Roger sombríamente—, no me importará.

Sarle se marchó y Roger y Jane se quedaron solos.

—¿Qué piensas de todo esto, Jane?—preguntó Roger.

—No lo sé—contestó ella sin abandonar su apatía.

—¡Convertirme en un mago!

—¿Y qué importa eso?—dijo ella saliendo bruscamente de la habitación.

Roger la siguió con la mirada y después contempló lentamente la tarjeta que Sarle le había entregado.

218

1

219

—¡Ahora!

—¿Tal y como va vestido, con esas ropas?

—Desde luego.

—Bueno, eso me intriga. Tiene usted que ser un aficionado. Los magos que yo conozco serían incapaces de cortar una baraja en traje de calle. Se sentirían desnudos. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No he imaginado ningún traje especial que ponerme—dijo Roger.

—¿No? Bueno, quizá debería haber empezado por ahí. La gente empieza a cansarse de todo lo que se inventan los magos. Puede que haya algo de original en ver a un tipo vestido con un sumple traje haciendo sus triquiñuelas. Sería una especie de novedad, ¿comprende? Está bien, vayamos al escenario y yo me sentaré entre las mesas de la sala. ¿Dónde están sus artilugios de apoyo?

—Yo mismo me ocuparé de ellos—murmuró Roger.

Salieron a la sala vacía del club nocturno, en semipenumbras a

causa de las pesadas cortinas que cubrían las ventanas. Magoun apretó un interruptor que arrojó luz sobre el escenario.

—Adelante—dijo, retrocediendo hacia la zona donde estaban situadas las mesas—. No tiene que preocuparse por los preámbulos o la jerga publicitaria. Demuéstreme simplemente cómo flota usted, ¿comprende? Hágalo como si acabaran de sonar los tambores anunciándole.

En uno de los extremos de la sala, un camarero se apoyó, interesado, sobre la escoba que había estado manejando.

Roger miró a su alrededor, sintiéndose confundido. Experimentó una horrible pero momentánea sensación de incapacidad. Ahora que, por primera vez, deseaba flotar, parecía haberse olvidado de cómo hacerlo. Allí estaba Magoun, haciéndole gestos de asentimiento con la cabeza, rodeando con los labios el grueso puro que estaba encendiendo. Allí estaba también aquel camarero, observándole atentamente. Y allí estaba también aquel enorme vaáo desde el que, alguna noche, cientos de ojos podrían estar mirándole.

Y pensó para sí mismo: “Arriba, muchacho”

Y se elevó.

Flotó hacia el techo, permaneciendo a media altura. Escuchó el grito ronco de Magoun y vio al camarero salir precipitadamente por la puerta más cercana.

Roger describió una vuelta de campana en el aire y después descendió sobre el escenario.

Magoun ya estaba junto a él en cuanto tocó el suelo.

—Sensacional, Toomey, terrorífico. Es una ilusión maravillosa. ¿Cómo diablos lo hace?

—Bueno. .. Es un secreto profesional ya sabe...

~h, claro, claro. Le ruego me disculpe. Deben'a habérmelo imaginado antes de preguntárselo, pero lo que usted ha hecho me ha impresionado de veras, ¿sabe? Escuche, queda usted contratado. Con lo que acabo de ver, no necesita usted hacer nada más. Los va a dejar a todos impresionados.

—¿Cuánto?—preguntó Roger.

—Bueno...—Magoun dirigió un ojo hacia el techo—. Cincuenta semanales.

—Ciento cincuenta—dijo Roger.

—¿Qué? ¿Por una actuación nueva?

—Usted nunca ha visto nada parecido, ¿verdad?

—Está bien—admitió Magoun—, dejaré que se salga con la suya, teniendo en cuenta que viene recomendado por el doctor. Dos representaciones cada noche, excepto el domingo. Y el compromiso es sólo por una semana, hasta que veamos cómo marcha todo con los clientes. Veamos..., puede usted empezar el lunes, y yo me encargaré de hacer algo de publicidad por adelantado. Le presentaré como el Gran Flotino. ¿Qué le parece?

—Me parece bien—dijo Roger.

James Sarle entró, se desabrochó el abrigo y dijo en voz baja:

—Tienes mejor aspecto, Jane. ¿Cómo está Roger?

La voz de Roger sonó antes de que Jane pudiera responder.

—Estoy aquí, Jim. No vale la pena que susurres.

—¿Estaba susurrando?—preguntó Sarle alegremente. Se sacó la pipa del bolsillo del abrigo antes de entregárselo a Jane—. ¿Qué hay de nuevo?

Roger permaneció en el sillón donde se hallaba sentado.

—Hoy mismo acabo de enviar mi dimisión a la facultad.

—¿De veras?—Sarle se dirigió hacia el sofá y se sentó frente al otro—. He llamado a Magoun. Me ha dicho que eres un éxito fulminante .

—Sí—dijo Roger sombríamente—. Sólo he actuado unas pocas veces, pero al parecer voy camino del estrellato.

—El dice que vales lo que te paga.

—Muy amable por su parte. Me paga más de lo que ganaba en la facultad.

—En serio, ¿cómo te sale?

Roger se agitó, inquieto.

—¿No puedes suponértelo? Floto en el aire delante de un puñado

de idiotas, les oigo gritar, desciendo, me inclino delante de ellos y cobro mi paga. Hoy he pasado por encima de una mesa donde se habían reunido varios de fiesta y he permanecido allí suspendido un rato. Una de las mujeres empezó a gritar: "Oh, veo los hilos, los veo". El hombre que la acompañaba se subió a la mesa e hizo oscilar un periódico por el espacio, sobre mi cabeza. Otro tipo saltó para cogermé por las piernas. Yo me limité a elevarme un poco... Condenados estúpidos.

—Eso demuestra que están interesados... Aquí, Jane, siéntate.

Jane sonric, y se sentó. Había traído bebidas. Roger aceptó la suya malhumoradamente y se la bebió de un trago.

—Han acudido muchos de los estudiantes de la facultad—dijo—. Al parecer, si piensan que sólo se trata de una actuación, disfrutan con ello, ¿no resulta cómico?

—No—dijo Sarle—, en realidad no lo es. Puede que todo esto sea algo bueno. Una vez que hayas establecido tu reputación como mago, es posible que logres regresar a la vida académica.

—¿Y flotar de vez en cuando por ahí, eh? Elevarme hacia el techo durante una reunión en la facultad, o mientras leo una disertación.

—Quizá no. Una vez que te hayas olvidado de esta carga de la levitación, puede que te importune menos, e incluso es posible que la controles mejor.

—¿Lo crees de veras?—preguntó Roger mirándole inquisitivamente.

—Lo considero como una fuerte posibilidad.

—Si creyera que existe una posibilidad de que eso sea así... Bueno, si pudiera estar seguro de que no me elevo en el aire en los momentos más inconvenientes, me sentiría muy aliviado. Yo mismo podría abordar entonces el problema, sin ayuda de nadie.

—Eh, eh—dijo Sarle animosamente.

—Sólo si me dejaran solo.

—¿Y por qué no iban a dejarte solo?

—Sí. Hay que mantener esto durante un año o así, actuar en otras ciudades cuando ya se hayan hartado del "Black Mask". Y después enfrentarme con el verdadero problema. Incluso para entonces ya habré podido ahorrar un poco de dinero y, ¿quién sabe?—Se echó a reír ligeramente y añadió—: Hasta puede que llegue a gustarme el mundo del espectáculo.

Jugueteó con el vaso vacío del cóctel y permaneció sentado alh, sumido en sus pensamientos.

Sarle se volvió hacia Jane y le sonrió. Manteniendo la mano izquierda cerca de su propio cuerpo, Sarle unió los dedos gordo y anular formando un círculo y dejando extendidos los demás. Jane no le vio. Estaba mirando fijamente a Roger, con una expresión tensa y nada feliz.

—Roger—dijo ella.

—¿Qué?

—Por favor. Estás haciéndolo otra vez.

Roger, asombrado, miró hacia abajo. Su cuerpo estaba a unos quince centímetros por encima del mullido asiento del sillón.

—Lo siento—dijo, descendiendo—. En cuanto me distraigo vuelve a suceder.

—Lo sé—dijo Jane sombríamente—. Lo sé.

Roger recibió el primer sobre de su paga en el despacho de Magoun, quien trató de mostrarse cordial y logró no parecer incómodo.

—Ha sido una buena semana, señor Toomey—le dijo—, y le he incluido un pequeño extra en el sobre. Encontrará doscientos cuando lo abra.

—Gracias—dijo Roger.

—No se preocupe.—Magoun le palmeó la espalda—. Puede utilizarme como referencia, y le proporcionaré el nombre de un agente de confianza si es que desea uno.

Roger le miró, sorprendido.

—¿Qué significa eso? ¿Que ya he terminado aquí?

Magoun sacó un puro de la caja y se lo quedó mirando.

—El compromiso fue sólo por una semana, como usted recordará.

—Maldita sea, usted dijo una semana en el sentido de ver cómo me las arreglaba con el público.

—Sí, sí, en efecto. El espectáculo es bueno, pero no tiene la garra

suficiente, ¿comprende lo que quiero decir? Usted flota, pero eso es todo. Usted no baila, no ofrece un espectáculo de variedades. Ni siquiera tiene un ayudante. Alguien que realce la actuación. Si los hombres se cansan de la magia, les gusta contemplar bonitas piernas, ¿comprende?

—Pero usted está ganando dinero. El cajero me dijo que ésta ha sido la mejor semana que había conocido.

Magoun dejó el puro, sin haberlo encendido.

—Mire, señor Toomey, ¿quiere saber la verdad? Pues voy a deársela. No soy de esa clase de tipos farsantes delante de los demás, (comprende? Mire, he estado observando su actuación. No soy ningún tonto. Tengo mi experiencia. He visto actuar a más magos de los que usted podría contar. Conozco todos sus trucos. Sólo que usted no los utiliza. No hay trampa ni cartón en lo que hace usted. No les induce a apartar la vista de usted para sustituir rápidamente un artificio por otro. No se sostiene de hilos colgados del techo. Y tampoco utiliza espejos.

“Al principio pensé que sería hipnotismo, aunque nunca he visto utilizar el hipnotismo delante de toda una multitud de gente. En cualquier caso, me senté entre el público y cerré los ojos en cuanto apareció usted. Y esperé hasta que empezaron a sonar los gritos de asombro y entonces los abrí. Y ahí estaba usted, con la cabeza a tres metros por encima del escenario. No podía ser hipnotismo. Había cerrado los ojos.

—Déjeme a ver si le entiendo—dijo Roger—. ¿Quiere decir que me despide porque cree que lo que hago es cierto, que puedo realmente volar?

—No me gusta decirle esto, ¿comprende?—dijo Magoun extendiendo las manos abiertas—. No voy a admitir si creo o no en brujerías. Sólo me gustaría despedirme de usted de una forma amable, sin resentimientos.

—Espere. Suponga que puedo flotar de verdad. ¿Qué supone eso para usted?

—Bueno si es así, los chentes pueden tener la idea de que todo es demasiado cierto. Y eso no les gustaría. Ya sabe cómo es la gente. Son supersticiosos, ¿comprende? Muchos de ellos no tienen una edu-

cación muy buena. Y en cuanto menos se lo espere habría alguien gritando: “Es el diablo”, o alguna otra locura por el estilo. Mire, usted no conoce el negocio del espectáculo como yo; no tiene usted ni la más ligera idea de cómo pueden suceder las cosas. No puedo

arriesganme a que se produzca un tumulto, señor Toomey. Debo pensar en mi reputación.

—Pero se equivoca, señor Magoun. Al público le gusta que le enganen.

—Quizá. Pero únicamente mientras sepan que sólo se trata de un engaño. Un tipo logra quitarse unas esposas, muy bien. Todo el mundo sabe que se las ha arreglado para ocultar una llave en la palma de la mano, aunque no hayan podido verla. ¿Hace desaparecer a un ayudante? Todos saben que hay un espejo en alguna parte del escenario, o un botón falso o algo por el estilo. ¿Alguien capaz de leer los pensamientos de los demás? Todos saben que entre el público hay un compmche.

“Pero usted, señor Toomey, usted es demasiado bueno. Yo he visto a una mujer flotar por encima de un diván durante aproximadamente diez segundos. Está sostenida desde arriba, claro. No puede moverse, no puede cambiar de posición. Pero usted flota por cualquier parte. Se pone cabeza abajo en el aire. Se desliza por encima de las mesas. No hay fonma alguna de que haya trampa. Lo que usted hace es verdadero. Y así es como lo piensa el público... Mire, señor Toomey, dígame cómo lo hace y podremos llegar a un acuerdo. ¿Qué le parece?

Roger guardó silencio.

—En tal caso no podemos hacer nada—dijo Magoun.

—A usted no le preocupan los tumultos—dijo Roger—. Ningún productor en su sano juicio despreciaría una actuación como la mía, capaz de hacerle ganar dinero, simplemente porque la considera demasiado buena. Lo que sucede es que usted me tiene miedo. Me teme personalmente.

—No se trata de miedo—replicó Magoun—. Pero el asunto no me gusta. Me hace sentir incómodo, ¿comprende?

—¿Por qué?

—Porque no es correcto, señor Toomey. Es algo en contra de las leyes de la naturaleza. No puede ser correcto... Mire, señor Toomey ¿ha oído hablar alguna vez de la ley de la gravedad?

Roger se incorporó.

—Adiós.

Magoun extendió la mano hacia él.

—¿Sin resquemores?

Roger se marchó sin contestar.

No tomó el metro, sino que regresó a casa caminando. Estaba hecho un lío. Nadie afrontaría la verdad. Nadie sería capaz de contemplar los hechos cara a cara. Hasta un mago debía demostrar que lo que haáa no era más que un engaño. Se prefería la ilusión, el charlatanismo.

En cuanto a la verdad, había que ocultarla.

Las dos horas de caminata a primeras horas de la madrugada no le aportaron solución alguna. Subió el tramo de escalera hasta su apartamento, en el segundo piso, sintiéndose en un estado de agotamiento. Cerró la puerta suavemente tras él. El pestillo no se cerró del todo, pero él no se dio cuenta.

Se desnudó sin encender las luces para no despertar a Jane. Esta le había preparado la cama en el diván, extendiendo las sábanas sobre él.

De pronto, todo le pareció insoportable. Tenía que deárselo a Jane. Tenía que despertarla y de,árselo ahora mismo. Tenía que deárselo, maldita sea, o se derrumbaría.

Se dirigió lentamente hacia el dorrnitorio y extendió la mano hacia la almohada donde debería estar su rubia cabeza. Pero no la encontró .

—Jane—la llamó suavemente.

Y pensó confundido: “Debe de estar en el cuarto de baño”.

Tanteó para encender la lámpara de la mesita de noche y parpadeó en una habitación vaáa. La volvió a llamar..., y entonces vio la hoja de papel sujeta a la almohada con un alfiler. La arrancó de un manotazo.

Empezaba diciendo: “Roger”. Ninguna palabra de ternura; simplemente “Roger”. Los trazos de la escritura eran apresurados, desbaratados, casi incoherentes.

Roger: no puedo soportarlo y tengo que marchanme. Sé que no es culpa tuya, pero no puedo evitarlo. No quise marchanme mientras las cosas iban tan mal. Habría sido muy mezquino por mi parte. Pero ahora has iniciado una nueva carrera y lograrás salir

adelante sin mí. Por favor, no trates de encontrarme, y no te preocupes por mí. Sólo me llevo mis cosas personales y la mitad del dinero que teníamos en la cuenta común. Adiós. Jane.

Roger leyó la nota y su contenido fue impregnando lentamente su mente aturdida. Dejó caer la nota, y pensó: "Mi nueva carrera". Y después, en voz alta, medio histérica, gritó:

—¡Mi nueva carrera!

Medio mareado, se dirigió hacia la cómoda. De su parte superior tomó la caja donde guardaba sus pequeñas minucias personales: sujetadores de corbata, gemelos, una vieja pluma, la llave del club Phi Beta Kappa que ya no utilizaba. De la caja sacó el frasco de somnífero que había ido acumulando a causa de las recetas no utilizadas que le había entregado su amigo de la Escuela de Medicina. En su mente siempre había albergado un cierto presentimiento de que podría necesitarlas.

Recogió del suelo la nota de Jane y garabateó unas pocas palabras en la otra cara del papel, utilizando su pluma. Se preparó un vaso de agua, lo dejó sobre la mesita de noche, se sentó en el borde de la

224

225

ello~ paralelo~
cama y vertió media docena de pastillas para dormir en la palma de su mano. Después, vació en ella todo el tubo. Lenta, pensativamente, se las fue tragando con agua, tomando dos cada vez.

Se tumó sobre la cama y se cubrió con la sábana. Cerró los ojos.

La confusión de su mente fue apagándose y la paz descendió lentamente sobre él. La levitación ya no importaba. Nada importaba. Excepto el sueño. Sólo el sueño.

Y su última, lenta y ensonadora sensación fue que estaba flotando.

Estaba allí tumbado, enfriándose.

La aparición del rigor mortis, cuando no se produce de un modo uniforme, proporciona una pseudovida fantasmagórica a un brazo o a una pierna, haciendo que se tuerzan.

Fuera lo que fuese que controlase la levitación en el cuerpo de Roger, los primeros espasmos de la muerte lo atiesaron y lo activaron.

Hacia el mediodía, una vecina observó las dos botellas de leche junto a la puerta del apartamento de los Toomey. Llena de buenas intenciones, llamó a la puerta.

—Señora Toomey, señora Toomey.

La puerta, cuyo pestillo no se había cerrado del todo, giró hacia el interior bajo la presión de sus nudillos.

La mujer entró en el apartamento y se vio rodeada de un silencio opresivo.

—¿Señora Toomey?. . . ¿Ocurre algo?

Medio asustada, avanzó de puntillas por el salón vacío y echó un vistazo al interior del dormitorio.

Todo su ser se conmocionó y lanzó un grito salvaje. El cuerpo rígido de Roger estaba evidentemente muerto, y la mujer no esperó más, ni se detuvo a mirar más atentamente si había alguna otra cosa que llamara la atención.

Los dos agentes de policía vestidos de paisano miraron el apartamento imparcialmente y dirigieron al cadáver un breve vistazo de hastío.

El policía Dooley recogió la nota que estaba sobre la mesita de noche.

—Es de su mujer—dijo, sosteniéndola cautelosamente por uno de los bordes.

El policía Herlihan la leyó por encima del hombro de su compañero.

—¿Qué otra cosa podía esperarse? ¡Pobre fiambre!

—Llamaré al doctor Curley—dijo Dooley—. Sin duda alguna, se trata de suicidio.

Herlihan recogió cuidadosamente el frasco vacío con las puntas de dos dedos.

—Supongo que se trata de pastillas para dormir, ¿no?—dijo, volviendo a dejar el frasco.

—Seguro.

Dooley salió al salón.

Herlihan contempló especulativamente lo que quedaba de Roger Toomey. Y entonces miró más atentamente.

—Eso es extraño—munmuró.

Apartó de un tirón la sábana que colgaba extrañamente y casi se cayó de espaldas.

—¡Santo Dios!—exclamó.

Quince cenímetros de espacio separaban el cadáver del colchón.

Herlihan pasó la mano por debajo del cuerpo, pero allí no había nada capaz de sostenerlo. Únicamente espacio. Volvió a extender la mano, temblorosa, mirándola fijamente.

Salvajemente, colocó las manos sobre el pecho y el abdomen del muerto y apretó hacia abajo.

Algo chasqueó. Se escuchó un crac limpio y nítido, minúsculo, pero perfectamente audible, y el cuerpo descendió... como el de un peso muerto. Y el colchón crujió para demostrarlo.

El chasquido había procedido del interior del cuerpo, como si se hubiera extendido un músculo un poco más de lo debido.

Herlihan retrocedió.

La voz de Dooley, que hablaba por teléfono, guardó silencio, y el policía entró en el dormitorio.

—El doctor Curley vendrá dentro de media hora—dijo—. Y.... eh, Mike, este tipo ha escrito algo en la otra cara de la nota de su esposa. Escucha: "A un hombre se le puede guiar hacia }os hechos, pero no se le puede hacer creer". ¿Qué te parece?

Herlihan seguía mirando fijamente el cadáver.

Dooley frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

Herlihan sacudió la cabeza con una expresión atontada.

—¡Nada! ¡Nada en absoluto!

Creencia
(Versión publicada)

En es~e caso, y puesto que el relato fue escrito y publicado como

novela corta, hay espacio suficiente para incluir las dos versiones. Sin embargo, no hay necesidad de publicarlas completas, puesto que las dos primeras terceras partes son idénticas.

La diferencia surge, pasado ya la mitad del relato, en plena conversación entre Roger Toomey, el hombre capaz de levitar, y James Sarle, el psiquiatra. En mi versión original, Sarle recomienda que Toomey considere la idea de convertirse en mago como una forma de recuperar el control sobre su vida.

Inicié mi revisión a partir del asterisco introducido en ese párrafo, cambiando por completo lo que seguía. Aquí, pues, empezando a partir de dicho asterisco, se incluye el final de la versión que fue publicada.

En el momento en que una persona es orientada a enfrentarse a los hechos antes que a las ilusiones, los problemas tienden a desaparecer. Al final, caen en su auténtica perspectiva y se vuelven resolubles.

Roger se agitó inquieto.

—¡Chácharas psiquiátricas! Eso es como poner los dedos en las sienes de un hombre y decir: “¡Ten fe y estarás curado!”. Si el pobre tipo no resulta curado, es simplemente porque no ha sabido acumular la suficiente fe. El hechicero nunca pierde.

{Quizá tengas razón, pero déjame ver, ¿cuál es tu problema?

—Nada de catecismo, por favor. Sabes muy bien cuál es mi problema.

228

—Levitas. ¿Es eso?

—Digamos que sí. La situación es ésa, en una primera aproximación.

—No eres serio, Roger, pero probablemente tengas razón. Eso es tan sólo una primera aproximación. Después de todo, eres tú quien se está enfrentando al problema. Jane me ha dicho que has estado experimentando.

—¡Experimentando! Buen Dios, Jim, no estoy experimentando. Estoy dando palos de ciego. Para experimentar necesito cerebros de primera clase y un buen equipo. Necesito un equipo de investigación, y no lo tengo.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? Segunda aproximación.

—Ya entiendo lo que pretendes—dijo Roger—. Mi problema es

conseguir un equipo investigador. ¡Pero lo he intentado! Lo he intentado hasta que me he cansado de intentarlo.

—¿Cómo lo has intentado?

—He enviado cartas. He pedido... Oh, ya basta, Jim. No me apetece pasar por esa rutina del “tiéndete en el diván”. Sabes muy bien lo que he estado haciendo.

—Sé lo que le has dicho a la gente: “Tengo un problema, ayúdeme”. ¿Has intentado alguna otra cosa?

—Mira, Jim, estoy tratando con científicos adultos.

—Lo sé. Así que razones que una petición directa es suficiente. De nuevo no hallamos con las teorías ante los hechos. Te he explicado ya las dificultades inherentes a tu petición. Cuando agitas el pulgar en una carretera estás haciendo una petición directa, pero de todos modos la mayor parte de los coches pasan de largo. El asunto es que la petición directa ha fracasado. Así que, ¿cuál es tu problema? ¡Tercera aproximación!

—¿Encontrar otro enfoque al asunto que no falle? ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Eres tú quien lo ha dicho, ¿no?

—Es algo que ya sé sin necesidad de que tú me lo digas.

—¿De veras? Estás dispuesto a abandonar la universidad, dejar tu trabajo, renunciar a la ciencia. ¿Cuál es tu consistencia, Roger? ¿Abandonar un problema cuando tus primeros esfuerzos fallan?

—¿Rendirte cuando una teoría se muestra inadecuada en un primer momento? La misma filosofía de la ciencia experimental que se aplica a los objetos inanimados puede aplicarse también a la gente.

—De acuerdo. ¿Qué sugieres que intente? ¿Soborno? ¿Amenazas? ¿Lágrimas?

James Sarle se puso en pie.

—¿De veras deseas una sugerencia?

—Sí, adelante.

—Haz lo que te dijo el doctor Morton. Tómate unas vacaciones, y al diablo con la levitación. Es un problema para el futuro. Duerme en la cama, y flota o no flotes; ¿cuál es la diferencia? Ignora la levitación, ríete de ella, o incluso disfruta con ella. Haz lo que quieras

menos preocuparte por ella, porque no es problema tuyo. Ahí está el quid de la cuestión. No es tu problema inmediato. Dedicar tu tiempo a considerar cómo hacer que los científicos estudien algo que no deseen estudiar. Ése es el problema inmediato, y precisamente a ese problema es al que no le has dedicado nada de tu tiempo hasta ahora.

Sarle se dirigió al armario del vestíbulo y tomó su abrigo. Roger lo acompañó. Transcurrieron unos minutos de silencio.

Luego, Roger dijo sin alzar la vista:

—Quizá tengas razón, Jim.

—Quizá la tenga. Inténtalo, y luego llámame. Adiós, Roger.

Roger Toomey abrió los ojos y parpadeó al brillante sol matutino que entraba en el dormitorio. Llamó:

—¡Jane! ¿Dónde estás?

—En la cocina—respondió la voz de Jane—. ¿Dónde creías?

—Ven, ¿quieres?

Jane acudió.

—El tocino no se fue solo, ya lo sabes—protestó.

—Escucha, ¿he flotado esta noche?

—No lo sé. Dormía.

—Eres una gran ayuda.—Se levantó de la cama y metió los pies en las zapatillas—. Sea como fuere, creo que no lo he hecho.

—¿Crees haber olvidado cómo hacerlo?

Había una repentina esperanza en su voz.

—No lo he olvidado. ¡Mira!—Se deslizó hacia el comedor sobre un cojín de aire—. Sólo que tengo la sensación de que no he flotado. Creo que llevo ya tres noches así.

—Bien, eso es estupendo—dijo Jane. Había vuelto a la cocina—. Eso es lo que ha conseguido un mes de descanso. Si hubiera llamado a Jim desde un principio...

—Oh1 por favor, no volvamos con eso. Un mes de descanso, tonterías. Se trata simplemente de que el domingo pasado decidí lo que tenía que hacer. Desde entonces estoy relajado. Eso es todo.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Cada primavera, el Northwestern Tech da una serie de seminarios sobre temas de física. Asistiré a ellos.

—Oieres decir que vas a ir a Seattle.

—Por supuesto.

—¿De qué temas van a tratar?

—¿Y eso qué importa? Simplemente deseo ver a Linus Deering.

—Pero ése es uno de los que te llamaron loco ¿no?

—Lo hizo.—Roger atacó sus huevos revueitos—. Pero también es el mejor en su campo.

Alargó un brazo hacia la sal, y se alzó unos centímetros de la silla al hacerlo. No hizo ningún caso.

—Creo que quizá pueda convencerle—dijo.

230

Los seminarios de primavera del Northwestem Tech se habían convertido en una institución conocida a nivel nacional desde que Linus Deering pasara a formar parte de la facultad. Era el presidente, y proporcionaba a todos los actos su tono distintivo. Él presentaba a los oradores, conducía los coloquios, hacía los resúmenes de las sesiones de la mañana y de la tarde, y era el alma de la jovialidad en la cena de clausura al final de la semana de trabajo.

Roger Toomey sabía todo eso por informes de terceros. Ahora podía observar directamente la forma de actuar del profesor Deering. Éste era un hombre de algo menos que mediana estatura, tez oscura, y una lujurante y característica mata de ondulado cabello castaño. Cuando no se hallaba ocupada en activa conversación, su boca grande y de labios finos exhibía perpetuamente el asomo de una traviesa sonrisa. Hablaba rápidamente y con fluidez, sin apoyarse en notas, y siempre parecía efectuar sus comentarios desde un nivel de superioridad que era aceptado de modo automático por sus oyentes.

Al menos, así habían sido las cosas en la primera mañana del seminario. Fue tan sólo durante la sesión de la tarde cuando sus oyentes empezaron a observar cierta vacilación en sus comentarios. Más aún, había cierta intranquilidad en él mientras se sentaba en el estrado durante la entrega de las notas previstas a los asistentes. Ocasionalmente, miraba de forna fortuita hacia la parte de atrás del

auditorio.

Roger Toomey, sentado en la última fila, observaba tensamente todo aquello. Su temporal deslizamiento hacia la normalidad, que había empezado cuando pensó por primera vez que había una forma de salirse de todo aquello, estaba cediendo.

En el Pullman hasta Seattle, no había dormido. Había tenido visiones de sí mismo flotando hacia arriba al ritmo del traqueteo de las ruedas, o deslizándose suavemente más allá de las cortinas y por el pasillo, o siendo despertado de modo embarazoso por los gritos y protestas de un revisor. De modo que había asegurado las cortinas con imperdibles, pero no había logrado nada con ello; no había conseguido ninguna sensación de seguridad; no había dormido excepto unas cuantas cabezadas.

Durante el día se había adormecido varias veces en su asiento, mientras las montañas pasaban rápidamente al otro lado de la ventanilla, y había llegado a Seattle por la tarde con tortícolis, dolor en las articulaciones, y una sensación general de desesperanza.

' Había tomado su decisión de acudir al seminario demasiado tarde como para conseguir una habitación individual en los dormitorios del instituto. Compartir una habitación era, por supuesto, algo totalmente inviable. Se registró en un hotel del centro de la ciudad, cerró la puerta con llave, cerró y aseguró todas las ventanas, colocó su cama contra la pared y la cómoda contra la parte de la cama que quedaba abierta, y luego durmió.

No recordó haber soñado, y cuando despertó por la mañana seguía tendido entre las sábanas. Se sintió aliviado. Cuando llegó, temprano, al Auditorio de Física del campus del instituto, encontró, como esperaba, un amplio salón y poca gente. Las sesiones del seminario se celebraban tradicionalmente una vez iniciadas las vacaciones de Pascua, y los estudiantes no solían asistir a ellas. Unos cincuenta físicos se sentaban en un auditorio diseñado para albergar a cuatrocientos, apirados a los dos lados del pasillo central junto al podio.

Roger se sentó en la última fila, donde no podía ser visto por ningún transeúnte ocasional que mirara por las altas y estrechas ventanas centrales de las puertas del auditorio, y donde los demás asistentes deberían girar la cabeza en un ángulo de casi ciento ochenta grados para mirarle.

Excepto, por supuesto, el conferenciante en la plataforma..., y el profesor Deering.

Roger no prestó mucha atención al desarrollo de las sesiones. Se concentró enteramente en aprovechar los momentos en que Deering se hallaba solo en la plataforma; cuando solamente Deering podía

verle.

A medida que Deering iba mostrándose obviamente más nervioso, Roger iba siendo más atrevido. Durante el resumen final de la tarde, efectuó su mejor demostración.

El profesor Deering se detuvo bruscamente en mitad de una frase pobremente construida y absolutamente carente de significado. Su audiencia, que llevaba cierto tiempo agitándose en sus asientos, se inmovilizó también, y lo miró interrogativamente.

Deering alzó la mano y dijo, casi jadeando:

—¡Usted! ¡Eh, usted!

Roger Toomey permanecía sentado con una expresión de completo relajamiento... en el centro mismo del pasillo. La única silla que tenía debajo estaba compuesta por setenta centímetros de vacío aire. Sus piernas estaban tendidas hacia delante, apoyadas en el respaldo de otro asiento, también de aire.

Cuando Deering señaló, Roger se deslizó rápidamente hacia un lado. En el momento en que cincuenta cabezas se volvieron hacia él, estaba sentado tranquilamente en una prosaica silla de madera.

Roger miró a uno y otro lado, luego clavó los ojos en Deering, que seguía señalándole con el dedo, y se levantó.

—¿Me habla usted a mí, profesor Deering?—preguntó, con apenas un ligero temblor en la voz, el cual testimoniaba la salvaje batalla que se desarrollaba en su interior a fin de mantener su tono frío y sorprendido.

—¿Qué es lo que está haciendo?—preguntó Deering, sintiendo que estallaba toda su tensión de la mañana.

Algunos de los oyentes se estaban poniendo en pie para ver mejor. Una conmoción inesperada es algo que aprecian tanto un conjunto de físicos investigadores como una multitud en un juego de béisbol.

—No estoy haciendo nada—contestó Roger—. No le comprendo.

—¡Váyase de aquí! ¡Abandone esta sala!

Deering estaba fuera de sí a causa de sus emociones entremezcladas, o de otro modo quizá no hubiera dicho aquello. En cualquier caso, Roger suspiró y aprovechó agradecido la oportunidad.

Con voz fuerte y clara, esforzándose para ser oído por encima del

clamor que iba ascendiendo, dijo:

—Soy el profesor Roger Toomey, de la universidad de Carson. Soy miembro de la Asociación Norteamericana de Física. Envié mi solicitud para asistir a estas sesiones, la solicitud fue aceptada, y he pagado mi cuota de inscripción. Tengo derecho a estar sentado aquí, y aquí seguiré sentado.

Deering sólo consiguió decir ciegamente.

—¡ Váyase !

—No pienso hacerlo—dijo Roger. Estaba temblando con una auténtica rabia artificialmente autoimpuesta—. ¿Por qué razón debo marcharme? ¿Qué es lo que he hecho?

Deering se pasó una temblorosa mano por el pelo. Fue absolutamente incapaz de responder.

Roger aprovechó su ventaja.

—Si intenta usted expulsarme de estas sesiones sin una causa justificada, puede estar seguro de que presentaré una demanda al instituto.

Precipitadamente, Deering dijo:

—Doy por clausurada la sesión del primer día del Seminario de Primavera sobre los Recientes Avances de las Ciencias Físicas. Nuestra próxima sesión tendrá lugar en esta sala mañana a las nueve de la . . .

Roger abandonó apresuradamente la sala mientras el hombre aún seguía hablando.

Aquella noche hubo una llamada en la puerta de la habitación de Roger en el hotel. Le sorprendió, inmovilizándole en su silla.

—¿Quién es?—preguntó.

La respuesta le llegó en voz baja y ansiosa.

—¿Puedo verle?

Era la voz de Deering. El hotel de Roger, así como el número de su habitación, estaban por supuesto registrados en la secretaría del seminario. Aunque sin esperarlo demasiado, Roger había confiado en que los acontecimientos de aquel día tendrían una inmediata consecuencia .

Abrió la puerta y dijo, ngidamente:

—Buenas noches, profesor Deering.

Deering entró en la habitación y miró a su alrededor. Llevaba un ligero gabán, que no hizo ningún ademán de quitarse. Mantenía el sombrero sujeto en la mano, y Roger no hizo ningún gesto para que lo dejara en alguna parte.

—Profesor Roger Toomey, de la universidad de Carson, ¿no es así?—dijo Deering con cierto énfasis, como si el nombre tuviera significado para él.

—Sí. Siéntese, profesor.

232

1

233

Deering siguió de pie.

—Bien, ¿de qué se trata?—empezó—. ¿Qué es lo que persigue usted?

—No le comprendo.

—Estoy seguro de que sí. No ha preparado usted toda esta ridícula bufonada para nada. ¿Está intentando ridiculizarme, o espera mi colaboración para algún ridículo fraude? Quiero que sepa que no va a conseguir nada. Y no intente utilizar la fuerza aprovechando mi estancia aquí. Tengo amigos que saben exactamente dónde estoy en este momento. Le aconsejo que diga la verdad y luego abandone inmediatamente la ciudad.

—¡Profesor Deering! Esta es mi habitación. Si ha venido aquí para intimidarme, le pido que se marche ahora mismo. Si no lo hace, llamaré para que lo echen.

—¿Pretende usted continuar esta..., esta persecución?

—Nunca le he perseguido, en ningún momento. Ni siquiera le conozco, señor.

—¿No es usted el Roger Toomey que me escribió una carta relativa a un caso de levitación que deseaba que yo investigara?

Roger se quedó mirando al hombre.

—¿De qué carta habla?

—Entonces ¿lo niega?

—Por supuesto que lo niego. ¿De qué está usted hablando?
¿Tiene acaso esa carta?

El profesor Deering apretó fuertemente los labios.

—Eso no importa. ¿Niega usted que permanecía suspendido por hilos en medio del pasillo en la sesión de esta tarde?

—¿Suspendido por hilos? No le comprendo en absoluto.

—¡Estaba usted levitando!

—¿Tendría la bondad de marcharse de aquí, profesor Deering? Creo que no se encuentra usted bien.

El físico alzó la voz.

—¿Niega que estaba levitando?

—Creo que está usted loco. ¿Intenta decir que hice arreglos mágicos en su auditorio? Nunca había estado en él antes de hoy, y cuando llegué usted ya estaba presente. ¿Encontró hilos o alguna otra cosa parecida después de que me fuera?

—No sé cómo lo hizo, ni me importa. Pero ¿niega acaso que estaba levitando?

—Por supuesto que lo niego.

—Yo lo vi. ¿Por qué miente ahora?

—¿Me vio usted levitar? Profesor Deering, ¿quiere decirme cómo es posible eso? Supongo que su conocimiento de las fuerzas gravitatorias es lo bastante amplio como para decirle que la auténtica levitación es un concepto que carece de sentido excepto en el espacio exterior. ¿Pretende gastarme una broma?

—Cielos—dijo Deering con voz estridente—, ¿por qué no reconoce usted la verdad?

—Pero si lo estoy haciendo... ¿Supone acaso que adelantando una mano y haciendo un pase místico..., así..., puedo salir volando por los aires?

Y eso fue precisamente lo que hizo, su cabeza rozando el techo.

La cabeza de Deering saltó hacia atrás, mirando hacia arriba.

—¡Ah! Eso..., eso...

Roger regresó al suelo, sonriendo.

—No puede usted estar hablando en serio—dijo.

—Lo ha hecho de nuevo. Sí, lo ha hecho.

—¿He hecho el qué, señor?

—Levitar. Simplemente, ha levitado. No puede usted negarlo.

Los ojos de Roger se pusieron serios.

—Creo que está usted enfemmo, señor.

—Sé lo que he visto.

~uizá necesite usted un descanso. Ya sabe, el exceso de trabajo.

—Eso no ha sido una alucinación.

—¿Quiere que le prepare algo de beber?

Roger se dirigió hacia su maleta, mientras Deering le seguía los pasos con ojos desorbitados. Los tacones de sus zapatos flotaban en el aire a cinco cenh'metros del suelo.

Deering se dejó caer en el sillón que Roger había dejado.

—Sí, por favor—dijo débilmente.

Roger le trajo la botella de whisky, observó al otro beber, luego siguió apretando:

—¿Cómo se siente ahora?

{)iga—dijo Deering—, ¿ha descubierto usted alguna forma de neutralizar la gravedad?

Roger se lo quedó mirando.

—Piense un poco, profesor. Si yo tuviera el secreto de la antigravedad, no lo utilizaría para gastarle bromas a usted. En estos momentos estaría en Washington. Me habría convertido en un secreto militar. Sería... ¡Bien, no estaría aquí! Seguro que todo eso le resulta obvio.

Deering saltó en pie.

—¿Tiene usted intención de asistir a las sesiones que faltan?

—Por supuesto.

Deering asintió, se encasquetó con un manotazo el sombrero sobre la cabeza, y salió a toda prisa.

Durante los siguientes tres días, el profesor Deering no presidió las sesiones del seminario. No fue dada la menor razón de su ausencia. Roger Toomey, atrapado entre la esperanza y la aprensión, se sentó junto a los demás asistentes e intentó no hacerse notar. No tuvo éxito por completo. El ataque público de Deering había hecho que la gente reparara en él, mientras que su propia y vehemente defensa le había proporcionado una especie de popularidad de David contra Goliat.

Roger regresó a su habitación del hotel el jueves por la noche después de una cena no demasiado satisfactoria, y permaneció de pie en el umbral, con una pierna dentro de la habitación. El profesor Deering le estaba mirando fijamente desde el interior. Y otro hombre, con un sombrero de fieltro gris echado hacia atrás sobre su cabeza, estaba sentado en la cama de Roger.

Fue el desconocido quien habló.

—Entre, Toomey.

Roger entró.

—¿Qué ocurre?

El desconocido abrió su billetero y presentó un portadocumentos de celofán a Roger.

—Soy Cannon, del FBI—dijo.

—Tiene usted influencia con el gobierno, profesor Deering, lo reconozco—dijo Roger.

—Un poco—admitió Deering.

—Bien, ¿estoy arrestado?—preguntó Roger—. ¿Cuál es mi crimen?

—Tómeselo con calma—dijo Cannon—. Hemos estado recopilando algunos datos acerca de usted, Toomey. ¿Es ésta su firma?

Mostró una carta, desde la distancia suficiente para que Roger pudiera verla, pero no tomarla. Era la carta que Roger le había escrito a Deering y que éste había enviado a Morton.

—Sí—dijo Roger.

—¿Y esta otra?

El agente federal tenía todo un fajo de cartas.

Roger se dio cuenta de que Cannon debía de haber recogido todas las cartas que él había enviado, menos aquellas que habían sido rotas por sus destinatarios.

—Todas son mías—dijo débilmente.

Deering resopló.

—El profesor Deering nos ha dicho que puede usted flotar—dijo Cannon.

—¿Flotar? ¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Flotar en el aire—dijo Cannon estólidamente.

—¿Cree usted en todas las locuras de ese tipo que le cuentan?

—No estoy aquí para creer o no creer, doctor Toomey—dijo Cannon—. Soy un agente del gobierno de los Estados Unidos, y tengo una misión que cumplir. Si yo fuera usted, cooperaría.

—¿Cómo puedo cooperar en algo así? Si yo acudiera a usted diciéndole que el profesor Deering podía flotar en el aire, me tendría usted tendido en el sillón de un psiquiatra en un abrir y cerrar de ojos.

—El profesor Deering ha sido examinado por un psiquiatra a petición propia—dijo Cannon—. De todos modos, el gobierno tiene la costumbre de escuchar muy seriamente al profesor desde hace un cierto número de años. Además, puedo decirle que disponemos también de pruebas adicionales.

—~Como cuáles?

—Un grupo de estudiantes de su universidad lo vieron a usted flotar. Y también una mujer que había sido la secretaria del jefe de su departamento. Tenemos testimonios de todos ellos.

—¿Qué clase de testimonios? ¿Testimonios que puedan ustedes presentar como pruebas fehacientes y mostrar a mi representante en el Congreso?

—Doctor Toomey—interrumpió ansiosamente el profesor Deering—, ¿qué gana usted negando el hecho de que puede levitar? Su propio decano admite que ha hecho usted algo parecido. Me dijo que le informara oficialmente de que su contrato con la universidad será cancelado al final del año académico. El hombre no haría eso por nada.

—Eso no importa—dijo Roger.

—Pero ¿por qué no admite que yo le vi levitar?

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Me gustaría indicarle, doctor Toomey—dijo Cannon—, que si posee usted un artilugio que contrarresta la gravedad, sería de gran importancia para nuestro gobierno.

—¿De veras? Supongo que habrán investigado ustedes mis antecedentes en busca de alguna posible deslealtad.

—La investigación se halla en curso—confirmó el agente.

—Muy bien—dijo Roger—. Planteemos un caso hipotético. Supongamos que admito que puedo levitar. Supongamos que no sé cómo lo consigo. Supongamos que no tengo nada que entregarle al gobierno, excepto mi cuerpo y un problema insoluble.

—¿Cómo puede saber que es insoluble?—dijo Deering ansiosamente.

—En una ocasión le pedí que estudiara ese fenómeno—observó Roger suavemente—. Usted se negó.

—Vide eso. Mire.—Deering hablaba rápidamente, con urgencia—. Usted no tiene ninguna posición en este momento. Yo puedo ofrecerle una en mi departamento como profesor adjunto de física. Sus deberes como profesor serán únicamente nominales. Dedicará todo su tiempo a la levitación. ¿Qué le parece?

—Suenan atractivo—dijo Roger.

—Creo que puedo decirle que dispondrá de fondos ilimitados por parte del gobierno.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer? ¿Simplemente admitir que puedo levitar?

—Sé que puede hacerlo. Yo lo vi. Deseo que se lo muestre ahora al señor Cannon.

Las piernas de Roger se alzaron, y tensó el cuerpo hasta adoptar una posición horizontal al nivel de la cabeza de Cannon. Se volvió hacia un lado, y pareció descansar en el aire sobre su codo derecho.

El sombrero de Cannon cayó desmayadamente sobre la cama.

—Flota—jadeó el agente.

Deering se mostraba casi incoherente por la excitación.

236

—¿Lo ve?

—Por supuesto que lo veo.

—Entonces informe de ello. Póngalo tal cual en su informe, ¿me ha entendido? Haga un informe completo del hecho. Así no volverán a decir que hay algo que no va bien en mi cabeza. Nunca dudé ni por un segundo de lo que había visto.

Pero no se habría mostrado tan feliz si esto último hubiera sido completamente cierto.

—Ni siquiera sé el clima que hay en Seattle—se quejó Jane—, y hay un millón de cosas que tengo que hacer.

—¿Necesitas ayuda?—preguntó Jim Sarle desde su confortable posición en las profundidades del sillón.

—No hay nada que K puedas hacer. Oh, Dios mío.

Y salió volando de la habitación, pero al contrario que su esposo, lo hizo sólo en sentido figurado.

Roger Toomey entró.

—Jane, ¿todavía no tenemos las cajas para los libros? Ah, hola, Jim. ¿Cuándo has llegado? ¿Y dónde está Jane?

—Llegué hace un mirluto, y Jane está en la otra habitación. Tuve que abrirme camino entre policías. Muchacho, estás auténticamente rodeado.

—Hummm—dijo Roger, ausente—. Les hablé de ti.

—É que lo hiciste. Me han hecho jurar que mantendré el secreto. Les dije que, en cualquier caso, era un asunto de secreto profesional. ¿Por qué no dejas que los de las mudanzas se encarguen de todo? Es el gobierno quien paga, ¿no?

—Los de las mudanzas no lo harán bien —dijo Jane, entrando de nuevo apresuradamente y dejándose caer en el sofá—. Necesito un cigarrillo.

—Haz una pausa, Roger—dijo Sarle—, y cuéntame lo que pasó.

Roger sonrió tímidamente.

—Tal como dijiste, Jim, aparté de mi mente el problema equivocado y me centré en el auténtico problema. Tenía la impresión de que me encontraría siempre enfrentado a dos alternativas, . O estaba loco, o cometí un fraude. Deering lo dijo claramente en su carta a Morton. El decano supuso que estaba cometiendo un fraude, y Morton supuso que estaba loco.

“Pero suponiendo que pudiera demostrarles a todos que realmente podía levitar... Bien, Morton me dijo lo que ocurriría en ese caso. O bien yo estaba cometiendo un fraude, o el testigo estaría loco. Morton dijo que si me veía volar, preferiría creer que estaba loco antes que aceptar la evidencia. Por supuesto, tan sólo estaba siendo retórico. Ningún hombre creerá jamás en su propia locura mientras exista la mínima evidencia de lo contrario. Yo contaba con eso.

“De modo que cambié de táctica. Acudí al seminario de Deering. No le dije a él que podía flotar; se lo demostré, y luego negué que lo hubiera hecho. La alternativa era clara. O yo estaba mintiendo, o él, no yo, fíjate bien, él, estaba loco. Resultaba obvio que antes creería en la levitación que dudar de su propia cordura, una vez se halló sometido realmente a la prueba. Todas sus acciones posteriores, sus intimidaciones, su viaje a Washington, su oferta de un trabajo, fueron dirigidas únicamente a reivindicar su propia cordura, no a ayudarme.

—En otras palabras—dijo Sarle—, convertiste tu levitación en su problema y no en el tuyo.

—¿Tenías algo así en mente cuando tuvimos nuestra charla, Jim?
—preguntó Roger.

Sarle meneó la cabeza.

—Tenía vagas nociones al respecto, pero un hombre debe resolver sus propios problemas si quiere solucionarlos efectivamente. ¿Crees que ahora resolverán el principio de la levitación?

—No lo sé, Jim. Sigo sin poder comunicar los aspectos subjetivos del fenómeno. Pero eso no importa. Los investigaremos, y eso es lo que cuenta. {—golpeó su puño derecho contra la palma de su mano izquierda—. En lo que a mí respecta, lo importante es que he conseguido que me ayuden.

—¿De veras?—preguntó suavemente Sarle—. Yo diría más bien que lo importante es que les has permitido obligarte a que tú les ayudes a ellos, lo cual es muy distinto.

Comentario final

Me gustaría dejar a la opinión de los lectores el decidir qué versión les gusta más..., pero si me prometen no dejarse influir por ellos, he aquí algunos de mis propios pensamientos sobre la cuestión.

Durante estos últimos treinta años, he pensado en estos dos finales como "mi final", y "el final de Campbell", y, a mi modo bastante subjetivo, siempre he preferido a mi final; es decir, el que escribí primero, en la versión no publicada. Sin embargo, una vez dicho eso, debo añadir que ahora, por primera vez en treinta años, he leído las dos versiones del relato, una inmediatamente después de la otra, y he llegado a la conclusión de que ambas son mis finales y que están bien escritas. . . , aunque siga gustándome más la primera que escribí.

Aunque parezca extraño, el segundo final, el que fue publicado y considerado por mí como "el final de Campbell", es el que me parece más típicamente mío. En un relato tras otro he hecho que mi héroe ganara gracias a su inteligencia superior, a su racionalidad superior, a su cerebro superior. En resumen, Roger Toomey hace exactamente lo que un héroe típico de Asimov haría. ¿Por qué, entonces, me siento insatisfecho?

Porque Roger Toomey no es un héroe típico de Asimov.

El relato, tal y como lo concebí después de que Campbell expresara

23X

su deseo de que escribiera un relato sobre una persona que podía levitar pero que no podía conseguir que nadie la creyera, requería un héroe no asimoviano. Mi tesis (no directamente expresada en muchas palabras, pero implícita una y otra vez) era la siguiente: "Para creer en la existencia, sólo la verdad es suficiente".

239

Mi punto de vista sobre la vida, habitualmente alegre, es que no acepto esa tesis. Sigo escribiendo libros sobre ciencia e historia—y también sobre ciencia ficción—, en los que trato de explicar el mundo de una forma natural y racionalista, con la confiada certidumbre de que eso es suficiente para conseguir que la gente abandone sus tontas supersticiones.

Y, sin embargo, ocasionalmente también tengo mis momentos oscuros y cínicos, cuando soy consciente de la existencia de millones de personas—incluso personas educadas y presumiblemente inteligentes—que aceptan un amplio espectro de sinsentidos que van desde la astrología hasta el creacionismo, enfrentándose así a todas las pruebas reunidas paciente y dolorosamente por los seres humanos racionales a través del curso de la historia de la civilización. . . Y entonces me siento como Roger Toomey.

La levitación es algo ideal para demostrar este cínico punto de vista, puesto que se trata de algo considerado por toda persona racional, consciente del moderno pensamiento científico, como imposible y opuesto a la ley natural. Ni siquiera las personas sin educación y supersticiosas creen que la levitación es posible, a no ser mediante la intervención divina (o demoniaca).

Quienes se enfrentan al hecho de la levitación deben buscar, por lo tanto, una explicación que implique algún tipo de brujería, o bien refugiarse en el terror ante lo que debe parecerles algo que implica la presencia de lo divino o de lo demoniaco.

Si usted acude a mí, por ejemplo, y me demuestra que puede levitar, y si yo no consigo encontrar los hilos que lo sujetan, probablemente terminaría por no creer en lo que ven mis ojos. Lo siento.

Así que, cuando Roger Toomey no puede encontrar a nadie que le crea, cuando no halla creencia (y éste es el título del relato), su vida debe seguir necesariamente un curso continuo de hundimiento para demostrar así, con la mayor fuerza posible, la tesis central del relato.

En la segunda versión, sin embargo, "el final de Campbell", hago que Toomey se enfrente racionalmente y paso a paso con la situación, de modo que, aun cuando no es un héroe asimoviano típico, se convierte finalmente en uno.

De todos modos, creo que no debería haber aceptado hacerlo.

Ultimo comentario

Los diversos relatos en los que he introducido cambios ante la insistencia de las editoriales y que he descrito aquí abarcan desde 1939 ("Pilgrimage") hasta 1958 ("The Ugly Little Boy").

Desde 1958—hace ya más de un cuarto de siglo—, no han vuelto a producirse tales incidentes. O bien lo que escribo es rechazado ~y les aseguro que eso sucede muy raramente), o bien es aceptado e impreso sustancialmente tal y como lo he escrito, introduciéndose únicamente la clase de correcciones de rutina que son el resultado de las desgracias del trabajo tipográfico editorial.

Esto no es necesariamente algo bueno, al menos por lo que respecta a algunos críticos. He leído reseñas de mis novelas recientes, por ejemplo, de las que parece desprenderse que sufro una ~alta de control editorial. La impresión que tratan de comunicar es que me he convertido en una especie de superestrella arrogante en el mundo de la ciencia ficción, y que los editores se encuentran acorralados ante mí, temiendo un fruncimiento de ceño por mi parte; que yo consigo imponer toda clase de embustes autoindulgentes, mientras que esos mismos editores se encogen de hombros (cuando yo les

miro) y se quejan de su incapacidad para controlarme.

Desearía que quienes escriben tales reseñas consultaran con mis editores con respecto a esta cuestión (en mi ausencia, si con ello se sienten mejor), pues estoy totalmente convencido de que les asegurarán que no es así.

Lo que sucede es que me voy haciendo viejo, que soy un experimentado escritor en ciencia ficción que ha aprendido su oficio en la dura escuela de editores tan poderosos e idiosincráticos como John W. Campbell, Jr., y Horace L. Gold, de modo que en la actualidad ya no hay tanta necesidad de obligarme a revisar un relato.

Puede que llegue un día en el que la edad avanzada y el deterioro

241

16. Cuentos paralelos

mental (si es que vivo lo suficiente), me priven del filo aguzado de mi poder; y, en tal caso, me atrevería a decir que mis editores votarán para encontrar al encargado de decirme que ya no tengo ese poder.

Sé que su aversión a decírmelo no procederá de su temor a mí, sino (espero) de su renuencia a hacerme sentir mal, pues he entablado amistad con todos los editores que he tenido, y mis relaciones con ellos—con todos ellos, desde John Campbell, hace ya cuarenta y siete años, a Sam Vaughan, justo ahora—se han caracterizado por la amistad y el trato cordial, y las discusiones sobre revisiones tan sólo han agitado muy ligeramente la superficie de nuestra amistad, y eso sólo temporalmente.

Introducción

1. Envejece conmigo (versión original de la novela Un guijarro en el cielo)

2. El fin de la eternidad (versión original de la novela del mismo título)

3. Creencia (primera versión) . .

4. Creencia (versión publicada)

Ultimo comentario

Isaac Asimov (1920) es uno de los escritores de ciencia ficción más famosos que viven en la actualidad. Nacido en Rusia, su familia paso a vivir en Estados Unidos en 1923. Durante una primera etapa de su carrera combinó la actividad académica en bioquímica con la publicación de numerosos relatos de ciencia ficción en revistas populares, para pasar con dedicación plena a la escritura en 1958. Su obra alterna la ciencia ficción, ocasionales incursiones

en el relato de misterio y una ingente cantidad de obras de divulgación, que lo han convertido asimismo en uno de los ensayistas más populares del mundo. Recientemente ha desarrollado también una enorme actividad en el campo de las antologías, en muchos casos en colaboración con Charles W. Waugh y Martin H. Greenberg.

En la actualidad lleva publicados más de 300 libros. Su obra dentro de la ciencia ficción comprende los títulos siguientes:

NOVELAS:

1950—Pebble In the Sky (Un guijarro en el cielo, Ed. Martínez Roca, en preparación)

1951—The Stars Like Dust (En la arena este/ar, Ed. Martínez Roca. Super Ficción núm. 45, Barcelona 1979)

1952—The Currents of Space (Las corrientes del espacio, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 54, Barcelona 1980)

1955—The End of Eternity (El Jin de la eternidad, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 26, Barcelona 1977)

1966—Fantastic Voyage (Viaje Alocinante, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1972—The Gods Themselves (Los propios dioses, Ed. Bruguera, Libro Amigo, Barcelona 1974)

SERIE DE LOS ROBOTS:

1954—The Caves of Steel/ (Bóvedas de acero, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 48, Barcelona 1979)

1957—The Naked Sun (El sol desnudo, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 51, Barcelona 1980)

1983—The Robots of Dawn (Los robots del amanecer, Ed. Bruguera, Cinco Estrellas, Barcelona 1984)

1985—Robots and Empire (Robots e Imperio, Ed. Plaza y Janés, Éxitos, Barcelona 1986)

SERIE DE LOS ROBOTS:

SERIE DE LAS FUNDACIONES:

1951—Foundation (Fundación, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1952—Foundation and Empire (Fundación e Imperio, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1953—Second Foundation (Segunda Fundación, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1982—Foundation's Edge (Los límites de la Fundación, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1986—Foundation and Earth

SERIE LUCKY STARR (juvenil):

1952—Lucky Starr: Space Ranger, como Paul French (Lucky Starr, el ranger del espacio, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1953—Lucky Starr and the Pirates of the Asteroids (Lucky Starr y los piratas de los asteroides, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1954—Lucky Starr and the Oceans of Venus (Lucky Starr y los océanos de Venus, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1956—Lucky Starr and the Big Sun of Mercury (Lucky Starr y el gran sol de Mercurio, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1957—Lucky Starr and the Moons of Jupiter (Lucky Starr y las lunas de Júpiter, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1958—Lucky Starr and the Rings of Saturn (Lucky Starr y los anillos de Saturno, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

RECOPIIACIONES:

1950—1, robot (Yo, robot, Ed. Edhasa, Nebulae núm. 1, Barcelona 1975)

1955—The Martian Way and Other Stories (A lo marciano, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 61, Barcelona 1981)

1957—Earth is Room Enough (Con la Tierra nos basta, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 65, Barcelona 1981)

1959—Nine Tomorrows (Nueve futuros, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 96, Barcelona 1985)

1964—The Rest of the Robots (Los robots, Ed. Picazo, Barcelona 1979)

1969—Nightfall and other Stories (Los ojos hacen algo más que ver, La máquina que ganó la guerra y Cuarta generación, Ed. Caralt, Ciencia Ficción núms. 7, 9 y 11 Barcelona 1977)

1972—The Early Asimov (Selección 1, 2 y 3, Ed. Bruguera, Libro Amigo. Barcelona 1975)

1975—Buy Jupiter (Compre Júpiter, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1976)

1976—The Bicentennial Man (El hombre del Bicentenario, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 35, Barcelona 1978)

1982—The Complete Robot (Los robots, Ed. Martínez Roca, Gran Super Ficción, Barcelona 1984)

1983—The Winds of Change and Other Stories (Los vientos del cambio, Ed. Martínez Roca, Gran Super Ficción, Barcelona 1984)

1985—The Alternate Asimovs (Cuentos paralelos, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 101, Barcelona 1987)

ANTOLOGIAS TRADUCIDAS AL CASTELLANO:

- 1974—Before the Golden Age (La Edad de Oro de la ciencia ficción, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núms. 7 y 12, Barcelona 1976)
1981—The Best Science Fiction of the 19th Century (Lo mejor de la ciencia ficción del siglo XIX, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núms. 78 y 79, Barcelona 1983)
1983—Caught in the Organ Draft (Trasplante obligatorio, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 97, Barcelona 1986), con Waugh y Martin
1983—Hallucination Orbit (Orbita de alucinación, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 98, Barcelona 1986), con Waugh y Martin

SERIE LOS PREMIOS HUGO:

- 1962—The Hugo Winners 1. 1955-1961 (Los premios Hugo 1955-1961, Ed. Martínez Roca, Gran Super Ficción, Barcelona 1986)
1971—The Hugo Winners 2. 1963-1969 (Ed. Martínez Roca, en preparación)
1977—The Hugo Winners 3. 1970-1975 (Ed. Martínez Roca, en preparación)
1985—The Hugo Winners 4. 1976-1979 (Ed. Martínez Roca, en preparación)
1986—The Hugo Winners 5. 1980-1982 (Ed. Martínez Roca, en preparación)

PREMIOS:

- 1966—Hugo especial por la Serie de las Fundaciones
1973—Hugo, Nebula y Locus por Los propios dioses
1977—Hugo, Nebula y Locus por "El hombre del Bicentenario"
1983—Hugo y Locus por Los límites de la Fundación

246

247

~_ =/

N.º 102

IAN WATSON

El jardín de las delicias

En busca de una colonia fundada por una expedición anterior, una astronave tripulada por tres hombres y tres mujeres queda inmovilizada en un planeta misterioso. El paisaje lujuriente que les rodea, con sus frutos y aves gigantes y su población de ociosos desnudos, es exactamente el del tríptico de Jerónimo Bosch El Jardín de las Delicias... La pintura fue convertida en paisaje por un ~Dios~, y todo forma parte de un plan. Pero, ¿qué es ese Dios? ¿Y cuál es el plan? Mientras recorren esa pintura fabulosa, los protagonistas ven claro que ese mundo, lo mismo que la pintura de Bosch, consta de tres partes. Para llegar ante Dios en el Paraíso, tendrán que pasar primero por un verdadero Infierno. Pero el resultado de su investigación es todavía más

sorprendente de lo que imaginan...

Una novela apasionante que desarrolla con maestría las ideas más provocativas que ha visto el género en los últimos años.

Ian Watson es en la actualidad el autor británico de ciencia ficción de más brillantez y coherencia en su país. Se dio a conocer a mediados de los setenta con *Empotrados* (n.º 22 de esta colección), novela que le valió el Premio Apolo. Desde entonces sus novelas no han dejado de alcanzar nuevas cotas de excelencia. El pasado año obtuvo el Premio Europeo de Ciencia Ficción por el conjunto de su obra.

G~

:

Las Obras Maestras
de la Ciencia Ficción

Lo último de Asimov. 21 relatos de lo mejor y más actual del autor de ciencia ficción más famoso de todos los tiempos.

Por primera vez, reunidos en un solo volumen, todos los relatos de robots escritos por Isaac Asimov, desde su célebre "Yo, robot" hasta su más reciente producción.

Autor ganador del Premio Hugo

Obra galardonada
con el "British SF Award"

John Brunner es el autor británico de ciencia ficción de mayor resonancia mundial. Ganador de los premios HUGO, APOLO y BRITANICO, su novela "Orbita inestable" forma, junto a "Todos sobre Zanzibar" y "El rebaño ciego", lo que el autor llama la "trilogía del desastre", basada en nuestro futuro más inmediato.

GRAN SUPER FICCIÓN
ASIMOV

1 955-1 961

El premio Hugo es el más importante que se otorga a los escritores de ciencia ficción. Presentados por Asimov, en este volumen se reúnen los

autores premiados entre los años 1955 y 1961
con los relatos que les consagraron:

Waite M. Miller, Eric Frank Russel, Murray Leinster,
Avram Davidson, Clifford D. Simak, Robert Bloch,
Daniel Keyes, Poul Anderson...

Primer volumen de una serie básica para los
amantes del género.

Volúmenes en preparación, igualmente

presentados por ISAAC ASIMOV:

LOS PREMIOS HUGO 11:1963-1969

LOS PREMIOS HUGO íll: 1970-1975

LOS PREMIOS HUGO IV: 1976-1979

LOS PREMIOS HUGO V: 1980-1982

COLECCION ~ , 13. PHILIP K. DICK

1. CLIFFORD D. SIMAK Los hijos de nuestros hijos
2. PHILIP K. DICK La penúltima verdad
3. GILLES D'ARGYRE El cetro del azar

.

4. BRADBURY, ASIMOV, Lo mejor de ~<Fantasy & Science
LEIBER Fiction~,

5. JEAN P. ANDREVON Retorno a la tierra

6. PEDLER Y DAVIS El roecerebros

7. ISAAC ASIMOV

8. FRITZ LEIBER

La edad de oro de la ciencia
ficción (I)

Los cerebros plateados

9. JACK WILLIAMSON La legión del espacio

10. FRED Y GEOFFREY HOYLE Infierno

- 11 GILLES D'ARGYRE

12. ISAAC ASIMOV

Los asesinos del tiempo

La edad de oro de la ciencia
ficción (II)

33 BRIAN ALDISS

34 J. TRIGO

35. ISAAC ASIMOV

I

14. SAMUEL R. DELANY La balada de Beta-2

i

15. LARRY NIVEN Mundo anillo

16 THEA VON HARBOU Metrópolis

17. JAMES BLISH Un caso de conciencia

18. GORDON R. DICKSON Al estilo extraterrestre

15.

.

,...

MICHAEL ASHLEY

Los mejores relatos de ciencia ficción.
La era de Campbell

. STANLEY G. WEINBAUM Lo mejor de Weinbaum

I

21. ROBERT A. HEINLEIN Hija de Marte

I

i, 22. IAN WATSON Empotrados

,

23. LEIGH BRACKETT La espada de Rhiannon

- ,
24. ROGER ZELAZNY Tú, el inmortal
25. FRITZ LEIBER Un fantasma recorre Texas
26. ISAAC ASIMOV El fin de la eternidad
- |
27. ROBERT A. HEINLEIN La desagradable profesión de
Jonathan Hoag
28. FRANK HERBERT El cerebroverde

29- JOHN BOYD

Mercader de inteligencia

30. ROBERT A. HEINLEIN Las cien vidas de Lazarus Long

.

31. WILSON TUCKER Los amos del tiempo

32. T. N. SCORTIA
y G. ZEBROWSKI

,

El hombre-máquina
Los oscuros años luz
Desierto de niebla y cenizas
El hombre del bicentenario